Lina Galán

Doble juego





La venganza era el objetivo.
El amor, el obstáculo.

Click
EDICIONES

Índice

Portada

Portadilla

Prólogo. Tristan

Capítulo 1. Tristan

Capítulo 2. Tristan

Capítulo 3. Tristan

Capítulo 4. Tristan

Capítulo 5. Chiara

Capítulo 6. Tristan

Capítulo 7. Tristan

Capítulo 8. Tristan

Capítulo 9. Tristan

Capítulo 10. Chiara

Capítulo 11. Tristan

Capítulo 12. Chiara

Capítulo 13. Chiara

Capítulo 14. Tristan

Capítulo 15. Chiara

Capítulo 16. Chiara

Capítulo 17. Chiara

Capítulo 18. Chiara

Capítulo 19. Tristan

Capítulo 20. Chiara

Capítulo 21. Chiara

Capítulo 22. Tristan

Capítulo 23. Chiara

Capítulo 24. Chiara

Capítulo 25. Chiara

Capítulo 26. Tristan

Capítulo 27. Chiara

Capítulo 28. Chiara

Capítulo 29. Tristan

Capítulo 30. Chiara

Capítulo 31. Tristan

Capítulo 32. Chiara

Capítulo 33. Tristan

Capítulo 34. Tristan

Capítulo 35. Chiara

Capítulo 36. Chiara

Capítulo 37. Chiara

Capítulo 38. Chiara

Capítulo 39. Tristan

Capítulo 40. Chiara

Capítulo 41. Tristan

Capítulo 42. Chiara

Epílogo

Referencias a las canciones

Biografía

Créditos

Doble juego

Lina Galán

Click
EDICIONES

Prólogo

Tristan

Southington, Connecticut

Una de las peores cosas que te pueden ocurrir en la vida es ver cómo se casa la mujer que amas; la mujer que llevas amando durante los últimos cinco años. ¿Lo peor de lo peor? Verla casarse con tu mejor amigo. Una bola dura y amarga que debes tragar, que te destroza por dentro y lo arrasa todo a su paso.

Y me siento miserable.

Porque estoy al lado del novio, en el altar. Su primo y yo somos los padrinos. Sonrío, hago bromas para calmar los nervios de mi amigo, le doy palmaditas en la espalda...

Hasta que aparece la novia, del brazo de su padre, caminando sobre una alfombra roja con filigranas doradas. Me quedo sin aire. Está preciosa, con un vestido de color marfil, con su negro cabello recogido y sus grandes ojos azules fijos en él, en su inminente marido, en su amor.

Nunca había hecho algo tan difícil. Sonreír es como intentar mantenerse en pie bajo una tormenta de rayos, granizo y viento huracanado. Pero lo consigo, porque debo sentirme feliz, por ellos, por Rhys y Evie, las dos personas que están uniendo sus vidas después de sufrir años de separación y malentendidos. Y es la verdad: estoy feliz, pero ¿cómo se lo explico a mi corazón? ¿Cómo le digo que su última esperanza acaba de morir?

Capítulo 1

Tristan

Nueva York

—¡¿En coche?! —me suelta mi padre a través del teléfono—. ¿Vas a venir de Nueva York hasta San Francisco en coche? ¿Cómo diantres se te ocurre semejante idea? ¡En una semana tienes que estar entrenando a tu nuevo equipo!

—Llegaré a tiempo, no te preocupes —le digo con toda la calma que soy capaz de transmitir.

—No se trata de llegar a tiempo —refunfuña—. No puedes presentarte a las jugadoras y al resto del equipo técnico el mismo día del entreno. ¡No me toques los cojones, Tristan!

Inspiro con fuerza. Si no hubiese sido por alejarme de Nueva York y de la mujer de ojos azules que se acaba de casar con mi amigo, jamás se me habría ocurrido pedirle ayuda a mi padre. Para mi desgracia, no he encontrado otra salida para comenzar una nueva vida en la otra punta del país. Al menos en tan poco tiempo.

—Si no te parece bien, puedes buscarte otro entrenador —le espeto.

Me estoy arriesgando a que me tome la palabra y me diga que tiene a siete entrenadores esperando en la puerta y que me busque la vida. Pero le conozco bien, a pesar de haberlo visto solo un par de veces en los últimos cinco años. Aaron Clayton, mi progenitor, se toma más en serio sus negocios que cualquier otro ámbito de su vida, incluido el familiar. Se ha hecho con el cincuenta por ciento de las acciones del equipo de baloncesto femenino de San Francisco.

Por eso sé que me quiere a mí, y no porque pretenda ayudar a su hijo. A él no le importo más que un puñado de acciones, pero sabe que voy a cumplir y que soy la mejor opción. Ni se le ocurriría admitir que soy el mejor entrenador de baloncesto femenino, no vaya a elogiar a su primogénito, ¡faltaría más! Yo sé que lo cree y eso me basta. No por lo que pueda pensar de mí, sino por mi propia satisfacción.

Mi currículum me avala: jugador destacado en la primera división de la NCAA con los UConn Huskies, de la Universidad de Connecticut, fichado después por los Brooklyn Nets, de la NBA, y con una media de veintiséis puntos por partido. Fue bonito mientras duró, porque lo más jodido que le puede ocurrir a un deportista de élite es que se lesione y el médico le diga que se acabó lo que se daba. Si tienes suerte, como fue mi caso, puedes convertirte en entrenador. En las dos últimas temporadas he entrenado a las New York Liberty, el equipo femenino de la ciudad de los rascacielos, que compite en la WNBA. Ahora acabo de aceptar dirigir a las Valquirias de San Francisco. He cambiado la Conferencia Este por la Oeste.

Y es cuando vuelvo al principio y a mi deseo de cambiar de escenario por un amor no correspondido. Puede sonar patético, pero no me importa. Prefiero alejarme tres mil millas de la mujer que amo a tener que reprimir mi deseo de besarla mientras ceno en la misma mesa que ella y su marido.

—No te aproveches, Tristan —rezonga mi padre.

—¿Yo? —inquiero con sarcasmo—. ¿Desde cuándo me he aprovechado yo de ti, papá?

—De mi dinero, que es lo mismo —gruñe—. Porque, aunque conseguiste ganarte bien la vida, no se llega a tu nivel sin haber pasado por el mejor instituto, la universidad y buenos contactos. Quizá no te acuerdes de la casa en la que vivías o del descapotable que conducías a los dieciséis años y con el que presumías por Southington...

—Claro, la casa, el coche... y tantas cosas que me compraste —lo corto—. ¿Me estás pidiendo que te lo devuelva o...?

—No te pases, Tristan.

Resoplo.

—Todavía tengo que preparar el equipaje. ¿Algo más, papá? —Cubro la última palabra con mordacidad.

No soporto que, a mis treinta y un años, siga echándome en cara la pasta que se gastó en mí. Como si criar a un hijo se limitara a enviar cheques y a olvidarte de él el resto del tiempo. Como si no pudiera quejarme de mi padre porque no me faltaba ningún capricho material.

—Una semana, Tristan —gruñe—. Te recuerdo que la liga empieza el ocho de mayo y ya estamos en abril, a una semana de la pretemporada. Te doy siete días para aparecer en el Chase Center y presentarte al equipo. El lunes, ¿me oyes?

—Ahí estaré. —Me froto la cara con la mano.

—Más te vale que vengas por la ruta más corta y te olvides de hacer turismo —vuelve a refunfuñar.

—Por supuesto —le digo con ironía—. Mañana dejaré el estado de Nueva York y atravesaré once más hasta llegar a San Francisco sin apenas desviarme de la Interestatal 80. ¿Te parece bien?

—Guárdate tu maldito sarcasmo —reniega—. ¿Ya has pensado dónde vas a vivir?

—Te aseguro que, en tu espectacular casa de Silicon Valley, no —le suelto con una risa mordaz.

—Vendrás al menos a conocer a Lucille y a los niños... —me dice en tono de reproche.

Cierro los ojos y me pinzo el puente de la nariz. Joder. Se me olvidaba que tengo una madrastra. Mejor dicho, otra madrastra. Creo que van tres. La diferencia, en esta ocasión, es que tengo dos hermanos mellizos que todavía no conozco. Ni siquiera sé qué edad tienen.

—Supongo que llegaré a San Francisco el viernes por la noche, para que me dé tiempo a establecerme —le digo con un suspiro—. Si me invitas a comer el domingo...

—Estás invitado —rezonga antes de colgar.

Ahí está, de nuevo, el sabor agridulce que me queda en la garganta cada vez que hablo con mi padre. Agrio, porque nunca se comportó conmigo como tal. Dulce, porque, al fin y al cabo, me alegra la idea de volver a verlo. Aunque no se lo merezca.

RUTA DE VIAJE

Lunes:
Nueva York. Salida a las 5 a.m.
Cleveland. Llegada a la 1 p.m. Comer y ruta.
Chicago. Llegada a las 7 p.m. Alojamiento.

Martes:
Chicago. Salida a las 5 a.m.
Des Moines. Llegada a las 10 a.m. Descanso y ruta.
Omaha. Llegada a las 2 p.m. Comer y ruta.
Cheyenne. Llegada a las 10 p.m. Alojamiento.

Miércoles:
Cheyenne. Salida a las 6 a.m.
Salt Lake City. Llegada a las 2 p.m. Comer. Alojamiento. Descanso. Subir al Ensign Peak y disfrutar del atardecer. Regreso al alojamiento.

Jueves:
Salt Lake City. Día para actividad física. Excursión al Cañón de Big Cottonwood. Ruta al Lake Blanche (11 kilómetros ida y vuelta). Alojamiento.

Viernes:
Salt Lake City. Salida a las 7 a.m. Ruta.
Reno. Llegada a las 4 p.m. Descanso. Ruta.
San Francisco. Llegada a las 8 p.m. Pedir llaves a la señora Wilson.

Sábado:
Instalarme en mi nueva casa.

Domingo:
De San Francisco a Silicon Valley. Sobrevivir a comida familiar.

Capítulo 2

Tristan

Viernes. Quinto día de ruta. Cerca de Elko, Nevada.

Esto era lo que necesitaba: una larga carretera, sujetar el volante con una sola mano, olvidarme del teléfono y saborear la soledad del paisaje desértico de Nevada. Hacía tanto tiempo que no conducía que todavía lo estoy disfrutando más. Es como saborear un bombón después de no haber catado chocolate durante años.

Apoyo la cabeza en el asiento y silbo durante unos minutos. No ha habido contratiempos ni he tenido que alterar la ruta, así que me lo tomo con toda la calma del mundo. Si ralentizo la marcha y llego demasiado tarde a San Francisco, solo tengo que hacer una noche más en Reno y llegar la mañana del sábado a mi destino. Cero prisas. Cero estrés.

No es que sea un tipo al que le guste planificar cada paso, pero atravesar once estados en pocos días conlleva sus riesgos. Y aunque me joda decirlo, no puedo desaprovechar la oportunidad que me ha ofrecido mi padre.

La carretera sigue recta, larga, interminable; hay momentos en los que parece que vaya a fundirse con el cielo y yo vaya a salir volando hasta él. El sol comienza a calentar y aprovecho para bajar la ventanilla y apoyar el brazo en ella. Saco unas gafas de sol del bolsillo de la camisa y me las pongo. Me miro en el espejo retrovisor interior y me ajusto el pañuelo que me sujeta el pelo.

Compongo una mueca al recordar las broncas de mi padre por llevar el cabello largo cuando era adolescente. Estoy deseando ver

su cara cuando compruebe que lo sigo llevando igual, sujeto con un pañuelo o con una banda elástica. Lo mantengo así porque me define, porque me gusta y... como un acto de rebeldía hacia él. Lo reconozco.

Recuerdo que, en mi época de jugador, mi forma de recogerme el pelo llegó a crear tendencia entre los jóvenes. Había incluso pañuelos con mi cara y bandas elásticas con mi firma para hacerse el mismo peinado. Cosas de la fama, que, como otras cosas buenas de la vida, tiende a ser efímera.

Hace varios minutos que no me cruzo con ningún vehículo, por eso entorno los ojos cuando distingo uno en la lejanía. Diría que está parado en el arcén. Sí, tiene toda la pinta de ser un vehículo averiado, aunque el conductor no se ha molestado en señalizarlo. Debe de pensar, con razón, que la carretera es lo suficientemente larga como para verlo a la distancia. El escaso tráfico también ayuda.

A esto me refería yo con los riesgos del camino. Un pinchazo o una avería inesperada son los mayores enemigos de una larga ruta en coche. Aminoro la marcha. Soy un buen tipo al que no le cuesta nada ofrecer un poco de ayuda. Conforme me voy acercando, trato de localizar al conductor, pero no lo veo desde mi posición. Decido detenerme detrás, aunque dejo el motor en marcha. No quiero sorpresas desagradables.

Me bajo del coche, todavía con las gafas de sol puestas, y me acerco al vehículo parado, que lleva un distintivo de alquiler. Cuando empiezo a creer que alguien lo ha abandonado, me encuentro con una mujer, sentada en una esquina del capó. Está inclinada sobre la pantalla del teléfono y parece absorta en lo que está mirando.

—¿Puedo ayudarte?

La chica se sobresalta y levanta la vista. Es joven. Calculo que unos cuatro o cinco años menos que yo. Viste unos vaqueros descoloridos y un top amarillo anudado al cuello. Lleva el largo cabello oscuro recogido en una coleta alta, y la brisa desliza mechones sueltos sobre su cara.

—No, gracias —responde en un tono seco—. Ya he llamado a la empresa de alquiler y me van a enviar una grúa.

Vuelve a centrarse en el móvil.

—Yo no me fiaría mucho de que vayan a llegar pronto —le digo—. En mi experiencia con empresas de alquiler de coches...

—No te he pedido tu opinión —me corta—, ni que me hables de tus experiencias. Puedes continuar tu camino.

Pongo las manos sobre las caderas y miro al cielo azul, que amenaza con un caluroso día de esta primavera atípica. Bajo la vista y emito un suspiro. Esta pobre chica parece que no contempla la posibilidad de que la dejen aquí tirada, en mitad de la nada, bajo un sol de justicia.

—¿Llevas agua, al menos? —le pregunto.

En su cara puede leerse perfectamente la respuesta negativa, aunque disimula con una mueca de «¿y a ti qué te importa?».

—Mira —le digo con paciencia—, no debería importarme, pero no puedo evitarlo. Va a hacer calor y, si no te funciona el coche, no tienes aire acondicionado. No llevas nada de beber y el próximo pueblo está a unas dos horas a pie. A no ser que prefieras atajar por el desierto...

—Me conozco la zona, señor navegador-mapa-hombre del tiempo —refunfuña—. Te repito que la empresa me ha confirmado que enviará una grúa.

—¿Te ha dicho cuándo? —inquiero jocoso.

Se encoge de hombros.

—Y yo qué sé.

—Te lo menciono porque, si te han dicho «hoy», se refieren a este día, con todas sus horas, hasta la medianoche. Y si ni siquiera han especificado eso, puede ser mañana...

Parece que la he hecho dudar, pero creo que, si insisto, me enviará a freír espárragos, estoy seguro. Así que, con toda mi tranquilidad, me dirijo a mi coche y apago el motor. Abro después el maletero y, de una pequeña nevera de viaje, extraigo dos cervezas frías. Cierro el portón y regreso junto a la chica.

—¿Te apetece?

Ella se gira con brusquedad y, al contemplar las latas envueltas en la humedad del frescor, sus ojos se abren como platos.

—¿Qué haces? —me pregunta confundida.

—Invitarte a una cerveza.

—¿A santo de qué? —inquiere.

Como respuesta, me siento en la otra esquina y abro mi bebida, con fuerza, para que suene el chasquido del líquido y rebose la espuma que me llevo a la boca.

—Porque voy a hacerte compañía mientras esperas la grúa. —Me limpio los labios con el dorso de la mano.

—¡¿Qué?! —exclama—. Estás de coña, ¿no?

—En absoluto. Estoy convencido de que te van a dejar tirada y no me quedaría tranquilo si me marchara. No me parece buena idea que te quedes aquí sola.

—¿Y crees que me siento más segura con un desconocido? —me pregunta con sorna.

Me llevo la mano al bolsillo trasero de los vaqueros y saco mi cartera.

—Toma. —Se la muestro y la dejo sobre el capó—. Echa un vistazo a mi documentación. Búscame en internet, si quieres. No tengo antecedentes, practico deporte y no fumo ni tomo drogas. —Tuerzo la boca—. Bebo solo cuando necesito olvidar.

Ella duda, pero no coge la cartera. Se baja del coche de un salto.

—No me interesa buscarte en ninguna parte —rezonga—. Pero tampoco necesito un guardaespaldas. Puedes largarte.

—No puedes echarme. —Me encojo de hombros, recojo mi cartera y le doy un trago a la cerveza—. Esto es un lugar público. Voy a quedarme por aquí un rato. Me apetece.

La chica, con un toque de frustración, acaba sonriendo.

—¿Siempre consigues lo que quieres, chico guapo?

—No. —Sonrío, en parte por el piropo y en parte por la pregunta —. No consigo lo que quiero la mayoría de las veces. Te lo puedo asegurar.

Une las manos y señala la lata con la barbilla. Se la lanzo y la atrapa al vuelo. Le da un tirón a la anilla y bebe con ansia.

—Me parece que ya empezabas a deshidratarte —le digo sonriente.

También se limpia la boca con la mano y me hace un gesto con el que me señala el rostro.

—Perdona, ¿podrías quitarte las gafas? No me gusta hablarle a alguien a quien no puedo ver los ojos.

Le hago caso. Me desprendo de las gafas y las guardo en el bolsillo de la camisa.

—¿Mejor así? —Le lanzo una media sonrisa que, incluso a mí, me provoca un cosquilleo en la boca del estómago. Es por mantener una especie de coqueteo con una chica, algo que no hago desde hace demasiado tiempo. En las grandes ciudades, cada vez es más difícil conocer a alguien de forma fortuita, entablar conversación mientras esperas en la cola, o que dos personas que coinciden a diario decidan presentarse. Todo es más directo, pero menos cercano: citas rápidas, aplicaciones, lugares de encuentro...

La joven de la coleta inclina la cabeza hacia un lado y me mira con un interés clínico.

—Unos ojos bonitos —señala—. Con el sol de cara, parecen dos esmeraldas refulgiendo en mitad de este maldito desierto.

—Vas a hacer que me ruborice. —Río.

Ahora que puedo verla sin el filtro de los cristales oscuros, aprecio mejor sus facciones. La verdad, es muy guapa. Frunzo el ceño, no obstante. Me asalta un chispazo de reconocimiento; como si la hubiera visto antes.

—¿Te conozco? —le pregunto.

—No tienes pinta de ser de por aquí. —Arquea una ceja.

—Viví en San Francisco hace muchos años.

—Yo vivo en Sacramento —me aclara—. ¿Has estado allí?

—Que yo recuerde, no.

—Entonces, dudo que nos hayamos visto antes —concluye.

La sigo observando unos instantes: ojos grandes y azules, boca generosa, cabello negro como la noche...

Joder, estoy describiendo a la mujer de la que estoy huyendo. La mujer que se me metió debajo de la piel hace cinco años, cuando su marido, mi mejor amigo, la abandonó. Fueron muchos momentos, días, años de consuelo, de apoyo y de cercanía, en los que estuve a punto de confesarle mis sentimientos, mis ganas y mi deseo por ella. Pero nunca me decidí. Y no lo hice porque sabía que no era recíproco. Aunque ella no me lo confesara, aunque nunca

mencionara que seguía enamorada de su ex. Esas cosas se saben, se entienden, se sienten.

Muevo la cabeza y suspiro. Ya va siendo hora de que la saque de mi corazón. No puede ser que crea conocer a cada chica que se le parece. Menuda estupidez.

—Tienes razón —le digo—. Simplemente, me recuerdas a alguien.

—¿A una antigua novia, ojos bonitos? —me suelta con ironía antes de darle un trago a su cerveza.

—Qué más quisiera yo —resoplo.

—Ah, un amor no correspondido, entonces.

Bebo lo que queda de mi bebida y arrugo la lata entre el puño, como si pudiese canalizar mi frustración a través del ensañamiento con el recipiente metálico.

—Vale, no he dicho nada. —Levanta las manos y une sus labios.

Me vuelvo a poner las gafas y le señalo el teléfono a la chica.

—¿Nada de la grúa, todavía?

—Nada. —Se encoge de hombros—. Si te cansas de esperar, o te entra hambre o sueño, ya sabes. Puedes largarte.

—Ni estoy cansado ni tengo sueño —le respondo—. En cuanto al hambre...

Me acerco de nuevo al maletero de mi coche y saco una bolsa de patatas fritas, unas galletas saladas y un par de chocolatinas. Se lo muestro todo a la desconocida.

—¿Un tentempié para pasar el rato? —le digo con una sonrisilla fanfarrona.

—Tu coche empieza a recordarme a la chistera de un mago. —Sonríe y saca un puñado de patatas de la bolsa que acabo de abrir y se las echa de golpe a la boca.

Mastico los aperitivos y empiezo a notar un par de gotas de sudor bajando por mi frente y mi nuca.

—Lo más sensato sería esperar en mi coche —le digo. Me paso el antebrazo por la sien para secarme el sudor—. Nos vamos a quemar como dos hamburguesas en una parrilla.

—Yo estoy bien aquí, chico de ciudad.

—Tristan —le digo—. Me llamo Tristan. Te informo, más que nada, para que no tengas que llamarme «chico de ciudad», «chico

guapo», «ojos bonitos»... —Sonrío—. ¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

La chica deja de comer, se lame el exceso de sal de los labios y se limpia las manos en los pantalones.

—May —responde tras unos segundos.

—¿Tal como suena? —le pregunto.

—Sí —responde—. Como el mes.

—Bien, May —le digo—. ¿Cuál es el plan? Llevamos esperando más de una hora desde que llegué.

Como respuesta, rodea el coche, se sienta en el suelo, en la parte de la sombra, y apoya la espalda en un neumático. Suspiro ruidosamente y me acomodo de la misma forma, dejándome caer en la rueda trasera. Tras un rato mirando el teléfono, jugueteo con un palo en la tierra y me llevo una brizna de hierba a la boca; empiezo a impacientarme.

—Oye, May, ¿por qué no das tu brazo a torcer y aceptas que no va a venir nadie?

—¿Y cuál sería tu solución? —pregunta con un deje mordaz—. ¿Sacar una grúa de tu maletero mágico?

—Ofrecerme a llevarte —le digo—. Has dicho que vives en Sacramento, ¿no? Pues me pilla de paso. Lo malo es que, a estas horas —miro la pantalla del teléfono—, no puedo seguir la ruta que me había marcado y llegar hasta Reno. Tendremos que hacer noche en el camino.

—¡Ah!, que ahora resulta que voy a tener que pasar la noche contigo —se queja.

Resoplo mientras me pongo en pie. Voy a tener que cambiar de estrategia.

—¿Sabes qué? Es tarde, estoy cansado y mañana tengo que estar en San Francisco, pasado con mi padre y el lunes en mi nuevo trabajo. —Me sacudo los pantalones, recojo las bolsas y las latas que hemos acumulado y me dirijo a mi coche—. Si te quieres venir, te vienes. Si no, quédate aquí y espera a tu maldita grúa hasta la semana que viene. A nadie le va a extrañar ver un esqueleto en el desierto. Quedaría muy... cinematográfico.

Me acomodo en el asiento del conductor y arranco el motor. De momento, la chica no aparece. Genial. La muy cabezota es capaz de

quedarse aquí con tal de llevarme la contraria. Giro el volante y me incorporo a la carretera, despacio. Sonrío al ver a la joven de la coleta abrir una de las puertas de su coche, sacar una mochila y echársela al hombro. Acelero.

—¡Eh! —Miro por el espejo retrovisor y la veo correr por el asfalto —. ¡Capullo! ¡Espera, joder! ¡No me dejes aquí!

Freno, haciendo chirriar los neumáticos, y me detengo. May abre la puerta del copiloto, entra en el coche y tira la mochila al asiento de atrás. Respira deprisa mientras me mira con cara de pocos amigos.

—¡Vale! —grita—. Tenías razón. No ha venido nadie.

Los tonos naranja del crepúsculo nos impactan en el rostro a través del parabrisas y entornamos los ojos.

—¿Adónde vamos? —refunfuña.

—Tendrás que confiar en mí.

—Cómo no —ironiza.

Sonrío, me pongo las gafas de sol y retomo la ruta.

Capítulo 3

Tristan

El pueblo en el que hacemos un alto en el camino es Winnemucca, una especie de oasis en mitad de las dunas del desierto y las montañas. Mientras repostaba en una gasolinera, reservé un par de habitaciones por internet en el hotel que tenemos ahora mismo frente a nosotros.

—Vaya, el mejor hotel de la zona. —May emite un silbido de admiración—. Parece que el chico guapo está forrado.

No respondo, porque, si lo hiciera, debería decirle que, por el precio que he pagado, no consigues en Nueva York ni un miserable trastero. Me limito a salir del coche, coger una de mis bolsas y ponerme una chaqueta. Es lo que tiene el clima de Nevada: te fríes de día y te congelas de noche.

Mi acompañante también se pone una sudadera y saca su mochila. Atravesamos las puertas del hotel y nos dirigimos a la recepción. Le muestro mi documentación al empleado y este me ofrece una llave de tarjeta.

—Perdone —le digo con el ceño fruncido—, pero acabo de reservar dos habitaciones. Hace como un par de horas.

—Debe de haber un error en la reserva —señala el hombre—, porque aquí constan dos personas, pero no dos habitaciones.

—¿En serio? —May rebufa—. ¿Te has montado este numerito para que me meta en tu habitación?

—¡Claro que no! —exclamo con indignación. Me dirijo de nuevo al recepcionista—. Mire, no entiendo qué ha podido pasar, pero necesitamos dos habitaciones.

—Me temo que solo nos queda una doble, señor.

Suelto una risotada irónica.

—Ni error ni hostias —le espeto—. Lo que ha pasado es que nos han colocado lo único que tenían en lugar de decir que no quedaban habitaciones.

El tipo, que parece que en lugar de sangre le corra sirope por las venas, se encoge de hombros y nos mira con toda su parsimonia. En este pueblo todo es así, lento, pausado, como si el aire pesara. Y, por lo visto, también las personas.

Me cuelgo la bolsa al hombro y doy un paso atrás.

—Vale, pues nos buscaremos otro hotel. He comprobado que hay un montón más.

—Dudo que encuentren nada libre —nos advierte el flemático empleado—. En estas fechas tiene lugar el festival de póquer del condado. —Nos hace un leve gesto con la cabeza hacia las mesas que se disponen en uno de los salones. La mayoría de ellas están ocupadas por jugadores—. No queda ni una habitación libre en todo el pueblo.

Le mantengo la mirada a May, que está resoplando.

—Genial —rezonga. Me muestra la palma de la mano—. Pues dame las llaves de tu coche. En cuanto me dé una ducha, me voy a dormir al asiento trasero.

—No vas a dormir en ningún coche. —Aferro la tarjeta que todavía permanece en el mostrador y se la ofrezco a la chica—. Toma, sube, te duchas y bajas. Luego subo yo.

—Y seguro que ahora viene lo de «tranquila, que yo dormiré en la alfombra» —se mofa.

—No pensaba decirte eso, pero también es una opción.

Ella sigue rebufando, pero acaba arrancándome la llave de la mano.

—De momento —gruñe—, voy a darme una ducha y a comer algo después. Ahora mismo estoy demasiado cansada y hambrienta como para pensar.

Sonrío mientras observo su expresión enfurruñada cuando se van cerrando las puertas del ascensor.

—¿Nos pueden preparar algo de comer? —le pregunto al recepcionista, que corre el riesgo de quedarse dormido encima del

móvil.

—A estas horas ya está cerrada la cocina del hotel —me informa sin levantar la vista de la pantalla—, pero si sigue ese pasillo, al fondo encontrará el bar. —Señala la dirección con el pulgar por encima de su hombro—. Supongo que podrán hacerles algo rápido.

—Gracias. —Resoplo.

Mientras espero a mi compañera accidental, me doy una vuelta por la planta baja del hotel. El sitio no está mal, espacioso y limpio, pero parece anclado en el tiempo. Y no me refiero solo a la decoración anticuada y oscura, sino al ambiente lento, como ralentizado. Incluso los jugadores de cartas actúan como si los relojes no existieran, pensando cada jugada durante largos minutos en los que nadie habla o se mueve. La canción de fondo también invita a moverse con lentitud. Reconozco *Watcha Say*, de Jason Derulo.

Encuentro el bar que me ha sugerido el empleado. Como suponía, abunda la madera oscura y escasea la luz. Solo veo a un camarero detrás de la barra limpiando unos vasos y a tres tipos bebiendo cerveza, cada uno en una punta del local. Todos parecen absortos en un partido de fútbol americano.

Antes de que me decida a pedir algo para cenar, la aparición de May me deja un instante sin habla. Se ha cambiado y lleva unos vaqueros más oscuros y un top blanco de tirantes que resalta su piel morena y su brillante cabellera oscura, ahora suelta. En realidad, toda ella refulge en medio de la deprimente oscuridad del bar.

—Tu turno. —Me ofrece la tarjeta de la habitación. Su cabello todavía está húmedo y llega hasta mí un dulce aroma a vainilla.

—Dudo que ese olor lo hayas conseguido con el jabón de cortesía —le digo precipitadamente para quitarme de la cabeza la imagen que mi mente se ha formado. Parece que mi cuerpo quiere hacer algo más que oler esa vainilla; desea comérsela.

La chica ríe, gesto que todavía me tensa más los pantalones.

—Llevo mi propio neceser —me aclara y se gira hacia la barra—. ¿Has pedido algo de comer? Estoy hambrienta.

—Estaba en ello —le digo.

—Ya me ocupo yo. —Se sube con soltura a uno de los taburetes y le hace una seña al camarero. El tipo aparece raudo y con una sonrisa plagada de dientes.

Pongo los ojos en blanco y voy en busca de la ducha que tanto necesito. En más de un sentido.

Duchado y cambiado, aparezco de nuevo en el bar. No hace falta que busque mucho con la mirada; May destaca como una brillante estrella en medio de un cielo nocturno Está comiendo; mientras mastica, se vuelve hacia mí, hace un gesto con la mano y sonríe. Me acerco y ocupo el taburete contiguo.

—Hola, chico guapo. —Termina de tragar, se pasa una servilleta de papel por los labios y me echa un descarado vistazo—. Ahora que estás limpito... más todavía.

Estoy acostumbrado a que las chicas me tiren los tejos. Desde que era un adolescente, las féminas nunca se han cortado a la hora de lanzarme piropos. Siempre he sido alto, físicamente llamativo, extrovertido y, para rematar el clavo, capitán del equipo de baloncesto. O lo que es lo mismo: del grupo de los populares del instituto. Si a eso le añades un descapotable y una tarjeta de crédito inagotable, la facilidad para ligar se multiplica por mil.

Y así siguió la cosa en mi etapa adulta. Podía tener a la mujer que me diera la gana. He roto muchos corazones y he recibido unos cuantos «¡que te den, gilipollas!» por no tomarme en serio ninguna relación. (Puede que el jodido karma se haya descojonado de mí al verme enamorado hasta las trancas de la única mujer que no quería nada conmigo.)

Y, a pesar de todo eso, el piropo de la desconocida de ojos azules me provoca un cosquilleo en el estómago.

—Te has quitado el pañuelo. —Sonríe y me toca el cabello—. Me gusta así, suelto.

—Está mojado y, si lo recojo, adquiere una forma extraña.

May no parece muy atenta a mi explicación.

—A ver cómo hueles... —Acerca su nariz a mi cuello y me roza el pelo. Se me eriza el vello de la nuca—. Hum, bastante bien. Una

mezcla de cítricos y especias. Interesante y fresco a la vez.

—¿Te dedicas a olfatear a desconocidos?

—No sé por qué, chico guapo, pero contigo la sensación es diferente. No te percibo como a un extraño. Es como si, más que conocerte, te hubiese encontrado.

—¿También te recuerdo a un amor platónico? —Arqueo una ceja.

—El amor platónico es un sentimiento idealizado. —Su expresión imperturbable le da un halo de misterio—. Prefiero las cosas tangibles y alcanzables. —Cambia su actitud distante por una sonrisa que se clava en partes demasiado bajas de mi cuerpo.

No soy primerizo en esto, así que, como otras veces, me limito a sonreír ante un mal disimulado acercamiento.

—¿Qué estás comiendo? —le pregunto.

—Oh. —Señala al camarero—. Steve me ha preparado una hamburguesa con queso para chuparse los dedos—. Le sonríe al aludido y él le devuelve el gesto.

—¿Ha quedado algo para mí?

El tal Steve planta otro bocadillo en la barra, sin apenas mirarme.

—Gracias. —Pongo los ojos en blanco.

No hay duda de que estamos hambrientos, porque nos zampamos la cena en un santiamén. Aunque no es hasta que pedimos una segunda cerveza cuando fluye algo de conversación. May se deja caer en la barra, apoyando la espalda y los codos en ella, y le da un trago a su botellín.

—Así que esta noche deberías haber llegado a San Francisco.

En la misma postura, me encojo de hombros y le doy también un trago a mi cerveza. Necesito refrescarme por dentro después de contemplar cómo se tensa su camiseta y le marca los pechos libres de sujetador.

—Todavía estoy a tiempo —le comento con la voz enronquecida.

—¿Para ese trabajo que te espera el lunes?

Arqueo una ceja.

—¿Me estás preguntando por mi ocupación? Lo digo porque, hasta hace unas pocas horas, no querías ni verme.

—Bueno. —Emite un suspiro—. No pretendo que nos contemos la vida. Con toda probabilidad, después de mañana no volveremos a

vernos. Pero, ya que estamos aquí, me has pagado un alojamiento y una cena, y piensas llevarme a Sacramento sin cobrarme la gasolina porque te sobra la pasta... me ha parecido de buena educación conversar un poco.

Sonrío.

—Soy entrenador de baloncesto —decido aclararle.

Ella suelta una carcajada con la que muestra sus dientes blancos y su garganta. Con uno de esos gestos inconscientes, se aparta un mechón de cabello que se le ha enredado en las pestañas. De nuevo, la imagen de otra mujer asalta mi mente. Trago saliva. La atracción que siento por esta desconocida tiene un motivo evidente: lo mucho que me recuerda a Evie.

—No podía ser de otra forma —señala en los vestigios de la risa—. Con esa altura... me esperaba algo así. He llevado a cabo mis propias cábalas sobre si serías jugador de fútbol americano, de hockey... Pero no, no eres tan ancho. Tienes cuerpo de jugador de baloncesto.

—Además de adivinar olores, reconoces tipos de cuerpos masculinos —bromeo.

—Se trata de ser observadora... en todo. —Me sigue el juego.

—Dejé de ser jugador hace años —le indico en mitad de las bromas—. Ahora me dedico a entrenar.

—¿Una lesión?

—De rodilla.

—Qué putada. —Le da un nuevo trago a la botella—. Yo soy periodista. ¿Lo habrías adivinado?

—No. —Río—. ¿Estás escribiendo un reportaje sobre la nefasta asistencia en carretera de las empresas de alquiler? —me guaseo.

Me saca la lengua.

—No, graciosillo. Escribo reportajes más interesantes.

—Seguro que sí. —Sonrío.

No le pregunto para qué medio trabaja, igual que ella no me ha preguntado a qué equipo voy a entrenar. Estamos sobrellevando bastante bien lo de hablar de nosotros sin contarnos nada.

—¿A qué habrías dicho que me dedico si no te lo hubiese chivado? —me pregunta.

—Pues... no sé...

—Vamos, ojos bonitos. Observa un poco.

Hago lo que me pide. Sé perfectamente que esto no es más que un juego; un excitante juego. Aun así, no logro deshacerme del estremecimiento que me recorre la piel cuando contemplo el rostro y el cuerpo de May, deslizando la mirada por cada hueco y cada detalle: sus ojos, llenos de misterio; su boca, tan apetecible que no puedo dejar de mirarla; su garganta, la curva de su cuello, sus pechos, sus manos finas. Ella, por su parte, espera mi respuesta con la cabeza ladeada y una sonrisa traviesa.

—Estás en forma —le digo con la voz ronca—. Podrías ser entrenadora también. O jugadora de algún deporte, digamos... ¿tenis?

—Así que tenista. —Ríe—. La verdad es que jugué a baloncesto en el instituto y en la universidad —confiesa.

—¿En serio?

—Y no se me daba nada mal, entrenador.

—Parece que tenemos más en común de lo que pensábamos. —Ambos le damos un trago a nuestras bebidas mientras no dejamos de observarnos por encima de las botellas.

—Antes mencionaste San Francisco, un nuevo trabajo y a tu padre, que te espera —me comenta, mirándome de soslayo, con cierta cautela.

Le hago un gesto al camarero con el dedo índice.

—Steve, por favor, dos cervezas más por aquí.

—¿Pretendes emborracharme? —me pregunta con expresión burlona. No obstante, se lleva el nuevo botellín a los labios.

—No. —Vuelco en mi garganta una buena cantidad de líquido espumoso—. Soy yo, que necesito beber para hablar de ciertos temas.

—Tienes razón. —Compone una mueca de disgusto—. Dejemos en paz a la familia.

Los siguientes minutos bebemos en silencio. Es un silencio cómodo, aunque soy consciente en todo momento de la presencia femenina que tengo a mi lado, de su olor y hasta de su respiración.

—Habrá que ir pensando en cómo nos vamos a organizar esta noche —me dice pasado el paréntesis—. La opción de que yo duerma en tu coche me sigue pareciendo buena.

—No tiene nada de buena —rezongo—. Tú dormirás en mi cama.

May parpadea y sonríe de forma burlona.

—¿Siempre eres tan directo?

—Me refería a la habitación. —Río, de todos modos—. Tú puedes dormir en la cama y yo en algún sofá de una de las salitas que conectan con la recepción. Les eché un vistazo antes y me han parecido cómodos.

—¿Junto a los reyes del póquer? —pregunta con sorna.

—Son silenciosos —bromeo—. Será fácil dormir con ellos.

La joven ríe y, un instante después, me sostiene la mirada con un punto de seriedad.

—Si te hago una pregunta, ¿serás sincero?

—Prefiero no responderte a mentirte —le aseguro.

—Vale. —Gira el taburete un cuarto de vuelta para quedar frente a mí. Deja la botella sobre la barra y se pasa la lengua por los labios —. ¿Has tenido algo que ver en este rollo de una sola habitación? ¿Pretendes darme pena por tener que pasar la noche junto a los vaqueros del póquer?

—Son dos preguntas —le digo. Deposito también el envase vacío sobre la barra y cruzo los brazos con una media sonrisa.

—No seas capullo —rezonga.

—Nooo —le aseguro con retintín—. Ni quiero darte pena ni he confabulado con el simpático recepcionista para que no queden habitaciones. Las cosas, a veces, suceden sin más.

—¿Te apetecería?

Directa y sin adornos fútiles. Podría hacerme el disimulado y decirle que no entiendo lo que me pregunta, pero ya no tengo edad para andar con esas chorradas. Sé a qué se refiere y, solo de pensar en ello, me arde la sangre.

—Si me estás poniendo el caramelo en la boca para luego quitármelo y descojonarte de mí...

El siguiente movimiento me pilla desprevenido, aunque no puedo decir que me sorprenda. May abre las piernas y tira de mi taburete

para que encaje en ella. Me aguanta la mirada con determinación y siento que me pierdo en esas profundidades azules.

—Mira, chico guapo. No creo que tengas que dormir en un sofá... y me da la impresión de que tú crees lo mismo.

Ella me está mirando la boca y yo no pierdo detalle de la suya. Posa su mano en mi rodilla y va ascendiendo por el muslo hasta que detengo su movimiento con mi propia mano. Enredo mis dedos entre los suyos y ella los cierra. Están suaves y calientes.

Mi corazón se acelera, lo mismo que la velocidad de la sangre en mis venas. Esto podría ser tan fácil como siempre: conecto con una chica, nos atraemos y nos vamos a su casa o a la mía para tener sexo esporádico. A la mañana siguiente, o ella o yo hemos desaparecido. Nombres olvidables, rostros borrados y cero complicaciones.

Pero hay algo en este caso que es diferente. May me recuerda demasiado a otra persona, al deseo tantas veces reprimido, al amor no correspondido que me ha consumido durante años.

Mientras ella sigue esperando, titubeo. Y lo hago porque mis reticencias luchan contra las ganas. Las ganas de vivir la fantasía de acostarme con Evie. O, en su defecto, con alguien que se parece a ella.

Puede que esté mal. Puede que sea una idea jodidamente mala. Pero ¿y qué? Aquí nadie está engañando a nadie ni haciéndole promesas inquebrantables. May y yo somos dos adultos que, a la vista está, tienen ganas de echar un polvo y despedirse en cuanto lleguen a Sacramento y sus caminos se bifurquen. Al fin y al cabo, quién sabe, a ella le puede apetecer acostarse conmigo por atracción instantánea o porque le recuerdo a su actor favorito. ¿Qué más dan las razones?

—También me apetece —le susurro.

Con la mano derecha le abarco la mejilla y la nuca y la atraigo hacia mí. Mis labios encuentran los suyos y, en cuanto se unen, nuestras pieles chisporrotean. Ella se aferra a mi camiseta y ladea la cabeza para acceder mejor a mi boca y poder introducir la lengua. Y las chispas estallan, en la garganta, en el pecho, entre las piernas.

May sabe a cerveza, a ganas, a sueños que se hacen realidad... aunque no sean reales; aunque solo sean un espejismo.

—Eh, vosotros dos —oigo decir muy bajito, como si alguien hubiese hablado a veinte metros de distancia—. Las habitaciones están en la planta de arriba.

Despegamos nuestras bocas y, cuando reconocemos la voz del camarero, los dos nos echamos a reír. Bajamos del taburete, nos cogemos de la mano y corremos hacia las escaleras.

Capítulo 4

Tristan

En nuestro recorrido apresurado por los pasillos, May ríe mientras tira de mí. Entre bromas y líos de manos, abrimos la puerta de la habitación y nos introducimos en el interior. La única luz proviene de una lamparita de lectura, pero no nos molestamos en encender nada más.

En cuanto comenzamos a besarnos, se acaban las risas. Devoro sus labios, su cuello y sus pechos por encima de la camiseta, que termina húmeda por las pasadas de mi lengua. Entre gemidos que me ponen a cien, la chica de los ojos azules se saca el top por la cabeza mientras yo me desprendo de la camiseta. Ambos nos lanzamos a abrazarnos y a comernos de nuevo la boca. Cuando percibo sus pezones en mi pecho desnudo, algo hace «¡clic!» dentro de mí. Es el interruptor que da rienda suelta a las ansias reprimidas, al deseo acumulado... y a la rabia. Sí, siento rabia, por la frustración, por la contención, por las veces que nunca fueron.

Y con esa ira, prácticamente estampo a May contra la pared. La mezcla de furia y deseo me excita tanto que apenas puedo pensar. Acaricio uno de sus pechos, me llevo el otro a la boca y, con la mano libre, desabrocho sus pantalones y busco su sexo, húmedo y palpitante. A ella no parece incomodarle mi arrebato, pues sigue gimiendo y mueve sus caderas contra mi mano.

Consumido por la locura de verla sin ropa, tiro con fuerza hacia abajo de los pantalones y se los saco por los pies, arrastrando las bragas y las zapatillas en el proceso. La cabeza comienza a darme vueltas y apenas puedo respirar al distinguir la silueta desnuda, el

cabello oscuro y la expresión de puro deseo. He soñado tantas veces con esto... He fantaseado tanto con tenerla así...

Como si ella en realidad estuviese aquí.

Con toda la rapidez de la que soy capaz, me saco la cartera del bolsillo de los vaqueros y extraigo un envoltorio azul. Mientras lo rasgo con los dientes, me abro el pantalón, aferro mi miembro y lo cubro con el preservativo. A continuación, agarro una pierna de May a la altura del muslo, la alzo y la coloco sobre mi cadera. Tanteo la entrada a su cuerpo y, con un solo movimiento, me introduzco en su interior.

—Oh, Dios, joder —murmuro cuando me siento rodeado por la humedad femenina. Cualquier palabra o imprecación me sirve con tal de no pronunciar la que más temo: Evie.

Su pensamiento me vuelve a enfurecer. Embisto a la chica, de pie, contra la pared, con los pantalones medio bajados. Ella se aferra a mis hombros para apoyarse, alzar la otra pierna y rodear mis caderas. Por instinto, la sujeto por la cintura y sigo embistiendo, una y otra vez, sin apenas reparar en los movimientos bruscos, en los choques de su espalda contra la pared, en los golpes de mi cuerpo contra el suyo.

Una puta locura.

Cuando la presión se instala en mis riñones, percibo las contracciones alrededor de mi miembro... y me dejo ir. El orgasmo me arrasa por dentro de la misma forma que la furia ha circulado por mis venas. Expulso un gemido bronco contra los pechos de la chica y, al tiempo que las oleadas remiten, trato de retomar el ritmo normal de mi respiración.

Alzo la vista y contemplo el rostro de May. Me siento aturdido, como si acabara de regresar a mi propio cuerpo tras un viaje ultrasónico. Ella afloja las piernas, posa los pies en el suelo y me retira de su interior. Yo todavía la abrazo por la cintura. Dejo caer mi frente en su cabeza y le doy un beso en el pelo.

—Perdona —le digo con voz ronca—. Yo... no suelo ser así...

—Eh, no pasa nada. —Me aparta de su rostro y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja—. Yo no me he quejado.

—Normalmente soy más generoso —le digo—, y más... delicado. Lo siento.

—Creo que he sido tu desahogo. Y no me refiero solo al sexo. —Se muerde el labio inferior—. He visto cierta rabia en tus bonitos ojos y te he servido para canalizarla.

—¿Vas a avergonzarme más? —Compongo una mueca.

—Nooo. —Ríe—. Si quieres quedarte más tranquilo, lo he pasado muy muy bien, chico guapo.

—Gracias. —Deslizo la yema del pulgar por su mejilla—. No te conozco, May, pero me pareces una chica increíble.

—Déjate de halagos y vayamos a la cama... a dormir. —Me da un empujón—. Mañana tienes que llevarme a Sacramento y luego seguir hasta San Francisco. Ya he retrasado un día la llegada a tu destino.

—Sí, será mejor que descansemos. Acomódate en la cama mientras me aseo.

Cuando salgo del baño, únicamente con unos bóxers, me encuentro a May dormida, bocabajo, con solo unas braguitas blancas. Su larga cabellera oscura se desparrama sobre la almohada y su espalda. Sonrío. Tengo que conformarme con un tercio de la cama porque ella ha ocupado el resto. Apoyo la cabeza en un cojín y contemplo la línea de su columna, su cabello y su mano aferrada a la sábana. Un hormigueo en los dedos me impulsa a tocarla, acercarme a ella y rodearla con el brazo. Tengo claro que es por el sentimiento de culpa que me asola desde mi absurdo arrebato. Pero cierro la mano en un puño y desisto. Ella no es más que una parada en mi ruta. Cuando nuestros caminos se separen, no volveré a saber de ella.

Mis ojos se abren de golpe. A pesar de haber programado la alarma del móvil, presiento que la tenue claridad que entra por la ventana anuncia el paso de las horas. Alargo el brazo hacia la mesilla, cojo el teléfono y desbloqueo la pantalla, que impacta en mi retina somnolienta. Son las seis de la mañana. Tengo que levantarme si quiero estar en San Francisco antes del mediodía.

Un peso sobre mi cuerpo me impide moverme. Es May, que, durante la noche, ha debido de acomodarse sobre mi hombro. Contemplo de reojo su oscuro cabello, que cubre mi brazo y parte de mi pecho. Su tibia respiración calienta mi costado, cerca de la axila.

Una ternura inesperada me impide despertarla. Con cuidado, aparto su cabeza y me voy deslizando entre las sábanas hasta que salgo de la cama. Me doy una ducha, me visto y cierro mi bolsa de viaje, ruidos y movimientos que no han sido suficientes para despertar a la chica. Tengo que acercarme a ella, que sigue durmiendo bocabajo, agarrarla del hombro y moverla.

—Eh, May, despierta. Hay que irse ya.

Ella gruñe, se despereza, se aparta el pelo de la cara y parpadea. Da la impresión de que necesita recordar y ubicarse.

—Estás en un hotel de Winnemucca —le digo—, estado de Nevada. Yo soy...

—Ya sé dónde estoy y quién eres —gruñe. Hace un último estiramiento y salta de la cama—. Necesito mi tiempo para empezar a moverme por las mañanas, eso es todo.

No puedo apartar la vista mientras se dirige al baño. Solo lleva unas braguitas que apenas le cubren el trasero y su brillante melena le cae desordenada por los hombros y la espalda. En cierto momento, gira medio cuerpo hacia mí y me lanza una sonrisa traviesa. Mis entrañas sufren un tirón al contemplar sus pechos, apenas cubiertos por un par de mechones de su cabello.

—Si no tuviéramos prisa, te sugeriría compartir la ducha. —Me guiña un ojo.

Sonrío.

—Ya me he duchado, gracias por la sugerencia.

—Ya lo veo. —Le da un repaso a mi rostro y se encierra en el baño. Ha debido de advertir que hoy he optado por recogerme el pelo con una banda elástica.

Todo lo que tarda en despertar lo compensa con la diligencia a la hora de ducharse, cambiarse y colgarse la mochila al hombro. Ha repetido la ropa que llevaba ayer, incluida la sudadera. A estas horas de la mañana, la temperatura todavía es fresca.

Paramos un momento en el bar, donde Steve nos sirve un café a cada uno y nos prepara otro par para llevar, unos bocadillos y cerveza y hielo para reponer en la nevera de viaje.

—Rumbo a Sacramento —le digo a May mientras se pone el cinturón. Arranco el motor y regreso a la Interestatal 80.

Las primeras tres horas de camino viajamos en silencio, dedicándonos a disfrutar de la elevación del sol sobre las montañas que nos rodean. Los valles que acompañan a la interminable carretera se van cubriendo con el velo dorado del nuevo día. Sobre las nueve de la mañana llegamos a Reno y aprovechamos para repostar, ir al baño y dar buena cuenta de las provisiones que nos quedan. Nos bebemos los cafés fríos apoyados en el capó de mi coche, desde un punto desde el que podemos contemplar «La ciudad pequeña más grande del mundo» y el contraste que supone ver la urbe plagada de casinos rodeada de desierto y a la sombra de Sierra Nevada.

—Te habrá resultado interesante hacer este largo viaje por carretera —comenta May, ya en el coche.

La miro de soslayo, con las gafas de sol.

—¿Cómo sabes que ha sido tan largo?

Ella se echa a reír.

—A pesar de tu cabello largo, tus pañuelos y tus diademas de chico rebelde, apestas a Gran Manzana.

—Oh, otro de tus interminables dones —bromeo—: distinguir procedencias. Pero esta vez tengo que corregirte, porque crecí en un pueblo de Connecticut.

—Lo que tú digas —sonríe—. Sigues atufando a Manhattan.

—Vale, lo reconozco. —Río—. He cruzado el país de punta a punta y me ha apetecido hacerlo por carretera. Ha sido entretenido. Estamos demasiado acostumbrados a coger aviones para no perder tiempo. Al final, las prisas y el ansia por querer hacerlo todo tan rápido nos impiden saborear muchos de los placeres de la vida.

—Además de guapo, rico y deportista, filósofo —bromea.

—Soy un partidazo —le digo también en tono burlón.

El teléfono de May vibra. Lee algún mensaje y responde con sus dedos ágiles.

—¿Es la grúa o la empresa de alquiler? —le pregunto.

—¿Qué? —murmura mientras escribe—. Oh, no, no. Nada que ver.

—¿No sabes nada de ellos? —insisto.

—Eh... sí, sí, claro. Me enviaron un correo electrónico esta mañana. Se lo llevaron a uno de sus talleres.

—Espero que no tengas ningún problema —le digo con preocupación—. Fui yo quien casi te obliga a irte y dejar el coche abandonado en mitad de la carretera.

—No, tranquilo. Todo está bien. No tengo que abonar nada.

—¿Te han dicho lo que tenía? —inquiero.

—No. Ni ganas de saberlo. No entiendo nada de mecánica.

—¿Puedo preguntarte qué hacías en mitad de la nada con un coche de alquiler?

—Sí, claro. —Se encoge de hombros—. Cosas de trabajo.

Puedo ver por el rabillo del ojo que sigue escribiendo en el teléfono. Observo su perfil. Después de comer, se recogió el pelo en una coleta y se puso una gorra negra, por lo que, en estos momentos, me recuerda menos que nunca a Evie. Mi amor frustrado, a pesar de ser mayor que May, es más discreta, más inocente, más tranquila. La chica que tengo al lado me parece más intrépida, más osada, más libre. Es cierto que ambas comparten color de ojos y de pelo, pero mientras que mi amiga posee una piel blanca e inmaculada, la desconocida luce un tono aceitunado y...

¿Qué demonios hago comparándolas? ¿Y por qué vuelvo a pensar en ella, maldita sea?

Lo que ha quedado más patente es que ninguno de los dos está por la labor de seguir hablando de nosotros. En nada llegaremos a nuestro destino y somos conscientes de que no vale la pena dar más explicaciones a un desconocido.

Cuando aparece ante nosotros el cartel que anuncia que hemos llegado a Sacramento, May estira el brazo hacia el asiento trasero para coger su mochila.

—Puedes dejarme aquí mismo.

—¿Vives en alguno de estos parques? —Arqueo las cejas—. Ya puestos, te dejo en tu casa. Tengo que atravesar igualmente la ciudad para retomar la interestatal...

—¡No! —exclama—. No... no hace falta, en serio. —Se quita el cinturón y se ajusta la mochila al hombro—. Déjame aquí mismo, por favor.

—Vale, como quieras —le digo ante su negativa.

Detengo el coche junto a la acera de una calle comercial. May abre la portezuela, se baja y la vuelve a cerrar.

—Adiós —digo con retintín ante su falta de despedida.

Antes de que pueda acelerar, un golpe en la ventanilla me sobresalta y me obliga a frenar. El rostro sonriente de May aparece burlón a mi izquierda. Acciono el elevalunas para bajar el cristal.

—¿Así pensabas que iba a marcharme, como una auténtica desagradecida?

—Puedes irte como quieras —le digo con una mueca torcida—. Aunque un «gracias» nunca viene mal.

Ella sonríe, se inclina y me da un beso en la mejilla. En este instante de cercanía, contemplo en sus ojos azules algo que no había visto hasta ahora: cierto resquicio de vulnerabilidad, como si la chica segura y decidida no lo fuera tanto. Un inesperado pesar por dejarla marchar me pilla desprevenido.

—Gracias por todo, ojos bonitos. Espero que te vaya bien en tu nueva vida.

Se toca la visera de la gorra en un gesto de saludo, se da la vuelta y se aleja por la abarrotada acera. Durante varios minutos, mantengo la mirada en la gente y en el hueco vacío que ha dejado May, como si pretendiera grabar su última imagen en mi retina.

Una hora y media después, llego a mi destino: San Francisco.

Capítulo 5

Chiara

Desciendo del autobús y camino los tres minutos que separan la parada de mi casa, en Sacramento. Al llegar a mi domicilio, me detengo un momento en la acera de enfrente, con los brazos caídos y las uñas arañando mis pantalones. Cojo aire y lo suelto. Contemplar este lugar siempre me produce sentimientos contradictorios. La fachada está desconchada y las contraventanas golpean cuando hace viento, pero hay dos macetas con lirios blancos en el alféizar. Deseo atravesar la puerta para encontrarme con personas a las que quiero, pero también me gustaría darme media vuelta y salir corriendo para no enfrentarme a la parte más difícil, más dura.

Como siempre, gana la parte positiva.

Cruzo la calle, subo los tres peldaños desgastados que llevan al porche y aparto la mosquitera, que chirría al abrirla. Entro, me quito las zapatillas en el pequeño vestíbulo y dejo la mochila en el suelo. En los pocos metros que camino descalza hasta la cocina, inspiro con placer. El aroma que se adentra en mis fosas nasales es el más maravilloso del mundo. Huele a lugar bonito.

Me asomo, sonrío y me lanzo sobre la mujer que prepara la cena.

—*Ciao,nonna!*

Ella, concentrada como estaba, da un respingo y se da la vuelta.

—¡Chiara! —Me abraza—.*Mia cara*...

Me deleito en la sensación confortable que me ofrece el cuerpo de mi abuela, la tibieza, el olor a amor, a hogar y a seguridad. Y, cómo no, a deliciosa comida.

—¡Estás haciendo *pizza*! —exclamo. Sin separarme de ella, alargo el brazo, meto el dedo en la salsa y me lo llevo a la boca—. Dios, qué puta maravilla.

—¡Chiara May Monroe! —Me da un manotazo en el brazo que me deja la marca roja en la piel—. ¡No seas malhablada!

—¡Ay, *nonna*! —Me rasco la zona enrojecida—. Cuando te sale el temperamento italiano...

Mi abuela cruza los brazos sobre el delantal.

—Tú también tienes sangre italiana en las venas —me espeta indignada—. Al menos, en una cuarta parte. Y, por lo que yo sé, también tienes carácter.

Mi abuela dejó Italia junto a su madre y un hermano con la ilusión de empezar una nueva vida en Estados Unidos; una historia como la de muchos otros emigrantes que solo buscan una oportunidad. Poco después conoció a mi abuelo, Jack, en la fábrica en la que ambos trabajaban. Se casaron y, dos años más tarde, tuvieron una hija.

Esta podría ser una bonita historia, de esas que calientan el alma. Y lo es, aunque sin final feliz. Porque mi abuela se quedó viuda muy joven, y lo mismo le pasó a mi madre treinta años después. Tanto mi abuelo como mi padre dejaron a sus mujeres con una niña pequeña. Una especie de maldición, según mi *nonna*. Yo le digo que, si le sirve de algo, no pienso casarme. Así, aunque no crea en terribles maldiciones, evito el riesgo. Pero ella contraataca diciéndome que el amor no puede evitarse, que te enamoras de quien menos esperas y que no se puede huir de los sentimientos.

Puede que tenga razón; no lo niego. Aunque mi respuesta suele ser que a veces te enamoras de quien menos te conviene. Ahí ya hago callar a mi abuela.

—Vaaale, perdona. —Compongo un exagerado puchero—. Es que hacía tiempo que no hacías una de estas tan ricas.

—Porque hacía tiempo que no tenía la despensa tan llena. —Me dedica una expresión de ternura—. Gracias por ese dinero que te han adelantado en tu nuevo trabajo.

—Y más que voy a traer. —Le doy un sonoro beso en la mejilla—. Y dime, ¿qué le queda a este manjar?

—La masa se está horneando. —Se pone de nuevo frente a la encimera y me muestra la mezcla que está preparando—. Voy a terminar la salsa.

Contemplo embelesada las ajadas manos de mi abuela, troceando la albahaca fresca, añadiendo orégano y mezclándolo todo con los tomates que ya ha pelado y partido. Lo pone a hervir a fuego lento y, de inmediato, la cocina se impregna del aroma de mis ancestros italianos.

Pero no todo es alegría en esta casa. La pregunta que está bailando en mis labios desde que entré no puede demorarse más.

—¿Cómo está hoy, *nonna*?

La mujer mueve la cabeza y frunce los labios sin dejar de remover la salsa.

—Tiene uno de esos días eufóricos en los que no sabes por dónde te va a salir —me explica—. Los antidepresivos la han animado y le ha dado por renovar su dormitorio, cambiar trastos de sitio y cosas así. Cuando menos lo esperemos, le dará el bajón y dormirá durante horas. —Suspira de forma entrecortada—. Al menos, durante ese tiempo no se interesa por el alcohol...

—Habrás vuelto a revisar la casa...

—¡Claro! ¿Qué te piensas? A cada momento inspecciono armarios y miro hasta en la cisterna del váter. De momento, no hay botellas; algo es algo.

—¡Chiara, Chiara!

Aquí viene la otra parte bonita de este lugar: Rain, mi hermana. Tiene siete años y corre hacia mí ondeando su larga coleta rubia.

—¡Mi pequeñaja! —grito. Me agacho y abro los brazos para recibir el impacto de su cuerpecillo.

—¡Ha llegado el equipo de patinaje! —Aferra mi mano con fuerza y tira de mí hasta una caja depositada sobre una silla. Sus ojos celestes le cubren casi toda la cara y desprenden un brillo radiante —. ¡Mira! —Abre las solapas de cartón y muestra el contenido—. ¡Los patines, el casco y los guantes! ¡Ya lo tengo todo!

—¿De verdad? —Tomo el casco, de color rosa, entre las manos—. ¡Anda, qué chulo!

Miro de soslayo a mi abuela. Está sonriendo porque sabe que fui yo quien lo pidió... y lo pagó.

—¡Sí! —grita—. Pero la señorita Clark me ha dicho que todavía no hemos pagado la matrícula y que el plazo termina en octubre.

La señorita Clark es la profesora del ciclo inicial de la Escuela de Patinaje Artístico de Sacramento. Hace unos meses le pedí que le hiciera una prueba a Rain, porque lleva patinando desde los tres años y los patines son ya como una extensión de sus pies. La profesora quedó alucinada por la soltura de mi hermana en la pista de hielo y le auguró un futuro prometedor. Sobra decir que ese es el sueño de Rain: llegar a competir algún día.

Pero para eso, como para tantas cosas en la vida, hace falta dinero.

Me arrodillo frente a mi hermana. Me duele el pecho de puro amor cuando contemplo su carita inocente, sus ojos azul cielo y el largo y liso cabello rubio. Apenas nos parecemos. Supongo que la genética se tomó el capricho de otorgarle a ella los rasgos de su padre, y a mí, del mío. De nuestra madre solo heredamos la forma de la boca y las manos finas y delgadas.

—Te aseguro que, en octubre, tendrás pagada la matrícula. —La aferro por los hombros—. Vas a dejarlos a todos tan flipados que acabarás patinando con los mayores, ya verás.

Ella ríe, satisfecha. Le doy la vuelta para ponerla en dirección a su habitación.

—Pero ahora, pequeñaja... a hacer los deberes. ¿Has terminado la redacción sobre la primavera?

—¡Todavía no! —exclama—. ¡La haré mañana!

—No se espera al último día para hacer las cosas, *signorina*.

—Haces como la abuela —se queja con un bufido—. Dices cosas en italiano cuando estás enfadada.

—Pues procura no enfadarnos. —La empujo suavemente—. Anda, ve a tu habitación.

—¡Pero haré la tarea mañana! —Desaparece corriendo por el pasillo entre risas.

—No hagas promesas que no puedas cumplir —me dice mi abuela, que ya ha sacado la masa del horno y ha comenzado a verter la

salsa de tomate sobre ella.

—La voy a cumplir, *nonna* —le digo—. Y mataré dos pájaros de un tiro.

—¿Todavía sigues con eso?

La madre de mi madre se limpia las manos en el delantal y se sienta en una silla de madera, tan desgastada que ha perdido todo el barniz, lo mismo que le ocurre al resto de los muebles. Yo la acompaño y me siento frente a ella.

—Ahora más que nunca, abuela.

—¿Para eso era el viaje? —Clava sus profundos ojos castaños en los míos—. Y no me mientas, jovencita.

—Nunca te he mentido —le aseguro—. Y no tengo problema en decirte que sí, que el viaje tenía un objetivo.

—¿Y el trabajo?

—Ya te lo he explicado. —Apoyo los brazos en la mesa—. El redactor jefe del *Sacramento Flight* me ha dado un mes de prueba. Si le llevo un buen reportaje deportivo, me contratará y tendré mi espacio en la sección de deportes y sueldo fijo. Además de un extra por cada publicación digital que obtenga un mínimo de visitas.

—Vale, vale —rezonga—. No entiendo mucho de eso de las visitas, pero intuyo que es algo bueno.

—¡Sí! —Le agarro las manos por encima de la mesa—. Llevo años luchando por esto, ¿entiendes? En estos tiempos, la cosa está complicada para los periodistas, y mucho más para una mujer en el ámbito deportivo. Pero estoy segura de que, con lo que tengo en mente, voy a destacar. ¡Va a ser un reportaje que estará en boca de todos!

—¿Te refieres a eso con «matar dos pájaros de un tiro»? —Alza una ceja, gris como su pelo corto.

—Sí. —Elevo la barbilla—. Necesitamos dinero, eso es más que evidente. Con tu pensión y mis trabajos precarios, no nos llega, *nonna*. Casi todo se lo come el tratamiento médico de mamá...

—Lo sé, lo sé, *cara*. Pero no me entra en la cabeza que tengas que andar por ahí de vengadora.

—Si te refieres a sacarle el dinero a quien dejó a tu hija hecha una mierda...

Mi abuela me sacude las manos con un viejo trapo de cocina que restalla como un látigo.

—¡Ay! —Me chupo los dedos que han recibido el impacto—. ¡Deja de sacudirme cada vez que suelto un taco! ¡Es parte de mi temperamento italiano! ¡Anda que no sois malhablados vosotros!

—Pero tú eres mi nieta y te he educado para que no seas así —gruñe—. A lo que íbamos. ¿Lo has visto?

Unos ojos verdes y una sonrisa preciosa aparecen en mi mente. Sacudo la cabeza. Ya no soy una adolescente enamorada. Ahora soy una mujer que sabe lo que quiere. Y lo que más desea es joder al hombre que le jodió la vida. (Sí, aprovecho para decir palabrotas en la intimidad de mis pensamientos, donde ninguna anciana italiana con carácter va a soltarme un tortazo.)

—Sí, lo he visto —rezongo.

Mi abuela está al día de todos mis planes, lo que no quiere decir que esté de acuerdo. Por eso ni se me ocurre contarle el «acercamiento» que hubo con Tristan. Ese detalle me lo guardo para mí y es algo que quedará entre él y yo... de momento.

—¿Y? —inquiere expectante.

—Pues nada —le digo con indiferencia—. Solo tenía que asegurarme de que vendría, tal como me indicó el malnacido de su padre. —Levanto con rapidez la mano para detener un posible ataque de mi abuela—. Sabes que se merece esa palabra... y muchas otras peores.

—Vale, esta te la dejo pasar —gruñe—. Cuéntame cómo te ha ido con el chico.

—Bien... O sea... Ahora sé que está aquí y que ya puedo volver a ponerme en contacto con el innombrable.

La bilis se me sube a la garganta al pensar en él.

—Pero ¿habéis hablado de algo...?

—Sí, más o menos. —Evito los escrutadores ojos de mi abuela.

—¿Y qué te ha parecido? —me interroga.

—Pues como siempre, un ricachón hijo de papá —gruño—: «Soy guapo, tengo pasta y me las ligo a todas».

Mi *nonna* entorna los ojos y me mira con una chispa de suspicacia.

—A ti también, que yo recuerde.

—¿Hablamos de lo importante? —refunfuño.

—Vale —rezonga—. ¿Y ahora qué?

—Que uniremos trabajo digno, dinero y un poco de venganza. La cosa no se nos ha podido poner más de cara.

Mi abuela chasquea la lengua.

—No me gusta esto, Chiara. No me gusta nada. Tú no eres así.

—Claro —me quejo—. Me iba mucho mejor siendo una cría tonta a la que nadie hacía caso. Pues eso ha cambiado.

—Me preocupas, *cara*. —Mi abuela me coge la mano y suspira—. Por mi hija moriré, si es necesario. Pero ahora mismo mi mayor orgullo y mi motivo para luchar sois tú y tu hermana. Os adoro, y ojalá pudiera seguir cuidando de vosotras.

—Tú ya nos has dado mucho, *nonna*. Has hecho de madre para las tres. Ahora me toca a mí cuidar de la familia. —Le aprieto la mano —. Por favor, confía en mí. Mamá tendrá su tratamiento, Rain podrá seguir con su sueño de ser patinadora y tú tendrás la paz que te mereces.

—¿Y tú? —me pregunta con un asomo de tristeza—. ¿Qué pasará contigo después de cargar con tanta responsabilidad?

—Que me quedará una satisfacción de putísima madre.

Antes de que mi abuela me suelte un sopapo, me levanto de la silla y salgo a toda prisa de la cocina entre carcajadas. En el salón me tropiezo con Rain, que lleva puesta una especie de camisa vieja llena de pintura.

—¡Chiara, ven! —Tira de mi mano hasta la habitación de mi madre —. ¡Estoy ayudando a mamá! ¡Mira lo que estamos haciendo!

Me dejo llevar y me detengo en el umbral de la puerta. Se me hincha el pecho al contemplar la sonrisa y la euforia de mi madre. Sé perfectamente que no es más que un espejismo, pero después de años de verla en la cama, sin salir apenas de casa, sin reír y sin vivir... bienvenido sea cualquier momento de felicidad para ella.

—¡Chiara, cielo! ¿Qué te parece?

Lleva un pañuelo en la cabeza y una bata manchada de pegotes de color verde claro.

—Un poco estridente, pero me gusta. —Sonrío, a pesar del nudo en la garganta.

—Estaba harta de colores neutros —me dice mientras suelta el rodillo en la lata—. A partir de ahora, solo quiero verme rodeada de cosas alegres. Y el color verde es alegre. ¿A que sí, Rain?

—¡Me gusta el verde! —exclama mi hermana, que da brochazos aquí y allá.

Me acerco a mi madre y la abrazo. Me es imposible aguantarme las lágrimas, porque son muchos los años viviendo su sufrimiento. Primero murió su marido, mi padre. Después conoció al amor de su vida, el hombre que la abandonó por otra y que la hizo caer en el pozo de la depresión, una enfermedad horrible que solo supo aplacar con alcohol. Tuvo un nuevo intento de rehacer su vida con un tercer hombre, el padre de Rain. Pero el tipo, en cuanto la vio borracha un par de veces, se largó en plena noche como una rata cobarde y nunca más supimos de él. Ojalá arda en el infierno por haber hundido a mi madre aún más al fondo del pozo.

—Qué feliz me hace verte contenta —le susurro.

Ella me aparta, me sonríe y me limpia una lágrima con la yema del pulgar.

—No llores, cariño. —Me señala un rodillo—. ¿Quieres ayudar? Creo que tengo por ahí camisetas viejas.

—Sí —le digo entre risas y lágrimas—. Vamos a pintar las tres.

Me cubro con la prenda raída, cojo el rodillo, lo empapo de pintura y lo hago rodar por la pared. Un instante después siento una salpicadura húmeda en la mejilla. Me vuelvo y me encuentro con la expresión pícara de mamá.

—Te vas a enterar —le digo.

Le paso el rodillo por el pelo, ella grita y yo río. Rain se suma a la guerra verde y nos pasa la brocha a las dos por la cara. Desde la puerta, la abuela nos contempla con una sonrisa de quien quiere disfrutar de un instante que sabe que no durará.

Capítulo 6

Tristan

San Francisco fue el escenario de mi más tierna infancia, cuando mi madre aún vivía, mi padre se comportaba como tal y se nos podía considerar una familia. Sigo atesorando recuerdos dulces de aquella etapa, aunque cuando solo tenía diez años, mamá murió y mi vida dio un vuelco. Ya no habría más juegos ni excursiones familiares. El concepto de «familia» se había acabado para mí, porque no solo me quedé sin madre. Mi padre decidió que, a partir de entonces, yo ya estaba bien con niñeras y él haciendo dinero y coleccionando esposas. Nos mudamos a Connecticut y allí crecí, rodeado de opulencia, pero sin el más mínimo apego familiar. Gracias al baloncesto y a mis amigos, puedo decir que, al menos, mi adolescencia y juventud fueron relativamente felices.

Encontrarme de nuevo en esta ciudad es como revivir un poco aquellos primeros años de mi infancia. Por eso he elegido Pacific Heights para alquilar una casa, el barrio en el que vivimos antiguamente los Clayton. Aquí, además de recuerdos, obtengo una hermosa panorámica de casas victorianas, del Golden Gate y del cielo en su tono más espectacular.

Ya estoy frente a la entrada de la vivienda, una bonita construcción de color malva, con ventanas y balaustradas blancas. No es de las más lujosas, pero está en una calle tranquila y sé que las vistas serán inmejorables: un parque cubierto de césped y árboles desde la fachada y el mar desde la parte trasera.

Toco el timbre y me abre la puerta una mujer menuda de aspecto afable, de unos sesenta años, con el cabello totalmente blanco.

Lleva un vestido oscuro de florecillas y un delantal de cuadros naranjas y blancos.

—¿La señora Wilson? —pregunto.

—La misma. —Me sonríe y me da la mano—. Usted debe de ser el señor Clayton.

—Tristan, por favor. —Correspondo al saludo.

—Ya veremos más adelante —rezonga alegremente mientras cierra —. Pase, pase —me dice—. Le enseñaré la casa en un momento.

Accedo al vestíbulo, un espacio pequeño que ya anuncia calidez y armonía, con un ramo de flores frescas sobre una consola y un suelo de madera cubierto de alfombras estampadas en granate y verde.

—Lamento llegar un día más tarde de lo acordado —me disculpo.

—Oh, no pasa nada. —Barre el aire con la mano—. La cena que le preparé ayer sigue en el frigorífico. Y yo vivo cerca de aquí.

—Una cena casera. —Sonrío—. Ya me tiene usted ganado, señora Wilson.

—Puede llamarme Rita.

—Cuando usted me llame Tristan.

La mujer suelta una risilla y camina delante de mí con pasos cortos y rápidos.

—A su izquierda tiene la cocina y, a la derecha, el salón y el comedor. Hay un baño al final del pasillo.

Me sorprendo gratamente al descubrir una cocina espaciosa, rodeada de ventanas y con unos muebles de color crema que, aunque algo antiguos, le dan un toque hogareño. Lo mismo me sucede con las otras estancias, donde los suelos siguen cubiertos de alfombras, hay molduras en los techos y grandes ventanales adornados con cortinas blancas. Las alacenas, los sofás y las mesas también son de colores claros.

—Aunque ya sea tarde y no pueda apreciarlo —comenta la señora Wilson mientras sube las escaleras alfombradas y se agarra a la baranda blanca de madera—, es una casa muy luminosa.

En la planta superior hay dos dormitorios con baño y una biblioteca con función de despacho. Se respira calma, comodidad e historia, una combinación que me parece perfecta para desconectar de los nervios y la adrenalina de los partidos. Además, desde el

dormitorio principal, sobrio pero funcional, se puede contemplar la bahía.

—Y esto es todo, señor Clayton. —La mujer saca dos juegos de llaves del bolsillo del delantal—. Tenga, los dos para usted. El administrador tiene otra copia y yo, otra, por supuesto. Vendré cada día y me encargaré de la limpieza, de la colada y de dejarle preparadas comida o cena, según me indique usted sus horarios. Las únicas normas de la casa son: prohibido fumar en el interior, respetar el descanso de los vecinos y avisar de cualquier deterioro del inmueble para que pueda ser reparado o sustituido. ¿Alguna pregunta?

—No —sonrío—; me ha quedado todo bastante claro.

—Cualquier cosa —comenta mientras se quita el delantal, lo dobla y lo introduce en el bolso—, nos comunicamos por teléfono. O puede usted dejarme una nota en el panel de la cocina, junto al frigorífico.

—Perfecto.

Baja las escaleras con sorprendente agilidad y abre la puerta de entrada.

—Ya es de noche, señora Wilson —le digo al contemplar el tono oscuro del cielo y las luces de la calle encendidas—. ¿Quiere que la acompañe?

—Oh, no es necesario, gracias. —Me señala el coche que hay aparcado junto al bordillo—. Viene a buscarme mi hijo. —Levanta un brazo como saludo sin dejar de caminar—. ¡Un placer, señor Clayton! ¡Hasta mañana!

—Hasta mañana —murmuro mientras veo alejarse el coche.

Sonrío y muevo la cabeza tras el torbellino que la mujer ha dejado tras de sí.

Las siguientes horas las paso sacando las maletas del coche, colocando mi ropa y mis cosas y haciéndome a la idea de que voy a vivir aquí. Ah, y mentalizándome de que mañana voy a ver a mi padre después de mucho tiempo.

Nunca me había parado a pensar en la fortuna que debe de poseer mi padre hasta que me adentro en Silicon Valley, conocido en todo el

mundo por albergar las empresas tecnológicas más influyentes del planeta. Precisamente, Aaron Clayton es el CEO de Clay Systems, la empresa de hardware que trabaja para gigantes como Apple, Meta o Microsoft.

Una roca enclavada en un cuidado jardín me indica que ya estoy en Los Altos Hills, una comunidad muy exclusiva, con restaurantes, tiendas y, por supuesto, casas de lujo, donde residen familias adineradas o jubilados, por lo que el ambiente resulta tranquilo y elegante.

El navegador me lleva hasta una gran verja metálica que se abre de forma automática cuando me identifico frente a la cámara. Ante mí se extiende un camino enlosado, bordeado de palmeras y arbustos perfectamente recortados, y que termina bifurcado frente a una casa palaciega que me deja sin palabras.

Pasé mi adolescencia y juventud en una casa que podía considerarse una mansión, pero esto... es otro nivel. Me esperaba la exclusividad del lugar, las dimensiones de la vivienda o los cuidados jardines. Lo que no había imaginado era la elegancia del edificio ni la extensión del terreno y del bosque que lo rodeaban.

Salgo del coche, todavía con las gafas de sol puestas para protegerme de los rayos del mediodía. Mientras me voy acercando, contemplo la extraordinaria construcción, las arcadas, las columnas y las grandes vidrieras. Se respira paz en un silencio únicamente alterado por los cantos de los pájaros y el sonido de los saltos de agua.

Subo cinco escalones y, sin que tenga que tocar el timbre, una mujer con uniforme de servicio me abre la enorme puerta de forja y cristal.

—Bienvenido, señor Clayton —me dice al tiempo que se hace a un lado para dejarme pasar—. El señor está ocupado, pero la señora vendrá a recibirle en un minuto.

—Gracias —le digo al tiempo que me quito las gafas. Ella me hace un gesto de asentimiento y desaparece en silencio.

El tiempo que permanezco solo me dedico a observar el espacio que me rodea. Me encuentro en un impresionante vestíbulo, claro y luminoso, con suelos de mármol, una gran lámpara de cristal y, lo

más llamativo, una escalera doble que lleva a la planta superior. En la decoración se intuyen una elegancia y un gusto exquisito.

—Tú debes de ser Tristan.

Una voz femenina me hace darme la vuelta. Titubeo un instante.

—Y tú debes de ser Lucille.

—La misma. —Sonríe, se acerca hasta mí, me aferra suavemente por los hombros y me da dos besos. La miro, aturdido—. ¿Ocurre algo? —me pregunta inclinando hacia un lado la cabeza.

Podría decirle que me esperaba a una chica más joven o a una antigua modelo siliconada, ciertos prototipos de pareja que tendría un millonario de cincuenta y siete años. O que me ha sorprendido encontrarme con una mujer de más de cuarenta, de rostro afable, sencilla, tanto físicamente como en su trato. Viste unos vaqueros, una blusa blanca y unas deportivas del mismo color, y lleva el cabello castaño recogido en una coleta.

Pero no soy tan directo.

—Te esperaba diferente —le digo con una sonrisa.

Ella alza una ceja.

—¿Te refieres a más joven, operada, vestida de Dior...?

—Un poco de todo eso. —Desvío la mirada al suelo para disimular mi vergüenza.

—Tranquilo —me dice con un punto de diversión—. Creo que deberíamos habernos conocido antes, aunque, por tu apreciación, me parece que tampoco conoces mucho a tu padre.

—Es difícil conocer a tu padre si lo tienes siempre a miles de kilómetros.

La mujer suspira.

—Lo siento —le digo—. No he venido para recriminar nada, y mucho menos a ti.

—Está en una reunión por videollamada, pero no tardará. Ya sabes que es...

—Un hombre muy ocupado. —Muestro una sonrisa torcida—. Me suena.

—Estábamos deseando verte, te lo puedo asegurar. —Me señala una cristalera abierta que da al exterior. De camino pasamos por una serie de ventanas francesas que dan a una piscina interior rodeada

de plantas y estatuas, todo bajo una cúpula de cristal—. Perdona, es que tengo a los niños aquí fuera, que andan como locos porque van a conocer a su hermano. Hace rato que no se oye nada y no me fío ni un pelo. —Ríe.

Salimos al jardín trasero y, de inmediato, nos asalta un coro de voces y risas.

—¿Ves? —Lucille hace una mueca—. Si hay ruido, me quedo más tranquila.

Como surgidos de la nada, me rodean dos críos, tan iguales que creo que es uno solo moviéndose demasiado rápido.

—¡Hola, hola, hola! —me saludan.

—¿Eres nuestro hermano? —me pregunta uno de ellos.

—¿Te vas a venir a vivir con nosotros? —inquiere el otro.

—Vale, vale —los aplaca su madre—. Vais a conseguir que se vaya espantado.

Los niños se tranquilizan, se quedan quietos y se llevan las manos a la espalda. Parecen dos figurines idénticos.

—En primer lugar —les digo—, decidme cómo os llamáis.

—Yo soy Lucas —responde uno de ellos.

—Yo, Dylan —dice el otro.

—Chicos... —La madre los mira con severidad.

—Bueno, vale, es al revés —señala el primero—. Yo soy Dylan y él es Lucas.

No llevo ni dos minutos con ellos y ya me estoy volviendo loco. Sin embargo, cuando me agacho para ponerme a su altura y me encuentro con dos cabezas rubias y dos pares de ojos celestes, una emoción desconocida me sacude el pecho. Estos pequeños tan iguales son mis hermanos; y nunca había experimentado un sentimiento fraternal tan intenso. He querido a amigos, pero esto es diferente. Después de amar a mi madre, no imaginaba que pudiese sentir algo tan parecido, mucho menos por dos desconocidos. Va a resultar que eso de «la llamada de la sangre» existe.

—Encantado, chicos. Yo soy Tristan.

—¿Por qué llevas el pelo largo? —pregunta el que creo que es Dylan.

Me paso los dedos por los mechones que apenas me llegan a los hombros. Hoy no me lo he recogido. Sin ser consciente, creo que lo he hecho para molestar a mi padre.

—No se hacen ese tipo de preguntas, Dylan —lo reprende su madre.

—No importa —le digo sin dejar de mirar a los críos—. Lo llevo así porque me gusta —les explico—. Es una de las ventajas de ser adulto. ¿Cuántos años tenéis vosotros?

—Ocho —responde Lucas—. ¿Es verdad que eres entrenador de baloncesto?

—Es cierto. —Asiento—. ¿Os gusta algún deporte?

—El hockey sobre hielo —señala Dylan con orgullo—. Jugamos en la liga infantil, pero cuando seamos mayores, lo haremos en Stanford.

—Y un día nos fichará algún equipo importante y estaremos en la NHL —aporta Lucas.

Lucille sonríe y se encoge de hombros.

—Supongo que es bueno que tengan inquietudes —me dice.

—Por supuesto.

En cuanto me pongo en pie, me toman de la mano y me arrastran hacia algún lugar más allá del jardín.

—¡Dejad a Tristan en paz, por favor! —exclama la madre.

—¡Tranquila! —Río mientras me dejo llevar.

—¡Ven, ven, Tristan! ¡Te vamos a enseñar todos los deportes que podemos practicar en casa! —grita Dylan.

—¡También baloncesto! —lo apoya su hermano.

Bastante acelerados, los gemelos me muestran las canchas ubicadas en la parte trasera de la propiedad: hay una pista de tenis junto a una de pádel, otra de hockey y una más con dos canastas a la altura de jugadores infantiles.

—¿Nos podrías entrenar? —pregunta Lucas.

Acabo de descubrir que no hay nada más persuasivo que la mirada ilusionada de un niño. En este caso, de dos.

—Claro que sí —respondo—. A mí me iría bien practicar un poco de hockey. Pero no creo que tengáis pista de hielo.

—¡Pero la tenemos de patines! —Me señalan una pista con dos porterías.

—Si os parece —les digo—, cuando haya hablado con vuestro padre, vendremos a practicar un poco de todo.

—También es tu papá, ¿no? —apunta Dylan.

—Sí, claro —titubeo—. Supongo que no estoy acostumbrado a pensar que es padre de alguien más.

—Aaron todavía tardará un rato —señala Lucille, que ha llegado hasta nosotros—. Podéis ir haciendo algo mientras tanto.

—¡Sí, sí! —grita uno de los gemelos—. ¡Juguemos primero al hockey!

—No tengo patines —lamento.

—¡Tenemos muchos! —El que creo que es Lucas corre hacia una construcción de madera, la abre y me muestra el interior. Es un espacio donde se ubican vestuarios, duchas y varios complementos necesarios para practicar deporte, como raquetas, pelotas... y patines.

—No creo que haya de mi número. —Les muestro mis pies, tan grandes como corresponde a alguien de mi altura.

—¡No sabes patinar! —se burlan—. ¡No sabes patinar!

—¡Sí sé! —me defiendo.

—Seguro que hay de tu número; búscalos —me dice Lucille con una sonrisa traviesa—. Si no claudicas, se van a estar metiendo contigo todo el día.

Con mis nuevos hermanos alborotando a mi alrededor, encuentro un par de patines de mi número. Me siento en un banco y me quito las zapatillas para ponérmelos.

—Os vais a enterar de lo que es patinar, chavales.

Ellos también se calzan los patines y se colocan espinilleras, guantes y casco. Yo hago lo mismo, no sea que, con mi falta de práctica, me dé un batacazo y me joda la rodilla más todavía.

En cuanto los críos saltan a la pista con los *sticks*, me dejan alucinado con su destreza. Patinan como si no supieran moverse de otra forma. Se van pasando la bola con rapidez hasta que uno de ellos acaba lanzándola contra la portería.

—¿Te atreves o qué? —me exige... uno de los dos. La verdad, si antes no los distinguía, con el casco, menos.

Me hago el indeciso por un momento, pero acabo saltando a la pista. Me lanzo patinando sobre los gemelos, les arrebato la bola y me la llevo hacia la otra portería, donde termino marcando. Levanto los brazos en señal de victoria.

—¡Punto para el equipo Tristan!

—¡Eso es trampa! —se quejan.

—Trampa, ¿por qué?

—¡Porque pensábamos que no tenías ni idea de patinar!

Lanzo una carcajada.

—Eso es cosa vuestra. Yo no lo he dicho.

Ante sus caras de decepción por no poder enseñarme, me acerco a ellos, haciendo oscilar mi cuerpo sobre los patines. Al llegar a su altura, freno y me inclino.

—Vale, seré sincero con vosotros. Cuando tenía vuestra edad, también me decidí por el hockey. Se me daba de fábula y me encantaba. Pero a los diez años tuve que irme a vivir a Connecticut. Allí mis amigos jugaban al baloncesto y, como era muy alto, acabé formando parte del equipo.

No les explico el motivo de mi marcha: la muerte de mi madre. Ya llegará el momento de tener esa conversación.

—¿Y no se te ha olvidado patinar después de tanto tiempo? —me dice... Lucas. Creo.

—No —río—, porque practico de vez en cuando. Pero solo patino. No juego al hockey. Me iría bien que me lo recordarais un poco.

Sus caritas infantiles vuelven a iluminarse. Está claro que pretendían lucirse ante su hermano mayor.

Jugamos un breve partido en el que procuro ocultar mi experiencia. Ellos chillan, ríen y se abrazan cada vez que marcan y yo me dejo caer al suelo, maldiciendo mi mala suerte.

Así nos pilla mi padre, desparramados. Yo gimiendo y mis hermanos riendo sobre mí.

—Veo que ya os habéis conocido.

Los pequeños se ponen en pie y patinan hasta el borde de la pista, donde les espera mi padre. Nuestro padre. Todavía me cuesta

pensar en plural.

—¡Papá, papá! —chilla Dylan—. ¡Le estamos enseñando a Tristan a jugar al hockey!

—¿En serio? —Mi padre alza una ceja y me mira con expresión socarrona.

Me desplazo en los patines y me acerco a él. Una inesperada sensación de bienestar me invade por dentro al tener de nuevo frente a mí a mi padre, que además se acuerda del deporte que practiqué en mi primera infancia. Pero es algo que no confesaría ni bajo tortura. Mi yo de diez, quince o veinte años sigue cabreado con él, y mi reacción al verlo después de tanto tiempo no puede ser otra que mostrar frialdad.

—Cuánto tiempo. —Me da un breve abrazo y me tenso.

—Siempre ha habido mucho tiempo, ¿no crees?

—Sabía que no tardarías ni un segundo en lanzarme un reproche. —Frunce los labios.

Me ha descolocado la apariencia de mi progenitor. Su cabello, antaño de un tono dorado, luce ahora mezclado con mechones blancos. Sus ojos azules muestran la misma sagacidad de siempre, pero con una mayor serenidad, como si los años le hubieran infundido una calma que no poseía en su juventud. Su rostro presenta unas cuantas arrugas, pero no le sientan mal. En conjunto, transmite un aire juvenil, potenciado por los vaqueros, las zapatillas y el polo blanco que viste.

No me parezco en nada a mi padre, por cierto. El pelo oscuro y los ojos verdes son herencia de mi madre. Siempre me he sentido muy orgulloso de parecerme a ella.

—No he venido a reprocharte nada. —Me peino con los dedos y suspiro—. Suele salirme solo.

—¿A tu edad sigues con estas greñas? —Me revuelve el pelo con un gesto que pretende ser desenfadado, pero que a mí me pone de mal humor. Me aparto con un ademán brusco.

—No hace falta que me regañes como si todavía fuera un adolescente. Ah, no, espera. No podías regañarme en esa época porque ni siquiera estabas.

De repente, me percato de los pequeños espectadores, que nos miran a ambos con los ojos muy abiertos. Mierda. Discutir con su padre delante de ellos no me parece muy acertado.

—Eh, chicos —les dice él con una sonrisa después de lanzarme una reprimenda con la mirada—, ¿qué os parece si os quitáis toda esa parafernalia del hockey y vamos a tomar un aperitivo junto a la piscina?

—¡Síííí! —gritan.

—Os acompaño —intervengo para restarle peso al ambiente.

Los tres nos quitamos los patines y regresamos a la edificación de madera para deshacernos también de los cascos y demás protecciones.

—¿Estás enfadado con papá? —me pregunta Lucas.

—No, claro que no. —Sonrío y lo ayudo a atarse los cordones—. No me gusta que me regañe por el pelo, eso es todo.

¿Qué voy a decirles?

—Pues a mí me gusta —señala Lucas.

—Pero debe de molestar —opina su hermano—, sobre todo a la hora de entrenar o jugar.

Del bolsillo trasero de mis vaqueros, saco una de las bandas elásticas que suelo llevar encima. La deslizo por mi cabeza hasta el cuello y luego me la llevo hasta el nacimiento del pelo para dejar el rostro despejado.

—Cómo mola... —susurra Dylan.

—Voy a dejarme crecer el pelo. —Lucas cruza los brazos sobre el pecho para enfatizar sus palabras.

—Pues tendrás que usar una de estas. —Me quito la banda y hago el mismo movimiento de antes, solo que en la cabellera rubia del pequeño.

—¿Me la das?

—Claro, es tuya.

—Gracias, Tristan —me dice con solemnidad mientras se palpa la cabeza.

—Espero que no te llegue a hacer falta —refunfuña mi padre desde la puerta—. Ya tengo bastante con que un hijo tenga que apartarse el pelo de la cara.

—Pero... me la puedo quedar, ¿verdad? —Su hijo le lanza la pregunta con expresión esperanzadora.

Papá suspira.

—Sí, te la puedes quedar.

—¡Bieeen! —El crío se abraza a su hermano idéntico.

Ante el beneplácito de mi padre, dos emociones contradictorias chocan en mi corazón. Siento una grata satisfacción al ser testigo de cómo hace felices a mis hermanos. Y siento envidia de no ser yo el destinatario de su aprobación.

Capítulo 7

Tristan

Nos reunimos todos junto a la piscina, en una terraza cubierta por una pérgola del mismo estilo que la casa, con arcadas, molduras y faroles en el techo. Lucille está sonriente junto a la mesa, donde se han dispuesto vasos, copas y platos con aperitivos.

—¿Qué queréis para beber? —pregunta mientras abre el frigorífico.

Mi padre me mira.

—¿Cerveza? —me pregunta.

—Perfecto —le digo.

Su mujer saca un par de latas de refresco y tres botellines de cerveza. Los gemelos se lanzan sobre las bebidas y los aperitivos, que cogen a puñados para llevárselos a la boca.

—¡Lucas y Dylan! —exclama la madre con los brazos en jarras—. ¿Dónde está vuestra educación?

—¡Solo es nuestro hermano! —se queja Lucas.

En lugar de darles la razón, agarro un puñado de nachos y me los zampo de golpe.

—Así se disfrutan más —digo con la boca llena.

Los gemelos se parten de la risa. Lucille y mi padre comparten una mirada y una sonrisa. Una sensación olvidada se me cuela por cada poro de la piel: la de pertenencia a una familia.

—¿Y qué te ha hecho decidirte a cambiar la costa este por la oeste? —me pregunta Lucille.

Titubeo un instante. Doy un trago a la botella y le digo lo mismo que le dije a mi padre.

—Necesitaba un cambio.

—Entiendo —me dice. Sus amables ojos castaños revelan comprensión y serenidad. Mi admiración para esta mujer.

—Espero que no cambies de opinión a mitad de temporada —refunfuña mi padre.

—¿Crees que soy así? —le recrimino—. ¿Que voy dejando tirada a la gente por ahí? Yo no soy como tú. ¿Cuándo he hecho algo así?

—He puesto mucho en juego, Tristan —gruñe.

—Pero nadie sabe que ahora eres el máximo accionista, ¿no? —le recuerdo con mordacidad—. Creo recordar que la pasta la ha puesto una especie de sociedad en la que tú no constas. La prensa habla de un posible inversor árabe.

Él asiente con la cabeza.

—Lo hice para no mezclar mis negocios con el equipo —me explica.

Estoy seguro de que es alguna maniobra para ahorrarse impuestos, pero me muerdo la lengua.

—Entonces, nadie sabrá que el entrenador es el hijo del mandamás, tranquilo.

—Joder, Tristan...

—¡Palabrota! —grita un gemelo.

—¡Palabrota! —repite el otro.

Mi padre resopla y su mujer ríe.

—Tristan —repite—. En el baloncesto, como en cualquier otro deporte, se debe dar ejemplo. No nos podemos permitir que se hable de dinero, de acciones o del padre del nuevo entrenador. A alguien de arriba le llegó mi petición, pero nadie más sabe quién paga y, por ende, de quién eres hijo.

—Y todo este rollo me lo sueltas porque...

—Porque todo ha resultado muy rápido y algo confuso, reconócelo. No quisiste venir a la boda ni a conocer a tus hermanos y, sin embargo, me llamas de repente, me sueltas que necesitas un cambio en tu vida y que te busque un hueco en el equipo en el que acabo de invertir. ¡No me jo... no me fastidies, Tristan!

—No vine porque...

—¿Podríais tener esta conversación en otro momento? —Lucille hace un imperceptible gesto hacia los niños.

Emito un suspiro y mi padre murmura algo entre dientes.

—Perdona, Lucille —le digo—. Yo solo quería decir que mi padre tampoco me conoce muy bien a mí, porque una vez que formo parte de un equipo, mi compromiso es total. Que llevaba mucho tiempo considerando un cambio de vida. Que mi traslado a esta parte del país no es temporal. —Miro a los gemelos, que se pelean por coger la última aceituna—. Y que ahora tengo en este lugar un par de razones más para quedarme.

La mujer me mira con ternura.

—Me alegro de que hayas decidido buscar ese nuevo comienzo aquí, con nosotros —me dice.

—Cerca de vosotros —le aclaro—. Voy a vivir en San Francisco. Resulta más práctico para ir al trabajo.

Mi padre asiente.

—¿No vas a vivir con nosotros? —protesta Dylan.

—No, lo siento. —Me disculpo con una sonrisa de circunstancias—. Pero os aseguro que vendré todo lo que pueda. Tenéis que enseñarme a jugar mejor al hockey —bromeo.

—Eres nuestro hermano —murmura Lucas—. Y en esta casa hay un montón de sitio...

—Tristan es un adulto con responsabilidades —les explica su madre—. No es otro niño con el que jugar, chicos.

La carita de decepción de los niños vuelve a tocarme el alma.

—¿Sabéis lo importantes que son las promesas? —les digo.

Ellos asienten con fervor.

—Pues yo os prometo que vamos a recuperar el tiempo perdido. Que vendré a esta casa y vosotros iréis a la mía todas las veces que nos apetezca. Que seré vuestro hermano mayor para todo lo que os haga falta. —Pongo la mano sobre la mesa—. Lo prometo.

Los críos posan sus manos sobre la mía y hacemos una montaña de palmas y dedos.

—Nosotros también lo prometemos —señala Lucas. Sus miradas de determinación me rozan el corazón.

—Es hora de comer —interviene Lucille—. Voy a la cocina a ver cómo va la cosa.

La mujer desaparece, mis hermanos corretean alrededor de la mesa y mi padre y yo nos quedamos unos instantes inmersos en nuestro propio silencio.

—No esperaba que tuvieras una familia tan...

—¿Normal? —tercia mi padre.

—Bonita —lo corrijo.

—Los años, Tristan. —Suspira—. De joven cometes muchos errores. Cuando el médico empieza a prohibirte demasiadas cosas, te das cuenta de que la vida pasa, y que la juventud no va a volver. —Desvía la vista hacia la casa—. Cuando conocí a Lucille, supe que ella me daría la estabilidad que necesitaba en mi ajetreo diario. A la tercera va la vencida —bromea.

—La cuarta —le recrimino—. ¿O es que ya te has olvidado de mamá?

Los ojos del hombre que me dio la vida se tornan pétreos y sin luz.

—No, Tristan, no la he olvidado —me dice con voz dura y neutra —. A tu madre no la cuento porque lo de ella fue... diferente.

—¿Y las demás? —le espeto—. ¿A ellas sí las has olvidado?

—¿Por qué tengo que darte tantas explicaciones, maldita sea? —se indigna.

—Yo estaba allí, ¿recuerdas? Tuve que convivir con dos de ellas. —Muestro el dedo índice para empezar a enumerar—. Primero fue con Ruslana. Yo tenía doce años. Solo habían pasado dos desde lo de mamá.

—Esa sí que fue un maldito error —gruñe—. Atravesaba una mala época. Duramos poco, ya lo sabes.

—Y después vinieron Rose y su hija —prosigo—. ¿Fueron otro error?

Mi padre vuelve a clavarme sus ojos claros y fríos.

—Solo tienes que saber que tu madre se llevó con ella mi corazón, ¿entiendes? Y Lucille me ha dado otro nuevo.

Cierro la boca cuando aparece Lucille.

—No pongas esa cara de susto —me dice—. Sé todo sobre tu padre y me alegro de haber sido la cuarta esposa o la tercera ex, me

da igual. El pasado no lo podemos cambiar, Tristan, pero podemos disfrutar del presente y aprovecharlo.

—Lo siento, Lucille —le digo.

Me siento avergonzado porque llevo años soñando con volver a ver a mi padre y escupirle a la cara todo lo que llevo guardando durante dos décadas. Y ahora que he cumplido ese sueño, me doy cuenta de que no me siento mejor. Todo lo contrario. Me daría una patada en los huevos si pudiera. El rencor corroe, oxida y pudre todo a su paso, y más aún si otras personas acaban siendo daño colateral. ¿De qué me sirve joder a mi padre si también hago daño a mis hermanos y a su madre?

—Tranquilo, Tristan —me dice Lucille—. Lo único que te pido es que tengas en cuenta a esos dos niños, que no tienen culpa de nada.

La mujer de mi padre me acaba de poner en mi sitio defendiendo a su familia. Renuevo mi admiración por ella.

—Por cierto —anuncia—, la comida va a retrasarse un poco.

—¡Jooo! —protesta Lucas—. Ya estamos aburridos. —De pronto, abre al máximo sus ojos del color del cielo y me dedica una sonrisa plagada de dientes separados—. ¡Hace calor! ¡¿Nos acompañas a la piscina?!

—¡Síííí! —lo apoya Dylan.

Miro a mi padre, vacilante.

—No pueden bañarse solos —me explica—. Así que... ya sabes quién va a ser su compañía hoy.

—Lo haría encantado, chicos —les digo—, pero no he traído bañador...

—No creo que uno mío te vaya a ir tan mal. —Mi progenitor se da una palmadita en la barriga, nada prominente—. Me conservo estupendamente.

—Acompáñame —me dice Lucille tras dedicarle una sonrisa a su marido—. Seguro que encontramos algo para que puedas bañarte con esos dos.

—¡Nosotros ya llevamos uno debajo de los pantalones!

Dos pares de zapatillas y de calcetines y varias prendas de ropa salen volando ante nuestros ojos.

—¡Va, Tristan, date prisa! —me apremia Dylan.

Atravieso con mi anfitriona la cristalera que da a un corredor. Conforme caminamos, voy admirando las estancias, como la increíble cocina, donde dos mujeres mueven el contenido de ollas y sartenes. Pasamos por el salón y el comedor, amueblados con elegancia y estilo, donde destacan las chimeneas y los ventanales que llegan hasta el suelo. Por último, dejamos atrás un iluminado rincón de lectura y las puertas que dejan entrever un despacho y una pequeña biblioteca, ambas estancias forradas de madera de cerezo.

—¿Has sido tú la decoradora? —le pregunto a Lucille mientras subimos por la escalera de mármol.

—Es mi oficio. —Sonríe—. Espero que se note.

—Eres buena —le digo con sinceridad—. ¿Sigues trabajando?

Ella me dedica una sonrisa socarrona.

—No soy una mantenida si es eso lo que quieres saber.

Siento el calor en mi rostro.

—Perdona, yo...

—No pasa nada. —Abre la puerta de su dormitorio—. Sus anteriores esposas no trabajaban, pero yo sí. Tengo un equipo con el que me dedico al *home staging*, o sea, a transformar el interior de viviendas para incrementar las posibilidades de venta o alquiler. Nos contratan inmobiliarias o particulares.

—Seguro que tenéis mucho éxito.

Mis ojos se pasean por la cama, los sillones de terciopelo, las lámparas o las cortinas. Todo el conjunto queda armonioso y para nada recargado, a pesar de las molduras y los detalles dorados.

—Nos va muy bien —asegura Lucille. Abre una gran puerta corredera, se adentra en el vestidor y sale unos minutos después con un bañador color caqui.

—Gracias —le digo. Por su expresión, entiende que no es solo por el bañador. Reconozco que siempre pensé que la última mujer de mi padre pasaría de mí o se dedicaría a lucir modelitos. Nada más lejos de la realidad.

Después de cambiarme en el espectacular baño de mármol, bajo de nuevo hasta la piscina, donde me esperan mis hermanos,

impacientes. Sus padres los observan desde la pérgola.

—¡Ya está aquí Tristan! —grita Lucas—. ¡Ya podemos tirarnos en bomba!

Un instante después, dos enormes salpicaduras de agua hacen rebosar la piscina. Los gemelos ríen y chapotean cuando emergen a la superficie. Seguro que todos esperan que me lance de cabeza o baje por las escaleras. Pues va a ser que no.

Me hago el despistado, avanzo dando zancadas hacia la piscina despacio y, cuando quedan dos o tres metros, acelero el paso y me lanzo contra el agua encogiendo los brazos y las piernas para impactar con más fuerza sobre la superficie.

—¡Vaya pedazo de bomba! —grita Dylan entre carcajadas. Me aparto el pelo mojado de la cara y descubro a Lucille partiéndose de risa. Mi padre se ha acercado al borde con una expresión ceñuda.

—¿Te has propuesto vaciarme la piscina? —me regaña—. Maldita sea, Tristan, que se supone que eres el adulto.

Una sensación amarga me sube hasta la garganta. Cualquier bronca de mi padre me molesta. Cuando me recrimina algo (por teléfono, claro, porque en persona ni me acuerdo de la última vez), tengo que morderme la lengua para no enfrentarlo y decirle: «¿De verdad te crees con derecho a regañarme solo porque me engendraste?».

Un par de niños trepando por mi espalda consiguen que olvide el cabreo y los miles de reproches que se me acumulan en la lengua cada vez que Aaron Clayton se dirige a mí.

—¡Tristan, Tristan! —grita Lucas—. ¡A ver si eres capaz de nadar con nosotros encima!

Me dejan agotado, pero con la sensación de no haber disfrutado tanto desde hacía mucho tiempo. Esto debe de ser tener hermanos. Esto debe de ser tener familia. Esto es el recuerdo de haber estado solo durante demasiados años.

Por fin nos sirven la comida y conversamos de forma más distendida, sobre todo gracias a las ocurrencias de los gemelos, que no paran ni un momento. Tras los postres y el café, me despido con la promesa de volver.

—¡El próximo día jugaremos un partido de baloncesto!

—Por supuesto, Dylan.

—No soy Dylan. —El pequeño sonríe travieso—. Soy Lucas.

—¿Os he estado confundiendo todo el rato?

Los dos se echan a reír a carcajadas. Pongo los ojos en blanco.

—Suerte en tu primer día de entreno. —Mi padre extiende la mano y yo se la estrecho—. Seguro que mañana los dejarás a todos impresionados.

—Gracias —susurro. Ni imagina lo que significa para mí ese halago. Me siento como un jodido adolescente que aguarda la aprobación de su padre.

Ya junto a mi coche, aparece Lucille.

—No voy a defender a Aaron, Tristan, porque no fue un buen padre para ti. Pero ¿te has parado a pensar en por qué se ha mantenido tan apartado todos estos años?

—No. —Suspiro.

Ella me acaricia con su suave mirada castaña.

—Porque le recuerdas demasiado a tu madre.

Capítulo 8

Tristan

A pesar de haber entrenado a las New York Liberty en una sede como el Barclays Center, sigo alucinando cuando me encuentro en el Chase Center, las instalaciones de las Golden State Valkyries y de su homólogo masculino, los Golden State Warriors. Aunque lo que de verdad me impresiona es el ambiente que se respira en el ala destinada al equipo femenino, recién formado. La decoración en púrpura y negro, las llamativas camisetas colgadas y el logotipo, el puente de la bahía en forma de alas, componen una atmósfera llena de fuerza que consigue ponerme el vello de punta.

Lo primero que hago es presentarme al equipo junto al presidente y la cúpula directiva. Frente a las jugadoras, les expongo mi visión del juego, enfocándome en la intensidad y el compromiso. Menciono la posibilidad de nuevas incorporaciones, la duración de mi contrato hasta final de temporada y les hablo de mis valores: disciplina, perseverancia y trabajo en equipo. Tras una reunión en privado con ellas, doy una rueda de prensa junto al resto del equipo técnico. Odio ponerme delante de las cámaras, pero a veces no queda otra.

Cuando me preguntan por la relación con mi padre, mi respuesta es simple: «No hablo de mi vida personal».

Tras una semana de entrenamiento, las jugadoras se van adaptando a mi estilo y yo voy conociendo sus puntos fuertes y débiles. Comenzamos cada día con una sesión de calentamiento y proseguimos con el entrenamiento de alta intensidad, haciendo flexiones con el balón en las manos, sentadillas con tiros a canasta o carreras con lanzamientos a corta distancia. Terminamos con un

partidillo, en el que me cuelo como jugador, alternando uno y otro equipo. Lo disfruto, lo rememoro, lo vivo. De momento, la rodilla aguanta, aunque también es cierto que no doy el máximo de mí. Si lo diera... no podría ni entrenar. Y es jodido, lo de no poder darlo todo. La palabra «fracasado» revolotea a tu alrededor y te hace sentir muy poca cosa.

Me vibra el teléfono durante uno de los ejercicios de tiro. Al ver que es mi padre, le hago un gesto al segundo entrenador y me alejo hacia un lateral de la cancha.

—Sé que estás en plena sesión —me dice nada más descolgar—, pero necesito que te pases por casa el próximo domingo. Supongo que tocará descanso después del partido del día anterior.

—Sí, ya... lo siento —me disculpo—. Les dije a los gemelos que me pasaría, pero han sido dos semanas muy intensas y...

—Verás a tus hermanos, por supuesto —me corta—. Pero no te llamo por eso. —Le oigo suspirar—. Necesito pedirte un favor.

—¿Un favor? —Bufo y me desprendo de la cinta que me sujeta el pelo, húmedo de sudor—. ¿Qué clase de favor?

—No te pongas a la defensiva —gruñe—. No recuerdo haberte pedido muchos.

—Vale, no tengo ganas de discutir. —Resoplo—. Estaré ahí el domingo, sobre el mediodía.

—Un poco antes, si puede ser. A las nueve. No desayunes en casa.

—Lo que tú digas —suelto con un deje de ironía antes de colgar.

—El señor Clayton lo espera en la galería —me anuncia Margaret, la empleada doméstica, nada más abrirme la puerta. En mitad del silencio de la casa, oigo unos golpes en el piso de arriba que anuncian que los gemelos ya se han levantado y están correteando. Aligero mis pasos y sigo a la mujer hasta un espacio acristalado desde el que se contempla una parte del jardín, con una fuente que contiene plantas acuáticas a su alrededor y un par de pajarillos que han acudido a beber.

Encuentro a mi padre sentado a una mesa repleta de platos, tazas y bandejas. Hay zumos, café, fruta, dulces, tostadas, huevos,

beicon... Solo el olor me hace rugir las tripas. Debería mentir al hombre que me mira con suficiencia, asegurarle que ya he comido y darme el gusto de decirle: «No, gracias, no me apetece nada».

Me temo que mi estómago me podría delatar.

—Está todo perfecto, Margaret —dice mi padre—. Puedes retirarte.

La mujer hace un leve gesto y cierra la puerta de la galería. Huele a café, a flores y al primer calor de la mañana. Me jode pensar lo cómodo que me siento en este cálido rincón acristalado.

—Buenos días —me saluda mi progenitor, que se está untando una tostada con mermelada—. Siéntate y come lo que quieras.

Alucino al ver que se comporta con maldita normalidad, como si desayunar con él formase parte de nuestra rutina. Ahora vendría el momento de recriminarle que no recuerdo cuándo fue la última vez que compartimos un desayuno o mantuvimos una jodida charla distendida los dos solos. Pero dos pares de vivarachos ojos azules se cuelan por entre esos pensamientos cargados de resentimiento y vuelvo a sentirme mal. Pero solo por ellos; solo por mis hermanos. Bueno, y también por su madre. Lucille se merece algo más que un hijastro despechado que reclama el amor que nunca tuvo.

Lanzo un suspiro y ocupo un lateral de la mesa que preside mi padre. Me sirvo café, doy un trago y, a continuación, me sirvo dos huevos, cuatro tiras de beicon y una gran rebanada de pan tostado que unto con mantequilla. La mirada sagaz de mi padre vigila mis movimientos con un brillo que parece de... ¿diversión?

—Debo alimentarme, todavía estoy creciendo —le digo con ironía —. Además, sigo siendo un deportista que ha de cuidar su cuerpo con proteínas. —Lo corto cuando preveo que va a decir algo—. Bueno, solo soy entrenador, pero debo dar ejemplo con un físico musculado, no vayan a creer que sigo inmerso en la depresión que me causó la retirada del baloncesto a los veintisiete años.

Ahora solo me mantiene la mirada. Ya no tiene nada que decirme.

—¿Cuál era el favor que tenías que pedirme? —le digo sin más preámbulos después de masticar el primer bocado de pan con huevo.

—Deja que te ponga primero en antecedentes. —Le da un sorbo a una copa de zumo de naranja y se limpia los labios con una

servilleta—. Precisamente, el día que estuviste aquí, mencionamos a mi segunda exesposa. O a mi tercera mujer, como prefieras llamarla.

—Rose —le digo.

—¿La recuerdas?

—Claro. —Me sirvo más café—. Yo tenía dieciséis años cuando te casaste con ella. Estuvisteis juntos unos seis años, aunque no recuerdo vuestra ruptura porque yo todavía jugaba con los UConn de Connecticut y vivía en el campus, en Mansfield. Convivimos unos dos años en casa, hasta que me fui a la universidad. Después, algún que otro verano.

Mi padre levanta la vista por encima de la copa y fija en mí sus ojos claros.

—Tranquilo, papá —le digo con ironía—. Esta vez ha sido solo un repaso cronológico, no un reproche. Aunque, si lo prefieres, podría ponerte en evidencia. Por ejemplo, preguntándote qué carrera estudié. Ahí te he pillado, ¿eh?

—Al final —me espeta—, demuestras ser tan cabrón como yo.

—Espero que no —murmuro sin más mordacidad—. Sigue con la historia, que ya nos hemos desviado bastante.

—¿Te acuerdas también de la hija de Rose?

—Chiara —le digo—. Nunca hablamos mucho, pero la recuerdo. Tendría unos once o doce años cuando llegó.

—Doce —indica mi padre—. ¿Sabías que estudió en la misma universidad que tú?

—No tenía ni idea —señalo perplejo—. Si nos llevábamos cuatro años, yo ya estaría haciendo el posgrado cuando ella entró. Supongo que le costeaste tú la carrera.

—Así es —confirma—. Me pareció razonable que la hija de mi mujer estudiara.

Hago un esfuerzo por recordar más a Chiara. Soy capaz de visualizar a una niña tímida con aparatos en los dientes que se ponía colorada en cuanto le hablaba, aunque solo fuera para preguntarle si quería que la llevase al instituto, algo a lo que ella respondía siempre con una negativa silenciosa. Yo me encogía de hombros, me largaba en mi Porsche con mis amigos y ya no coincidíamos en todo el día. Estaba en plena época de popularidad, así que no nos movíamos en

los mismos ambientes. La última imagen que guardo de ella es la de una adolescente un poco más agraciada, ya sin ortodoncia, pero que seguía apartando la vista. O quizá ya rondara la mayoría de edad. Su rostro me aparece difuso.

—¿Por qué estamos hablando de ella? —inquiero.

Mi padre se deja caer en el respaldo de la silla. Durante un instante, su expresión se torna adusta mientras su mirada se pierde en los arbustos cortados milimétricamente que pueden verse desde aquí.

—Es una chica orgullosa —me explica—. Después del divorcio, no aceptó más ayuda de mi parte. En realidad... cortó toda relación entre nosotros.

—¿Por qué será? —le digo con mordacidad.

—El caso es que... se puso en contacto conmigo hace unos días. Me pide ayuda con su trabajo.

—¿Y no le extendiste un cheque, como has hecho siempre?

—Deja de tocarme los huevos de buena mañana, Tristan —se queja—. Ya te he dicho que es muy orgullosa. No quiere dinero, ni siquiera un trabajo. Solo necesita un cable para que le hagan un contrato.

—¿De qué trabaja? —me intereso, por fin.

—Es periodista deportiva —me aclara—. Ha conseguido que un periódico le haga una prueba. Si logra sorprenderles, le darán una sección fija.

—Ya. —Suspiro—. Y ha pensado en hacerme una entrevista. Ya lo sabes. La respuesta es no.

—No quiere una vulgar entrevista —gruñe—. ¿Crees que con eso sorprendería a un redactor jefe? Su proyecto es más ambicioso.

—Ilumíname. —Abro los brazos y muestro las manos.

—Chiara pretende escribir un artículo sobre el baloncesto femenino. Ha pensado en las Valquirias, un equipo recién formado, con una imagen potente. No es solo un equipo de baloncesto, es un movimiento cultural: simbolizan el empoderamiento de la mujer. Su logo con la bahía en forma de alas o la combinación de dorado, púrpura y negro les confiere una identidad moderna y desafiante. Incluso el nombre, inspirado en la mitología nórdica...

—Vale, vale —lo corto—. Entiendo que mi equipo es un caramelo para una periodista intrépida que desea destacar en una publicación deportiva. Y que esa profesión no suele ponérselo fácil a las mujeres. Pero tendría que hablar con la junta y no creo que...

—No hará falta —me interrumpe él esta vez—. Chiara no quiere limitarse a hacer entrevistas. Quiere mostrar el espíritu desde dentro.

—Me he perdido.

—La semana que viene ibais a presentar a los nuevos fichajes, ¿no es cierto? —me tantea.

—Sí, dos nuevas jugadoras.

—Serán tres —me corrige.

Una idea descabellada se abre paso en mi cabeza.

—No —niego rotundamente—. ¡No!

—¡A mí me parece una idea estupenda! —exclama con una sospechosa satisfacción—. Será una periodista infiltrada en el equipo sin que nadie más que nosotros lo sepa. Un reportaje así le dará prestigio a ella y al club.

—¡Ya tenemos prestigio! —me quejo—. Y como se descubra que colé a una periodista... Joder, puede costarme el puesto.

—Eso no va a pasar —me tranquiliza—. Porque tú no vas a infiltrar a nadie. Voy a hacerlo yo. Asumo toda la responsabilidad.

—No puedes meter a una chica que no sea una jugadora de élite —insisto en negarme—. Nadie se lo va a tragar.

—Por eso necesitará que la entrenes antes.

—Estás de puta coña, ¿no? —protesto indignado—. ¿En una semana?

—No hará falta que la saques a jugar. —Le da un manotazo al aire —. Chupará banquillo, eso lo tiene claro. Pero seguro que consigues que parezca una jugadora de baloncesto. Con eso es más que suficiente.

Suelto una risotada mordaz que suena como un quejido.

—¿Estás intentando pelotearme?

—Estoy intentando que razones. —Resopla—. ¿No te he ayudado a ti a conseguir este trabajo? ¿Te molesta que también la ayude a ella?

—No le des la vuelta a la tortilla para que parezca yo el cabrón —me quejo—. A mí me has ayudado porque sientes que debes compensarme. Mi pregunta en este momento es: ¿qué le debes a esa chica? Aparte de haberte divorciado de su madre. Aunque a mí no me parezca eso tan malo —suelto con ironía.

—Vamos, Tristan, ¿qué te cuesta? La pobre chica necesita trabajar. Ni siquiera me está pidiendo dinero, algo que sería mucho más fácil. Quiere labrarse un porvenir. Vivisteis como hermanos durante años...

—De acuerdo, hablaré con ella —rezongo—. Pero no te prometo nada. Si físicamente no da un mínimo perfil, no puedo aceptar.

—Es bastante alta, si lo dices por eso —menciona mi padre—. Aunque podrás comprobarlo en un minuto. —Mira la hora en su reloj de pulsera—. Porque ya debe de haber llegado.

—¿Está aquí?

Papá se pone en pie.

—Le dije a Margaret que la hiciese pasar a mi despacho.

—Menuda encerrona —protesto al tiempo que me levanto.

—Ya verás —me dice mientras se acerca a la puerta—. Seguro que te va a gustar.

—Nunca fue mi tipo. —Compongo una mueca torcida.

Mi padre me señala con el dedo índice y emite un bufido.

—No lo digo en ese sentido —me recrimina—. Sé de buena tinta que se te dan bien las mujeres, con esa mirada verde, entre pícara y martirizada; o tu pinta de rebelde con las greñas por los hombros. Pero recuerda que esta fue tu hermanastra. Ni se te ocurra acercarte a ella si no es para ayudarla con el reportaje. Más te vale que no toque más pelotas que las de baloncesto.

—¡Joder, papá! —Arrugo mi expresión en señal de repulsión—. Da bastante grima hablar contigo de «pelotas». Y ni se me ocurriría pensar de ese modo en Chiara.

—Para que quede claro —refunfuña.

Recorremos el pasillo que nos conduce al despacho. Por el camino nos encontramos a los gemelos, que, en cuanto nos han oído, han salido disparados hacia mí desde la cocina.

—¡Tristan, Tristan! —gritan—. ¿Vienes a desayunar con nosotros?

—Lo siento, chicos. —Revuelvo sus rubios cabellos con la mano—. Ya he desayunado con papá. —Por fin logro pronunciar esa palabra pensando en alguien que compartimos—. Pero podemos vernos en un rato. ¿Qué os apetece hacer?

—Hum. —Dylan se lleva un dedo a la boca.

Digo yo que es Dylan. Ya lo pienso al azar, por si acierto.

—Nos gustaría jugar al baloncesto contigo —aporta su hermano—. Dijiste que podrías enseñarnos.

—Por supuesto.

—¡Bieeen! —gritan, como si no hubiesen esperado una respuesta afirmativa de mi parte.

—Pues dejad que hable con una persona y os busco después, ¿de acuerdo? Pero tenéis que terminar de desayunar.

Los dos salen corriendo hacia la cocina. Lucille ya los espera en la puerta. Al verme, se acerca para darme un abrazo y un beso en la mejilla.

—¿Ya te ha contado lo de esa chica? —me dice con una ceja levantada.

—¿A ti también? —me sorprendo.

—El pasado de tu padre está ahí; no puede ignorarse. Su antigua hijastra necesita su apoyo y me parece muy generoso por su parte ayudarla.

—Ahí está la trampa —refunfuño—. ¿Mi padre y generosidad sin dinero de por medio?

—No seas malo. —Lucille me da un suave puñetazo en el hombro antes de regresar a la cocina con sus hijos.

—¿Vienes ya? —me apremia mi padre desde el pasillo.

En mitad de un resoplido, camino hasta el despacho. Una vez dentro y con la puerta cerrada, me encuentro con una silueta femenina de espaldas recortada frente a la ventana. Me resulta familiar, aunque no entiendo la extraña sensación que me recorre la columna y que me acaba encrespando el vello de la nuca.

—¿Te acuerdas de Chiara, Tristan? —pregunta mi padre.

La chica se da la vuelta y yo me quedo sin habla. Ella, sin embargo, me sonríe y extiende una mano hacia mí.

—Hola, Tristan. —Me estrecha la mano y percibo sus dedos largos y finos. Y reconocibles. Tan reconocibles como los iris azules que me miran como si jamás nos hubiésemos cruzado—. Me alegro de verte de nuevo.

¿Qué cojones...?

—¿May? —musito.

Capítulo 9

Tristan

Todavía sigo anonadado, alucinado y, sobre todo, tenso, muy tenso. Mi espalda está tan envarada que, en cuanto me mueva, crujirán, al menos, un par de vértebras.

—Oh, te acuerdas de mi segundo nombre —me suelta la chica—. Aunque solo mi abuela me llama Chiara May.

Y sigue sonriendo.

¿Qué diablos está pasando aquí? ¿Por qué me mira como si jamás hubiésemos coincidido en una carretera, compartido un viaje o... follado?

Se me revuelven las tripas al unir en un mismo pensamiento las palabras «hermanastra» y «follar».

—¿Y tú, Chiara? —interviene mi padre—. ¿Recordabas a Tristan?

—La verdad es que no mucho. —Curva sus labios hacia abajo y me mira—. Tú siempre ibas con gente mayor y popular. Apenas hablamos o coincidimos.

Despierto, por fin, de la estupefacción. Chiara está fingiendo delante de mi padre; eso está jodidamente claro. Seguro que se siente tan mortificada como yo, aunque pretenda ocultarlo con todo ese arsenal de sonrisas.

—Vivimos en la misma casa —le digo con cierto retintín— durante varios años. ¿Cómo no vas a recordarme?

—¿Te acordabas tú de mí? —me suelta en tono de reproche—. ¿Me habrías reconocido si me hubieses visto por ahí?

Ahí lleva razón. No reconocí a mi antigua hermanastra en la chica de la carretera. Había en ella un aire que me resultó familiar, pero lo achaqué a su parecido con Evie. Qué gilipollez. Ahora que la miro,

no me recuerda una mierda a mi chica imposible. Era yo, que andaba loco por tenerla de la forma que fuese y me agarré a un remoto parecido para tirármela.

—No —le respondo—. No te habría reconocido.

Nuestras miradas se enredan durante unos segundos. Intento hallar alguna respuesta en sus grandes ojos azules, pero no encuentro nada. La chica sabe interpretar bien su papel.

—Vayamos al grano, chicos.

Mi padre señala los dos sofás de piel dispuestos en un rincón del despacho. Me siento en la punta de uno de ellos y ella lo hace en el extremo del otro. Papá se acomoda a mi lado y me alegro. Actúa como barrera entre Chiara y yo. Joder, todavía pienso en ella como May. Aunque más vale que me saque ese nombre de la cabeza, o cada vez que la tenga delante, mis pensamientos se llenarán de imágenes solo aptas para mayores de edad y nada decorosas entre personas que compartieron padre y casa durante años.

—Chiara, ya he puesto en antecedentes a Tristan —explica mi padre—, pero tendrás que convencerlo tú un poco más.

—Es demasiado arriesgado. —Desvío la vista hacia Chiara, cuyo rostro no expresa nada. Maldita sea por disimular tan bien—. Este equipo está a un nivel muy alto. Que una jugadora sin ese nivel aparezca de pronto, y que, además, yo la incluya en la plantilla... sería demasiado sospechoso.

El rostro de May, quiero decir, de Chiara, cambia su gesto sonriente por otro cargado de furia.

—No vas a ayudarme, entonces. —Alza la barbilla y me mira con desdén.

—No se trata de querer o no ayudarte —me defiendo—. Es que lo que propones es... —extiendo las manos— ¡descabellado!

—No lo es —aporta mi padre—. Solo tienes que entrenar a Chiara unos días. Después será el club quien la presente. Tú te callarás, aceptarás que se incluya en el grupo y, cuando haya partido, prescindirás de ella.

—Joder. —Resoplo y me llevo las manos a la cinta que me sujeta el pelo—. ¿Y cuando salga el artículo?

—Será un buen artículo —señala Chiara—. No voy a escribir nada que pueda comprometeros a ti ni a tu padre, y mucho menos al equipo.

Apoyo los antebrazos en las rodillas, cruzo las manos y bajo la cabeza. De mis labios solo emerge un resoplido. Mi pie derecho repiquetea sobre el suelo de madera. Algo no me acaba de cuadrar. Y lo peor es el interés desmesurado de mi padre. O le debe algo a la chica o, de repente, se ha vuelto de lo más filantrópico.

—No confías, por lo que veo. —La chica se pone en pie—. Paso de suplicarte, Tristan. Pensaba que me ayudarías, pero ha debido de ser la frustración la que me ha hecho creer que mi hermanastro me echaría un cable. —Camina hacia la puerta—. Ya me buscaré la vida, como he hecho desde que salí de la universidad. —Le lanza una mirada de soslayo a mi padre—. Gracias por tu aportación, Aaron.

Antes de que Chiara haga girar el pomo de la puerta, me levanto del sofá. Con su maldito discurso me ha hecho sentir el malo de la historia.

—Espera —le digo con un suspiro—. Probaremos con el entreno. —La señalo con un gesto de la mano—. Eres alta y pareces estar en forma. ¿Tienes idea de baloncesto?

—Jugué en el instituto y en la universidad —responde—. No era la bomba, pero puedo dar el pego.

«Sabía la respuesta. Ya me lo contaste», estoy a punto de decirle.

—No habría aceptado si no hubiese pensado que podía hacerlo —se exaspera mi padre, que también se ha puesto en pie.

—Dos días —les digo—. Si pasado ese tiempo no me parece mínimamente preparada, no aceptaré.

—Cinco días —regatea Chiara.

—Tres —dictamino.

—Vamos, Tristan —insiste mi padre ante mis dudas.

Mi antigua hermanastra (me empeño en añadir «antigua» para que parezca menos inmoral lo que hicimos) extiende su brazo y me muestra una sonrisa.

—¿Trato hecho?

Suelto el aire que he estado conteniendo y le estrecho la mano. Al contacto de sus dedos, un chisporroteo conocido nos cosquillea la

piel.

—Trato hecho —le respondo. Mantenemos las manos unidas durante unos segundos en los que intento encontrar a May en sus ojos azules. Pero ella aparta la vista y su mano al mismo tiempo.

—Bien, bien. —Papá sonríe, satisfecho—. Me alegro de que hayáis llegado a un acuerdo. —Mira la hora en su teléfono—. Tengo unos asuntos que resolver. Hablad vosotros sobre los pormenores.

Nos echa del despacho con sutileza, aunque logro atisbar una brevísima conexión entre él y la que fue su hijastra.

Tras despedirnos, Chiara y yo caminamos por un pasillo, ella delante y yo detrás. Al pasar por la cristalera que da a la piscina interior, abro con una mano y con la otra aferro a la chica por un brazo y tiro de ella. En dos segundos nos encontramos rodeados de estatuas, plantas y chorros de agua. Cierro la puerta y quedamos envueltos en una cargante atmósfera caliente y con olor a cloro.

—¡¿Qué haces?! —exclama mientras se deshace de mi agarre.

—Y ahora me vas a hablar de la «coincidencia» de encontrarnos tú y yo en aquella carretera —le exijo saber.

—No sé de qué me estás hablando —me dice con el ceño fruncido.

—Chiara May, o como diablos te llames: ¡no me hagas parecer gilipollas!

—¡Vale! —suelta—. ¿Qué querías que hiciera delante de tu padre? ¿Flipar y decir: «¡anda, el tipo con el que me acosté en un hotel en mitad del desierto!»?

—Entonces... me has reconocido.

—¡Pues claro! ¡No soy idiota!

No pierdo de vista sus gestos.

—¿Qué miras? —se queja.

—Me parece que has disimulado demasiado bien para no saber quién era yo.

—¿Qué insinúas?

—Que no he cambiado tanto —le digo sin apartarme de sus ojos azules—. ¿A cuántos tíos conoces que se llamen Tristan, jueguen al baloncesto y lleven así el pelo desde la adolescencia? —Señalo mi cabeza con la cinta.

Aprieta los dientes.

—Fue una puta coincidencia —me asegura—. ¿Por qué diablos crees que iba a estar en aquella carretera? ¿Esperándote? ¿Para qué?

—Eso es lo que me gustaría saber.

Resopla.

—¿Estás buscando más excusas para no ayudarme? Porque, si es así, me largo ahora mismo. —Hace el amago de abrir la puerta. La detengo rodeando su muñeca con la mano.

—No, para. Te he dicho que voy a ayudarte y cumpliré. Siempre y cuando compruebe que no hay nada raro detrás de esta petición.

Chiara cruza los brazos y cierra los ojos un instante. Cuando los vuelve a abrir, una sombra los cubre.

—Necesito estabilidad, ¿vale? Tengo cargas personales y no puedo seguir trabajando de cajera o de camarera porque no me llega. Algunas publicaciones me compran artículos de vez en cuando. El *Sacramento Flight* me ha ofrecido una sección fija, pero solo cuando escriba algo que los impresione.

El movimiento de su pecho delata su agitada respiración. Apenas conozco a esta chica, pero estoy seguro de que le ha costado gran parte de su orgullo hablarme de su precaria economía. Me sorprendo a mí mismo reconociendo que sé mucho más de May, la chica con la que pasé solo unas horas, que de Chiara, con la que conviví durante años. Aunque sean la misma persona.

—¿Qué cargas tienes? —le pregunto.

—No pienso responder a eso.

—Fuimos familia durante un tiempo. Además...

—Como se te ocurra mencionar lo que pasó en Winnemucca...

—No —espeto con una mueca de aversión—. Ni se me ocurriría.

—Entonces, ¿piensas ayudarme o qué?

Escruto su rostro. He estado tan centrado en las consecuencias del plan que no me ha dado tiempo a fijarme bien en Chiara y en lo mucho que ha cambiado. ¿Dónde está aquella adolescente tímida y un poco cejijunta? Ahora es una mujer resuelta, decidida y... preciosa. Aunque me cueste la vida admitirlo, es un auténtico bombón de ojos azules, tez olivácea y larga melena oscura que le cae por los hombros y la espalda. Son los rasgos de una persona a

la que ya conozco de alguna forma (me he acostado con ella, para ser más preciso) y, a la vez, de una auténtica desconocida.

—Debes de necesitarlo mucho si te has visto obligada a recurrir a tu antiguo padrastro —le digo.

Encoge un hombro.

—Pensé que no era lo mismo que pedir dinero. De esta forma, aunque os haya pedido ayuda a los dos, me lo habré ganado con mi trabajo.

—¿De verdad que no me reconociste?

Le hago la pregunta cuando ha bajado la guardia. Ella me mira y niega con la cabeza.

—¿Crees que me habría acostado contigo si te hubiera reconocido? —Dibuja un mohín de repugnancia.

—¿Por qué te presentaste como May?

—Porque nunca doy mi nombre a tipos que acabo de conocer. —Resopla.

—Supongo que suena plausible —le digo.

Pero no me lo trago.

—¡Menos mal! —Suspira e introduce las manos en los bolsillos traseros de sus vaqueros—. ¿Dónde te parece que podríamos entrenar?

—Tendrá que ser en San Francisco —le digo con cautela.

—Lo sé —me dice—. Me mudaré el tiempo que necesite para documentarme.

—Vivías en Sacramento —le recuerdo—. ¿No tienes a alguien allí?

—¿Tengo que responder a algún tipo de interrogatorio? —menciona molesta.

—No, no, está bien —la tranquilizo—. Solo quería asegurarme de que tuvieras algún sitio donde alojarte.

—Lo tengo. ¿Podemos quedar ya?

—Sí, claro. Un momento. —Consulto el calendario y la agenda en mi teléfono—. Me iría bien por las mañanas.

—A mí también.

—¿Mañana a las nueve?

—Perfecto —me dice.

—Bien. —Abro la cristalera y regresamos al interior de la casa—. ¿Conoces a Lucille y a los gemelos? —le pregunto.

—Solo a ella, a Lucille. —Su voz suena hueca, sin inflexión—. Parece maja.

—Lo es.

Un alboroto de voces y risas por partida doble nos detiene en mitad del vestíbulo.

—¡Tristan, Tristan! ¿Dónde te habías metido? —pregunta Dylan. No estoy del todo seguro, pero juraría que es el que más grita. Por eso lo reconozco.

—Perdonad, chicos. Tenía un asunto pendiente con Chiara. —Señalo a la chica que me acompaña—. ¿La conocéis?

Los niños niegan con la cabeza en perfecta sincronía.

—Ella fue mi hermanastra.

—¿Y eso qué es? —se interesa Lucas—. ¿Es como una hermana?

Miro de soslayo a la aludida. Ella hace una mueca, pero asiente de forma imperceptible. Ya buscaré otro momento para explicarles a los gemelos el verdadero parentesco.

—Más o menos —les digo.

—Nosotros también somos hermanos de Tristan —señala Dylan con una sonrisa.

—Encantada, chicos.

—Hola, Chiara —saludan los dos al unísono.

—Qué monos —comenta ella.

—Sí, demasiado monos —digo con un punto de recelo—. ¿Qué ocurre, chicos?

—Nos prometiste que jugaríamos al baloncesto —se queja Lucas.

—Pues una promesa es una promesa, ya lo sabéis —les digo con solemnidad.

—¡Síííí! —exclaman—. ¡Vayamos a la pista!

Los dos corretean hacia la puerta que lleva al jardín trasero, que, a su vez, comunica con las instalaciones deportivas.

—Bueno, yo... —titubea Chiara— me voy.

—¿Por qué no juegas con nosotros? —le propongo.

Ella mira a nuestro alrededor, se cerciora de que estamos solos y después se acerca a mí.

—Mira, Tristan, os agradezco a ti y a Aaron que hayáis accedido a ayudarme, pero no es necesario que me integréis en la familia.

—Ya fuiste de la familia —apostillo.

—Te recuerdo que tu padre y mi madre se divorciaron hace siglos —refunfuña.

—Vamos, Chiara —intento convencerla—. Estaría bien que nos conociéramos un poco más. Voy a ser tu entrenador personal. —Le guiño un ojo.

—Qué capullo. —Resopla.

—¿Ya no soy el chico guapo ni el de los ojos bonitos?

—No —rezonga—. Ahora eres el hermanastro gilipollas.

Observo de reojo cómo eleva una comisura de su boca.

—Va, venga. —Le golpeo el hombro con el brazo—. Hagamos como que lo de Winnemucca no pasó, ¿de acuerdo?

—Ya lo había olvidado —gruñe—. Pero, desde que te vi aparecer esta mañana, lo he borrado de mi mente para siempre.

No acaba de gustarme que me diga algo así, pero admito que es lo mejor.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —le pregunto.

—En autobús. Un par de transbordos.

—Una eternidad, vamos. —Pongo los brazos en jarras—. Hagamos un trato: jugamos un rato con los gemelos y, después de comer, te acerco a la ciudad.

—Joder, Tristan —protesta—. ¿No te parece un poco raro que comparta mesa con vosotros?

—¿Por qué?

—No sé...

Aprovecho su titubeo para agarrarla del brazo y tirar de ella. En un principio se resiste, pero acaba cediendo y acompañándome hasta la cancha de baloncesto, donde nos esperan los gemelos. Ya están botando la pelota y lanzándola a la canasta.

—A ver, chicos... —Doy un par de palmadas—. Lo mejor será que hagamos dos equipos. Uno de vosotros, conmigo, y el otro, con Chiara.

—¡¿Qué dices?! —protesta la chica—. ¡Me voy a confundir entre ellos!

—Eso lo solucionamos rápido. —Me saco una diadema elástica del bolsillo trasero de los vaqueros—. El que venga conmigo se pondrá esto en el pelo.

—¡Tengo todavía la que me diste! —exclama Lucas, que se saca una banda de color marrón del bolsillo de su pantalón corto. El crío se la coloca en la cabeza, tal y como le enseñé, y le muestra una sonrisa engreída a su hermano—. Yo voy con Tristan. Vamos los dos iguales.

Dylan frunce el ceño y arruga sus labios en un mohín de disgusto.

—Tengo que deciros algo, hermanitos. —Señalo a Chiara—. ¿Sabéis que ella es una futura jugadora de las Valquirias, el equipo de la WNBA que estoy entrenando?

—¿De verdad? —pregunta Dylan con los ojos muy abiertos.

Chiara me dedica una mirada de agradecimiento.

—El entrenador tiene la última palabra —dice ella—. Y sí, me van a fichar... si demuestro lo buena que soy. ¿Me ayudáis a convencer al entrenador Clayton?

—¡Sí! —grita Dylan—. ¡Yo voy contigo!

Chiara sonríe con la reacción del pequeño y algo tibio se cuela en mi pecho. Creo que es la primera sonrisa sincera que nos muestra.

Cuando voy a guardarme la banda en el bolsillo, Chiara me hace un gesto y la señala.

—¿Te importaría dejármela para recogerme el pelo? No pensaba que fuese a jugar hoy mismo. —Dibuja un mohín con sus labios.

—Claro, toma.

Acepta la cinta y, mientras se sujeta la melena con una mano, enrolla varias veces la tela elástica alrededor del pelo hasta formar una coleta.

—Gracias —me dice tras despejarse el rostro.

No soy capaz de librarme del cosquilleo que me producen sus sonrisas, sus gestos y hasta sus cabreos. Porque, para mí, sigue siendo la joven que rescaté en una carretera, con la que acabé follando contra la pared y con la que dormí toda una noche en la misma cama. Por más que lo he intentado, no he logrado sacarme aquel recuerdo de la cabeza y sigo evocando su rostro, su imagen al

levantarse, en braguitas, mirándome desvergonzada, con los pechos al aire...

Joder, qué turbios me parecen ahora esos pensamientos.

—¿Cómo empezamos? —pregunta Lucas.

—Haremos primero unas cuantas entradas o tiros a corta distancia —les explico mientras nos posicionamos en el centro de la cancha—. Corréis desde aquí, botando la pelota, y antes de encestar, dais dos pasos sin bote, saltáis y lanzáis suavemente. Si apuntáis al cuadro pequeño del tablero tendréis más oportunidades de acertar.

Para Chiara y para mí resulta un ejercicio demasiado fácil, pero además de ponerme a la altura de dos críos de ocho años, he querido tener una primera impresión de la técnica de la chica. La verdad, me ha sorprendido para bien. Es ágil, rápida y domina el balón con seguridad.

—¡Vale! —exclamo con la autoridad que estoy acostumbrado a mostrar ante mi equipo—. Ahora, un partidillo de dos contra dos. Así practicaremos ataque, regate y defensa.

De nuevo, nos ponemos al nivel infantil de mis hermanos, pero resulta útil porque tenemos que esforzarnos por incluirlos en el juego. No quiero todavía un enfrentamiento entre Chiara y yo. Ya llegará.

—¡Venid a comer ya! —nos grita Lucille desde el porche.

—Jooo, ahora que íbamos ganando —protesta Dylan.

—¡Seguro que Tristan os ha dejado ganar! —reclama Lucas.

—¡Claro que no! —reniega el primero—. ¡Chiara es buena! —Se dirige a mí—. ¿Te ha convencido, Tristan? ¿La vais a fichar?

—No puedo responder a eso todavía —le explico—. Prometo que lo diré a final de semana.

—Una promesa es muy importante —me recuerda el niño.

—Siempre —le respondo.

Los dos corren hacia la casa. Chiara y yo los seguimos a través del sendero enlosado del jardín. Al llegar al porche, ambos nos quedamos clavados en el suelo. Estamos contemplando algo tan inaudito...

—¿Por qué ponéis esa cara? —refunfuña mi padre—. ¿Nunca habíais visto a un tío haciendo unas hamburguesas en una

barbacoa?

—A ti no, desde luego —respondo.

De nuevo, esas sensaciones contradictorias, con las que me complace ver a este hombre como un padre normal, pero al mismo tiempo, siento una ira ardiente recorrer mis venas porque para mí nunca lo fue.

—Venga, no le deis más coba o se acabará sintiendo demasiado importante —bromea Lucille.

Mi antigua hermanastra y yo cruzamos miradas. Yo alzo una ceja y ella se muerde el labio inferior. Dos gestos diferentes, pero que significan lo mismo: la imagen de mi padre ha cambiado mucho. De ser un empresario estresado y ausente a pasar el mayor tiempo posible en casa y en familia. ¿Hacer una barbacoa? Eso no cuadra con Aaron Clayton.

Hasta ahora, por lo que parece.

—Coged cada uno un panecillo —nos dice Lucille—. Y le vais pidiendo al cocinero lo que queráis.

—¡Yo hamburguesa! —grita Dylan.

—¡Yo un perrito! —exclama Lucas.

Cuando me toca el turno, mi padre coloca dos hamburguesas sobre mi bollo.

—Vas a necesitar proteínas de ahora en adelante. —Ahoga una sonrisilla.

Ya sentados alrededor de la mesa, vuelvo a tener la sensación de hogar y familia que no había sentido desde que era muy pequeño. La barbacoa sigue echando humo y mi padre escucha a uno de sus hijos, que le habla de baloncesto. El otro gemelo le está explicando algo a Chiara, como si la conociera de toda la vida. Lucille me sirve otra lata de cerveza y ríe alguna gracia de los niños.

En cierto momento, centro la vista en la chica que un día fue mi hermanastra. Ella parece intuirlo y alza las pestañas para dirigirme la mirada. Me sonríe con una mueca dirigida al parloteo de Dylan. Pero esa sonrisa no llega a sus ojos. El azul de sus iris me parece más oscuro de repente.

¿Qué escondes, Chiara?

¿Qué pretendes, May?

Capítulo 10

Chiara

—Es aquí. —Le señalo a Tristan el portal de un edificio.

—¿Seguro? —me pregunta mientras detiene el coche junto al bordillo—. En Sacramento me hiciste dejarte en medio de un parque.

—Eras, básicamente, un desconocido. —Acciono la manija de la puerta—. No iba a llevarte a mi casa.

—¿Ahora te fías más de mí? —me pregunta con socarronería.

—Puede que menos. —Salgo del coche y lo cierro. Tristan baja la ventanilla y acerca su rostro al hueco.

—Nos vemos mañana —me recuerda—. ¿Te ha llegado la ubicación?

—Que síííí —rezongo.

—Vale, pues hasta mañana.

Cruzo los brazos, los descruzo y acabo metiendo las manos en los bolsillos de mi cazadora vaquera.

—Ya puedes irte —le digo.

—Cuando vea cómo entras en el portal. Es lo que haría cualquier hermano mayor.

—Tú no eres mi hermano.

—Gracias al cielo. —Resopla—. Aun así, no voy a dejarte aquí sola en la oscuridad de la noche.

—Creo que no te fías de que tenga un lugar en San Francisco donde hospedarme —le digo.

—¿No lo tienes?

—Te he dicho que es aquí, ¿no?

—Cada vez se hace más tarde y mañana tenemos que madrugar —me suelta con un tono cargante que no soporto.

—Joder —mascullo. Me doy la vuelta y pulso uno de los timbres.

—¿Quién es? —pregunta una voz masculina a través del telefonillo.

—Soy Chiara —le anuncio.

Unos segundos de silencio. Una de mis piernas no deja de moverse adelante y atrás. Por fin, el sonido de apertura de la puerta me llena de alivio. Empujo para que se abra.

—¿Ya te quedas tranquilo? —le digo a Tristan con ironía.

—Hasta mañana, Chiara —se limita a decirme antes de subir el cristal y perderse por la avenida.

Suelto el aire que contenía y me adentro en el portal. Mientras subo los escalones hasta el primer piso, no dejo de refunfuñar.

—Maldito seas, Tristan. Malditas tus condiciones y maldito el cambio de plan que me has obligado a hacer.

En la puerta del piso me espera un chico de cabello moreno, ojos oscuros y con expresión de sorpresa. Es guapo y está cachas. La camiseta sin mangas potencia sus bíceps y le marca los abdominales.

—Dichosos los ojos, Chiara —me dice—. ¿Qué te trae por aquí después de meses sin saber de ti?

—Necesito quedarme aquí esta noche —le digo—. No tengo otro sitio adonde ir.

Suspira, se hace a un lado para dejarme pasar y cierra detrás de mí.

—¿Qué has hecho, Ravioli?

Sonrío un solo segundo al oír el apelativo que Levi siempre me dedicó.

—Algo muy estúpido pero muy necesario. —Echo un vistazo al interior de la vivienda desde la puerta—. Si estás acompañado, o no puedes, o no quieres que me quede, lo comprenderé.

—Estoy solo. —Me señala el sofá, donde reposa una manta. La única iluminación proviene de una lamparita en un rincón y de la pantalla del televisor, cuya imagen está en pausa. Atisbo a ver el logo de Netflix—. Y no tengo inconveniente en dejarte pasar aquí la noche. Tienes que estar muy apurada para pedirle ayuda a tu ex.

Que lo mencione lo vuelve aún más absurdo.

—Sí. —Me dejo caer sobre el sofá—. Estoy bastante desesperada.

—¿Vas a contarme algo? —Él se sienta a mi lado.

—Mejor que no sepas nada. —Me quito las zapatillas y me tapo con la manta de rayas.

—Dios, Chiara. Suenas a fugitiva de la justicia: «No te digo nada para no ponerte en peligro» —bromea.

—No soy una fugitiva. Al menos, todavía no. —Compongo un mohín que pretende ser gracioso.

Levi me dedica una media sonrisa que acaba siendo un gesto de tristeza.

—Ese fue siempre nuestro problema, Ravioli. Que yo preguntaba y tú nunca respondías. Yo no tenía una novia, tenía un enigma.

—Lo siento —le digo con sinceridad.

—Tranquila. —Barre la estancia con la mirada y frunce el ceño—. No has traído nada. Me da la impresión de que he sido una solución de emergencia.

—Sigues siendo un tío inteligente —bromeo.

—Y tú la misma chica misteriosa de siempre. —Recorre mi cara con su suave mirada oscura—. Puedo dejarte algo de ropa, un cepillo de dientes y un lugar donde dormir. Nuestra ruptura no fue traumática.

—¿Ropa de alguna novia? —le pregunto sonriente.

—Tendrás que conformarte con ropa mía. —Ríe—. Todavía no he dado ese paso.

—¿Quieres decir que estás en fase de citas todavía?

—Y un par de besos —me confiesa divertido.

—Será tonta si no da el siguiente paso —le digo.

—Para ti no fui suficiente.

—Ya. —Bajo la vista.

—Eh, tranquila. —Posa la mano sobre mi brazo—. No nos estamos reprochando nada. ¿Podrías decirme, al menos, si vas a quedarte solo esta noche?

—De momento, tiempo indefinido —le respondo con un suspiro—. Mañana traeré algo de ropa. Te pagaré la mitad del alquiler de este mes.

—No voy a cobrarte alquiler —protesta—. Se podría decir que somos amigos, ¿no? Y los amigos se hacen favores. Hoy por ti, mañana por mí.

—Ya veremos. —Sonrío—. Gracias, Levi.

—¿Y qué es eso tan estúpido que has hecho? —Levanta las manos —. No te enfades. Solo me preocupo por ti.

—No he matado a nadie, tranquilo. Solo he engañado, fingido y embaucado a unas cuantas personas.

—Pero muy necesariamente —me dice con ironía.

—Exacto —le digo—. Lo malo es que los planes pueden torcerse.

Levi ya no intenta sonsacarme más. Es un tío genial y por eso salí con él durante siete meses. Lo malo es que, que alguien te parezca genial, no es suficiente para amarlo, sobre todo si ese alguien merece mucho más.

—¿Cómo está tu familia? —me pregunta con cautela.

—Mi abuela y mi hermana están bien —le respondo con una sonrisa un tanto forzada—. Y mi madre... bueno, como siempre. Ahí va, esforzándose todo lo que puede.

—La depresión es una enfermedad muy jodida —se lamenta.

—Sí, lo es.

No me explayo más. Nunca tuve el coraje de contarle a Levi toda la verdad.

—¿Y tu madre? —inquiero—. ¿Sigue tan activa como siempre?

—No para quieta. —Sonríe.

Nos quedamos unos instantes en silencio, mirando la pantalla del televisor como si la película se hubiera reanudado. Levi se levanta y desaparece por el pasillo.

Al pensar en lo que ha pasado hoy, le veo el lado bueno y el lado malo. El bueno es que, sin habérmelo propuesto, he socializado con la familia del innombrable: la madrastra, los mellizos... y Tristan, por supuesto. No esperaba conseguirlo el primer día. Punto para mí.

La parte negativa, como ha dicho mi ex, es que todavía no tenía planeado dónde quedarme, a la espera de que Tristan aceptara ayudarme. No contaba con la maldita condición de entrenarme durante varios días, y me habría resultado bochornoso decirle que no tenía ni idea de dónde pasar la noche porque planeaba coger un

bus a Sacramento hace horas. Por suerte, he sido rápida a la hora de acordarme de Levi.

—Te traigo unas sábanas y una colcha para que duermas en el sofá. —Mi antiguo novio aparece con ropa de cama—. Te conozco y sé que no aceptarás que sea yo el que me quede aquí.

—Me conoces bien. —Sonrío.

—Te he dejado en el baño unas toallas limpias, una camiseta y un pantalón de pijama. Con respecto a tu ropa, puedes ponerla a lavar y después meterla en la secadora. No puedo ayudarte de otra manera para que puedas vestirte mañana. A no ser que te quede bien mi uniforme de trabajo.

—Seguro que, ataviada de bombera, no estoy tan buena como tú. —Reímos los dos—. Gracias, Levi. Te debo una muy gorda.

Me acerco a él y le doy un beso en la mejilla. Él se ruboriza un instante y se lleva la mano a la zona que he besado. Qué mono es.

—Tengo que irme a dormir —susurra—. Mañana empiezo temprano.

—Hasta mañana, Levi.

Él curva la boca, se da la vuelta y vuelve a desaparecer por el pasillo. Oigo el «¡clac!» del pestillo de su puerta.

Me aflige ver en sus ojos los rescoldos de lo que tuvimos. Pero no puedo hacer nada. Para mí ha sido como besar a un hermano.

Es al pensar en un hermano cuando mi mente traicionera evoca a Tristan. Maldito Tristan.

«Tú también vas a pagar tu parte. Aunque me sienta como si me arañase el corazón imaginar que te hacen daño, imaginar que te lo hago yo.»

Como compensación por el favor que me está haciendo Levi, me he levantado antes de las seis, he recogido el comedor y he preparado café.

—Buenos días —me saluda desde la puerta de la cocina—. ¡Qué maravilla levantarse con este aroma!

Me vuelvo y lo contemplo con unos vaqueros descoloridos y una sudadera azul marino.

—Vaya. —Frunzo los labios—. Esperaba encontrarte con el uniforme de bombero.

—Me cambio en el trabajo. —Sonríe y acepta la taza de café que le ofrezco—. ¿Has pasado bien la noche?

—Genial. —Doy un sorbo a mi taza—. Oye, un pequeño favor más. ¿Podrías prestarme un pantalón corto de deporte y una sudadera?

Levi alza una ceja.

—Mejor no pregunto, ¿no?

—Puedes preguntar. —Encojo un hombro—. Es para entrenar a baloncesto. Mis zapatillas servirán, pero los vaqueros me pondrían en desventaja.

—Vas a entrenar a baloncesto —repite con un deje de incredulidad —. Vale, no quiero saber nada más. Ahora te busco la ropa.

Unos minutos después, salgo del baño con las prendas de Levi. Me van un poco grandes, pero gracias a mi altura, solo he tenido que apretar un poco las cuerdas del cuello y la cinturilla. Me recojo el pelo en una coleta con la cinta elástica que Tristan me prestó ayer. Si no fuera porque es bueno para mi objetivo, la habría tirado a una maldita alcantarilla.

—¿Quieres que te deje de camino en alguna parte —me ofrece— o es demasiado temprano?

—No —digo animada—. Es una hora perfecta.

Guio a mi exnovio por las calles de San Francisco siguiendo la ruta que me pasó ayer Tristan. Nos adentramos en el barrio de Pacific Heights y un pensamiento irónico cruza mi mente: no hay nada como nacer en buena cuna.

—Aquí es —le digo cuando avistamos un bonito edificio de color malva.

—Esta es la casa de la que ahora se encarga mi madre —apunta Levi mientras estaciona junto al bordillo.

—¿En serio?

—He venido a recogerla varias veces; claro que lo digo en serio. Me contó que la ha alquilado un tipo de Nueva York, joven, alto y muy amable, según mi madre.

—Pues qué casualidad. —Abro la portezuela y salgo del coche. Mi ex hace lo mismo.

—¿Quién es, Chiara?

—Mi antiguo hermanastro —le digo mientras me acerco al portal.

Levi se queda clavado en mitad de la acera y abre mucho los ojos.

—El hijo de Aaron Clayton —susurra.

—El mismo.

Quiero avanzar, pero mi exnovio me lo impide aferrándome por un brazo y alejándome de la casa.

—¿Qué pretendes, Chiara? —me interroga con una mezcla de hostilidad y preocupación.

Me zafo de su agarre.

—Anoche me aseguraste que no preguntarías más —le reprocho.

—¡Porque no sabía que pretendías meterte con esa gente! —exclama—. Los Clayton son poderosos, Chiara. Tú misma fuiste testigo. ¡Ya viste lo que hizo con tu madre!

—¡Por eso tengo que hacerlo, Levi!

Mis ojos deben de reflejar la desesperación que acompaña a mis palabras. Él me mira con incredulidad.

—Hacer ¿qué? —pregunta en voz baja.

—Eso no es asunto tuyo. —Elevo la barbilla.

—¿Es a los Clayton a quienes has mentido y embaucado? ¿Estás loca?

—Loca estaría si no hiciera nada —le espeto.

—Las venganzas son inútiles, Ravioli —me dice más calmado—. Déjalo. Olvida a esa gente y sigue con tu vida.

—¿Sabes qué? —Le doy la espalda—. No volveré a pedirte ningún favor. Ya me apañaré con el alojamiento.

Doy un par de pasos antes de que Levi vuelva a detenerme.

—Espera, Chiara. —Oigo su suspiro—. Vale, estoy contigo.

Me vuelvo hacia él.

—¿Eso qué significa?

—Que prefiero apoyarte en cualquier locura antes que dejarte sola.

—No tienes por qué hacerlo...

—Lo sé —me corta—. Pero quiero ayudarte. Fui testigo de la enfermedad de Rose y, por ese lado, lo entiendo.

—Vale. —Inspiro—. Pero no me juzgues.

—No te juzgaré en ningún momento —me dice mirándome a los ojos—. Seré tu refugio y tu consuelo cuando lo necesites. Pero no me implicaré más allá, Ravioli.

Cubro su mejilla con la mano.

—Gracias, Levi.

—Pues venga. —Me ofrece el brazo y lo enlazo con el mío—. Vayamos a saludar a tu hermanastro.

—¿Tú también? —Río.

—Por supuesto. Y me pienso presentar.

—No me lo creo...

Aliviada por contar con el respaldo de uno de los poquísimos amigos que tengo, me acerco de nuevo a la puerta blanca y toco el timbre. Medio minuto después, Tristan aparece con semblante somnoliento. Lleva puesta una camiseta blanca de manga corta y un pantalón gris de algodón. La melena despeinada le cae hasta los hombros y le tapa los ojos, por lo que se lleva la mano a la frente y se la despeja echando el pelo hacia atrás, en un gesto tan familiar que una espina se me clava en el pecho hasta producirme dolor.

—¿Chiara? —Entorna sus ojos verdes—. ¿Qué hora es?

—Temprano, lo sé —le digo con una gran e inocente sonrisa—. Pero mi amigo podía traerme en coche y me he ahorrado cuarenta y cinco minutos de tranvía.

Tristan mira con descaro a mi acompañante.

—Oh, él es Levi, mi compañero de piso cuando estoy en San Francisco. —Luego miro a mi ex—. Este es Tristan.

Levi me suelta el brazo y lo extiende hacia el chico que lo escruta.

—Compañero de piso y exnovio —puntualiza—. Nos habíamos visto de pasada, ¿verdad?

Pongo los ojos en blanco ante su primer comentario.

El aludido corresponde al saludo estrechando la mano de mi parlanchín ex.

—Eres el hijo de Rita —señala Tristan—. Te he visto alguna vez en el coche mientras la esperas.

—El mundo es un pañuelo, ¿no?

Resoplo. Me guardo para esta noche decirle que tanto sarcasmo no era necesario.

—Sí, qué casualidad —añade mi hermanastro.

—Bueno, pues me voy a currar. —Levi me da un beso en la mejilla —. Hasta la noche, Ravioli. Por cierto. —Saca unas llaves del bolsillo de la sudadera—. Toma, para que puedas entrar cuando quieras. —Se lleva una mano a la frente como saludo—. Un placer, Tristan.

Vemos cómo se monta en el coche, lo arranca y desaparece entre el tráfico.

—¿Me vas a tener todo el día en la calle? —le digo tras el momento incómodo—. ¿O hay que ir a entrenar ahora mismo?

—Todavía no he desayunado —rezonga y se da la vuelta. Aprovecho para entrar y cerrar detrás de mí.

—Pues, de paso, desayuno yo también, si no te importa. Solo he tomado café.

Él responde con un gruñido.

Observo el interior de la bonita casa victoriana. Es preciosa. Me gusta mucho más este tipo de viviendas que las mansiones de Silicon Valley. Quizá sea por el recuerdo amargo que me dejaron los años que viví en un casoplón en Connecticut. O tal vez porque relacione el derroche de dinero con el hundimiento de mi madre.

—¿No te ha preparado el desayuno míster músculo? —me pregunta Tristan con sorna. Lo encuentro en la enorme cocina, sentado en un taburete, frente a la barra, untándose una tostada con mermelada.

Sonrío malévola.

—Tenía que irse a trabajar.

—Yo también —me dice.

—Pero a ti no te esperan doce horas en las que tendrás que estar preparado para un incendio o el rescate de alguien que se haya quedado atrapado bajo unos escombros.

—Ah, que es bombero —se vuelve a mofar.

—Una profesión de lo más noble.

—Al menos te ha dejado ropa. —Me señala con la barbilla—. Porque eso solo puede ser prestado —se burla.

—Perdón por no venir con ropa de marca —ironizo.

—¿Y lo de llamarte Ravioli? —Sus hombros se agitan por la risa mordaz—. Menuda imaginación ponerle ese sobrenombre a una chica de origen italiano.

—Oye, ¿te ha caído mal? —Arqueo una ceja.

El cuchillo se atasca en la rebanada de pan.

—No. —Suspira—. En realidad, me parece un buen tío. Viene todas las noches a buscar a su madre para que no vuelva sola, aunque ella no deje de decirle que no hace falta.

—Sí, lo es —le digo.

Sin esperar a que me invite, abro un armario, cojo un plato y una taza y me siento en el otro taburete, a su lado. Le birlo una tostada, huevos, beicon y zumo de naranja.

—Como si estuvieras en tu casa —me dice con ironía—. Y si te parece un buen tío, ¿por qué es tu ex?

Esperaba la preguntita. Aunque no por eso le voy a dar una respuesta.

—¿No tienes ninguna ex para hacerte una idea? —le pregunto con la boca llena de pan tostado.

—Creo que no salgo con una chica desde mi época de instituto.

«No, claro. Tú te las follas directamente.»

—Recuerdo aquellos años —le digo tras dar un sorbo de zumo—. En tu descapotable nunca faltaba una rubia a tu lado.

Tristan deja de masticar y eleva la vista del plato para fijarla en mí. Su mirada verde se suaviza y su melena vuelve a caer por su rostro. Siento un deseo irrefrenable de apartársela y colocarle un mechón detrás de la oreja. Qué imbécil soy. Tengo que centrarme en mi objetivo o Tristan Clayton volverá a tener demasiado poder sobre mí.

—¿Te has quedado alelado? —Me muerdo el labio para no reír.

—Perdona. —Mueve la cabeza para despejarse—. Es que... acabo de ser consciente de que compartimos casa y familia durante años. Se me hace muy difícil relacionarte con aquella adolescente callada y...

—Fea. —Termino la frase por él—. No es necesario que busques sinónimos para hacerlo más sutil.

—No —susurra—. No iba a decir «fea» ni ningún sinónimo. Iba a decirte que me parecías callada, triste...

—Y fea —insisto—. Recuerdo perfectamente lo que me chivaba el espejo. Y tú no te acuerdas porque ni siquiera me mirabas.

«Cuidado, Chiara. Eso último ha sonado a recriminación y no te lo puedes permitir.»

—Entraste en mi vida de repente —se defiende—. Vivías en mi casa, eras una especie de hermana, pero a la vez una desconocida.

—Nunca hiciste nada para cambiar eso.

—Tú tampoco —replica.

Por un instante, vuelvo a ser la niña de doce años que se quedó prendada de los ojos verdes más bonitos que había visto en su vida.

—Yo era una cría tímida e insegura, con aparatos en los dientes, y a la que el resto de las niñas solo se acercaban para preguntar por su hermano, el guapo y popular capitán del equipo de baloncesto.

—O sea, que te caía fatal.

—Como el culo —ratifico.

—Tú lo has dicho. —Termina de masticar su tostada—. Yo era un adolescente de dieciséis años con las hormonas disparadas. Disfrutaba de mi popularidad, mi éxito con las chicas y el baloncesto.

—Y yo no encajaba, claro.

—O no hacías nada por encajar.

«Habría dado cualquier cosa por que me miraras, gilipollas. Me habría conformado con que no te avergonzaras de mí, que me hubieses presentado a tus amigos y con tener un maldito hueco en tu vida, aunque solo fuera como hermana. A pesar de que, conforme fui creciendo, se fue haciendo más dolorosa tu indiferencia.»

—Déjalo, Tristan. —Recojo los utensilios que he utilizado y los llevo al lavavajillas—. Da la sensación de que te esté recriminando algo y, la verdad, me importa un comino que pasaras de mí. Eras un niñato rico que lo tenía todo en la vida y yo solo estaba de prestado.

—Tenía una madre muerta y un padre ausente. —Se levanta con brusquedad y recoge lo que queda en la encimera—. Eso era *todo* lo que yo tenía.

—El pobre niño rico —le suelto.

Se vuelve hacia mí y hace oscilar los mechones oscuros de su pelo.

—Si es eso lo que ves en mí, estupendo. A mí también me importa una mierda lo que pienses o creas.

«Joder, Chiara, ¿qué coño haces? ¡Se supone que os tenéis que llevar bien! ¡Deja los reproches para el final!»

Emito un suspiro y cambio mi semblante furibundo por otro de arrepentimiento.

—Lo... siento —le digo—. Me vas a ayudar un montón y te pago con esa sarta de chorradas del pasado. —Conecto mis ojos con los suyos—. Perdona.

El pelo se le enreda en las pestañas, pero esta vez no se lo aparta con un simple gesto. Saca del bolsillo una banda elástica y se la coloca en la cabeza con el cabello hacia atrás. Sus gestos denotan tensión, pero resultan terriblemente sexis. Qué asco doy por seguir viendo lo de siempre.

—Yo también llevo una de esas. —Señalo mi coleta.

Pero mi gracia no le saca ni media sonrisa.

—Va, venga, Tristan. Te estoy diciendo que estoy arrepentidísima. —Extiendo el brazo y la mano—. ¿Amigos de nuevo? ¿O antiguos hermanastros? Vas a ser mi entrenador en pocos días y va a quedar un poco raro que no me hables.

Por fin curva una comisura de su boca y responde a mi gesto estrechándome la mano.

—Tienes razón —me dice con un punto de sorna—. Es una muy mala idea cabrear a tu entrenador. Te vas a cagar. Se te va a salir el relleno del ravioli por la boca en cuanto te ordene hacer una hora de sentadillas.

Río. Si algo he de reconocerle a Tristan es su carácter poco rencoroso. Lo recuerdo siempre con una sonrisa, a pesar de que estuviera solo la mayor parte del tiempo. Porque tiene razón con su queja. Su padre se pasaba la vida viajando por negocios. Mi madre lo acompañaba y me arrastraba con ella. A nadie le importaba que Tristan se quedara solo o que todas las fiestas juveniles se hiciesen en su casa. Todo el mundo sabía que allí no habría adultos, a excepción del servicio, durante semanas.

—Eso lo veremos —le digo en tono desafiante con un toque burlón.

Suelto un suspiro de alivio cuando desaparece escaleras arriba para cambiarse.

Capítulo 11

Tristan

Voy a tener que cabrearme menos si mi objetivo es descubrir qué se cuece en la cabecita de Chiara. No he sido capaz de contenerme cuando ha tocado lo que más me duele. Siempre he odiado la jodida lástima con la que me miraban mis compañeros cuando mis padres no aparecían nunca en los partidos, reuniones o festivales. Por eso Rhys y yo creamos una conexión y un cariño más allá de la amistad. Sus progenitores pasaban olímpicamente de él y estaba tan solo como yo.

—¿Adónde vamos? —me pregunta Chiara, que sigue sorprendida desde que comprendió que no iríamos en coche.

—Hay una cancha pública de baloncesto a un par de manzanas de aquí.

Caminamos por las calles secundarias. A esta hora temprana en una zona residencial, el ruido se va alejando de nosotros hasta convertirse en un murmullo que se pierde más allá de edificios y calles empinadas que desembocan en la bahía. Como esperaba, encontramos el lugar desierto. Aparto una rudimentaria verja de alambre y nos colamos en el interior. Dejo la mochila en una esquina y comienzo a botar la pelota.

—Se han acabado las canastas a la altura de críos y las prácticas lúdicas —le digo con un punto perverso—. Aunque voy a ser benevolente contigo y vamos a empezar el entrenamiento con un ejercicio fácil: solo tienes que quitarme la pelota.

Por unos segundos, he visualizado su cara de indignación y he oído sus quejas, por no ser profesional, por ser mujer o por la falta de experiencia. Pero no ocurre nada de eso. Chiara alza la barbilla y

me reta con la mirada. El sol matutino refleja rayos azules en sus ojos, formando un abanico de ese color.

—Quizá te haga tragar tus palabras, capullo prepotente —me dice.

No me porto de forma compasiva en ningún momento. Me valgo de mi pericia con el balón, de mi fuerza y mi agilidad para sortearla y encestar, una y otra vez. Aun así, Chiara no desiste ni un momento y me lo pone cada vez más difícil. Grita, gruñe y suda al tiempo que utilizo todos mis recursos en el uno contra uno. Cambio la altura del bote para que no me lea, paso la pelota por entre mis piernas o toco el suelo justo antes de abarcar el espacio con los brazos. Solo es capaz de rozar la pelota en un par de ocasiones, y me doy cuenta de que le falta un puntito, de que necesita un poco más de motivación.

—¿Qué dices que me voy a tragar, Ravioli? —la pincho entre jadeos. Sigo botando y giro sobre mí mismo—. Porque, de momento, no veo que tengas lo que hay que tener para fichar por mi equipo.

No sé si consigo motivarla o he bajado la guardia, porque Chiara grita hasta desgañitarse, da un salto enorme y consigue atrapar el balón. Gira, bota, da dos zancadas y encesta.

—¿Qué decías, chulito arrogante?

—Nunca he sido un chulo —me quejo.

—No poco —gruñe.

Intento distraerla para hacerme de nuevo con la pelota, pero ella alza la rodilla, deja el otro pie en el suelo y se abre de una forma tan fluida que se escapa de mí y vuelve a encestar.

—¿Estás en baja forma, entrenador? —se mofa. El continuo movimiento le ha desprendido varios mechones de la coleta y el sudor se los ha pegado a la frente y al cuello. Aun así, me cuesta trabajo apartar la vista de su rostro húmedo y sonriente.

—Te he dado un poco de ventaja —miento—. ¿Dónde practicas el baloncesto? —le pregunto sin olvidarme de sus manos, que botan más rápido de lo que esperaba—. Porque no me creo que no juegues desde tu época universitaria.

—¿Me estás alabando, hermanito? —se burla.

Cubro la posición de la canasta, por lo que Chiara me mira de reojo y se acerca a mí retrocediendo, hasta que su espalda

prácticamente toca mi pecho. Abro mis brazos sobre sus hombros y su pelo termina frente a mi nariz.

Durante un segundo, me da la sensación de vivir la jugada a cámara lenta. Veo nuestras gotas de sudor flotando en el aire, la coleta de Chiara moviéndose hacia uno y otro lado, su piel brillante y mojada. Un aroma embriagador, mezcla de sudor y de vainilla, se cuela por mis fosas nasales y consigue que me dé un par de vueltas la cabeza. Momento de distracción que aprovecha Chiara para, después de una pausa, romper mi defensa, esquivarme y encestar.

—¡Sí! —grita con los brazos en alto—. ¿Qué te ha parecido eso, ojos bonitos?

El tiempo parece detenerse, al igual que el aire que nos rodea. Chiara palidece, mi corazón se salta un latido y ambos nos quedamos sin mover un músculo. Como en medio de una escena congelada, la pelota bota sola, se aleja de nosotros y se acaba deteniendo junto a la malla de alambre que rodea la cancha.

—Ha sido un lapsus —susurra—. Yo... joder —bufa—. No entiendo cómo he podido soltar semejante gilipollez.

Tardo unos segundos en recomponerme de la impresión. Porque durante ese tiempo, he tenido a May delante de mí, no a Chiara; a la chica de la carretera, no a mi hermanastra.

—¿Ya no te parecen bonitos? —me burlo para paliar la tensión. Me acerco adonde antes solté la mochila, la abro y saco de ella un par de botellas y dos toallas. Le paso una de cada a Chiara.

—Sigues siendo un capullo. —Da un largo trago de agua y luego se pasa la toalla por el rostro, el cuello y la garganta. Miro hacia otro lado. De repente, todos esos gestos tan triviales me parecen lo más sexi que he visto nunca.

Me bebo casi toda la botella, por si así me enfrío un poco.

«Joder, ¿en serio? ¡Solo me acosté con ella porque me recordaba a Evie!»

Miro la hora en mi Apple Watch.

—Creo que por hoy ya está bien —le digo—. Mañana volvemos a quedar a la misma hora.

—¿No me vas a decir si he pasado la primera prueba?

Me acerco a ella y me inclino hasta tener su rostro a un suspiro del mío. Es alta, pero sigue habiendo una diferencia de unos quince centímetros. No sé por qué lo hago. Ha sido como un instinto que me sigue recordando la intimidad que tuve con esta chica. Es una malísima idea, pero no soy siquiera consciente de haberlo pensado. Simplemente, algo me atrae hacia ella.

—No tendrás mi veredicto hasta el final —le susurro.

Chiara no responde, no hace nada. Se ha quedado estática, frente a mí, exhalando un aliento que calienta mi garganta. Entreabre la boca y no aparto la vista de sus labios. Ella baja la mirada y la fija en los míos. El sol impacta en su rostro y compone un caleidoscopio de colores: el azul de sus ojos, el negro de su pelo, el dorado de su piel. Su coleta se ha deshecho, el sudor le brota de cada poro y la ropa que lleva no puede ser menos femenina, y, aun así, exuda una belleza natural y salvaje que me hace tragar saliva.

Sacudo la cabeza. Un resquicio de cordura me avisa de que lo que estoy pensando es una jodida barbaridad..., pero que es un buen momento para seguir averiguando.

—Dime la verdad, Chiara. ¿Fue casualidad que nos encontráramos en aquella carretera?

Mi antigua hermanastra parpadea, desconcertada. Está claro que no se lo esperaba.

—¡Joder, Tristan! ¿Todavía con eso? —me dice con un deje de súplica—. ¿Cómo podía saber yo dónde ibas a estar, justo en aquel lugar y en aquel momento?

Me llevo la mano a la nuca y fuerzo una mueca.

—La verdad es que es complicado —comento.

—¡No tanto! —ironiza—. Ahora venden unos dispositivos GPS a los que les das el nombre de una persona y te llevan hasta ella. Lo último en tecnología china. Van de muerte.

—Vale, ha sido una gilipollez —le digo.

—Y si eso no es suficiente —prosigue—, deberías darme un motivo por el que yo quisiera saber el paradero de mi antiguo hermanastro, fingir una avería, hacer como que no lo conozco de nada, acostarme con él... Joder, ¿no te parece de locos?

—Totalmente. —Suspiro.

Chiara camina hacia la salida de la cancha con determinación.

—Mira, no sé qué paranoia tienes conmigo. Lo único que quiero de ti ya lo sabes. —Se vuelve hacia mí, con tanto ímpetu que los mechones sueltos se le enredan en el cuello y sus ojos se convierten en puro fuego azul—. Puedes llamar al *Sacramento Flight*, hablar con el redactor jefe, Harry Wolker, y preguntarle por mí. También puedes buscarme por internet como C. M. Monroe, y encontrarás los artículos que he publicado. Para tu información, firmo con mis iniciales para que ningún machista pase de mis escritos por ser mujer. Todavía hay quien cree que no tenemos ni idea de deporte porque es cosa de machos.

—Vale, vale. —Detengo su acalorado discurso—. Perdona, Chiara, lo siento.

—No, nada de disculpas. —Pone los brazos en jarras—. Quiero que me busques ahora mismo.

Suelto el aire que contenía y me saco el móvil del bolsillo del pantalón de chándal. Busco lo que me dice y, de inmediato, me salen imágenes y enlaces a los artículos que menciona.

—¿Contento?

—Que sí, que te pido disculpas —gruño.

—¿Me ayudarás, entonces?

La expresión de su rostro se vuelve más serena.

—Sigue en pie la condición de entrenarte dos veces más —le digo —. El equipo es lo más importante ahora para mí.

—Qué pesado. —Resopla y hace volar un mechón de cabello—. Mañana en tu casa a la misma hora. Levántate un poco antes, vago.

—¿Volverá a traerte tu exnovio musculitos? —pregunto con sorna.

Ya estoy arrepentido de haber hecho esa jodida pregunta.

—Cualquiera diría que estás celoso.

El corazón se me acelera. No sé por qué cojones lo hace, pero ocurre. Furioso por esa reacción de mi cuerpo, borro la sonrisa y la cambio por una expresión de pura ira.

—Lo que pasó entre nosotros fue una jodida casualidad y mala suerte —le espeto—. No teníamos ni puta idea de quiénes éramos y nos dejamos llevar por la libido, que debía de andar muy apurada.

Pero desde que descubrí tu identidad, me siento bastante sucio por lo sucedido.

—Yo también —me dispara con furia—. No vayas a creer que a mí me encanta la idea de haberme liado contigo.

—Pues ya nos ha quedado claro —gruño.

Me vuelvo y, de pronto, siento dos impactos en la espalda. Veo en el suelo una toalla y una botella vacía.

—Que te den, gilipollas —me dice—. Prefiero irme por otro camino.

—Como quieras —farfullo. Recojo lo que ha tirado y la veo alejarse calle abajo—. ¡¿Tienes dinero para el tranvía?! —le grito, avergonzado por haber acabado tan cabreado.

Su respuesta es seguir caminando y alzar la mano para mostrarme el dedo corazón.

Capítulo 12

Chiara

—Me cago en todos los Clayton —farfullo mientras subo las escaleras del piso de Levi. Abro la puerta y accedo al interior de la vivienda—. Al menos, en todos los adultos.

Sabiéndome sola en la casa, me quito la ropa de camino al cuarto de baño y me meto bajo el chorro de la ducha. Necesito arrancar de mi cuerpo el sudor, el polvo y la sensación pegajosa que deja en mi piel cada encuentro con Tristan.

Sabía lo que incluía mi plan, los riesgos, los malos momentos, pero, joder... duele. Duele cuando una parte del pasado regresa sin avisar. Y yo, como estúpida que soy, lo hago volver adrede.

Inspiro, espiro.

«Tienes tus motivos, Chiara. Deja de atormentarte. Se lo tienen bien merecido.»

Después de vestirme con mi ropa, consulto el teléfono y me doy cuenta de que tengo varias llamadas perdidas y mensajes. Mierda. Lo había puesto en silencio para concentrarme en el maldito entrenamiento. Pulso y llamo.

—¿Qué pasa, *nonna*?

—Tienes que venir. —La voz quebrada de mi abuela hace que me tiemble todo el cuerpo—. Es tu madre.

Entro corriendo en casa. Por suerte, es horario escolar y Rain no está. Mi abuela se encuentra en el comedor, sentada en una silla, masajeándose las sienes. Se levanta al verme.

—Por fin —me dice.

—¿Sigue en la habitación? —le pregunto al tiempo que me acerco a la puerta.

—Sí —responde desesperada—. Se ha atrincherado dentro y se niega a salir, a pesar de mis ruegos.

—¡Mamá! —grito y golpeo la puerta—. ¡Mamá, abre!

—¡No! —responde—. ¡No puedo!

—¿Por qué? —Suavizo el tono.

—Porque os vais a enfadar —solloza al otro lado de la puerta.

—No, mamá. —Reprimo el llanto—. No nos vamos a enfadar. ¿A que no, *nonna*?

—¡No! —responde mi abuela tragándose la pena—. Claro que no, hija. Yo solo quiero que estés bien.

Silencio.

—Por favor, mamá, abre —insisto—. Por favor...

Durante unos largos minutos, mi abuela y yo contenemos la respiración. Por fin, pasado ese tiempo agónico, oímos el cerrojo de la puerta. Me apunto mentalmente buscar un destornillador para quitarlo. Volvemos a respirar y reímos y lloramos cuando mi madre aparece. Está en pijama, despeinada y con los ojos brillantes. Esconde algo detrás de la espalda.

Extiendo la mano.

—Dámela, mamá. —Ella aprieta los labios—. Mamá...

Por fin, muestra la mano que aferra una botella. Se me cae el alma a los pies cuando veo que está casi vacía.

—Joder, mamá... ¿De dónde coño la has sacado? Registramos hasta las rejillas de ventilación...

—La... tenía escondida debajo de una baldosa —explica.

La abuela y yo temblamos y tenemos que hacer un esfuerzo titánico por no derrumbarnos. Con cuidado, le arrebato a mi madre la botella y estiro el brazo para que mi *nonna* la coja y se deshaga de ella.

Mamá empieza a llorar.

—Solo ha sido esta vez, lo prometo. No volverá a pasar... —Se limpia los mocos con el dorso de la mano.

—Se suponía que te estaba yendo bien la medicación del psiquiatra —le digo en forma de ruego—. Te alivia la abstinencia y te

reduce los síntomas de la depresión...

—Lo sé. —Vuelve a limpiarse los mocos—. Pero solo quería un poco, para animarme. Me sentía muy culpable por la carga en la que me he convertido, y eso me llevaba a la frustración, y, al final, a decir: «¡a la mierda! ¡No me importa lo que me pase!».

—A nosotras nos importa. —Abrazo a mi madre y hundo el rostro en su pelo—. Nos importa a las tres. Porque tienes tres personas que te quieren mucho...

Mamá asiente. Dejo luego que la consuele su propia madre.

Después de limpiarme los restos de llanto con la manga, me saco el teléfono del bolsillo y deslizo el dedo por la pantalla con rabia.

—Se acabó —digo—. Voy a llamar ahora mismo a la clínica especializada, donde te tratarán el problema como lo que es: una patología dual. La depresión conduce al alcoholismo y el alcohol agrava los síntomas depresivos. Es un maldito pez que se muerde la cola.

Encuentro el contacto y espero.

—¡¿Y cómo piensas pagarlo?! —exclama mi abuela, que sigue tranquilizando a mi madre.

—No lo sé —respondo, apretando los dientes—. De alguna manera, lo haré.

La anciana se dirige a su hija.

—¿Te preparo un baño relajante, cariño?

Mamá asiente.

—Y dale su medicación —le susurro a mi abuela.

Mi abuela me pide que espere mientras se lleva a mi madre y le prepara la bañera. Deja la puerta entornada para que no la perdamos de vista. A todo esto, me sigue hablando una grabación en el teléfono.

—¡Joder! —Cuelgo.

—Yo también quiero que tu madre se cure —me dice mi abuela en voz baja—. Pero esas clínicas son carísimas. Por mucho adelanto que te den en el periódico o lo bien que te vaya con tu reportaje, no nos va a llegar —se lamenta.

—¿Y qué pretendes que hagamos? —le exijo saber—. Ya probamos con aquel centro subvencionado. Resultó un absoluto

fracaso, *nonna*. Ella necesita algo más especializado.

Ella inspira y me dedica una mirada que lo dice todo.

—Ni hablar —le espeto—. No voy a pedirle dinero a Aaron Clayton.

Desvío la vista hacia el baño para asegurarme de que mamá no me ha oído.

—Pues pídeselo a su hijo —clama mi abuela.

—¿A Tristan? Ni de coña.

La mujer se cruza de brazos y me dedica una expresión entre triste y enfurruñada.

—¿Cuándo vas a dejar de creer que puedes solucionarlo todo, *cara*? ¿Qué problema le ves a que ese *stronzo* pague por lo que él mismo causó?

—Quiero hundirlo, no reclamarle dinero —me quejo.

—Pues tú dirás —rezonga—. Yo no lo veo muy compatible. Y, mientras tanto, la que sufre es tu madre. Por no hablar de ti, de Rain y de mí.

—¡Vale! Lo he captado.

En mitad de la discusión, oímos el sonido inconfundible del agua. Las dos nos dirigimos al baño.

—¿Todo bien, mami?

—Sí, sí, tranquilas. —Se ha puesto en pie y se ha enrollado una toalla alrededor del cuerpo—. Si me ayudáis a salir... Estoy un poco mareada.

Las pastillas ya hacen efecto.

—Claro, mamá.

La cogemos por los brazos, la ayudamos a ponerse un pijama limpio y la llevamos al sofá del salón.

—Prefiero irme a la cama —se queja.

—Se acabó la cama por hoy —le digo—. Te pondré la tele y la abuela te preparará algo de comer.

—Cariño... —Mi madre me acuna el rostro con una mano mientras busco el mando por el sofá—. No va a pasar más, te lo prometo. Descansaré y estaré mejor. ¿No tenías que irte a trabajar?

Miro a mi abuela y esta asiente.

—No sé si es buena idea dejaros solas...

—Estaremos bien —asegura mi *nonna*—. Ahora mismo hace más falta el dinero que gente holgazaneando por la casa.

El timbre de la puerta impide que le conteste. Yo misma me acerco y abro. Me encuentro con Alma, la mujer que vive a cinco casas, su hija, Carmen, y Rain.

—Hola, Chiara. —La vecina me da un beso en cada mejilla—. Le he dicho a tu hermana que podría venirse a dormir a casa, que su mamá está malita. —Me dedica una mirada de soslayo cargada de entendimiento.

—¿Mamá está bien? —Rain entra en nuestra vivienda y se dirige al salón. El resto la seguimos—. Mami, ¿puedo quedarme a dormir en casa de Carmen?

—Claro, cielo. —Mi madre sonríe como si todo fuese normal—. Puedes irte. Además, me vendrá bien un descanso. Tengo un poco de gripe. —Mira a la vecina—. Gracias, Alma.

Como si su hija pequeña no supiese qué le pasa a su madre.

La aludida asiente y extiende la mano hacia mi hermana.

—Vamos, Rain.

La abuela le da un beso y yo la abrazo después.

—Pórtate bien, pequeñaja.

—¿Has pagado la matrícula de la escuela de patinaje? —me pregunta.

—Ya está pagada —le aseguro—. El lunes que viene tendrás que estar allí como un reloj.

Ella me rodea el cuello con sus bracitos.

—Gracias, Chiara. Te quiero.

—Yo también te quiero, Rain.

La abuela y yo las acompañamos hasta la puerta y nos despedimos de ellas. Cuando cerramos, nos miramos con cara de circunstancias.

—¿Sigues pensando que la venganza no es necesaria? —le digo con retintín.

—No digo que no le estaría bien a ese desgraciado, pero creo que te ahorrarías un montón de disgustos si te limitaras a pedirle un puñado de miles de dólares.

—Tal vez haga las dos cosas. —Me muerdo la uña del dedo índice —. Porque una cosa me facilitará la otra.

—No sé qué demonios estás tramando —rezonga mi abuela mientras regresa al salón—. Solo espero que no salgas malparada. Recuerda que estás luchando contra un Clayton. Mejor dicho, ¡contra dos!

—¿Alguien ha dicho «Clayton»? —inquiere mi madre.

—Mierda —farfullo.

—Has debido de entender mal, hija —le dice la abuela—. Estábamos hablando del trabajo de Chiara.

—No pasa nada porque lo mencionéis a estas alturas —dice mi madre—. Es solo que... me ha sorprendido, eso es todo.

Me siento a su lado. Está relajada y, aunque sé que es por la medicación, me tranquiliza verla así.

—Voy a poner a cargar tu móvil —le digo—. Así podré llamarte de vez en cuando, ¿de acuerdo?

—Vaaale.

—Y mañana pasará a visitarte el doctor Cassidy.

—Que síií. —Los ojos se le están cerrando y yo no puedo evitar que me brote una lágrima. Le doy un beso en la mejilla.

—Ya verás como todo va a ir bien, mami.

Las malditas frases comodín; qué necesarias son a veces.

Me levanto del sofá y voy a mi cuarto, donde preparo una maleta con ropa y todo lo necesario para mudarme unos días, aunque seguro que tengo que comprarme algo. Después me cuelgo al hombro una bolsa con mi portátil, lo más indispensable de todo lo que me llevo.

—Estás decidida —me dice mi abuela desde la puerta.

—Más que nunca, *nonna* —le respondo—. Esta vez, que se preparen los Clayton. Voy a por todas.

Capítulo 13

Chiara

Le he pedido a Levi que vuelva a dejarme en casa de Tristan, pero que se abstenga de bajar, saludarlo y decir un montón de chorradas. Como si mi querido hermanastro fuera a ponerse celoso por los comentarios tontos de mi ex. Menuda estupidez.

—Gracias, Levi —le digo al tiempo que bajo del coche—. Esta noche llevaré algo de cena. Tendré que aportar algo —bromeo.

—No será *pizza*, ¿verdad?

—¡No! —protesto entre risas—. Ya sabes que, con una abuela italiana, me niego a comer la porquería que aquí llaman *pizza*. Llevaré comida china, si te parece.

—Perfecto. —Sonríe.

Nos despedimos, él se marcha y toco al timbre de la casa de color malva. Cuando la puerta se abre, me arrepiento de inmediato de haberle exigido a Levi que se marchara.

—¡Rita! —exclamo al ver a la mujer. Ella baja los dos escalones, haciendo oscilar sobre las piernas el delantal de cuadros azules y blancos, y me da un abrazo.

—Chiara, querida. —Me sujeta por los hombros y me mira con cariño—. Qué alegría verte. Levi ya me contó que estabas trabajando en San Francisco y que por eso estabas viviendo en su apartamento.

Me alivia saber que le ha dicho a su madre lo más práctico.

—Es de forma temporal —le aclaro—. En cuanto pueda, me buscaré algo.

—Ya sabes lo bueno que es mi hijo —me dice—. Por eso está saliendo con una chica que es un amor y que le corresponde.

Menuda pullita. Claro, pobre mujer. Su hijo me quería, ella se encariñó conmigo y yo acabé largándome. Normal que me suelte ese pinchazo.

—Y yo me alegro por él —le digo con sinceridad.

—Seguro que sí. —Sonríe satisfecha. Se ha alegrado de verme, pero me ha dejado claro que su hijo ya es terreno vedado. La entiendo.

La mujer se coge a mi brazo, subimos hasta la entrada y cierra la puerta.

—El señor Clayton te espera en la cocina con el desayuno —me anuncia.

—¿El señor Clayton? —me burlo al entrar en la soleada estancia—. ¿Por qué demonios exiges esa formalidad?

Tristan se halla en el mismo lugar de ayer: un taburete frente a la barra de la encimera. Ya se ha cambiado y lleva un pantalón corto y una sudadera negra. También se ha recogido el pelo, esta vez con uno de los pañuelos que le cubren la cabeza y se atan en la nuca. Aplaco el bombeo de mi corazón. La última vez que lo vi así fue en una carretera desierta de Nevada, cuando apareció de la nada como un puñetero demonio de ojos verdes, cuerpo escultural y sonrisa bajabragas.

—Yo no se lo exijo —me rebate—. La señora Wilson —incide en las tres palabras mientras la mira de soslayo— se niega a llamarme por mi nombre. Por eso yo tampoco me dirijo a ella por el suyo.

—Vale, vale. —Resoplo y me subo al taburete—. Vosotros sabréis de vuestras guerras.

—Me voy a la planta de arriba —refunfuña Rita mientras se dirige al pasillo—. Os dejaré preparada la comida que convinimos ayer.

Me vuelvo hacia Tristan.

—¿Lo ha dicho en plural?

—¿Te parece bien? —me pregunta el chico de los ojos bonitos.

—El señor Clayton me dijo que hoy seríais dos para comer —señala la mujer.

—Perfecto, señora Wilson —le dice Tristan—. Gracias.

—De nada. Un placer verte de nuevo, Chiara.

—Igualmente —susurro.

Rita desaparece de nuestra vista y oímos el ruido sordo de sus pisadas sobre las escaleras alfombradas.

—¿Se puede saber a qué viene esa invitación? —Hago el amago de llenarme una taza de leche y café, pero Tristan me arrebata la taza y, en su lugar, coloca delante de mí un vaso alto con una sustancia de color indeterminado.

—Luego lo entenderás. Y ahora, bébete esto.

—¿Ya comenzamos con un plan alimenticio? —Resoplo—. ¿Qué lleva?

—Plátano y espinacas.

—Genial. —Me lo llevo a los labios. Pensaba que sabría peor, así que me tomo más de la mitad. Observo de reojo cómo un plato entra en mi radio de visión—. ¿Qué hay ahí? —inquiero.

—Avena cocida con fruta y frutos secos.

—Qué apetecible —rezongo.

—Yo voy a comer lo mismo. —Me señala su plato y el batido—. El entrenador también ha de cuidarse.

—Qué menos —gruño—. ¿Me vas a dejar en ascuas con lo de la invitación a comer en tu casa? ¿Y si no acepto?

—No es una invitación —me aclara—. Forma parte del entrenamiento.

—Lo que tú digas. —Unto aguacate en una tostada integral y Tristan me dedica una expresión burlona.

—¿Qué? —le digo.

—Nada. —Mueve la cabeza—. Pensaba en las casualidades de la vida. Que la señora Wilson hubiese sido tu suegra durante un tiempo es, como poco, curioso.

—¿Ya empezamos con el tema de las casualidades? —rezongo.

—Come. —Señala mi plato—. Hoy vas a sudar la camiseta.

Media hora más tarde, nos encontramos en la misma cancha de ayer. También está desierta, algo que les viene bien a mis siguientes movimientos.

—No irás a entrenar con esa prenda tan gruesa. —Tristan se quita la sudadera y se queda con el pantalón corto y la camiseta negra de

tirantes de los Brooklyn Nets, supongo que por haber entrenado a su equipo femenino el año pasado. Me fijo en los músculos de sus brazos, en su cintura estrecha y en los mechones oscuros que le caen hasta los hombros. Maldito sea una y mil veces por poseer toda esa belleza.

Ahora llega mi turno, no obstante. Que se prepare. Adiós a la Chiara que no se quitaba los jerséis ni en verano. Hola a la Chiara May segura de sí misma y de su propio atractivo. Si alguna ventaja tenemos las personas que hemos crecido llenas de complejos, es que, cuando sufrimos una transformación física, ya sea gracias al cuidado del cuerpo o a la imprevisible naturaleza, también logramos mayor autoestima, salud mental y amor propio. Y brillamos. Un *glowup* en toda regla. O patito feo que se convierte en cisne, como se habría dicho toda la vida. Y no me refiero solo al cambio que experimentamos algunos en la adolescencia, sino también al proceso de madurar, de dejar atrás la inseguridad y de creer en nosotros mismos.

Por ello, por toda esa transformación, Tristan no me reconoció. Era la baza con la que contaba.

—Claro que no. —Me quito el pantalón largo y dejo al descubierto uno corto ajustado de licra. Es azul marino, con un par de rayas blancas en los laterales, y deja al descubierto la totalidad de mis piernas y mi ombligo. Luego me desprendo de la sudadera y me quedo con el top a juego con el pantalón, igual de ajustado y cruzado por detrás. No es escotado, pero muestra todo mi abdomen. Tristan trastabilla y la pelota se le escapa de las manos. Veo moverse su nuez de Adán. Bien.

Satisfecha, me toco la trenza en la que me he recogido hoy el pelo y que me he vuelto a atar con su cinta elástica.

—¿Qué pasa? —refunfuño de manera teatral—. Ya no podrás meterte con mi ropa prestada. Esta es mía y me permite realizar mejores movimientos.

Carraspea y esquiva mi mirada. Perfecto.

—Antes de nada —me dice con la voz ligeramente estrangulada—, quería comunicarte que doy por finalizado el periodo de prueba. Ayer me demostraste que estás preparada y que malgastaríamos el

tiempo con demostraciones de tu capacidad. Lo mejor será dedicar lo que queda de la semana a entrenamientos propiamente dichos hasta la fecha de presentación de los fichajes.

Parpadeo, perpleja. Las horas de gimnasio, correr de madrugada y entrenar con el equipo de baloncesto del barrio me han servido para algo más que para escapar de casa y no pensar.

—¿En serio?

—Pues no. —Pone los ojos en blanco—. Solo me estoy quedando contigo para subirte la moral y luego destrozártela.

Me quedo quieta, tratando de atisbar algo en sus profundidades color esmeralda.

—Joder, Chiara, no me mires como si quisieras sacarme los ojos. Que lo digo en serio. Podrás infiltrarte en el equipo sin que nadie sospeche.

Le lanzo un puñetazo al estómago que le saca un quejido.

—Eres un gilipollas —gruño—. Sabes que me juego mucho con esto.

—Toma, y yo.

—Y, aun así, he pasado el examen —le digo con expresión traviesa.

—No cantes victoria —me dice con arrogancia—. A partir de ahora vas a saber lo que es un entrenamiento profesional.

—Blablablá —me mofo—. Qué chulito te pones.

—De nada, por cierto. Por si lo has olvidado, voy a tener que enredarme en un extraño paripé y hacerte pasar por una de mis jugadoras.

—Puedes decirlo sin temor —me burlo—: vas a ayudarme.

—Qué remedio.

Segundo movimiento: me acerco a él y le doy un beso en la mejilla. Pretendía que fuese un beso fugaz, solo para descolocarlo, pero acaba durando más de la cuenta. Mis labios se quedan pegados en su piel y mis fosas nasales se saturan con el olor a cítricos con especias. Juro que ahora mismo sacaría la lengua y le lamería la cara.

Lo mío no tiene remedio.

Me aparto, por fin, de Tristan, y hago un esfuerzo por dibujar la sonrisa más inocente del mundo. Él parece desconcertado y sus pupilas se han tragado el verde de sus iris hasta dejar un fino anillo a su alrededor. La he cagado por un instante, pero me reconforta ver que ha valido la pena.

—Gracias, Tristan. Sé que lo que os he pedido es bastante...

—Dejémoslo en confuso —me interrumpe.

—Por eso tiene más valor. —Nuestras miradas se enredan por un instante, porque quiero apartarme y no puedo. Me aterra el poder que esa mirada verde sigue ejerciendo sobre mí. Tiene que ser él quien deshaga el nudo.

—En fin. —Se aclara la garganta una vez más—. Será mejor que comencemos o se nos pasará la mañana.

Solo me voy a regodear un poquito más. Extiendo el brazo hacia él.

—¿Amigos? —Intento forzar una expresión dulce y agradecida, pero aprieto demasiado los dientes.

Él, sin embargo, me corresponde y me estrecha la mano, aunque me dedica una sonrisa socarrona.

—No sé si vas a querer ser mi amiga después de hoy.

Le doy un tirón a su mano y lo atraigo hacia mí. Percibo su desconcierto y su respiración en mi pelo.

—Puede que te lleves una sorpresa, mi querido hermanastro —le susurro al oído. Estamos tan cerca que noto el calor de su cuerpo, de su aliento y de su mirada. Y sé que él está advirtiendo lo mismo en mí.

Tristan se suelta, se aparta y va en busca del balón. Comienza a botarlo y, con la otra mano, señala el perímetro de la pista.

—Empieza dando unas cuantas vueltas para calentar. Hasta que puedas utilizar el gimnasio del equipo, lo haremos de una forma más rudimentaria.

Me llevo el canto de la mano a la frente para responderle con un saludo militar.

—A la orden.

Tras unos minutos de carrera suave, Tristan comienza a darme órdenes desde el centro de la cancha.

—Después de calentar, es el momento de activar los músculos. —Coloca en fila varios vasos de plástico bocabajo—. Tendrás que correr a más velocidad, en dirección a la canasta, sorteando los obstáculos. Ir de cara y volver de espaldas hasta que yo te diga.

Le hago caso y corro, esquivo, toco el pie de la canasta y me desplazo hacia delante y hacia atrás. Trato de controlar la respiración para no desfallecer pronto.

—Ahora haremos burpees —me avisa—. ¿Sabes a qué me refiero?

—Pues claro —gruño.

Con los pies solo un poco separados, inspiro y espiro durante unos segundos. Después me agacho en posición de sentadilla, coloco las palmas en el suelo y estiro las piernas hacia atrás. Realizo un par de flexiones, llevo los pies de nuevo hasta las manos, me levanto, salto con los brazos estirados y aterrizo con suavidad.

—Otra vez —me ordena Tristan.

Vuelvo a realizar el ejercicio.

—Otra vez —repite—. Y en cada serie, añade una flexión.

«Me cago en ti y en toda tu estirpe», protesto para mis adentros. Pero de cara a él, no pienso quejarme. Aunque me caiga redonda de cansancio.

—Vale, vale, ya está —me dice cuando empiezo a odiarlo... más todavía—. Los ejercicios de movilidad articular los haremos mejor en el gimnasio. Iremos directamente a los estiramientos dinámicos. Comenzaremos con ejercicios de zancadas, pero con rotación.

—Entendido.

Noto el sudor cubriéndome todo el cuerpo, el corazón a mil por hora y la respiración tan jadeante que me raspa la garganta. Pero puedo seguir adelante. Cuando llevas años con un objetivo en la vida, nada te detiene si tienes la oportunidad de llevarlo a cabo. Y a mí se me ha puesto en bandeja.

Hago el ejercicio que ha dispuesto Tristan. Doy un paso hacia delante con una pierna, bajo la cadera en línea recta hasta que la rodilla delantera forma un ángulo de noventa grados y la trasera no llega a rozar el suelo.

—Procura que la rodilla delantera esté alineada con el tobillo.

Para mantener el torso recto, giro el cuello solo un poco y me encuentro a Tristan a mi lado, a la misma altura.

—Rota el tronco hacia uno y otro lado —me dice—. Y ahora, impúlsate con el talón delantero para volver a la posición inicial. Mantén el equilibrio.

Ambos realizamos el ejercicio al mismo tiempo.

—Bien. —Asiente—. Ya puedes seguir.

—¿Tu lesión en la rodilla no te impide hacer esto? —le pregunto mientras vuelvo a bajar la cadera.

—Procura que no se te vaya la fuerza por la boca —me suelta.

—Capullo —murmuro—. Estoy perfectamente.

—Ah, ¿sí? Pues tendremos que intensificar un poco el entrenamiento.

—Para qué hablo —rezongo.

—Tranquila, solo van a ser unas flexiones con balón.

—Chupado —le digo jactándome.

Me pongo en posición de flexión clásica, pero con una mano en el suelo y otra en el balón. Cada vez que subo, hago rodar la pelota hacia la otra mano. Subo, bajo, subo, bajo...

—Cuando quieras, ¿eh? —jadeo cuando pierdo la cuenta de las flexiones que llevo.

—No se puede estar perfectamente en un entreno. —Alzo la vista y, en mitad de mi visión borrosa, lo veo de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisilla odiosa, repulsiva, despreciable...

—Te estás vengando de mí —le digo entre jadeos—. Yo no me haría tanto el chulo.

Tristan se agacha a mi lado, pero no dejo de subir y bajar el cuerpo.

—¿Quieres abandonar? —me susurra—. ¿Quieres hacerte pasar por una jugadora de la WNBA y ya ruegas piedad?

Aprieto los dientes y no contesto.

«Ya llegará tu hora, gilipollas.»

—Vale, descansa. —Me tiro al suelo, literalmente—. Venga, que ahora viene lo más divertido: sentadillas y tiro a canasta.

—Qué bien suena —gimo contra el cemento.

Me pongo en pie. Todavía tengo la adrenalina por las nubes. No quiero pensar en cómo estaré cuando pasen unas horas.

Tristan me pasa el balón, me agacho bajo la canasta y me estiro hasta saltar y encestar.

—Con tres series de diez repeticiones bastará.

«Con toda mi mano abierta también bastará», reniego para mí.

Cuando termino, me tiro al suelo de espaldas y abro los brazos y las piernas como si quisiera dibujar un ángel sobre el polvo de la pista. Veo volar una botella de agua y la pillo en el aire. Me incorporo para beber como si no hubiera un mañana.

—Poco a poco —me dice mi odioso hermanastro—. Poco a...

Lo callo lanzándole la botella a la cara, aunque también la atrapa al vuelo.

—No puedes agredir a tu entrenador —me suelta con sorna.

—Que te den. —Me pongo en pie entre quejidos—. ¿Qué tortura tienes planeada para ahora?

—Hemos acabado por hoy —me comunica—. Estiramientos estáticos y a casa.

—Joder, aleluya —reniego mientras doblo las rodillas y me agarro los pies.

—Pues esto no ha sido más que un aperitivo —me dice con el punto de arrogancia que siempre he detestado en él—. Es mucho más duro; y a diario.

—Ya lo sé. —Me limpio el sudor con la toalla y me pongo la sudadera—. Pero has mencionado que nos vamos a casa y eso es todo lo que necesito ahora mismo.

Tristan coge la mochila y camina delante de mí por la acera. Admiro su alta figura, su cuerpo perfecto, las ondas de su pelo. Por un instante, siento pena. Él es un daño colateral, pero no puedo cumplir mi plan sin lastimarlo.

Se vuelve hacia mí.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Y entonces me encuentro con sus ojos verdes. Son los mismos de aquel chico de dieciséis años que cautivó a una niña de doce. La niña que perdió la poca autoestima que le quedaba por culpa de su hermanastro.

Retiro lo que he pensado. No siento ninguna lástima. Como le dije a mi abuela, mataré dos pájaros de un tiro. Mejor dicho, a dos Clayton de una patada.

Capítulo 14

Tristan

No son pensamientos repugnantes. Chiara no es mi hermana. No nos une ningún parentesco de sangre. Ni siquiera tenemos lazos legales. Sí, mi padre y su madre estuvieron casados durante seis años, pero se divorciaron hace nueve.

Entonces, ¿por qué me siento tan jodidamente sucio cuando imagino a Chiara en el otro baño, desnuda, con su piel aceitunada cubierta de espuma y su larga melena mojada pegada a la espalda?

Con un manotazo cargado de ira, pongo el grifo en posición de agua fría. Al máximo.

—Maldita sea —reniego, con las palmas apoyadas en la pared de cristal, la cabeza gacha y sintiendo el impacto helado de los chorros en la nuca. Ha sido la única forma de que deje de tenerla dura, algo que no he conseguido en todo el jodido entrenamiento. He insistido, incluso, en recordarme que Chiara es un maldito enigma, que apenas sé nada de ella desde hace años y que no termino de fiarme de sus intenciones. Pero fracaso estrepitosamente, porque ese misterio que la envuelve la convierte en algo más tentador si cabe. Cada vez siento más ganas de descifrarla, de conocerla, de entenderla. Quiero saber qué esconde, averiguar sus secretos...

Y vuelvo a imaginarla contra la pared y con las piernas alrededor de mis caderas. Todavía siento el impacto de cada embestida, oigo cada jadeo, veo su expresión de placer...

¡Joder!

Estoy demasiado salido; no encuentro otra explicación. Enrollarme con Chiara, sabiendo quién es, sería el error más enorme de mi vida. Y no solo por lo que supone para mi padre o para su madre. Tengo

que centrarme en mi trabajo como entrenador de uno de los mejores equipos de baloncesto femenino del país y no dispersar mis pensamientos por mi falta de sexo. Claro que también me dedico a entrenar a hurtadillas a una periodista a la que vamos a infiltrar para que haga un reportaje sin precedentes. Y esa periodista es Chiara.

Una puta locura.

Por si fuera poco, la imagen de los gemelos y de Lucille no deja de incordiarme. ¿Qué pensarían ellos si supiesen que miro lascivamente a la que fue mi hermanastra?

Pues que doy asco.

Consigo, por fin, enfriarme. Me visto, bajo a la cocina y pongo la mesa. Abro el horno que encendí nada más llegar y saco la comida que Rita nos ha dejado preparada.

—Qué bien huele.

Alzo la vista un microsegundo, tiempo suficiente para descubrir a Chiara en el vano de la puerta. Por suerte para mi cordura, lleva la sudadera y el pantalón largo con los que apareció esta mañana.

—Le pedí a Rita que nos hiciera un menú saludable con un poco de todo. Hay pescado asado, verduras al vapor, arroz y una ensalada completa.

—Ahora mismo me comería lo que me pusieran delante —bromea. Se sienta a la mesa y coge los cubiertos dispuesta a abalanzarse sobre la comida.

Sonrío y me siento frente a ella.

—¿Estás muy cansada? —Cojo una porción de cada fuente y la voy sirviendo en mi plato. Chiara hace lo mismo.

—Estoy destrozada. Me duelen hasta las pestañas. —Eleva un hombro—. Pero con un poco más de entrenamiento, dejarás de avergonzarte de mí.

Frunzo el ceño.

—¿De qué hablas?

—No te hagas el inocente —se queja mientras mastica—. El día que te hablé de mi plan, en casa de tu padre, pensaste que no daría la talla ni en mil años.

—Que pensara eso no significa que me avergonzara de ti —la rebato.

—No sería la primera vez —apunta.

—¿En serio? —Arqueo una ceja—. ¿Me estás recriminando alguna gilipollez que hice o dije a los dieciséis años?

—Tenías dieciocho cuando ocurrió... algo —me corrige—. Y no te estoy recriminando nada. Solo lo he dicho para darle credibilidad a mi comentario. —Muestra una sonrisa torcida.

Observo a Chiara. Parece relajada, centrada en comer, pero a mí no me engaña. No la recuerdo apenas de aquella época, pero sí fui capaz de quedarme con algunos detalles de la personalidad de May, la chica de la carretera.

Sí, pienso en ella como si fuera otra persona.

Reconozco, por ejemplo, la tensión de su mandíbula y su mirada esquiva. Me percaté de ello cuando íbamos en el coche y le pregunté sobre la grúa. En aquellos momentos no le di importancia, pero ahora juraría que son indicios de que miente.

—Si es así —le digo—, he cambiado de opinión. Podrás pasar perfectamente por una jugadora del equipo, pero tendrás que seguir entrenando duro.

—Contaba con ello.

—Y ya te aviso de que no serás titular en partidos oficiales. No me la puedo jugar.

—Me quedó claro. —Se limpia con la servilleta, bebe agua y, por primera vez desde que nos sentamos, me mira directamente—. Me gusta cómo te queda el pelo recién salido de la ducha. Me dijiste que nunca te lo recoges cuando está mojado para que no quede con forma rara...

Arrastro la silla hacia atrás y me levanto.

—Chiara, joder, no puedes recordar conversaciones de aquella noche. ¿No entiendes lo mal que me hace sentir?

«Y lo duro que me pongo, maldita sea.»

—Te entiendo —me dice—, pero creo que va siendo hora de que no andemos coartados al hablar. Nos hemos reencontrado, nos llevamos bien y hay confianza. Mientras yo no haga alusión al tamaño de tu miembro viril, o tú no te metas con mi falta de culo...

Veo por dónde quiere tirar al verla sonreír de forma traviesa. Yo hago lo mismo y le lanzo una servilleta a la cara. Bromear está bien

porque rebaja gran parte de la tensión que suele haber entre nosotros... aunque sea tensión sexual.

—Ya te vale. —Río.

Preparo dos cuencos con yogur, fruta y miel y los coloco en la mesa.

—Podríamos aprovechar para ponernos al día o para tener una conversación normal —le sugiero después de sentarme—. Todavía no me has hablado de Rose. ¿Cómo está? ¿También vive en Sacramento?

Veo desplazarse una sombra por sus bonitos ojos azules, pero pasa tan rápido que, si no hubiese estado atento, no la habría visto.

—Está bien. —Su sonrisa parece auténtica, pero algo me dice que está ensayada—. Vive en Sacramento, con mi abuela y mi hermana. Y gracias a mi pésima situación económica, vivo con ellas. —Se muerde el labio inferior. Parece avergonzada por su confesión.

—Hay cosas peores que vivir con la familia —le digo.

—Dime una de ellas —rezonga.

—Vivir en un cuchitril con media docena de estudiantes a los que no les gusta limpiar.

—Supongo que te refieres a tu época universitaria. —Ríe—. Ni siquiera Tristan Clayton se libró de eso.

—Te aseguro que no.

—¿Y por qué elegiste la carrera de Química?

Se me descuelga la mandíbula con su pregunta.

—¿Cómo sabes lo que estudié?

—Te vi algunas veces por el campus —me confiesa.

—¿Y por qué nunca me dijiste nada? —le pregunto aturdido—. Ni siquiera sabía que habías estudiado en la UConn.

—Fue la época en la que se divorciaron nuestros padres —me explica—. Resultó todo bastante... poco amistoso, por decirlo de una manera suave.

—Algo oí —le digo—, pero preferí quitarme de en medio. Estaba con el campeonato estatal, con ojeadores pendientes de mí, intentando compaginar el baloncesto con un máster de laboratorio... Cuando regresé a casa, mi padre ya se había largado a California.

Poco después supe que tenía otra madrastra y que estaba embarazada.

—Mi madre tampoco tardó mucho en tener pareja y otro hijo.

—Es verdad. —Dejo la cuchara en el cuenco vacío con un tintineo que resuena en la cocina—. Has dicho que tienes una hermana. No lo sabía y no estoy seguro de que mi padre lo sepa.

—No —responde—. Ellos cortaron toda comunicación y yo no se lo he dicho.

—¿Qué edad tiene?

—Siete años. —Sus ojos, de golpe, se llenan de luz—. Se llama Rain y le encanta patinar sobre hielo. Tenerla a ella es lo mejor que me ha pasado en la vida.

Sin ser consciente de lo que hago, extiendo la mano y la poso sobre la de Chiara, que reposa en el mantel.

—Lamento que nuestras vidas se alejaran tanto.

—Nunca estuvieron unidas. —Se desprende de mi mano y se pone en pie—. Creo que será mejor que me vaya. Empieza a darme el bajón y mi cuerpo se está quejando.

—Sí, será lo mejor. —También me levanto—. Entrenaremos dos días más en la pista, antes de tu presentación del viernes. Después de ese día, ya no podremos volver a quedar. Nada relaciona a mi padre con el equipo, ni a tu madre o a ti, pero será mejor evitar habladurías. La prensa sensacionalista no se interesa por eventos deportivos... hasta que encuentra un motivo.

—Sí, estoy de acuerdo. —Se inclina sobre la mesa y comienza a recoger los platos.

—Deja eso, no te preocupes.

—No pasa nada. —Compone una sonrisa torcida—. Hace tiempo que no tengo servicio.

El siguiente comentario lo hago sin pensar. Me sale por inercia.

—Oye, Chiara. Si necesitaras algo de dinero... Ya sabes que podríamos ayudarte. No sé en qué condiciones se pactó el divorcio, pero...

—No —me corta—. Tranquilo, estoy bien. Recibí un adelanto del periódico y puedo apañármelas.

—Si te vieras en apuros, no dudes en...

Se inclina sobre mí, apoya la mano en mi pecho y se pone de puntillas para darme un beso en la mejilla. Una ola de calor se expande por todo mi cuerpo.

—Gracias, Tristan. Hasta mañana.

Minutos después de que desaparezca por la puerta, sigo en el mismo lugar y en la misma postura. Todavía me palpita la mejilla y sigo percibiendo el aroma a vainilla que se ha quedado impregnado en mi piel.

Capítulo 15

Chiara

Día de la presentación

Periodistas, cámaras y *flashes* inundan la cancha del Chase Center. En el centro de atención, tres jugadoras: Laura Bearn, Bethany Miles y May Brambila (una servidora con el apellido de mi abuela).

La que acapara más cámaras es Bethany, el fichaje estrella y el más caro de la temporada. Laura, por su parte, viene de la liga universitaria femenina. Y yo, supuestamente, he sido descubierta en Italia por un exjugador anónimo de la NBA. Aaron Clayton se ha encargado de que quien me busque encuentre una carrera discreta pero intensa... e inventada, por supuesto.

Me siento como Sandra Bullock en *Miss Agente Especial*. Espero que acabe igual de bien.

Por suerte, mi perfil es bajo. Apenas me ha visto nadie en la redacción del *Sacramento Flight*; solo el redactor jefe, que está al tanto. Tengo pocos amigos que puedan irse de la lengua, y mi familia... Cuando me vea mi abuela, me dará tal colleja que me peinará hacia delante y me hará bailotear los dientes, pero ya cuento con ello.

Con las manos a la espalda y marcando tórax, me mantengo estática a la espera de que termine la sesión fotográfica. En mitad del caos y los destellos, mis ojos se pasean por todo el personal ejecutivo, médico y técnico hasta dar con Tristan. Él también me está mirando, supongo que casualmente, y me da la sensación de que sus iris verdes brillan más que cualquier *flash*. De repente, me

siento reconfortada, como si él estuviese a mi lado, me cogiese la mano y me susurrara al oído que todo va a ir bien. Desvío la vista hacia sus labios, como si esperara verlos vibrar en un mudo mensaje. Pero están quietos. Y cuando vuelvo a buscar sus ojos, ya no los encuentro. No vuelve a mirarme en toda la sesión.

Suspiro mentalmente. Lo hace porque no puede delatar que nos une algo más que mi fichaje por el equipo que entrena. Debe evitar miraditas y yo tengo que hacer lo mismo. Me daría un puñetazo por flaquear tan pronto.

Cuando los periodistas se despiden y despejan la pista, me tomo un instante para observar al entrenador. Pero lo hago porque me llama la atención la mujer que tiene al lado, que no se ha separado de él en ningún momento.

Se trata de Evelyn Graham, la fisioterapeuta. La conocí ayer en el reconocimiento médico. Me cayó genial y me pareció una mujer dulce, simpática... y guapa. Tiene una larga y rizada melena oscura, unos amables ojos castaños y un cuerpo de suaves curvas: una perfecta mezcla de dulzura y sensualidad.

«No empieces con las inseguridades, Chiara May.»

La voz de mi abuela irrumpe entre mis dudas. Siempre las malditas dudas. Puedo haber mejorado, pero nunca podré deshacerme del resquicio que queda de la chica que se sentía menos que nadie.

Para deleite de los aficionados que se han acercado al Chase Center, organizamos un partidillo de exhibición. Las Atlanta Dream son el equipo invitado, que ya calienta en la cancha. Nosotras formamos un círculo alrededor de Tristan, que, pizarra táctica en mano, nos muestra esquemas de varias jugadas. Se suponía que yo no iba a jugar en ningún momento, pero quedaría raro que no lo hiciera en el partido de presentación.

Tristan nos señala a Laura y a mí.

—Vosotras empezaréis con el equipo. Luego os cambiaré y dejaremos a Bethany hasta el final, para que el público se quede satisfecho. ¿Entendido?

Todas extendemos los brazos, cerramos los puños y gritamos: «¡Valquirias!».

En el partido no me luzco mucho, pero en lo poco que intervengo, lo hago bien. Juego como alero, lo que se traduce en que hago lo que puedo para ayudar. He pillado un par de rebotes y he encestado en uno de ellos. No está mal.

Poco después, ya estoy sentada en el banquillo junto a Laura. Nos entendemos bastante bien y parece maja. No es más alta que yo, pero sí más fornida. Su cabello pelirrojo recogido en una coleta y su rostro cubierto de pecas suavizan unas facciones marcadas.

—Los principios siempre son raros —me dice tras dar un trago de agua a su botella—. El proceso de adaptación y todo el rollo.

—El equipo parece compenetrado y el entrenador ya se ha hecho un nombre —le comento. Ambas seguimos los movimientos de Tristan, que se pasea por la banda mientras da instrucciones a las jugadoras.

—Más de una querría hacerle algo más —bromea.

Arqueo una ceja.

—No pongas esa cara. —Ríe—. ¿Acaso no te parece que está para hacerle un favor?

—Tía, es el entrenador —le digo con un gesto torcido—. Y este es un club serio.

—Ya lo sé. —Me golpea con el hombro y casi me tira—. A nadie se le ocurriría liarse con él, pero no nos vamos a privar de recrearnos la vista. —Me guiña un ojo.

—Le doy toda la razón —interviene Keilah, otra compañera que ya estaba en el banquillo—. Clayton está buenísimo. Miradle el culo. —Ríe pícara—. Cuando nos aprieta las tuercas con el entreno, me distraigo imaginando que le bajo los pantalones y le doy un cachete en el trasero.

Las tres nos ponemos a reír.

«Mierda —pienso mientras tanto—. No había pensado en la competencia. Espero que sea verdad lo de conformarse con mirar.»

Llevamos dos entrenamientos y ya estoy para el arrastre. Juraría que el capullo del entrenador no deja de lanzarme miraditas de soslayo

con las que se mofa de mí: «¿No te lo dije? ¿Qué te pensabas, que esto iba de jugar a la pelotita?».

A pesar de la preparación física y táctica que me brindó, no he podido alcanzar el nivel de una jugadora profesional, aunque dé el pego. Hoy, para colmo, la sesión en el gimnasio ha sido muy dura. Entiendo que no pueda escaquearme, pero ¡por el amor de Dios! He probado todas las malditas máquinas porque tres días a la semana toca *full body*. He perdido la cuenta de las sentadillas con barra, paralelas, remo con barra y mancuernas... Ha empezado a dolerme una cadera y apenas puedo apoyar el pie.

Y ahí está Tristan «Torturador» Clayton, al que le importa un carajo que me haya roto en el gimnasio, porque no para de meterse conmigo en el entrenamiento de juego.

—¡Vamos, vamos, vamos! —grita—. ¡Laura y May! ¡Quiero ese arrastre lateral más rápido! ¡Si no coordináis pies y balón, no os dejarán ni tirar!

—Que te den, capullo —mascullo.

Laura, que tampoco deja de despotricar, me muestra el puño y yo lo choco con el mío.

—¿Le ocurre algo, Brambila?

Me vuelvo y me encuentro con la figura de Tristan con los brazos en jarras. Lleva su atuendo habitual, que consiste en un pantalón y un polo negros de la marca Nike. El pañuelo con el que se recoge el pelo es morado, el color del equipo. Y todo ello le sienta de maravilla. La marca deportiva podría utilizar su imagen para vender lo que le diera la gana, porque la gente le compraría hasta un aspirador.

Sin embargo, hoy no soy capaz de percibir su atractivo. Solo veo a un maldito tirano que se está pasando tres pueblos conmigo. Empiezo a creer que solo aceptó llevar a cabo el plan para ver cómo me rindo, le imploro piedad y me olvido de todo.

Pues que espere sentado.

—No me ocurre nada. —Elevo el mentón para hablarle.

—Me ha dado la impresión de verla cojear —me suelta con un deje de socarronería—. ¿Le duele el pie o el tobillo?

«De la patada que te voy a dar, imbécil.»

—Le he dicho que no me pasa nada —insisto.

—Vale. —Cruza los brazos—. Entonces, no tendrá problema en realizar, durante la próxima —mira su reloj— media hora, entradas a canasta de finalización de contragolpe.

Noto cómo todo el calor y color desaparecen de mi cara. ¿Media puta hora con entradas?

—Quedan quince minutos para que acabe el entrenamiento —le informo.

—Para ti, no —me replica con una mezcla de chulería y exigencia —. Tú te quedarás hasta que cumplas los treinta minutos.

No espera ni queja ni réplica. Se da la vuelta y se aleja hasta la línea de banda, donde se encuentra el resto de los entrenadores que integran el cuerpo técnico.

—Que te sea leve —me dice Laura con una palmadita en el hombro—. Tienes mi apoyo moral. —Baja la voz—. Está muy bueno, pero es un gilipollas.

—Ya te digo —bufo.

Laura se aleja y se une al equipo. Tengo que inspirar y espirar un montón de veces para sacarme la mala leche del cuerpo, pero consigo controlarme. Cojo la pelota, comienzo a botarla, corro con ella y, tras dos zancadas, encesto. Busco con disimulo a Tristan por el rabillo del ojo, pero está inmerso en su conversación con el segundo entrenador. Estoy pensando que, si me largo, quizá no se dé ni cuenta.

Pero me llevo un chasco, porque acaba de mirarme, a mí y a su reloj.

—Capullo —murmuro.

Logro hacer seis entradas. A la séptima, noto un tirón en la pantorrilla y suelto un gemido de dolor al tiempo que apoyo una rodilla en el suelo y me llevo las manos a la zona dolorida.

—¡Joder! —me quejo, aunque no alzo la voz.

Unos segundos después, Laura aparece a mi lado.

—Eh, Brambila, ¿qué te ha pasado?

—Yo qué sé —gruño—. El tirano ese, que quiere acabar conmigo.

—Anda, sujétate a mi cuello. —Hago lo que me pide—. Vayamos a que te echen un vistazo.

Camino con cuidado, apoyándome en Laura, hasta llegar al área médica, donde nos encontramos con la fisioterapeuta a la entrada de la consulta.

—Doctora Graham —le dice mi compañera—. Brambila se ha hecho daño.

—Hola, May. —Con diligencia, nos ayuda a subirme a una camilla —. ¿Qué te ha ocurrido?

La pobre mujer no me ha hecho nada, pero lo único que le faltaba era llamarme por mi nombre de pila. Qué mal me cae, por favor.

—Creo que ha sido un tirón.

—Déjame ver...

La fisioterapeuta toca diversos puntos de mi pantorrilla y me va preguntando por el grado de dolor.

—Solo me duele aquí. —Le señalo el lugar—. Pero muy poco. Ni siquiera he notado molestias al caminar.

Ella, sin embargo, sigue palpando la zona con suavidad. No puedo dejar de reconocer que tiene unas manos que te hacen gemir de gusto. Pensamiento que me lleva a imaginarla tocando a Tristan.

—Estoy bien. —Encojo la pierna para que deje de sobarme—. He exagerado un poco porque ya estaba harta de entrenar hoy.

La doctora me sonríe con indulgencia. Seguro que es maja, comprensiva y muy profesional. Pero me sigue cayendo fatal.

—Ha sido una distensión muy leve. — Le hace un gesto a un enfermero—. Jamie, trae bolsas de hielo, por favor.

Un instante después, tengo la zona afectada rodeada de bolsas congeladas. El frío me calma casi de inmediato.

—El hielo ayudará a bajar una posible hinchazón —me explica—. Reposa lo que queda de día, con la pierna en alto, y mañana, si te sigue doliendo, realizaremos algunas pruebas.

—Gracias, doctora —le digo de una forma seca que no puedo evitar.

—¿Se lo has comentado al entrenador Clayton? —me pregunta.

Niego con la cabeza.

—Ya se lo digo yo. —Nos sonríe sin darnos pie a réplica. Seguro que es una excusa para acercarse a él, charlar, reír, ji, ji, ja, ja...

—Ya me quedo yo con ella, doctora —interviene Laura.

La mujer asiente y abandona la sala. Por lo que parece, Tristan ha debido de percatarse de mi ausencia y la de Laura, porque se dirigía hacia aquí cuando la fisioterapeuta tocona lo ha interceptado en el vestíbulo del área médica. Desde mi posición no se puede oír lo que dicen. Él ha llegado serio, pero, a la que ella se ha puesto a hablar, los dos sonríen como idiotas.

—Demasiadas sonrisitas veo yo entre esos dos —comenta Laura.

—No creo que se líen, ¿no? —pregunto sin dejar de mirarlos—. Ya comentamos el otro día lo inapropiado que sería que el entrenador se enrollara con alguien del equipo.

—Me refería a las jugadoras —puntualiza mi compañera—. No veo tanto inconveniente en que un entrenador y, en este caso, un miembro del equipo médico, sean pareja.

—¿No te parecería que podría considerarse un escándalo? —insisto.

—El escándalo sería que se liara con una de nosotras. —Laura se encoge de hombros—. No es que a mí me parezca algo tan grave —señala—. Al fin y al cabo, todos somos adultos. Pero habría habladurías, se consideraría que podría haber favoritismo... Sería complicado aguantar la presión y el club acabaría echando a uno de los dos o a ambos.

Me muerdo el labio inferior mientras mi cabeza se convierte en un mecanismo lleno de engranajes que giran y giran.

—¿Por qué me lo preguntas? —se interesa Laura—. Si lo dices por Keilah, no le hagas ni caso.

—No, no —le digo—. Keilah habla mucho, pero es una profesional que no tiraría su carrera por la borda.

—Exacto —me dice—. Por la cuenta que nos trae, nos limitaremos a ser espectadoras de cómo se lían ellos dos. —Señala con el mentón a Tristan y a la doctora, que no para de reír, la muy...

—Será entretenido. —Sonrío.

«Ni de coña», pienso.

En casa de Levi, por la tarde, antes de que él llegue, saco mi portátil de la funda y lo coloco sobre el regazo para poder mantener la

pierna en alto. Mientras se inicia, pienso en un encabezado. Solo un minuto después, mis dedos vuelan sobre el teclado:

Las Valquirias de San Francisco: Demasiado por ocultar.

Capítulo 16

Chiara

—Me parece fantástico que hayas conseguido infiltrarte en el maldito equipo de baloncesto —ironiza mi jefe al otro lado del teléfono—. Te sienta de puta madre el morado, pareces toda una profesional en las fotos y hasta juegas condenadamente bien. ¡Pero quiero resultados ya!

—No me digas que me has visto en la tele —le digo con un punto sarcástico.

—No me jodas, Chiara —reniega—. Dime que has escrito algo.

—Pues claro, Harry. ¿Qué te crees? A pesar de aguantar un maldito entreno diario, de romperme en el gimnasio y de tener que fingir delante de jugadoras, entrenadores, prensa y demás parafernalia, todavía me queda tiempo para escribir.

—Pues mándame lo que tengas —me ordena—. Quiero echarle un vistazo.

—Todavía no, Harry. Lo más gordo está por llegar.

—¡¿Y qué es lo más gordo?! —Tengo que apartarme el teléfono de la oreja para que no se me incrusten sus quejas en el oído interno—. ¡Joder, no me das ni una maldita pista!

—Dame un par de semanas. Ten paciencia, Harry...

—Pocas cosas tengo en esta vida —refunfuña—, ¡y la paciencia no se encuentra entre ellas!

—¡Vale! —exclamo—. La semana que viene te envío algo. Te lo prometo.

—No quiero promesas —gruñe de nuevo—. Quiero un puto artículo para el número de julio. Y como ya sabes, me lo tienes que entregar

con suficiente antelación, o adiós a tu sección, a tu trabajo y al maldito periódico. ¿Te ha quedado claro?

—Clarísimo. —Resoplo—. Aunque no quieras promesas, te aseguro que tendrás algo muy jugoso, Harry. Confía en mí. Yo también me juego mucho.

—Más te vale —farfulla antes de colgar.

Un partido más de pretemporada y me encuentro en el banquillo junto a otras seis compañeras descartadas. La diferencia entre nosotras es que ellas acabarán jugando en algún momento, mientras que yo no voy a levantar el trasero de aquí. Es algo que pacté con Tristan y con lo que estoy de acuerdo. Una cosa es meterme en un equipo y resultar convincente en los entrenos, y otra muy diferente es jugar un partido al más alto nivel. Además, necesito seguir pasando desapercibida y esta es la mejor manera.

Apenas hablo con Tristan y, aunque es lo más sensato, no me resulta muy conveniente para mis planes, porque el tiempo corre. Se limitó a preguntarme si podía seguir entrenando después de mi leve lesión del otro día. Le dije que sí y prosiguió con la tortura.

El encuentro acaba de terminar. Hemos ganado, aunque solo por dos puntos, así que nos ponemos en pie, nos reunimos en círculo alrededor de Tristan y gritamos: «¡Valquirias!».

Después de la ducha, las risas y las típicas bromas que apetecen tras una victoria, coincido con Laura a la salida.

—¿Sigues sin encontrarte bien? —me pregunta.

—No del todo —le digo para justificar mi poca presencia.

—¿Has visto? —Me señala con la barbilla hacia la calle.

Sigo la dirección de su mirada y me encuentro de nuevo con la complicidad que desprenden Tristan y Evelyn. Hablan, ríen y se acaban montando en el coche del entrenador. En un segundo desaparecen entre el tráfico de la calle arbolada paralela a la bahía.

—Me da la impresión de que esos dos tienen algo —me dice Laura con una sonrisilla perversa—. Me parece raro que todavía no haya rumores.

—Seguro que los habrá pronto —digo sin pestañear.

«Se te acaba el tiempo, Chiara.»

Con una sudadera gris, la capucha sobre la cabeza y las manos en los bolsillos, camino por entre las tranquilas calles de Pacific Heights. Diviso la cancha de baloncesto desde la esquina de la calle. Hay cuatro chicos jugando, así que me apoyo en el tronco de un árbol y espero. Cuando, minutos después, se van, retomo el camino y accedo al recinto. Me llama la atención una pelota olvidada que todavía rueda por el borde de cemento. La recojo y me asomo a la calle, pero los jóvenes ya han desaparecido.

Miro el móvil. Le envié un mensaje a Tristan en el que le pedí que quedáramos aquí, tarde y apartados de cualquier ojo indiscreto. Él me contestó que sí, que vendría, pero faltan cinco minutos para la hora acordada. Para hacer tiempo, lanzo la pelota contra la canasta y cojo cada rebote. Ahora que nadie me ve, las encesto todas.

—Buena puntería —oigo por fin a mi espalda.

Me vuelvo y advierto que Tristan también ha optado por el camuflaje de una sudadera con capucha; en su caso, negra.

—Tú dirás —me dice—. ¿A qué viene tanto misterio?

—Lo hago por precaución, como tú mismo me dijiste. Deberíamos haber pensado en alguna forma de comunicarnos en persona si fuera necesario.

—¿Y qué necesitas?

—Preguntar, saber. —Boto la pelota un par de veces, la lanzo y encesto—. Si has oído algo de mí, si nadie sospecha nada extraño...

—No. —Coge el rebote, lanza y también encesta—. De momento, nadie cuestiona los fichajes. Mark, el segundo entrenador, me comentó el otro día que intuye que tú y Laura podríais tener algún enchufe. Supongo que os ve más flojas.

—Claro. —Tuerzo el gesto.

—No se lo discutí —me dice—. Es una buena excusa para alejarlo de cualquier pensamiento raro. Aunque dudo mucho que alguien se imagine algo ni remotamente parecido a la verdad, siempre es bueno despistar.

—Tienes razón.

—¿Cómo va tu artículo?

—Bien, bien —respondo—. Espero que sorprenda a los lectores. Porque me lo estoy currando de lo lindo —le suelto con retintín.

—Siento si alguna vez te he parecido un poco duro, pero...

—¿Duro? —lo interrumpo—. Qué va, ¿cómo se te ocurre? —ironizo.

—Esto es la Asociación Nacional de Baloncesto Femenino, Chiara, la liga profesional más destacada del mundo. ¿De verdad crees que me paso con los entrenos?

—Vaaale, ya no me quejo más —rezongo—. ¿Y a ti? —le pregunto para suavizar el momento—. ¿Cómo te va? ¿Estás contento con el cambio o volverías a Nueva York si te dieran a elegir?

Interrumpe su lanzamiento de balón y me mira un tanto confundido.

—¿Sabes que eres la primera que me lo pregunta?

—Es una pregunta lógica —le digo.

—Estoy bien —me responde después de lanzar. Nadie se vuelve a hacer cargo de la pelota, que se aleja botando hacia unos matorrales —. Es un equipo más nuevo, pero también supone un reto.

—Y si a eso le añades una grata compañía...

—¿Qué quieres decir? —Frunce el ceño, aunque apenas puedo ver sus facciones con la capucha y las sombras que produce la luz anaranjada de las farolas.

—Se dice por ahí que te has liado con la fisioterapeuta.

—Estoy acostumbrado a rumores desde que nací. —Se encoge de hombros.

—Yo misma la vi ayer montándose en tu coche.

—Tenía el suyo en el taller y me ofrecí a llevarla. ¿A qué demonios viene este interrogatorio?

—¿Te estás acostando con la doctora Graham? —le pregunto directamente.

—Ah, que piensas continuar con el tercer grado —comenta con ironía—. No sabía que debía mantenerte al día de mi vida personal.

—¿Te la tiras o no?

—No tengo por qué contestar a eso, Chiara. ¿Te pregunto yo acaso si te acuestas con tu exnovio?

—¿Te interesa? —contraataco.

—¡Claro que no!

Rabiosa, me acerco a él hasta que no cabe más que una bocanada de aliento entre nuestras bocas.

—A lo mejor sí —le espeto con furia—. A lo mejor me sigo acostando con él.

Tristan respira deprisa. Percibo el calor que emana de su boca y golpea contra mi rostro. Tras un instante en el que el único sonido han sido nuestras respiraciones, me habla con voz neutra.

—Acuéstate con quien te dé la gana, Chiara, May o como diablos haya que llamarte.

—¿Por qué mencionas a May? —le susurro en un tono arrogante —. ¿Acaso es porque sigues pensando en la noche que pasaste con ella?

Su mirada se enturbia mientras se desliza hacia mi boca.

—Es el maldito nombre que consta en tu ficha de jugadora falsa.

Seguimos tan cerca... El corazón me late muy aprisa y, sin embargo, una suerte de languidez se apodera de mis brazos y piernas. Un vacío pesado me presiona el estómago y siento calor. Tengo ganas de morderle los labios y, a la vez, de partírselos con un puñetazo.

—Pues yo diría que no es por eso. —Fuerzo un tono soberbio más acusado—. Me deseaste, Tristan. Me deseaste desde el momento en que me viste aparecer en el bar, después de ducharme en la habitación del hotel. Lo vi en tus ojos. Es más —me acerco un poco más. Sus labios rozan la parte superior de la capucha y veo latir el pulso en su garganta—: diría que me deseaste cuando me descubriste en mitad del desierto, sentada sobre el coche.

Su respiración se acelera, su vista se centra en mi boca y exhala su tibio aliento en mi rostro. Durante unos segundos que me parecen eternos, suplico mentalmente que me bese, que se rinda, que demuestre que me desea y que no puede contener la atracción que nos envuelve cada vez que nos rozamos. Pasado ese lapso, sin embargo, se aleja unos centímetros de mí. Su boca se curva en una sonrisa perversa.

—¿Eso crees? —me dice con un deje cruel que me pone el vello de punta—. ¿Crees de verdad que me acosté contigo porque te deseaba? —Niega con la cabeza—. Haz memoria, mi querida hermanastra. Te dije que me recordabas a otra, ¿recuerdas?

Un frío repentino se me cuela en los huesos.

—Mentira —le suelto, sin embargo.

—No es mentira. —Su perversidad se transforma en ira—. Deja de pensar en que me volviste loco de deseo, Chiara. Solo quise follar contigo porque me recordabas al amor de mi vida, el motivo por el que atravesé el país y lo dejé todo atrás.

—Mientes —insisto.

—¡No miento! —grita con furia—. ¡En cuanto te vi, pensé en Evie, en la única mujer que he amado, y decidí que acostarme contigo sería lo más parecido a hacerlo con ella! —Se pasa las manos por el rostro, pero el desdén no desaparece. Me señala con el dedo índice y su voz destila desprecio—. Solo por eso follamos, Chiara. Así que no vuelvas a reprocharme si me acuesto con Evelyn o con quien me dé la maldita gana. Entre nosotros no ha habido nada, no lo hay y nunca lo habrá.

Sin darme pie a réplica, se vuelve y deshace el camino por el que vino hace tan solo unos minutos. Las sombras de la noche se lo tragan y me quedo sola. Tengo que morderme el labio inferior para paliar el temblor. Una humillante lágrima baja por mi mejilla y con rabia me la enjugo con la manga. Lo único que mantiene mi orgullo es pensar que no lloro por el desprecio de Tristan, sino por mi madre, por mi hermana, por mi abuela.

Porque les he fallado a las tres.

Aunque esto no haya acabado todavía.

Capítulo 17

Chiara

Ver cómo consigue su sueño alguien a quien amas es una de las cosas que más merecen la pena en la vida. Más aún si tú has puesto tu granito de arena.

Hoy no hay entrenamiento, solo preparación física, y me la he saltado con la excusa de las molestias en el gemelo. He aprovechado para venir a Sacramento y traer a mi hermana hasta la escuela de patinaje. Me encuentro sentada en la zona central de las gradas y contemplo, muy muy orgullosa, a Rain, que se desliza con una fluidez innata por la pista de hielo.

Me ve y me saluda con la mano y una sonrisa que vale todos mis desvelos. Le devuelvo el saludo y trato de mitigar la presión que me oprime el pecho, aunque sea por la emoción que siento. Me lanza un beso al aire y yo se lo devuelvo.

Está preciosa. Esta mañana le recogí su melena rubia en un moño que rodeé con una goma rosa y unas horquillas plateadas. La ayudé a vestirse con unas medias y un vestido de licra, también rosa. Me costó solo unos pocos dólares, pero ella se siente como una princesa que le haría la competencia a la mismísima Elsa de *Frozen*.

Cuando creo que ya se va a unir al resto del grupo, veo que abre mucho los ojos y saluda con entusiasmo con las dos manos. Sigo la dirección de sus ojos, que miran detrás de mí. Me vuelvo y me encuentro con mi madre y mi abuela, que van cogidas del brazo, bajando las escaleras. Le devuelven el saludo a Rain y se sientan a mi lado.

—Mami —le tomo una mano y me la llevo a los labios—, has venido.

—No podía perderme el primer día de exhibición de Rain. —Sonríe de forma débil.

—Hemos tomado un taxi —me informa mi abuela—. Un día es un día.

Cruzo la mirada con ella después de besarla en los nudillos. Nos alegra a la par que nos preocupa que mamá haya deseado salir. Su tez tiene un tono ceniciento y unos círculos oscuros rodean sus ojos. Las manos le tiemblan ligeramente.

Maldita enfermedad y maldito el pozo oscuro que se abrió a los pies de mi madre. Solo ella sabe lo que le habrá costado salir a la calle. Las paredes de su casa siguen siendo su perímetro seguro.

—Qué bonita está —comenta emocionada.

—La más bonita de todas —la secunda mi *nonna*.

Otros padres se suman al resto de asientos de la grada y contemplamos a los niños y niñas que ocupan la pista. Realizan números sencillos, ya que solo llevan dos semanas entrenando. La profesora, sin embargo, ha decidido someterlos a una prueba de nivel frente al público. Y supongo que para que comprobemos que el dinero que pagamos da sus resultados.

Los patinadores forman corros por grupos de edad. Se cogen de las manos y van deshaciendo el círculo hasta ir de dos en dos. Rain y la niña que hace pareja con ella son las únicas que realizan giros cruzados. Y solo mi hermana se atreve con el giro sentado o camello. Cuando la vemos formar la posición de ángel, con la pierna extendida hacia atrás, las tres aplaudimos con fervor. Lanzo un silbido que se me atasca en la garganta. Estoy a punto de llorar.

La exhibición termina con todos los alumnos cogidos de la mano inclinándose hacia el público como agradecimiento. Todas las familias nos ponemos en pie y los aplausos resuenan en el pabellón.

—¡Bajo un momento a abrazar a Rain! —les digo a mi madre y mi abuela—. ¡Me la como de lo bonita que está!

Sorteo a padres, asientos y escaleras y termino junto a la pista de hielo. Mi hermana viene patinando a toda velocidad y se frena justo antes de terminar en mis brazos.

—¿Os ha gustado? —me pregunta de forma acelerada—. Ha quedado bien, ¿verdad? ¿Crees que la señorita Clark me pondrá con

los mayores?

—De eso estoy completamente segura. —Le hablo y le doy besos todo el rato—. Pronto podrás participar en algún campeonato, ya verás. ¡No van a caber los trofeos en casa!

Rain da saltitos sobre el hielo y ríe feliz, mostrando una mezcla de dientes de leche, colmillos pequeños y huecos entre los incisivos.

—Va, venga, cámbiate —le digo—. Nos vamos a celebrarlo ahora mismo.

Mi hermana sale corriendo hacia la zona de vestuarios. Miro hacia atrás y veo a mi madre y a mi abuela bajando por los escalones de la grada.

—Hola, Chiara. —Me vuelvo y me encuentro con la profesora y directora de la escuela. Todo mi cuerpo se tensa—. Lamento tener que hablar del tema en este momento, pero solo ingresaste la mitad del importe de la matrícula. Te aconsejaría que lo liquidaras ya, porque luego se juntará con el resto de las mensualidades.

—Sí, perdone, señorita Clark. Ha sido un despiste tonto. —Miro la pantalla de mi móvil, como si estuviera consultando el saldo de mi cuenta—. Mañana lo tendrá sin falta.

—Siento tener que recordártelo, pero no depende solo de mí...

—No se preocupe, lo entiendo —le digo—. Mañana tendrá el resto de la matrícula y la primera cuota.

—Perfecto. —Dulcifica su expresión tras mi promesa—. Rain es... maravillosa. Tu hermana tiene un don, Chiara. Los patines son como extensiones de sus pies y hasta olvidas que se mueve sobre una superficie de hielo. Se diría que la gravedad deja de existir para ella. —Me rodea el brazo con los dedos y presiona ligeramente—. Aunque es muy pequeña, le auguro un futuro brillante en el patinaje profesional.

Parpadeo y me paso la yema de los dedos por el rabillo del ojo para detener la humedad. Oír algo tan bonito de Rain significa todo para mí.

—Gracias, señorita Clark.

—Será un placer guiarla en sus primeros años —me dice antes de alejarse por el pasillo de madera.

—¿Qué te decía la profesora? —me pregunta mi abuela, que acaba de llegar con mi madre del brazo después de esperar la cola de gente que quería bajar hasta la pista.

—Que Rain conseguirá todo lo que se proponga —les digo sin poder contener la emoción.

Mi madre se lleva los puños a la boca y sus ojos se llenan de lágrimas. Ella no puede evitar que las emociones se le desborden. Lo único que se permite es una sonrisa cuando ve salir a su hija pequeña, que se nos acerca corriendo y saltando.

—¡¿Me habéis visto?! ¡¿Me habéis visto?!

—Pues claro que te hemos visto, *cara*. —La abuela la hunde en su pecho y mi madre le acaricia un mechón rubio que se le ha escapado del moño.

Una bocanada agria me sube hasta la garganta. Todas ellas creen que el tema económico ya está arreglado, pero la dura verdad es que, si pago la escuela de patinaje, tendría que dejar de lado los gastos de la casa. Todos sabemos que la prioridad es vivir, pero no me perdonaría nunca negarle a mi hermana su mayor felicidad.

—Tengo que volver al trabajo —les digo, mirando la hora con fingida preocupación.

—Jo, vaya —se queja Rain—. Dijiste que lo íbamos a celebrar.

—Es verdad. —Me llevo el dedo índice a los labios, como si pensara—. Tengo una idea. ¿Qué os parece si lo celebramos todas en otro momento, pero hoy me llevo a Rain conmigo? ¿Os importaría?

—¡¿De verdad?! —pregunta mi hermana emocionada—. ¿Me vas a llevar contigo a tu trabajo de periodista?

—Mucho mejor que eso. —Le guiño un ojo.

—¿Puedo, puedo, puedo? —les implora a la abuela y a mamá mientras patalea contra la tarima del suelo.

Mi madre acepta encantada. Mi *nonna* es otro cantar. Me clava su mirada oscura y me parece ver un enorme signo de interrogación en sus pupilas.

—Ya te contaré —le susurro con disimulo.

Pedirle el coche a Levi ha sido aprovecharme un poco, pero me lo he ganado cuando ha visto a Rain agarrada a mi mano. Siempre ha sentido mucho cariño por mi hermana pequeña.

—Son demasiados transbordos para una cría —le he dicho—. Tardaríamos cuatro horas en llegar cuando en coche será la mitad.

—Está bien. —Me ha lanzado las llaves y las he pillado al vuelo—. Pero si vas a estar yendo y viniendo de acá para allá, será mejor que te compres un coche barato o te alquiles uno por un tiempo. Yo lo necesito.

—Gracias, Levi. —Le doy un beso en la mejilla y arrastro a Rain hasta el vehículo antes de que se arrepienta.

—¿Por qué Levi ya no es tu novio? —me interroga mi hermana cuando ya hemos salido de Sacramento y nos incorporamos a la Interestatal 80.

—Porque le quiero mucho, pero no de esa forma —le explico con tiento—. Se ha convertido en un buen amigo.

—¿Mamá y papá se querían o eran amigos? —me pregunta con toda su inocencia.

Emito un suspiro. A Rain le conté un cuento de hadas para que no creciera con el estigma del abandono de su padre. Le dije que era un científico que estudiaba los pingüinos en la Antártida, que un día se marchó a una expedición y que nunca regresó. Quizá suene un poco novelesco, pero fue lo primero que me salió cuando me lo preguntó. Scott era comercial de aires acondicionados, y supongo que relacioné viajes y frío. Tengo imaginación, qué le voy a hacer. Mi abuela me regañó por inventar semejante historia, ya que Rain se la contaba a todo el mundo, pero a mi madre no le pareció tan mal. Al fin y al cabo, solo en contadas ocasiones hablamos de Scott en casa. Mi hermana no lo recuerda, ha crecido sin padre y no lo echa de menos. Hace la pregunta como quien quiere saber del tiempo.

Omito decirle que ni una cosa ni la otra. Mamá solo necesitaba desahogarse del dolor del abandono y él no tenía ni idea de dónde se metía.

—Las dos cosas —le respondo, sin embargo. Es lo que pienso que debería ocurrir entre cualquier pareja: amarse y ser amigos.

Me libro de seguir hablando del tema cuando avistamos las primeras casas de Los Altos Hills. Rain se queda embobada contemplando las grandes mansiones.

—¿Adónde vamos? —me pregunta.

—Tengo que hablar con unas personas relacionadas con mi trabajo. —Ruego perdón mentalmente por volver a contarle a mi hermana una historia inventada—. Pero es una investigación secreta, nadie puede saberlo. Es muy importante, Rain.

Ella asiente con los ojos muy abiertos.

—Es un secreto... —susurra y se lleva un dedo a los labios.

—No puedes contárselo a nadie —insisto—. Ni a mamá, ni a la abuela, ni siquiera a tu amiga Carmen. ¿Lo has entendido?

Vuelve a asentir, esta vez con más entusiasmo.

—Perfecto. —Sonrío—. Ya verás, es una casa alucinante. Hay jardines con cascadas, piscinas dentro y fuera de la casa y... —provoco un silencio de expectación— ¡una pista de patinaje!

—¡Hala! —Se lleva sus manitas a la boca—. ¿Y quién vive ahí?

Me llevo el dedo índice a los labios.

—Chist —susurro—. Ya te he dicho que es un secreto.

—Vale —susurra ella también.

Rain sigue con la boca abierta cuando nos abren la reja automática, aparcamos junto a la arcada principal y salimos del coche.

—Qué sitio tan bonito —murmura. El canto de los pájaros y el sonido del agua de las fuentes le otorgan una pizca de magia al lugar.

Margaret nos abre la puerta. Ya he informado por el telefonillo que quería ver al señor.

—Buenos días, señorita Chiara. El señor Clayton la atenderá en su despacho en cinco minutos. —Se percata de la presencia de Rain—. Pueden esperar en el porche trasero o en el jardín. La señora Clayton no está, pero encontrará a los niños con Fanny, la niñera que se encarga de ellos cuando los señores lo precisan.

—Pues iremos con ellos —le respondo—. Gracias, Margaret.

De nuevo mi hermana convierte su boca en una O gigante mientras vamos dejando atrás la doble escalinata, las vidrieras que

dan a la piscina interior y las estatuas. Me aprieta con fuerza la mano cuando llegamos al jardín, donde la piscina infinita es la protagonista.

—¡Chiara, Chiara!

Los gemelos dejan sus juegos y salen corriendo hacia nosotras. La niñera me hace un gesto con la mano y se queda en segundo plano. Le calculo unos veinticinco años y ha aprovechado para ponerse a mirar el móvil.

—Hola, chicos. —Revuelvo el pelo de Lucas y después el de Dylan. Los distingo porque Lucas no se desprende de la banda elástica que le regaló Tristan. No imaginan el favor que nos han hecho a quienes no vemos diferencias entre ellos.

—¿No ha venido Tristan contigo? —inquiere Lucas.

Vaya. Lo evoco y ya sale a relucir.

—No, lo siento. Solo he venido a hablar con vuestro padre.

Leo la decepción en sus caritas infantiles. Por eso les ofrezco una alternativa.

—Quiero presentaros a mi hermana. Se llama Rain.

Ellos saludan moviendo una mano con nulo entusiasmo, aunque la miran con curiosidad.

—Y ellos son Lucas y Dylan —le digo a mi hermana.

—Hola —saluda ella—. Sois iguales.

Los críos ponen los ojos en blanco. Deben de oír ese comentario muy a menudo.

Espero sacarlos de esa apatía. Oigo los redobles en mi cabeza y lo suelto.

—Rain es la mejor patinadora sobre hielo que vais a encontrar en la región —les digo. Luego la miro a ella—. Y ellos son jugadores de hockey sobre hielo.

—¿Sabes patinar? —pregunta Dylan con el entusiasmo que habían perdido. Seguro que estaban dándole vueltas a cómo entretener a una desconocida de siete años.

—Sí, y muy bien —responde Rain—. Aprendí con patines en línea, pero mi hermana me regaló unos *quads* porque era más fácil hacer giros y bailar. Ahora lo que más me gusta es patinar sobre hielo.

—¡A nosotros nos pasó igual! —A Lucas le brillan los ojos—. Jugamos al hockey sobre hielo, pero también nos gusta hacerlo aquí, en casa, en pista, con patines de bota.

—¿Es verdad que tenéis una pista de patinaje en casa? —A Rain casi se le salen los ojos de la cara.

—¡Claro! ¿Quieres que vayamos a patinar un rato? —le pregunta Dylan.

—Al hockey no sé jugar —se lamenta mi hermana—. Y no he traído patines.

—Tenemos de un montón de tallas —interviene Lucas— para cuando vienen amigos. Además, solo patinaremos y, si quieres, podemos enseñarte un poco a usar el *stick*.

Rain me mira con una expresión tan suplicante que me hace reír.

—¿Puedo?

—Siempre y cuando haya alguien vigilando.

La chica que los cuida, una joven rubia y sonriente, se aproxima a nosotros.

—Hola, soy Fanny —me saluda—. He oído la conversación, así que he avisado a Diego. Él se encarga del mantenimiento y de echarme una mano cuando los gemelos traen amigos y necesito refuerzos. —Sonríe.

Vemos llegar al tal Diego, al que no me extraña que Fanny mire con devoción. El encargado tiene menos de treinta años, es alto, moreno y le sientan de fábula los vaqueros descoloridos y la camiseta negra que marca sus músculos.

—Perdón por traeros más trabajo —les digo con una mueca—. Pero necesito hablar con el señor Clayton.

—No se preocupe —me tranquiliza Diego—. Fanny y yo nos haremos cargo.

—Gracias —le digo antes de alejarme hacia la casa.

Cojo aire y me preparo para la que puede ser una de mis mejores actuaciones.

Capítulo 18

Chiara

Me encuentro a mi antiguo padrastro tras la mesa de su despacho. Se pone en pie cuando accedo a la elegante estancia. El sol de la tarde entra por el ventanal y tiñe cada mueble, cada objeto y cada libro con su pátina dorada. Por un instante, el cabello cano del hombre brilla con los reflejos rubios de antaño.

—Menuda sorpresa, Chiara —me dice y me señala uno de los sofás de cuero. Me siento—. ¿Qué quieres tomar?

Como si estuvieran sincronizados, Margaret aparece en la puerta y cruza las manos sobre el vientre mientras espera.

—Un refresco sin gas y sin hielo, gracias —pido.

—Para mí lo mismo. —La empleada hace un gesto de asentimiento y se va—. ¿Ocurre algo? —me pregunta—. En tus mensajes me informabas de que todo iba bien. Además, luces como una auténtica jugadora de baloncesto. Mi contacto en el equipo me ha asegurado que...

—No pasa nada en el equipo —lo interrumpo—. He venido por algo más personal, Aaron.

Margaret aparece de nuevo con una bandeja, dos vasos con rodajas de limón y dos latas de refresco. Lo deja todo en la mesita de café y se vuelve a marchar.

—Tú dirás. —Aaron sirve las dos bebidas, da un trago a su vaso y espera. Yo también doy un sorbo.

—Tienes que saber, ante todo, que me lo he pensado mucho antes de venir. —Él sigue aguardando, sin despegar de mí sus ojos celestes—. Necesito dinero, Aaron.

Dios, qué frase tan amarga. Esas tres palabras las habré pronunciado en mi cabeza miles de veces, pero siempre con el convencimiento de que no se las iba a soltar nunca a este hombre. Sin embargo, el tiempo y las salidas se agotan, y no puedo arriesgarme a perjudicar a mi familia por llevar a cabo mi plan. A fin de cuentas, Aaron Clayton y su hijo acabarán llevándose su merecido igualmente.

El millonario me regala una sonrisa cargada de ternura que me pone el vello de punta y me hace hervir la sangre. Debe de creerse una buena persona el muy desgraciado.

—Tiene que hacerte mucha falta para haber dado este paso —me dice—. Incluso cuando entraste por esa puerta, hace varias semanas, reclamándome ayuda, te negaste en redondo a aceptar cualquier aportación económica.

—El artículo va a tardar. —Encojo un hombro, aunque aprieto los labios—. E involucrada como estoy en el equipo, no tengo tiempo para buscarme un empleo, ni siquiera a tiempo parcial.

—Claro que no. —Arruga el entrecejo—. Tienes que olvidarte de trabajar como cajera o sirviendo hamburguesas. Tú vales mucho, Chiara.

Mi pierna derecha comienza a moverse sola, doy golpecitos con la zapatilla sobre la alfombra y me muerdo con saña el labio inferior. Me arranco un pedacito de piel con los dientes y lo mastico.

¡Es que no puedo soportar la presencia de este miserable y mucho menos sus malditos halagos!

—De todas formas —prosigue—, creo que algo ha debido de ocurrir en tu vida para que hayas dado el paso.

—Algo no, alguien. —Le doy un largo trago al vaso, lo dejo en la bandeja y me pongo en pie—. Y me gustaría presentártela.

Leo la perplejidad en el rostro de Aaron, que también se levanta y se dirige a su escritorio para coger su teléfono.

—Dime cuánto necesitas.

«Qué fácil es para ti —pienso con desdén—. Una llamada y asunto resuelto.»

—Me gustaría presentarte primero a esa persona. —Alzo la mano para detener su movimiento—. Si voy a pedirte dinero, quiero

mostrarte el motivo.

Inclina la cabeza hacia un lado y me sonríe con tanta condescendencia que me hace odiarlo todavía más.

—Está bien. Tú siempre tan honesta. —Se guarda el móvil en el bolsillo interior de la chaqueta y me hace un gesto hacia la puerta.

Percibo sus pasos y su presencia detrás de mí. Inspiro para llenarme de aire los pulmones y no ahogarme con las ganas de darme la vuelta y escupirle el terremoto que ha causado en nuestras vidas.

Salimos de la casa y atravesamos el jardín trasero hasta llegar a la pista de patinaje. Allí nos encontramos a Fanny y a Diego, que vigilan con esmero a los niños que se divierten en la pista. Los gemelos están absortos ante la pirueta sentada que hace Rain, que gira sobre sí misma con una pierna flexionada y los glúteos cerca del suelo. Cuando vuelve a estar de pie, agarra las manos de los niños y los tres giran y giran sobre las ruedas. Las risas infantiles llenan el aire y contagian a los adultos que los acompañan.

—Vaya —comenta Aaron—. ¿Quién es?

—Es mi hermana.

Me mira confundido.

—Ya ves —le digo con retintín—. Ni tú ni mi madre perdisteis el tiempo cuando os separasteis. Tú dejaste preñada a tu amante y ella se quedó embarazada poco después de un tío al que acababa de conocer.

—Haces que suene peor de lo que fue —señala, todavía aturdido —. No... no tenía ni idea de que Rose hubiese tenido otra hija.

Suelto una risa amarga.

—Jamás te interesaste por ella —le reprocho.

El hombre que fue mi padrastro no llega a abrir la boca porque sus hijos lo llaman a gritos.

—¡Papá, papá! ¡Ven a conocer a Rain!

Los dos borramos nuestras caras de palo y nos obligamos a sonreír mientras nos acercamos a la pista.

—¡Mira! —exclama Dylan—. ¡Es la hermana de Chiara! ¡Se llama Rain y es la mejor patinadora del mundo!

—¡Y solo tiene siete años! —proclama Lucas.

—Ya veo. —Aaron le sonríe a mi hermana y la mira con interés—. ¿Qué tal, Rain? Debes de ser muy buena si has alborotado tanto a mis hijos.

Rain compone una expresión satisfecha, aunque algo intimidada por los halagos de tantos desconocidos.

—Ellos también lo hacen muy bien —comenta ella. Parece que no la hemos educado nada mal.

—¿Podemos seguir? —pregunta Dylan con un punto de exigencia.

—Solo diez minutos más —le dice su padre—. Os recuerdo que tenéis que repasar los deberes y no podéis cenar muy tarde. Mañana hay colegio.

—¡Todavía es muy pronto! —se queja el niño.

—Podría organizarles una merienda —interviene Fanny—. Así podrán pasar más rato con su nueva amiga.

—¡Síííí! —exclama Lucas—. ¿Quieres merendar con nosotros, Rain?

Mi hermana me mira con todas las súplicas del mundo reunidas en sus ojos claros. No puedo decirle que no. Ni ella ni yo nos vamos a atrever a decir que apenas hemos comido unas chucherías por el camino y estamos hambrientas. Al menos que se alimente ella.

—Pero poco rato —le digo—. Hemos de regresar a casa y tenemos un buen trecho.

Rain asiente y me conmueve lo poco que se queja y lo rápido que entiende las cosas. Aunque también se me clava en el corazón la dolorosa inquietud de que se vaya a convertir en una niña que madure demasiado rápido, obligada por las circunstancias familiares.

—Así que —me dice Aaron cuando la niñera se adelanta hasta la casa— este es tu motivo.

—Por ella y por su felicidad, haré lo que haga falta —le confieso—. Incluso pedirte dinero a ti.

—¿La has apuntado a alguna escuela de patinaje? —se interesa.

—Sí —respondo—, a la de Sacramento, tan cara como todas.

—No te preocupes. —Saca su teléfono del bolsillo—. Dime tu número de cuenta y ordenaré hacer una transferencia. ¿Cuánto necesitas?

—Pues...

Calculo la suma de la matrícula de Rain, unas cuantas mensualidades y los recibos más acuciantes de la casa. Luego pienso en lo que necesita mamá, en la clínica, en su depresión agravada por el alcoholismo, que necesitaría una terapia fiable y muy costosa...

Pero decido que sería demasiado sospechoso. Lo de la clínica tendrá que esperar un poco más.

«Perdóname, mamá. Te aseguro que valdrá la pena la espera.»

—Dos mil dólares —le digo.

Aaron arquea las dos cejas.

—¿Tantas vueltas para dos mil dólares? —Decidido, se concentra en la pantalla de su teléfono—. Iba a llamar a mi gestor del banco, pero puedo encargarme yo mismo.

Unos segundos después me llega una notificación al móvil. Lo miro y compruebo que he recibido un ingreso de cuatro mil dólares.

—Te he dicho dos mil —me quejo.

—Chiara. —Me pone una mano sobre mi hombro—. Ya que no te dejas ayudar, permite que haga algo por esa niña. ¿Crees que no sé lo que valen las matrículas? Tengo dos hijos.

—Tres —lo corrijo.

Él percibe mi recriminación y sonríe de medio lado.

—No me he olvidado de Tristan —me dice en tono de broma—. Es solo que... hace mucho tiempo que él ya no me necesita.

Diego ha acompañado a los niños a la cocina, así que cuando llegamos nosotros, los encontramos devorando todas las exquisiteces que hay sobre la mesa. Rain tiene los mofletes inflados por haberse comido un *muffin* de chocolate sin apenas masticarlo.

—Todo es casero —nos informa Fanny—. Margaret es una gran repostera.

La aludida, con su habitual seriedad, se limita a elevar una comisura de la boca mientras sigue preparando bandejas y batidos de cacao.

—Come algo tú también —me invita Aaron—. Yo tengo que hacer unas cuantas llamadas.

En cuanto desaparece el dueño, me lanzo sobre los dulces que hay expuestos en diversas fuentes. Desde que estoy sometida a una dieta proteica, echo tanto de menos el azúcar poco saludable que me subo por las paredes y mi humor va de mal en peor.

—Está todo muy bueno, Margaret —le digo a la mujer antes de dar un buen mordisco a un *cupcake*.

—¿Qué estamos celebrando?

La voz de Tristan me pilla con la boca llena. Me doy la vuelta y me lo encuentro acaparando el vano de la puerta, sonriente. Aunque la sonrisa desaparece de sus labios en cuanto me ve.

—¡Tristan, Tristan!

Los gemelos se lanzan sobre el cuerpo de su hermano mayor. Solo nos dedicamos una rápida mirada.

—¡Mira! —clama Lucas con entusiasmo—. ¡Esta es Rain, la hermana de Chiara!

—¡Es patinadora sobre hielo! —añade Dylan—. ¡Y muy buena!

Supongo que, en deferencia a sus hermanos, el primogénito cambia su expresión sombría por otra más alegre.

—Vaya. —Esta vez busca mis ojos, y leo interés en los suyos—. ¿Qué tal, Rain?

Mi hermana me mira un instante, pero luego se centra en el hombre alto y guapo que le sonríe.

—Hola —lo saluda, después de tragarse media galleta.

—Soy Tristan, el hermano de Dylan y Lucas.

—Yo soy la hermana de Chiara. —Me señala con una sonrisa—. ¿Tú también eres mi hermano?

Una pepita de chocolate se me atasca en la garganta y me hace toser. Tristan abre al máximo sus ojos verdes.

—¿De dónde sacas eso? —le pregunto a Rain.

—Me lo han dicho Lucas y Dylan.

Los miramos a ellos, desconcertados.

—¡Tú lo dijiste, Tristan! —señala Dylan—. ¡Nos dijiste que Chiara era tu hermana!

—Sí, pero... —Tristan se lleva dos dedos a la frente, como si pretendiera alisarla de las arrugas que se le han formado—. A ver, os dije que era mi hermanastra, que es parecido a hermana, pero no es

lo mismo. Nosotros tenemos el mismo padre, y Chiara y Rain tienen la misma madre...

Tres pares de ojos azules siguen clavados en nosotros, expectantes, aunque con cara de no entender nada. Tristan se aproxima a mí con disimulo.

—¿Vas a echarme una mano? —me implora.

Me muerdo el labio superior para no reír.

—Es como lo ha explicado Tristan, aunque no lo haya dejado muy claro —les digo a los pequeños—. Hermanos de sangre sois Lucas, Dylan y Tristan. Y, por otro lado, estamos Rain y yo. ¿Lo habéis entendido?

Los tres asienten en perfecta coreografía. No parecen muy convencidos.

—Lo importante es que todos somos un poco familia —aporta Tristan.

Me mira de soslayo y siento que esas palabras llevan doble intención, al menos entre él y yo: «Tenemos un vínculo y no podemos liarnos».

—¡Qué bien! —exclama Lucas—. Hace poco éramos una familia pequeña y ahora somos un montón.

—¡Es verdad! —lo secunda su gemelo—. Sería divertido que vinierais a los partidos. Antes solo venían mamá y papá, pero ¡ahora nos verán jugar todos nuestros hermanos!

Lo dicho: muy claro no les ha quedado, pero no importa.

—¡Y nosotros podríamos ir a ver a Rain!

—Vale, vale —los aplaca Tristan—. Ya iremos viendo. Os recuerdo que vivimos en ciudades distintas.

—Pero nos podéis llevar en coche —suplica Dylan—, el chófer de papá o tú o mamá. —Los críos se agarran a la camiseta de su hermano mayor y comienzan a darle tirones—. Va, porfa, porfa, porfa...

Tristan y yo volvemos a cruzar las miradas.

—Haremos todo lo posible —les digo para no prometer demasiado.

—¡Bieeen! —Se me hace un nudo en el pecho al contemplar a los tres pequeños, abrazados, saltando y dando vueltas al mismo tiempo. Los gemelos se han ganado mi corazón en poco tiempo, y

ver a mi hermana feliz, con nuevos amigos y lejos de la realidad diaria... me rompe y a la vez me recompone por dentro. Una niña de siete años merece tener la vida de alguien de su edad. Lo que me lleva de nuevo al bucle que envuelve a Aaron Clayton y su papel en esta historia.

Tristan aprovecha el momento en que los críos se entretienen experimentando con los bizcochos y el chocolate para dirigirse a mí.

—No esperaba veros por aquí.

«Yo tampoco a ti, por eso estoy pensando qué demonios decirte.»

—Tenía que hablar con Aaron —opto por responder.

Intuyo que se queda con las ganas de preguntarme sobre qué tenía que hablar con su padre, pero no lo expresa. La discusión que tuvimos la última vez que nos vimos ha enfriado la ya difícil relación que manteníamos.

—¿Cómo va tu lesión?

Estoy a punto de escupirle algo así como «las manos de tu amante me dejaron como nueva. ¿Es igual de buena contigo?». Pero todavía me queda algo de raciocinio.

—Perfectamente —le digo—. Mañana podré entrenar con normalidad.

—Me alegro.

Siento el peso de sus iris de color esmeralda. No sé si destilan enfado, curiosidad o alerta por haberme encontrado en esta casa.

—¡Hombre, estamos todos! —Aaron aparece en la cocina y se alegra, aparentemente con sinceridad, de encontrarnos reunidos alrededor de la mesa—. ¿Todo bien, Tristan?

—Sí, sí —responde—. Quería ver un rato a los gemelos.

—Hoy los has encontrado con una nueva amiga y has dejado de ser la novedad —bromea su padre.

—Nosotras ya nos vamos —intervengo—. Rain, cariño, despídete de los chicos.

—¿Podréis venir otro día? —dice Lucas en tono implorante.

—A mí me gustaría mucho. —Nunca había captado ese anhelo en los ojos celestes de mi hermana.

—Claro que sí —comenta Aaron—. Podéis venir cuando queráis, ya lo sabes, Chiara.

—Sí, gracias. Saluda a Lucille de mi parte.

—Lo haré.

—Nos vemos mañana —me limito a decirle a Tristan.

Me despido de los gemelos con un abrazo y un puñado de promesas, tomo a Rain de la mano y nos alejamos hacia el coche. Después de acomodar a mi hermana en el asiento trasero, doy un respingo cuando cierro la puerta y percibo una presencia a mi espalda. El olor a cítricos y especias delata al dueño del perfume. Me doy la vuelta y tropiezo con el rostro que me atormenta desde hace quince años.

—¿Me vas a decir el verdadero motivo por el que has venido? —me pregunta en un tono demasiado cargado de mordacidad.

—¿Te lo pregunto yo a ti? —le digo con desdén.

—No me jodas, Chiara. Me parece bastante lógico que te haga esa pregunta. No sé qué rollo te traes con mi padre.

—Que te den. —Me vuelvo hacia el coche. Por suerte, Rain ha caído agotada y sus párpados se están empezando a cerrar—. Paso de discutir ahora contigo. Me parece que dejamos bastante claro la otra noche que no nos meteríamos en la vida del otro —le recuerdo.

Intento abrir la puerta del coche, pero mi mano se queda congelada cuando advierto los dedos largos de Tristan alrededor de mi muñeca.

—Espera, Chiara. —Su voz ronca y dulce a la vez me provoca un escalofrío en la espina dorsal. Lo siento tan cerca que su aliento calienta mi nuca—. La otra noche dije demasiadas gilipolleces. Lo siento.

Su disculpa me sorprende y me perturba. Me vuelvo hacia él y, en tan solo un instante, me siento atrapada en el brillo verde de sus ojos, en las pinceladas anaranjadas que la luz vespertina ha trazado en su pelo y en el halo que rodea su rostro. Como siempre, mi vista se centra en su boca. A mi mente regresan las sensaciones de su boca en la mía, de sus manos en mi piel, de su miembro dentro de mi cuerpo...

Maldito sea Tristan Clayton.

—Tranquilo —le digo—. Me quedó claro que te acostaste conmigo porque te recordaba a ese amor imposible tuyo. Y no me meteré

más en tu vida. Puedes acostarte con quien te dé la gana.

—Sí. —Una sombra oscurece su bello rostro—. Yo puedo acostarme con quien quiera y tú puedes hacer lo mismo, porque entre nosotros no puede haber nada, Chiara.

—Ya lo hubo —le susurro. Estamos tan cerca que puedo ver cada punto oscuro de la incipiente barba que cubre su mandíbula. Lo que le faltaba para hacerlo más irresistible todavía.

—No sabíamos quiénes éramos —insiste. Aunque detecto un matiz de angustia en su ruego—. No podemos, Chiara.

Ha inclinado la cabeza para compensar la altura y apoyar su frente en la mía. Estoy segura de que en este momento los dos evocamos la noche que pasamos en el hotel de Nevada. Por instinto, me llevo una mano al pecho. Los latidos de mi corazón resuenan en mis oídos.

—¿Por qué tanto drama? —susurro—. No tenemos parentesco de sangre; nada nos une...

Él se aparta de mí unos pocos centímetros.

—Sí que nos une algo. —Señala hacia la casa con una mano y hacia el coche con el mentón—. Aunque obviemos a nuestros padres, nos unen esos niños, Chiara. Ellos no entienden todavía la verdadera diferencia entre hermanos de sangre y hermanastros.

Me zafo de él y busco sus ojos, que parecen albergar rayos verdes de tormenta.

—¿Y si no fuera por ellos? —le pregunto.

No responde. Solo parece debatirse con algo que esconde en su interior.

—Ahora lo entiendo —le espeto—. Me deseas, claro que me deseas; lo veo en tus ojos. Solo reprimes ese deseo porque te parece inmoral. Sientes que estoy prohibida para ti y te contienes. Pero no lo hagas, Tristan. No te contengas más...

—Basta, Chiara —gime como si le dolieran mis palabras.

Se lleva las manos al rostro, las desliza después por su pelo y se arranca el pañuelo que lo sujeta. De inmediato, los mechones oscuros se deslizan por su cara.

—¿Sueñas con volver a follarme, Tristan? —le susurro—. Porque yo lo hago. Continuamente. Y estoy segura de que tú también.

Tristan cierra los ojos. Veo cómo su tórax se infla y se desinfla. Sé que lucha consigo mismo, pero todavía no se rinde.

—Vete, Chiara —me ordena—. Vete.

—Confórmate con soñarme —le digo con un deje de insolencia.

Me monto en el coche, arranco y me pongo en marcha. Mis ojos se desvían hacia el espejo retrovisor, que me devuelve la imagen cada vez más pequeña de Tristan.

El chico de los ojos bonitos.

El chico del que me enamoré la primera vez que lo vi.

El chico que me rompió el corazón, aunque él ni siquiera fuera consciente de mi existencia.

Una vez en el piso de Levi, me acomodo en el sofá, que también es mi cama, y me pongo el portátil sobre el regazo. Hoy se me han acumulado demasiados sentimientos que salen a través de mis dedos mientras tecleo en el ordenador. Apenas soy consciente del sonido de la puerta, del tintineo de unas llaves y de la presencia de mi exnovio.

—Veo que te fluyen las ideas —me dice.

—No lo sabes tú bien —le digo sin levantar la vista de la pantalla —. Además, el redactor jefe no dudará en darme una patada en el trasero si no le adelanto algo pronto. No puedo dejar pasar esta oportunidad de publicar una historia sorprendente.

—Me preocupa, Ravioli.

Tardo unos segundos en comprender. Termino un párrafo y levanto la cabeza para encontrarme el rostro inquieto de Levi.

—¿Qué te preocupa? —le pregunto.

—Tú —me dice.

—Estoy bien. —Continúo tecleando.

—No hablo del presente —me advierte—. Me refiero a lo que pasará después. Porque resulta inquietante saber que el artículo del que hablas, o la historia sorprendente que mencionas, estará relacionado con los Clayton. Cuídate de ellos, Chiara, sobre todo de Aaron.

Emito un suspiro.

—Lo tengo todo controlado —le digo, a pesar del desasosiego que me ha contagiado.

Capítulo 19

Tristan

Esta semana tenemos el primer partido de liga. Sobra decir que se trata de un encuentro trascendental porque, más allá de ser el primero oficial, será mi carta de presentación. Voy a tener que demostrar mi valía ante la afición y convencer al club de que hizo un buen fichaje.

Después del entreno, he dado una charla motivadora en el vestuario. Y aquí mismo, delante de la pizarra, rotulador en mano, hago un repaso a la estrategia que deberemos seguir y les recuerdo los puntos débiles de las rivales.

—Y eso es todo por hoy. —Le pongo el tapón al rotulador y lo dejo junto a la pizarra—. Mañana os quiero a todas descansadas y relajadas, pero al mismo tiempo, al cien por cien.

Las jugadoras se levantan, se cuelgan sus mochilas al hombro y se acercan para darme la mano antes de salir por la puerta. La última, una vez más, es Chiara, quien apenas me roza los dedos y ni siquiera me mira antes de darse la vuelta y encaminarse a la salida.

—Un momento, Brambila —le digo.

Ella se detiene y se vuelve hacia mí.

—¿Qué ocurre, entrenador?

El respeto que transmiten sus palabras se debe a que la puerta sigue abierta y algunas jugadoras echan un vistazo al interior del vestuario, desconcertadas ante mi llamada. Una vez que desaparecen, Chiara borra cualquier consideración de su rostro.

La verdad, no tengo un motivo claro para retenerla. Supongo que necesito mostrarle, de alguna forma, que me arrepiento de ciertas palabras y comportamientos hacia ella.

Desde que me la encontré en el despacho de mi padre, diciéndome que era mi antigua hermanastra, después de haberme acostado con ella... no paré de darle vueltas a aquella extraña casualidad. Se me pasaron por la mente un montón de teorías conspiranoicas y llegué a pensar que se había inventado todo un rollo sobre un artículo, un periódico y un trabajo. Estaba seguro de que escondía algo, por eso, cuando coincidimos de nuevo en la casa de Los Altos Hills, esperé a que se marchara para exigirle a mi padre la verdad. ¿Qué hacía ella allí, con su hermana? ¿Por qué había tenido que ir a hablar con su antiguo padrastro? ¿Qué estaban tramando? Porque, por si fueran pocas mis dudas, intercepté alguna que otra miradita entre ellos dos que me escamó bastante.

Y entonces mi padre me lo contó: Chiara se había presentado en aquella mansión para pedirle dinero.

Me sentí jodidamente mal. Mi hermanastra, después del divorcio de nuestros padres, solo se mantuvo en contacto con su padrastro hasta que terminó la carrera. Después, no volvió a dar señales de vida... hasta que recurrió a Aaron Clayton para que la ayudase. Y si una chica tan orgullosa e independiente como ella ha decidido solicitar ayuda para un trabajo, no es más que por su familia: una madre, una anciana y una niña. Rose nunca trabajó mientras estuvo casada con mi padre, por lo que, con toda seguridad, debe de tener problemas para encontrar empleo a su edad y sin experiencia. Su abuela es mayor. Y luego está Rain, la niña a la que Chiara desea darle un futuro. No puedo juzgarla por eso.

Siento vergüenza por dudar de ella.

Titubeo, no obstante, cuando la tengo delante. Le suelto lo primero que me viene a la cabeza. No voy a decirle que mi padre me ha puesto al día de sus dificultades económicas.

—Te he visto dispersa. —Deslizo una mano por la banda elástica que me sujeta el pelo.

—¿Dispersa? —Suelta una risa mordaz—. Perdona, pero me estoy dejando la piel en cada entrenamiento.

—Me refiero a las clases tácticas —la rebato—. Mientras hablo de jugadas o estrategias, o cuando paso vídeos de partidos, no prestas atención.

—¿Para qué, si no voy a jugar?

—Pero queda raro. —Cambio de postura y me llevo las manos a las caderas—. No nos conviene ni a mí ni al equipo ni a ti.

—Vale. —Alza la barbilla—. A partir de ahora no perderé de vista tus pizarras y tus vídeos. ¿Algo más?

—¿Cómo llevas tu artículo?

Parpadea ante el cambio de tema.

—Bien. —Agarra el asa de la mochila que lleva al hombro—. Si no tiene nada más que decirme, entrenador, necesito estar descansada para mañana.

Extiende el brazo para darme la mano, como hace el resto de las jugadoras al despedirse. Pero Chiara no es una de ellas. Le estrecho la mano, pero cuando intenta soltarse, no se lo permito. Alza sus pestañas y fija en mí sus ojos azules. Nos quedamos un rato así, con las manos y las miradas entrelazadas.

No sé qué diablos me pasa con ella. Nunca me había sentido tan incapaz de apartarme de una mujer. Chiara es misterio, una maldita incógnita, pero también es deseo, es fascinación; un irresistible imán que arrastra mi cuerpo hacia el suyo sin que pueda hacer nada.

—¿Seguro que vas a descansar? —Retiro mi mano y me alejo de la tentación que me supone su piel morena.

—¿A qué te refieres? —Frunce el ceño.

«A que vives con un bombero demasiado guapo, al que imagino cerca de ti, desnudo en mitad del pasillo, en la ducha, en la cama, y no soporto imaginarlo contigo.»

—A nada —refunfuño.

Menos mal que todavía no somos capaces de leernos el pensamiento. Porque podría parecer absurdo que sienta celos de su ex.

Busco mi Lexus en el aparcamiento para miembros del club. Lo encuentro en mi plaza... pero con una figura femenina apoyada en la puerta.

—Evelyn —me sorprendo.

—Perdona, Tristan. —Se muerde el labio inferior—. Siento que parezca que me aprovecho de ti, pero me han avisado de que mi coche tendrá que permanecer un día más en el taller. Te prometo que es la última vez que te pido que me lleves a casa.

—No importa. —Sonrío y acciono el mando de apertura. Me acomodo en el asiento del conductor y la fisioterapeuta lo hace al lado—. Lo que a mí me supone un cuarto de hora, a ti te puede costar una hora en transporte público. Así que tranquila.

—Eres un tío maravilloso, Tristan. —Baja la voz—. Quedan pocos como tú.

—No le des importancia —le digo—. No me cuesta nada.

—Pero podría pedírselo a otra persona —alega.

Desvío la vista de la calzada a la mujer durante dos segundos. Ella me está mirando tan fijamente que sus ojos castaños parecen negros.

—Pero yo te caigo mejor —bromeo.

Ella sonríe con un punto de pesar, como si creyera que no me he dado cuenta de su interés por mí.

Charlamos durante el trayecto de la importancia del partido de mañana, de la ilusión del equipo y de los nervios que finjo no tener. Hablo con la atención puesta en el tráfico, pero, aun así, percibo cómo ella no aparta sus ojos de mí.

—Bueno —le digo tras estacionar lo más cerca que he podido de su domicilio—, ya hemos llegado.

—Sí, gracias. —Se coloca un largo rizo de su pelo detrás de la oreja—. ¿Quieres subir?

Me deja perplejo, pero como sería hipócrita hacerme el sorprendido, le sonrío.

—Espero no parecer descortés, pero mañana es un día importante y...

De pronto, tengo los brazos de Evelyn alrededor de mi cuello y su boca sobre la mía. Presiona con fuerza contra mis labios hasta abrirlos e introducir la lengua. Durante un instante me dejo llevar. Es una mujer preciosa que me está invitando a subir a su casa y relajarme de la mejor forma que existe. Pero en mitad de ese pensamiento, entreabro los ojos y contemplo su rostro a través de

las pestañas. Mi corazón se acelera. La melena oscura que roza mi piel me hace recordar a otra persona; a la que ahora desearía estar besando de verdad. Lo que me hace envararme en el asiento es la certeza de que esa persona, por primera vez en mucho tiempo, no es Evie. Evoco un cabello negro, sí, pero no una piel pálida como la de mi amor frustrado, ni unos dulces ojos azules. Fantaseo con una tez morena, suave y con olor y sabor a vainilla; con unos dedos largos y con una mirada de fuego azul.

Aparto suavemente a Evelyn, que destila confusión.

—Creo que no es buena idea —le digo—. La noche antes de mi primer partido de liga con el equipo...

—¿Acaso está prohibido tener sexo antes de un encuentro? —Una sonrisa baila en sus labios.

—No lo creo. —Suspiro—. Pero no me parece muy apropiado acostarme con una compañera nada más llegar.

—Tampoco lo prohíbe nadie. —Desenreda los brazos de mi cuello —. Pero tranquilo, lo entiendo.

Le levanto la barbilla con un dedo.

—Eh, Evelyn. No es que no me gustes, te lo aseguro. Es solo que... nunca he querido mezclar trabajo con placer. Me desconcentraría.

—Es una pena —susurra y me da un beso en la mejilla—. Además de guapo, eres maravilloso, Tristan. Qué suerte tendrá la mujer de la que te enamores.

—Pues... no sé —bromeo—, porque ella no se enamoró de mí.

—Qué tonta.

«O qué casada», pienso.

Cuando Evelyn desaparece tras la esquina de la calle, me recuesto en el asiento, cierro los ojos y aprieto el volante hasta que clavo las uñas en el cuero. ¿Por qué diablos me lo he negado tanto? Seguramente resulta más contraproducente estar todo el día duro como una piedra, tratando de no mirarla, tratando de no rozarla, tragándome las ganas de estar con ella.

Con Chiara.

Me pongo de nuevo en marcha y despotrico por el jodido tráfico. Ahora que admito lo que sé y lo que quiero, necesito llegar cuanto

antes a mi destino.

Media hora más tarde, aparco el coche y salto de él como si el asiento ardiera. Resulta frustrante pensar en la cantidad de veces en la vida en las que damos vueltas y más vueltas a las cosas, pensando que seguirán siempre ahí, esperándonos; pensando que tenemos todo el tiempo del mundo, cuando la realidad es que dejamos pasar en multitud de ocasiones nuestros deseos, por miedo, por dudas, por... gilipolleces diversas que nadie entendería.

Aprovecho para colarme en el portal cuando sale alguien del edificio. Subo un tramo de escaleras en tres zancadas y me planto ante la puerta del rellano. Toco el timbre y me abre Levi.

Mierda.

—Vaya, Tristan Clayton —saluda con socarronería—. ¿Qué se te ha perdido por aquí?

—¿Está Chiara?

—Claro, pasa. —Se hace a un lado, aunque puedo percibir su tensión y su cara de «preferiría echarte de un puntapié».

Accedo al salón, donde me encuentro a Chiara sentada en el sofá, mirando el móvil. Una bocanada amarga me sube hasta la garganta al deducir que he interrumpido una tranquila velada de la pareja.

Mi hermanastra, al verme, se pone en pie de un salto. Cae al sofá su teléfono enredado en la manta que la cubría.

—¿Tristan? ¿Qué haces aquí?

Antes de darle una respuesta coherente que todavía no he inventado, una joven con el pelo corto y rubio y mirada angelical surge de una de las puertas de la vivienda.

—Hola —saluda.

—Ho-hola —balbuceo.

—Soy Aspen, la novia de Levi. —Me tiende una mano—. ¿Y tú?

Mi mente no analiza. Solo es capaz de hacer girar palabras, como «novia» y «Levi».

—Tristan —respondo por fin, sin dejar de mirar a Chiara, que sigue con los ojos muy abiertos.

—Nos íbamos a ir a cenar —señala el chico bombero—. Pero si quieres, nos quedamos —le dice a Chiara con cara de preocupación.

Arqueo una ceja.

—¿Eres su guardaespaldas? —le suelto socarrón.

—Solo un amigo que sabe de quién hay que cuidarse —me espeta él.

—Ya vale, Levi. —Chiara se interpone entre los dos—. Claro que puedes marcharte y aprovechar esa reserva que hiciste por el cumpleaños de Aspen. Que os divirtáis.

—Hasta luego —se despide la chica, la única que dice algo antes de que la pareja desaparezca del piso.

Ya estoy frente a frente con Chiara. Con May. Con la chica a la que llevo semanas negándome.

—¿Y? —se exaspera—. ¿A qué viene ese numerito?

Inspiro con fuerza.

—Cuando coincidimos en aquella carretera y te vi de cerca —le digo—, pensé que me recordabas a alguien.

La veo relajarse y poner toda su atención. Me fascina que el pijama que lleva de pantalón corto y tirantes deje a la vista tanta extensión de piel aceitunada. Por un momento, me pierdo en sus largas piernas, en sus brazos y en su garganta, donde le veo latir el pulso. Su larga melena oscura le cae desordenada por los hombros.

—Di por hecho que te parecías a Evie —prosigo—, simplemente porque tenías el cabello negro y los ojos azules, cuando la realidad era que seguía metida en mi cabeza porque me encontraba en pleno proceso de pasar página. —Va a hablar, pero le hago un gesto para que me deje continuar—. Pasados los días, he llegado a la conclusión de que mi subconsciente, de algún modo, te reconoció. El problema fue que me empeciné en creer la otra opción.

—Y todo esto significa...

—Que no me acosté contigo porque me recordaras a otra —le confieso—. Te deseé a ti, chica de la carretera. —Nos mantenemos la mirada, azul frente a verde—. Y la prueba está en que sigo deseándote, Chiara May, en que no he podido olvidar aquella noche. —Me froto los ojos y las sienes—. Pero no dejo de sentirme mal, como si deseara algo prohibido. Y luego estás tú, que pareces tan misteriosa, como si ocultaras algo...

—No escondo nada. —Niega con la cabeza. Sus ojos brillan como brasas azules. Es tan preciosa y la deseo tanto que me tiemblan las

manos de las ganas de tocarla—. Es solo que... una sola noche en un hotel de Nevada me dejó huella, ojos bonitos. Pero dejaste tan claro que tenías unos objetivos marcados que no se me ocurrió decirte: «Oye, me gustaría volver a verte, chico guapo».

—Ojalá me lo hubieses dicho.

Y la beso.

Capítulo 20

Chiara

Un gemido brota en mi pecho cuando la boca de Tristan se apodera de la mía. De repente, sus labios, firmes y abrasadores, presionan los míos y los abren con tanta urgencia que me quedo sin aliento. Nunca imaginé que un beso pudiera contener tanto deseo, tanta pasión, tantas ganas. Sus manos se enredan en mi pelo y me tiran hacia su cuerpo para que ni el aire pueda caber entre nosotros. Sus labios lamen, sus dientes muerden y sus brazos me envuelven hasta sentirme tocada por todas partes. Yo le devuelvo el beso con la misma ansia, chupando, mordiendo, gimiendo. En Tristan hay mucho deseo contenido, el de días, incluso semanas. Pero en mi caso... Dios, en mi caso hay anhelo acumulado de años, de las veces que lo he deseado, de las noches que lo he soñado; de las veces que lo he amado, que lo he odiado, que lo he añorado.

—Chiara... —gime en el momento justo en que abandona mi boca para bajar por mi mandíbula y deslizar la lengua por mi garganta, la curva de mi cuello, mi oreja... y vuelta a mi boca.

Noto mis labios doloridos, de la fuerza compartida, pero no me importa en absoluto. En este momento no puedo pensar en planes, en estrategias o en venganzas. No he renunciado a ellos, eso lo tengo claro, pero ya llegarán. No niego la satisfacción que me produce tener a Tristan Clayton loco de deseo por mí, pero ahora mismo solo quiero disfrutar, hacer realidad mi sueño de tenerlo solo para mí... sabiendo que soy yo.

Sin dudarlo, le saco la cazadora por los brazos y la tiro al suelo.

—¿Lo vamos a hacer aquí? —me pregunta con la respiración acelerada. Me mira con deseo, pero con un deje de temor que me

conmueve, como si yo estuviese prohibida para él; como si ambos estuviésemos prohibidos—. ¿En la cama de tu ex?

—Solo yo duermo en este sofá —le susurro—. Si crees que tienes suficiente...

No me deja ni terminar. Tristan agarra los tirantes de mi camisola y los baja por mis brazos. Un segundo después cubre uno de mis pechos con la mano y se lleva el otro a la boca.

—Dios, Tristan... —gimo.

Echo hacia atrás la cabeza y le facilito que bese un pezón mientras me pellizca el otro. Un ramalazo de placer me recorre nervios, venas y músculos. Ansiosa, dirijo las manos a su cintura, busco el borde de su camiseta y tiro de ella hacia arriba para sacársela por la cabeza. Hundo el rostro en su pecho caliente y lamo con deleite su piel, el vello crespo y los oscuros pezones.

—Joder, Chiara —gime y enreda los dedos entre mi pelo para tirar de mí y volver a buscar mi boca. Es como si quisiéramos demostrar nuestro deseo a base de besos robados entre caricia y caricia.

Aun así, deseamos mucho más. Sin dejar mi boca, las grandes manos de Tristan me bajan el pantalón del pijama, que sale por mis pies junto con la camisola y las bragas. Me quedo desnuda. La mirada verde del hombre que respira entrecortadamente por mí me acaricia, me devora, me quema.

—No sé ni por dónde empezar, joder —gruñe al tiempo que me empuja para que caiga en el sofá. Eleva después una de las comisuras de su boca—. Bueno, creo que ya lo he averiguado.

Se arrodilla delante de mí, aferra mis tobillos y coloca mis piernas sobre sus hombros. Me deja abierta ante él, expuesta y dispuesta a que me devore entera. Solo el deseo que destilan sus ojos y que se pasea por mi cuerpo es suficiente para que gima de placer.

Pero él prefiere pasar a la acción. Se lleva uno de mis pies a la boca y lo lame con deleite. Luego resigue con la lengua mi pantorrilla, mi rodilla y mi muslo. Me arqueo en el sofá.

—¡Tristan! —grito.

Me obligo a inclinarme hacia delante para poder ver su cabeza entre mis piernas. Estiro el brazo y tiro de la cinta que le recoge el pelo. Quiero vérselo suelto. Quiero sentirlo en mi piel. Él me lanza

una mirada arrogante y una media sonrisa que me deshace justo antes de hundir el rostro en mi sexo.

Dios de mi vida.

Cuando lo hicimos en el hotel, disfruté mucho, muchísimo, aunque no fuera más que un polvo contra la pared. Supongo que fue el hecho de hacerlo con Tristan, el chico que deseé y quise durante años.

Pero ahora..., joder, ahora apenas puedo respirar. El placer de tener su lengua lamiendo y penetrando mi sexo es abrumador, salvaje, insoportable. Me agarro con fuerza a su pelo, lo hundo más entre mis piernas, él clava los dedos en mis caderas... y yo exploto, entre convulsiones, gemidos y sollozos. Jamás he sentido este placer. Jamás un orgasmo me ha devastado de esta forma. Es como si mi cuerpo hubiese esperado a Tristan durante años para permitirse sentir el verdadero placer.

Tiene que ser él quien, con las caricias de sus manos en mis muslos, aplaque mis espasmos.

—Madre... mía —jadeo. Él me está mirando, satisfecho, con los labios húmedos y brillantes. Tiro de él para acceder a su boca y lo beso. Su sabor mezclado con el mío me produce una especie de éxtasis imposible de describir.

—Hola —me dice después con una pizca de engreimiento. Sus mechones oscuros le caen por el rostro y no puedo evitar apartárselos y, de paso, acariciar sus labios y sus pómulos. Es tan absolutamente hermoso que me duele el simple hecho de mirarlo.

—Hola. —Deslizo las manos bajo su cuerpo y busco la cinturilla de su pantalón. Él se arquea para facilitarme la tarea de desabrocharlo y bajarle la cremallera. Introduzco la mano bajo la tela y encuentro su erección, dura, gruesa y palpitante—. Ahora me toca a mí.

Sentada en el sofá, hago que se ponga en pie. Cuando tengo su entrepierna frente a mi rostro, tiro hacia abajo sus pantalones y su ropa interior. Su miembro salta hasta mi cara. Lo agarro con los dedos, elevo la vista y contemplo la expresión de éxtasis de Tristan.

Qué ganas tenía de tenerlo así, a mi merced.

Me introduzco su miembro en la boca y lo lamo con fruición. Él embiste con sus caderas contra mi cara, gime, solloza mi nombre. Y

yo sigo rodeándolo con mis labios, mientras mis manos lo acarician, arriba y abajo, arriba y abajo.

—Qué puto gusto, Chiara, joder...

Tristan enreda las manos entre mi pelo y me ayuda a moverme adelante y atrás. Así, aprovecho para deslizar mis manos por sus largos muslos, sus caderas suaves y su vientre duro y plano. Entre gemidos, se saca las zapatillas y la ropa en dos patadas.

—Ya... basta. —Me separa de él, me coge por los hombros y me levanta del sofá para besarme. Su lengua se cuela por cada rincón de mi boca y yo vuelvo a estar excitada y hambrienta de él—. Ahora quiero follarte, Chiara. —Gime y apoya su frente en la mía—. Espero que no suene turbio, maldita sea. Todavía no puedo creer que esté haciendo esto contigo, que sienta por ti lo que estoy sintiendo...

—Chist. —Pongo un dedo sobre sus labios—. No hables, Tristan, no pienses. Hay veces en las que solo podemos dejarnos llevar. No nos neguemos más esta atracción que sentimos, por favor...

Acuna mi rostro y me mira con su intensidad verde.

—No pienso negarlo más —me susurra—. Te deseo, Chiara, y quiero follarte. Necesito follarte...

De repente, da un paso hacia atrás, contrariado.

—Oh, mierda, mierda. No he traído condones. Desde que estoy aquí, solo he pensado en el equipo y en el trabajo...

—Tranquilo. —Con expresión sibilina, le hago un gesto para que espere y corro desnuda hasta la habitación de Levi. Abro un cajón de su mesilla de noche, rebusco entre sus calcetines y encuentro una caja—. ¡Bingo!

Corro otra vez hasta el salón y le muestro mi botín al chico de los ojos bonitos.

—Joder —rezonga—, con los condones de tu ex.

—Qué más da. —Agarro a Tristan por la cintura y lo hago sentarse en el sofá. Rasgo uno de los envoltorios y me monto a horcajadas sobre sus largas piernas.

—Si no te das prisa, acabaré solo con mirarte —se lamenta.

—Voy, voy. —Deslizo el preservativo por su miembro, que se yergue enhiesto y duro sobre su vientre. La punta brilla de la humedad que ya le ha brotado—. Y que sepas que hace mucho

tiempo que no hago nada con Levi. Lo dejamos hace siete meses y, desde entonces, solo me he acostado con un desconocido en un hotel de Nevada.

Tristan me lanza su mirada más abrasadora. Decirle esa verdad lo ha excitado todavía más.

Agarro su miembro, lo llevo a la entrada de mi cuerpo, bajo sobre él y quedo ensartada hasta la empuñadura. Un jadeo emerge de nuestras bocas justo en el momento en el que empiezo a moverme. Tristan coge mis pechos, los amasa y los pellizca, y yo subo y bajo con rapidez. El interior de mi cuerpo se expande y noto cada embestida en mis entrañas. Tengo la sensación de que mi sangre hierve, de que mi sexo arde y de que mi corazón se hace cada vez más grande. Mientras lo cabalgo, busco la mirada de Tristan, que me contempla excitado y se incorpora para cubrir uno de mis pezones con la lengua. Le rodeo el cuello con los brazos, pego su boca a mi pecho y me dejo llevar por el ardiente placer de sus embestidas, de sus manos clavadas en mis caderas y de las sensaciones que me inundan. El aire se llena del sonido de nuestra carne al chocar, de nuestros jadeos y de palabras ininteligibles.

—No puedo más —gime—. No puedo más...

—Yo tampoco...

Él se estremece un instante antes que yo. En cuanto noto los espasmos de su miembro en mis entrañas, exploto y el clímax nos arrasa mientras gemimos abrazados, enredados, pegados. Cuando pasa la tormenta, nos derrumbamos sobre el sofá y esperamos a que nuestras respiraciones vuelvan a la normalidad.

El sudor se ha enfriado sobre nuestra piel, por eso estiro la manta, que se ha hecho una bola debajo de nosotros, para cubrirnos. Apoyo la mejilla en el pecho de Tristan y lo miro de soslayo. Una emoción indescriptible se anuda en mis pulmones y me obliga a inspirar con fuerza para recuperar el oxígeno. Él se aparta el cabello húmedo de la cara y me dedica una de sus medias sonrisas.

—Qué guapo eres —le digo. Me siento libre de decírselo, como si al desnudarnos el cuerpo sabiendo quiénes somos hubiésemos

desnudado también el alma.

Vale, sí, yo lo he sabido en todo momento, pero él no. Tristan le hizo el amor a May, una desconocida, y hoy se lo ha hecho a Chiara, su antigua hermanastra. Me ha deseado de todas las maneras.

Mi chico guapo sonríe y me besa el pelo.

—Y tú eres preciosa.

Juego con un remolino de vello que tiene en el pecho.

—¿Arrepentido? —le pregunto.

Noto bajo mi mejilla cómo inspira y eleva el tórax.

—No —responde tras unos segundos de silencio—. Pero sigo teniendo una pequeña luz de alarma encendida en mi cerebro que intenta avisarme de que algo no está bien.

Me incorporo y apoyo el antebrazo en su estómago.

—No creo que hayamos hecho nada malo.

—Lo sé. —Desliza el dorso de sus dedos por mi mandíbula, una simple caricia que me eriza el vello y me roza el corazón—. Pero tienes que reconocer que tenemos varios frentes en contra. Por un lado, nuestros padres. —Se lleva una mano al rostro—. Dios, mi padre me advirtió de que no se me ocurriera mirarte de otra forma que no fuese fraternal...

—Pues no se lo digas y en paz —le digo divertida—. Ni yo le contaré nada a mi madre.

Se me hace un nudo en el corazón al pensar en ella. Si supiera que acabo de follarme al hijo del hombre que le destrozó la vida...

«Por ti lo hago precisamente, mamá.»

—Y luego están los gemelos y Rain —prosigue—. Recuerda que nos tienen por una suerte de hermanos.

—Tampoco lo sabrán. —Me muerdo el labio inferior para no sonreír.

—Y, por si fuera poco, soy tu entrenador ante el resto del mundo. Si se enterasen en el club...

—Pues lo llevaremos en secreto.

Me coloco sobre él y me trago un gemido cuando le rozo el pecho con los pezones, enredamos las piernas y nuestros sexos se unen. Tristan eleva las caderas y jadea cuando se encaja entre mis

pliegues íntimos, que se humedecen de inmediato por el contacto y la presión.

—¿Eso quieres? —jadea—. ¿Que tengamos una relación clandestina?

Deslizo la punta de la lengua por uno de sus pezones y luego por el otro.

—A mí no me importaría —le susurro—. Pero si para ti es un inconveniente... lo dejamos aquí, nos olvidamos y...

De pronto, y sin saber cómo, me encuentro debajo de Tristan, que baja la cabeza y me besa con un ansia devastadora, como si no acabásemos de hacer el amor hace solo unos minutos.

—No —me susurra—. No quiero dejar nada. No pienso renunciar a esto. —Embiste con su sexo contra el mío—. Llevo deseándote tantos días y al mismo tiempo pensando que estaba mal que empezaba a volverme loco.

—No sabía que tú también estabas así. —Los ojos se me cierran del placer que me ocasiona el roce de su miembro, suave y duro de nuevo.

—Cada entreno que hicimos solos fue un suplicio. —Detiene su sensual movimiento y me mira sin reservas—. Cada vez que te rozaba, que te olía, que te respiraba...

—Te daban ganas de esto. —Me arqueo y vuelvo a encajar nuestros sexos.

—Joder, dime que quedan más condones.

Emito una carcajada.

—Claro que quedan. Levi es un tío previsor.

—No me hables ahora de tu ex. —Hunde el rostro en la curva de mi cuello y lame mi piel. Cierro los ojos del gusto.

—¿Celoso? —gimo.

—No lo sabes tú bien —gruñe.

—¿En serio? —Planto las manos en sus mejillas para mirarlo.

—Si no fuera el hijo de la señora Wilson, te juro que ya lo habría enviado a la mierda.

—Pobrecillo.

—¿Te da tanta pena como Evelyn? —me suelta.

Le doy un empujón y me coloco de lado, claramente enfurruñada.

—Ahora no te hace tanta gracia, por lo que parece.

—Eres un capullo.

Tristan me aferra del hombro y me vuelve hacia él.

—No ha habido nada entre ella y yo.

—Pues todo el equipo da por hecho que estáis liados.

—No me jodas. —Bufa.

—Anda que no se nota que está loquita por ti.

—Eso ya lo sé. —Suspira, dobla un brazo y deja caer la cabeza sobre él—. Me lo ha dejado bastante claro cuando me ha besado hoy.

Un ramalazo de pánico me atraviesa el estómago.

—¿Os habéis besado? —exclamo con voz aguda.

—Sí. —Se encoge de hombros y luego compone una expresión dulce. Desliza la yema del pulgar por mis labios—. Le estaré eternamente agradecido —me dice—, porque ha sido cuando he decidido que no era a ella a quien quería besar, sino a la chica de la carretera, a Chiara, a May, a ti.

Bajo la cabeza y poso los labios sobre los suyos. Frunzo el ceño cuando contemplo una mueca extraña.

—¿Sabes? Le he puesto como excusa que no podía acostarme con una compañera, que acabo de llegar al equipo y no me puedo permitir estar envuelto en noticias de prensa rosa.

Arqueo una ceja.

—Y resulta que te has liado con una de tus supuestas jugadoras, que es peor —lo pincho.

—Muy graciosa.

Río. Luego me pongo seria.

—¿Estás dispuesto a mantener conmigo una relación secreta? —le pregunto. Mi cuerpo se tensa a la espera de su respuesta.

Gira la cabeza y me aparta un mechón de pelo de la frente. Hay tanta ternura en el gesto que temo derretirme.

—Sí, estoy dispuesto —me dice—. Al fin y al cabo, solo será hasta que termines tu artículo. Habrá algo de revuelo, pero como me planteó mi padre, yo quedaré al margen. Se supondrá que nadie sabía nada. Tú compartirás tu experiencia con los lectores y te convertirás en una periodista deportiva famosa y reputada.

Una bola de tristeza se me instala en el estómago.

—¿Y luego? —le pregunto.

—Será mejor esperar un poco, dejar que pase el alboroto...

—Quizá ya no estemos juntos y no haga falta preocuparse —le dejo caer.

—Puede ser. —Le da un toquecito a mi nariz con la punta del dedo. Mierda, algo tan inocuo me encoge el corazón sobremanera—. Pero algo me dice que vamos a estar juntos. Te tenía demasiadas ganas, May, chica del borde de la carretera.

Me entran unas enormes ganas de llorar y las oculto abrazando el torso desnudo de Tristan y hundiendo el rostro en la curva de su cuello. Inspiro el afrodisiaco olor a especias y cítricos.

Mi congoja queda interrumpida por una vibración bajo mi cuerpo. Busco debajo de los cojines y encuentro mi móvil. Hay un mensaje de Levi.

—Por si te interesa saberlo —le digo a Tristan—, el dueño del piso y su novia tardarán cinco minutos en llegar.

—Joder, qué pesado. —Bufa, se peina con los dedos y se incorpora en el sofá con cuidado de que no me caiga—. Y yo que pretendía acabar con sus reservas de condones...

Suelto una carcajada.

—Ya lo haremos. —Me levanto del sofá y busco mi pijama, que anda desperdigado por el salón—. Puede que sea lo mejor. Le recuerdo, entrenador, que mañana tenemos el primer partido de liga. Nada menos que contra las Atlanta Dream, las subcampeonas del año pasado.

—Se suponía que nos teníamos que relajar y lo hemos hecho, ¿no?

Me da un rápido beso en los labios y busca también su ropa para vestirse. Y así, más o menos presentables, nos encuentran Levi y Aspen.

—¿Todavía en mi casa, Clayton? —saluda mi ex—. ¿No tienes por ahí una mansión o algo así?

—Tranquilo, ya me voy. —Tristan se me acerca, me da un beso en los labios que incluye un poco de lengua y se coloca la chaqueta—. Hasta mañana, Brambila. Te quiero como un reloj en el vestuario.

—Ahí estaré, entrenador. —Le hago un saludo militar.

Tristan se despide de Aspen y sale del piso. Mi exnovio tiene una cara de palo que no hay quien le aguante la mirada.

—¿Qué? —le digo mientras me acomodo en el sofá con la manta. Un tufillo a sexo me sube por las fosas nasales.

—¿Te has acostado con Tristan Clayton en mi casa? —me pregunta con una furia que late bajo su piel.

—Tranquilo, no ha sido en tu cama —lo provoco—. Ha sido en tu sofá.

—¡Joder, Chiara! —Se lleva las manos a la cabeza y se tira de sus ondas castañas—. ¿Qué no has entendido de «no te enredes con los Clayton»?

—¿Por qué te enfadas con ella? —le pregunta Aspen.

—Porque es su puto hermanastro —le dice.

—Hace nueve años que nuestros padres se divorciaron —me defiendo.

—Pues, entonces, no le veo el problema —me apoya la chica rubia.

—Lo que no queremos es que se sepa —les digo—. Vamos a mantener una relación clandestina hasta que termine mi trabajo.

Ayer le expliqué a Aspen la historia. La misma versión que le conté a su novio.

—¡Qué emocionante! —exclama ella.

Levi, sin embargo, me clava sus ojos marrones cargados de rabia y tristeza.

—Espero que valga la pena —me dice antes de coger la mano de su novia y desaparecer por el pasillo que lleva a su dormitorio.

Unos minutos después, tengo mi portátil sobre el regazo. Me llegan los gemidos de Levi y Aspen desde el dormitorio, pero mi mente apenas los procesa. Solo soy consciente de mis dedos sobre el teclado, de la historia que está empezando a coger forma... y de la lágrima que termina rodando por mi mejilla.

Sabía que me iba a doler, pero no tanto, joder. Tengo que evocar los peores momentos de mi madre para convencerme de que tengo que hacerlo, de que merece la pena. Aunque mi corazón acabe roto para siempre.

Capítulo 21

Chiara

Después del calentamiento, las prácticas de entradas y tiros y varios ejercicios de ataque y defensa, las jugadoras nos reunimos en el vestuario a la espera de que el entrenador nos dé una charla técnica y hagamos un repaso de la estrategia. Mientras lo esperamos, Bethany y Vivian, dos de las jugadoras más destacadas del equipo, se me acercan con una toalla alrededor del cuello, que utilizan para secarse el rostro.

—Hey, May —me dice Bethany—. ¿Vas a quejarte de una vez a Clayton?

—No puedes pasarte la vida en el banquillo —la apoya Vivian—. ¡Eres buena!

Me debato entre mi intención de mantener un perfil bajo y la emoción que me produce que mis compañeras me traten como a una más.

—Tienen razón —interviene Laura—. Te convoca y luego no juegas. Si ya ha sido así en la pretemporada, en la liga va a pasar de ti. No lo entiendo.

—Podrá estar muy bueno —añade Keilah—. Pero se está comportando contigo como un capullo.

Me muerdo los labios. No puedo contarles el motivo por el que no debo jugar, pero sí ser convocada para vivir de cerca los partidos. Aun así, me conmueve la preocupación de las chicas.

—Sí que está bueno, sí. —Lorraine sube y baja los codos, embiste al aire con sus caderas y todas se echan a reír.

—Pues a mí me despista —opina Sam—. A veces preferiría tener un entrenador viejo y calvo para concentrarme más. ¿Habéis visto

esos ojos verdes, esa boca, ese cuerpazo...? —Se chupa un dedo y pone los ojos en blanco de gusto. Nos volvemos a carcajear—. Es broma —ríe—. Somos profesionales y no nos vamos a dejar engatusar por un culo bonito.

Hacía tiempo que no me relajaba tanto ni me sentía tan bien en compañía de otras chicas. Mi vida se ha visto tan reducida a lidiar con los problemas de mi madre y a sacar a mi familia adelante que las amistades se han ido perdiendo por el camino. Soy tan rarita que mi mejor amigo es mi ex; no digo más.

Todas disimulamos cuando aparecen Tristan y sus dos ayudantes. Nos ponen imágenes de nuestro último partido y del de las rivales, repasamos jugadas y, para terminar, nos ofrecen una charla motivadora en la que nos hablan de confianza, unidad y esfuerzo.

—No importa el rival —nos dice Tristan—, importa nuestro juego. Disfrutad, mantened el balón y confiad en vuestras compañeras. ¡Salid a ganar!

—¡A ganar! —gritamos.

Después volvemos a quedarnos solas para prepararnos mentalmente. He aprendido que nos ayuda seguir algún tipo de ritual. La mayoría se coloca unos auriculares y escucha música, ya sea Drake, Foo Fighters, Taylor Swift o Bad Bunny. Yo he optado por escuchar *Stressed Out*, de Twenty One Pilots. Quizá no sea la canción más adecuada para mí, pero siempre recurro a ella cuando siento que la realidad me ahoga.

Hay quien besa una fotografía o un amuleto, y también alguna se toma como concentración el mero hecho de colocarse un vendaje protector en los tobillos. En mi caso, me llevo la mano a la cinta elástica con la que me recojo el pelo, la que me dio Tristan. No tengo motivo ni lo hago por suerte. Es algo instintivo.

Evelyn aparece para preguntarnos si nos apetece un masaje de activación. Sam lo pide. Yo reprimo una mueca de disgusto al imaginarla besando a Tristan.

Minutos después, salimos a la cancha. Aunque ya hemos jugado varios partidos, hoy siento que estoy viviendo un momento trascendental y único. Se han vendido todas las entradas. El público, como una marea morada, está en pie, grita, canta, corea el nombre

del equipo. Las jugadoras rivales forman un círculo alrededor de su entrenadora y nosotras hacemos lo mismo con Tristan, que nos vuelve a alentar. Unimos nuestras manos y gritamos: «¡Valquirias!».

Desde el banquillo anoto mentalmente cada momento y me embebo de cada estímulo, desde el pitido inicial o las primeras jugadas hasta la emoción que se respira en la grada o las instrucciones de Tristan. Una sensación hasta ahora desconocida me trepa por el pecho cuando lo veo en cuclillas, de pie, nervioso, con el rostro serio, pendiente de cada movimiento: siento admiración. Me sobrecoge su entrega, el corazón que pone en lo que hace. Lleva el pelo recogido con un pañuelo morado, que, junto al llamativo verde de sus ojos, crea una especie de caleidoscopio que gira a su alrededor y consigue que no puedas dejar de mirarlo.

La cosa no pinta muy bien. A punto de terminar el tercer cuarto, el marcador oscila entre un punto a favor o en contra. Llevamos demasiadas faltas personales y ya han sido expulsadas dos jugadoras, entre ellas, Bethany. Tristan ha pedido tiempo muerto cada vez que se nos escapaba el partido, pero se mantiene sereno. Cree en el equipo y alienta a las jugadoras a que lo den todo.

Pero el tiempo se agota, y las ideas también. Llegamos al último cuarto y no somos capaces de remontar. Tristan vuelve a pedir tiempo muerto. Me señala y casi me da un infarto.

—Tú, Brambila, sales.

—¡¿Qué?!

—¡Que pidas cambio, joder! ¡Deja de sorprenderte! ¿Qué haces aquí, si no?

—¡Vamos, levanta el trasero! —me apremia Laura—. ¡Y demuestra lo que vales!

Me quiero morir. O, al menos, largarme corriendo de aquí. Miro el marcador para asegurarme: sí, quedan 24 segundos, justo lo que dura el tiempo de posesión, y vamos ganando por un punto.

Tristan me coge por los hombros y me habla al oído.

—Escúchame, May. Keilah intentará retener el balón, pero si no puede, te lo pasará a ti. No tienes que hacer nada. Solo mantener la

posesión hasta que acabe el partido. Nada más. ¿Entendido?

Asiento con el corazón en la garganta.

Comunico el cambio a la mesa de anotación. El árbitro hace la señal de la cruz con los brazos para autorizarlo. Me dirijo a la zona de sustitución y salto a la cancha.

¿Cómo es posible que me esté haciendo esto? ¡Está dejando en mis manos una responsabilidad que no me corresponde!

Cuando acabe el partido, lo mato. Eso si no me mata antes la gente cuando pierda el balón, enceste el equipo contrario y perdamos en el último segundo.

Malditos sean Tristan y su puñetero padre.

A pesar del marrón, trato de mantener la compostura y la calma. Cierro mi mente a los estímulos del público y me concentro en el saque de Sam a Keilah, que, como no podía ser de otra forma, termina por pasarme el balón ante la presión de la jugadora contraria.

Tengo el balón en las manos. Quiero pensar en las tácticas que me enseñó Tristan en la pequeña cancha de su barrio, pero me sorprendo al ver que no son necesarias, que me surgen por instinto. Protejo el balón con mi cuerpo, en posición de triple amenaza. Boto fuerte y bajo y me ayudo con el pie como pivote. Incluso me atrevo con cambios de dirección y ritmo, pasando la pelota por detrás o entre las piernas.

Y no me la quitan. ¡Nadie consigue quitármela!

No quiero ni mirar el marcador, pero al final no puedo evitarlo. Quedan muy pocos segundos, por lo que una idea loca se me pasa por la cabeza. ¿Y si lanzo la pelota a canasta? Al fin y al cabo, esto está a punto de acabar. Tristan ha sido muy específico con que no haga nada, pero una oleada de confianza me da la valentía necesaria.

¡Estoy muy adentro!

No puedo atravesar la marea de jugadoras, pero siempre se me han dado bien los lanzamientos lejanos. Y no me lo pienso más. Agarro el balón, salto sobre la línea de 6,75 y lanzo a canasta. A cámara lenta, sigo con la mirada la pelota, que describe una parábola en el aire... hasta que acaba colándose por el aro.

Triple... ¡y final del partido!

Una avalancha de cuerpos se precipita sobre mí. Siento el peso de mis compañeras, que me abrazan y giran a mi alrededor dando saltos. Busco a Tristan entre las cabezas. Lo veo acercarse al grupo y no puedo evitar lanzarme a su cuello y colgarme de él.

—Estás loca —me dice al oído. Un escalofrío me trepa por la espina dorsal—. Estás loca... y me encanta.

Después de agradecerle al público su asistencia, la celebración sigue en el vestuario, donde las compañeras me elevan en hombros y el cuerpo técnico lo hace con Tristan. Somos los putos héroes del partido. Él por su decisión y yo por mi jugada. Todo son celebraciones y cánticos.

—¡Tenemos que seguir más tarde con la fiesta! —grita Laura—. ¡Incluido el entrenador!

Tristan comienza negándose, pero las chicas lo agarran por todas partes.

—¡Tú también vienes! —le exigen a gritos—. ¡Hoy nos vamos todos a celebrarlo!

Lo miro de reojo un diminuto instante. Descubro que él también me ha buscado. Le hago un leve asentimiento con la cabeza. A fin de cuentas, estos ratos también forman parte del deporte y me viene genial vivirlos.

O eso es lo que me digo para convencerme.

Capítulo 22

Tristan

No suelo compartir con mis jugadoras más que celebraciones importantes, como una final, un campeonato o una clasificación para los *play-off*. Pero he de admitir que esta ocasión lo merece. No es más que el primer partido de liga, pero después de minutos de ánimos decaídos, mi última decisión y la actuación de Chiara han convertido el evento en algo épico.

—¿Por qué has decidido que jugara Brambila, si siempre la tienes en el banquillo? —me pregunta Arnie, uno de mis ayudantes. Tiene que acercarse a mi oído para que pueda oírle por encima del volumen de la música.

Nos hemos reunido todos en un local de moda del SoMa, el barrio de San Francisco más concurrido por la noche. Hemos elegido un bar donde la música se alterna con actuaciones en directo y donde se puede tomar una copa, bailar o celebrar algo, como estamos haciendo nosotros. Apoyado en la barra, sostengo un vaso mientras veo reír y divertirse a las chicas, al resto del cuerpo técnico y al equipo médico, incluida Evelyn, aunque, en realidad, utilizo la bebida para disimular mientras miro detenidamente a Chiara.

—Tenía que probar algo diferente —le respondo a Arnie—. Hacía falta un revulsivo y pensé en ella.

—Creo que la tienes desaprovechada. —Le da un trago a su cerveza.

No es la primera vez que escucho algo parecido. Al principio maldecía a mi padre, a Chiara y a su maldito jefe por tener que mentir. Pero a estas alturas tengo asumido que mi antigua

hermanastra necesita ese trabajo y voy a ayudarla a conseguirlo. Aunque para ello tenga que mirar hacia otro lado.

—Le falta experiencia —opto por decirle.

—¿Por qué la han fichado, entonces?

Me encojo de hombros.

—Aire fresco, supongo.

Antes de que pueda seguir interrogándome, me separo de la barra y camino hasta el rincón más apartado del local. Desde aquí puedo observar a la chica que, a pesar de haber formado parte de mi pasado, ha vuelto a entrar en mi vida como un huracán. He hecho todo lo posible por alejarme de ella, eso lo puedo asegurar, incluso soltándole palabras jodidamente crueles para que dejase de mirarme con el anhelo de aquella chica anónima de la carretera. Pero nada ha dado resultado. Seguía sintiendo una atracción hacia ella tan fuerte que no lograba pensar en otra cosa que no fuese la noche desperdiciada en el hotel de Winnemucca. Y lo digo así porque podría haber aprovechado para follarla durante toda la noche y saciarme de ella, pero mi maldita cabeza seguía embotada con las imágenes de la boda de Evie y mi amigo Rhys.

Pero anoche..., joder, anoche no me contuve. La devoré como había soñado hacerlo mil veces, aunque lo de saciarme... todavía queda lejos. Porque ahora mismo soy incapaz de apartar los ojos de ella. Se ha soltado la exuberante melena oscura, lleva un top ajustado, una minifalda vaquera y unas botas hasta la rodilla. Solo Dios sabe el esfuerzo que tengo que hacer para no agarrarla de la mano y llevármela de aquí.

Ella percibe de alguna forma mi escrutinio de su figura y se vuelve hacia mí. Sonríe y desvía rápidamente la mirada. Debemos ser cautos. Laura le está diciendo algo al oído y, de inmediato, desaparecen de mi campo de visión. Frunzo el ceño. ¿Dónde se han metido?

Me encuentro la respuesta de bruces solo un minuto después, cuando me veo rodeado por todas las jugadoras, que me estiran la ropa y me arrastran hasta la pista de baile. Allí bebemos, bailamos y cantamos la canción que suena, *DtMF*, de Bad Bunny, aunque procuramos no pasarnos con el alcohol. Por eso estoy lo bastante

sobrio como para ser consciente de los roces de Chiara, que me hacen recordar lo que pasó entre nosotros hace solo veinticuatro horas. Sigo mezclando las voces que me dicen que está mal, que si nos escondemos es por algo, con las que me susurran que esto estaba destinado a pasar desde que coincidimos en aquella carretera en el desierto.

—Vale, vale —les digo, apartándolas de mí—. Seguid vosotras con la fiesta. Yo tengo trabajo mañana: varias reuniones con directivos y la preparación del próximo partido.

—¡Va, entrenador! —se queja Keilah—. ¡No seas muermo!

Sonrío y me alejo del jolgorio. Me gustaría arrancar a Chiara del grupo y llevármela en volandas conmigo, pero me va a tocar esperar a que estemos de nuevo a solas.

—¿Qué miras tanto?

La voz de Evelyn me hace parpadear. No la he visto acercarse.

—A mi equipo —le digo.

—Se lo están pasando en grande. —Detecto cierto matiz de reproche en su comentario.

—Pero en el próximo entrenamiento, volverán a darlo todo —las defiendo—. Se merecían un poco de diversión.

—Por supuesto. —Me señala mi vaso vacío—. ¿Te apetece la última?

Niego con la cabeza y dejo el vaso sobre una mesita redonda.

—Esta era ya la última —le digo.

—¿Te vas ya? Si quieres, puedo devolverte el favor y llevarte a casa. Yo no he bebido apenas.

—No, gracias, Evelyn. Le pedí a Arnie que me acercara a casa —miento.

—Otra vez será —comenta entre dientes con un mohín de decepción. Me hace un gesto con la mano como despedida y desaparece entre la multitud que abarrota el local.

Suspiro de alivio. Empiezo a creer que Evelyn es una mujer que no se rinde fácilmente, pero me apena tener que darle largas a cada momento. He vivido en multitud de ocasiones la misma situación. Muchas mujeres han querido más de mí y yo no he podido dárselo. Por eso sigo creyendo que el maldito destino se descojonó de mí

cuando hizo que me enamorara de la mujer de mi amigo. Y ahora... Bueno, por si lo de Evie no fuera jodidamente insano, vuelvo a interesarme por una chica que debería estar prohibida para mí. Deben de gustarme los retos; si no, no lo entiendo.

Ya no veo a Chiara, así que la fiesta ha acabado por mi parte. Antes de irme, busco la señal de los servicios que indica que hay que bajar unas escaleras. Desciendo hasta el piso inferior y me encuentro con un pasillo en penumbra y varias puertas. La música hace retumbar las paredes, aunque, conforme me alejo, el sonido se va amortiguando.

Antes de que empuje una de las puertas de los servicios, una fuerza desconocida me agarra de la camisa y tira de mí. En unos pocos segundos, me da tiempo a ver a Chiara llevándose un dedo a los labios para que me mantenga en silencio y otra puerta por la que accedemos a una especie de almacén. La cierra, deja caer su cuerpo sobre la madera y me rodea el cuello con los brazos al tiempo que se lanza contra mi boca. No sé dónde estoy, no sé de dónde ha salido Chiara. Pero nada me importa, solo la eufórica sensación de volver a devorar su boca. Besar a Chiara es arder, es volar, es rozar el puto cielo. Su lengua sabe a cola con un punto de vodka, su piel sabe a vainilla, su pelo huele a sol... y ya me estoy volviendo medio loco.

—Joder, Chiara —gimo.

—No hables —susurra—. Solo bésame. Más. Mucho más. —Posa un dedo en mis labios—. Si es que me sigues deseando, claro.

Como respuesta, enredo la mano en su melena con una vuelta de muñeca y le tiro del pelo para que su boca quede a mi merced. Le succiono la lengua, le lamo los labios y desciendo a continuación por su mandíbula, su garganta y la curva de su cuello. Inhalo con fuerza, como si pretendiera retener su aroma para cuando la eche de menos, que suele ser cada puto minuto.

Estoy tan absorto en las sensaciones que no he sido consciente de las manos que trajinan con mi cinturón y el botón de mis pantalones. Un sonido sibilante emerge de mis cuerdas vocales cuando los dedos largos y finos de Chiara se introducen bajo la tela de mi ropa interior y rodean mi miembro.

—Joder, Chiara. —Dejo caer mi frente en la suya—. ¿Cómo no voy a hablar? Me estás matando.

Ella ríe, aunque yo soy incapaz de hacerlo cuando desabrocha con celeridad los botones de mi camisa, la abre y me levanta la camiseta para poder tocar mi abdomen, bajar la cinturilla de los calzoncillos y extraerme el miembro por completo. Siento que brota fuego de cada poro de mi piel.

—Dime que te gusta —me susurra al oído mientras me acaricia arriba y abajo—. Dímelo...

—Maldita seas... —gruño.

Su sonrisa se congela cuando le bajo los tirantes del top, agarro con firmeza sus pechos y me inclino para lamer sus pezones, chuparlos y succionarlos. Ella se retuerce de placer y gime mi nombre.

—¿No se supone que no se podía hablar? —la provoco.

Como revancha, acelera las acometidas de su mano en mi miembro. Resuello, como si el placer se tragara el oxígeno y me costase respirar. Quiero verla a ella igual, por eso agarro el borde de su falda y tiro de la tela hacia arriba, hasta que se queda encajada en su cintura. El tenue resplandor anaranjado de una luz de emergencia es suficiente para que pueda ver sus diminutas bragas. Pongo mi mano sobre la tela de encaje, que está completamente mojada. Joder, me he excitado tanto que mis caderas han embestido por inercia contra la mano de Chiara.

—Tristan... —jadea.

Mis dedos sortean el tanga y encuentran los pliegues húmedos y palpitantes. Los acaricio, los pellizco y froto con la yema la parte más sensible. Ahora son las caderas de Chiara las que golpean contra mi mano.

—Fóllame, Tristan —me implora—. Tengo condones en el bolso...

—No te preocupes, yo también.

No volveré a recurrir a las reservas de su ex. Alargo la mano hasta el bolsillo de mis vaqueros, saco la cartera y extraigo un envoltorio cuadrado. Mis manos vuelan para rasgarlo, sacar el condón y enfundar mi miembro. Intento apartar las braguitas de Chiara.

—Rómpelas —gruñe—. ¡Rómpelas!

Con esa orden, mi sangre se agolpa en mi entrepierna y apenas puedo controlarme. Hago lo que me pide y tiro con fuerza. El sonido de la prenda desgarrada nos hace gemir a los dos. Agarro a Chiara por la cintura, la levanto del suelo y ella me rodea las caderas con las piernas. A continuación, la ensarto con mi miembro y la ayudo a subir y bajar sobre mí.

A partir de ese momento solo se escuchan gruñidos, gemidos, choques de carne y golpes sordos de la espalda de Chiara contra la puerta. Pocos segundos después, exploto en un orgasmo tan devastador que tengo que hundir el rostro entre sus pechos para ahogar el grito de placer. Ella clava los dientes en mi hombro, penetrando la tela de la camiseta. La sensación de ser mordido multiplica el placer y tardo varios segundos en detener mis espasmos.

—Estás completamente loca —le susurro sin aliento.

Ella sonríe, jadeante, y nuestros alientos se entremezclan.

—Eso ya me lo habías dicho.

—También te había dicho que me encanta. —Busco su boca y le doy un beso largo, lento, húmedo, perfecto.

Vuelvo a dejarla en el suelo y nos arreglamos la ropa. Miro a mi alrededor y contemplo varias pilas de cajas de bebidas, una mesa con un ordenador y diversas facturas desparramadas. Después vuelvo a centrarme en Chiara. Se está arreglando el pelo con la ayuda de un pequeño espejo. Me mira y me sonríe antes de deslizar los dedos entre mi pelo, que hoy llevo suelto. Tengo su rostro tan cerca que me pierdo en las profundidades azules de sus ojos, en sus labios hinchados y en la grata sensación de sus manos en mi pelo. La atracción sexual sigue ahí, por supuesto, pero también una suerte de calma que hacía mucho tiempo que no sentía. Es algo parecido a lo que se siente cuando cada parte encaja, cuando todo está en su sitio.

—¿Es algo que tenías planeado o ha sido una idea repentina? —le pregunto. Todavía me está arreglando el pelo.

—Las dos cosas. —Encoge un hombro—. He investigado un poco para encontrar este sitio, pero tenía pensado hacer algo en algún momento, como estar pendiente de que bajaras al baño. No puedo ir

a tu casa y a ti no parece agradarte la idea de utilizar el sofá de Levi. Ni siquiera podemos mirarnos o rozarnos en el día a día.

—No me lo recuerdes. —Resigo su pómulo con la yema de los dedos—. Esta noche estás preciosa.

—Gracias. —Sonríe—. Me gusta oírtelo decir. Tú siempre estás guapo.

—Eres mejor diciendo piropos que yo —bromeo.

—Nunca te han hecho falta —me dice—. Has tenido a las chicas así de fácil a tus pies. —Chasquea los dedos frente a mi cara.

—¿Sabes? Me arrepiento un montón de no haberte conocido mejor cuando vivías en casa.

—Era una aburrida y una friki, tranquilo.

—No seas tan dura contigo misma. —Le doy un rápido beso en los labios y me aparto de ella—. Debí haberme interesado más por ti, haber pasado más tiempo contigo, conocerte...

—Ya da igual. —Mira la pantalla de su móvil—. Me está dando el bajón. Necesito descansar ya.

—Sí, que descanse la estrella del equipo —bromeo.

—No digas chorradas —rezonga—. Y procura no volver a hacerme algo así. No puedo ser el centro de atención, Tristan, joder.

Se vuelve y dirige la mano al pestillo de la puerta. Le rodeo el brazo con la mano.

—Espera —le digo—. Esto de los encuentros clandestinos está bien, pero me fastidia no saber cuándo ni cómo vamos a volver a estar solos.

—Bueno... —Me sonríe traviesa—. He repasado el calendario y he comprobado que tenemos desplazamientos para los partidos, días libres... Podríamos escaparnos a alguna parte.

—¿Adónde?

—Te toca a ti pensarlo. —Abre la puerta—. Espera unos minutos para salir.

Asiento y cierro. Después me dejo caer hasta el polvoriento suelo y hundo el rostro en las manos. Nunca he tenido que esconderme para estar con alguien, así que me toca tirar de imaginación.

Una de las comisuras de mi boca se curva hacia arriba. Creo que ya lo tengo.

Capítulo 23

Chiara

—¡Vaya, qué despiste! —Me doy un golpe en la frente de manera teatral.

—¿Qué ocurre, May? —me pregunta Laura.

Nos encontramos a la salida del Chase Center tras un entrenamiento. Con toda la intención, he hecho que se me pase el tiempo, con excusas como una llamada telefónica (le pedí a mi abuela que me llamase justo a esa hora y me he pasado el rato soltando incongruencias mientras ella dejaba el móvil sobre la encimera y seguía cocinando), o quejarme de una molestia imaginaria en los hombros y pedirle a Evelyn un masaje para descargarme la zona.

Eso ha sido mucho peor que hablarle a una persona que no escucha.

Con esas pequeñas tretas, he conseguido que se haga tarde y se marchen las jugadoras, aunque Laura se ha empeñado en esperarme. Por eso pongo cara de «soy idiota» ahora mismo.

—Me he dejado el móvil en el vestuario —resoplo—. Como he tenido que alejarme del barullo para atender la llamada de mi abuela, lo habré soltado en cualquier parte.

—Te espero —me dice—, así cogemos juntas un taxi.

Dios, qué mal me siento. Cuando planeé esto, siempre pensé en las jugadoras como en caras, nombres, personas anónimas. No llegué a imaginar que serían chicas cuya amistad y sororidad valdrían la pena.

«Daño colateral, daño colateral», me repito.

—No, Laura, tranquila —le digo—. Hoy voy en dirección contraria. He quedado con una amiga que hace tiempo que no veo.

—Vale, no pasa nada. —Choca su puño con el mío—. Mañana nos vemos.

Suspiro de puro alivio. Aunque ahora toca la parte difícil.

Accedo al pabellón por la salida de emergencia que dejé mal cerrada antes del entreno para poder abrirla desde fuera. Recorro largos pasillos y subo dos plantas por las escaleras. Evito el ascensor, donde sería más fácil cruzarme con alguno de los ejecutivos. Al llegar al piso que alberga los despachos, camino con sigilo sobre la moqueta. Cuando estoy a la altura de la sala que busco, me acerco a la puerta doble que aísla la sala de reuniones. Pego la oreja. El murmullo me confirma que se está celebrando una junta de accionistas. Bien.

Deshago el camino en busca de los despachos individuales, que, como sus dueños siguen aquí, nadie se ha preocupado de cerrar. Accedo al que me interesa. Un nombre en una placa dorada me lo confirma.

En una conversación con Aaron, me comentó, posiblemente sin pensar en que su antigua hijastra pudiese emplear esa información en su contra, que el único que conocía su vinculación con el club como accionista era Marcus Shepperd, un empresario y amigo suyo que se pasa por el Chase Center dos días al mes, solo para reuniones y para hacerse ver.

Una vez en el interior del despacho, cierro la puerta y me dirijo al escritorio. Me inclino sobre el ordenador, que está en suspensión y sin bloquear, y busco entre los correos electrónicos de Shepperd. Solo tengo que teclear el nombre de Clayton para encontrar lo que busco. Inserto un lápiz de memoria y copio varios archivos. En el proceso, miro por encima del monitor y agudizo el oído. Un ruido me sobresalta. Me agacho bajo la mesa y espero, mirando con aprensión el porcentaje de copia que muestra la pantalla. Uf, hacía tiempo que no me metía en un marrón de este calibre por una noticia. El corazón me golpea con violencia en el pecho y tengo la adrenalina por las nubes.

Por fin, la copia ha concluido. Extraigo el lápiz, cierro el correo y vuelvo a dejar el ordenador en pausa. Antes de salir del despacho, abro ligeramente la puerta y miro por la rendija; cuando compruebo que todo está desierto, salgo y me dirijo a las escaleras.

—¿Busca a alguien, señorita?

Me quedo petrificada en el primer escalón. Poco a poco, me doy la vuelta y me encuentro con el rostro amable de Camilo, uno de los empleados de la limpieza, con su carrito.

—Oh, es usted —dice con los ojos muy abiertos y brillantes—. En el último partido fue crucial para el equipo, señorita May. Nos hizo pasar unos últimos segundos muy emocionantes.

—Gracias, Camilo. —Saco el móvil del bolso y se lo muestro—. Solo he venido a recuperar mi teléfono del vestuario, pero estaba todo cerrado y me he hecho un lío...

—Puede salir por aquí mismo. —Me señala una puerta metálica—. Es una salida de emergencia y la llevará directamente al aparcamiento.

—Gracias de nuevo, Camilo.

Tiro de la pesada puerta, bajo por las escaleras metálicas y me dirijo al coche que me espera. Me cuelo en el interior y cierro al mismo tiempo que le pido al conductor que arranque.

—¡Uh! —grito—. Ha sido ¡alucinante!

—No me cuentes nada, Ravioli —refunfuña Levi mientras se incorpora al tráfico de la avenida.

—No pensaba hacerlo —le digo—. Será mejor que te mantengas al margen.

—Qué miedo me da esa frase. —Resopla.

Mi ex me deja en su casa, pero él no sube porque ha quedado en pasar a buscar a Aspen. Aprovecho para llamar a mi jefe.

—Te envío una documentación con la que vas a flipar —le comunico, todavía excitada por el riesgo que he corrido—. Ahora falta la traca final.

—Espero que valga la pena la espera —gruñe.

—Eso ni lo dudes.

Al día siguiente me desplazo hasta Sacramento y encuentro a mi madre dormida en su cama. Una oleada de pesar me cubre por completo al ver la medicación sobre la mesilla.

—No te preocupes, *cara* —me dice mi abuela—. Lleva unos días bastante tranquila.

—Pero yo quiero verla feliz, no dormida —me lamento.

—Sé que te va a doler que te diga esto, cielo, pero tu madre ya mostró algunos signos de melancolía cuando era más joven. Ella me decía que se encontraba triste y no entendía por qué.

—No me duele, me enfada, *nonna* —le digo—. Mamá ha podido estar triste alguna vez, pero jamás ha necesitado ahogar las penas en alcohol. Fue ese malnacido de Aaron Clayton quien la dejó así. Y lo va a pagar. Te juro que pagará por lo que le hizo.

—No me gusta ver tanto odio en ti, Chiara.

Me vuelvo hacia ella.

—¿Acaso tú no lo odias?

Mi abuela no llega a responder. Mi madre me está llamando y voy hacia ella de inmediato.

—¿Chiara? ¿Estás en casa? ¿Por qué no estás trabajando?

—Hola, mami guapa. —Me acerco y me tumbo a su lado, en la cama. Apoyo la cabeza en la almohada y contemplo el rostro de la mujer que me dio la vida. Su tez sigue apagada, cenicienta, y las ojeras, oscuras. Su melena gris se aplasta contra las sábanas. Los labios me tiemblan y me duele el corazón—. ¿Cómo estás?

—Estoy bien. —Me regala una sonrisa que ilumina la habitación, aunque la única claridad provenga de las grietas de sol que se cuelan por las contraventanas—. Llevo muchos días sin beber una gota.

No son tantos, pero no se lo digo.

—Me alegro, mamá.

Me incorporo sobre la cama. La veo tan animada que se me acaba de ocurrir algo.

—Oye, mami, ¿te apetece levantarte un rato? —La calmo con una caricia en el brazo al ver su expresión turbada—. No, no vamos a salir. Solo quiero que te vistas con ropa vieja y me esperes.

—¿Qué estás tramando? —me dice sonriente.

—Eso, ¿qué tramas? —dice mi abuela desde la puerta.

—Tú ayúdala a vestirse, *nonna* —le digo—. Vuelvo en cinco minutos. ¡O menos!

Cojo el bolso, salgo de casa y bajo los tres escalones a toda velocidad. Corro por la acera, sorteo a la gente, a sus perros y a los árboles. Al final de la calle hay un pequeño supermercado. Entro en él y busco la sección de perfumería. Cuando encuentro lo que tenía en mente, pago y vuelvo corriendo a casa.

—¿De dónde vienes tan agitada? —Mi abuela entorna los ojos.

—Ahora veréis. Por favor, *nonna*, tráeme una camiseta y una toalla viejas.

Cojo a mi madre de la mano, la arrastro hasta el baño y la hago sentarse en un taburete frente al espejo. A continuación, abro la caja que he comprado y derramo su contenido sobre el lavabo.

—¿Eso es un tinte para el pelo? —inquiere mamá.

Alzo la vista y me tropiezo con mi abuela en el espejo. Me dedica una sonrisa cargada de ternura.

—Sí, mami. —Leo las instrucciones. Me pongo los guantes y hago la mezcla indicada en un bol. A continuación, voy separando capas de pelo y pasando el pincel sobre cada mechón. Cuando termino, masajeo todo su cabello como si lo lavara y miro la hora en el teléfono.

—¿Qué color has escogido? —me pregunta.

—Sorpresa —le digo con voz cantarina—. Y ahora, a esperar.

Busco en el móvil hasta localizar la lista de reproducción «Mami». En ella incluí varias canciones que sé que le gusta escuchar. Empiezo poniendo *Don't Let Me Down*, de The Chainsmokers, y nos ponemos a cantar el estribillo. La siguiente es *Can't Stop the Feeling*, de Justin Timberlake, al que mi madre silbaba cada vez que lo veía en la tele por lo guapo que le parecía.

El tiempo de espera se cumple y coloco a mi madre de espaldas al lavabo, inclinándole la cabeza hacia atrás para aclararle el pelo. Cuando se lo ve húmedo en el espejo, frunce el ceño.

—No acabo de ver el color.

—Espera a que te lo seque.

Cojo un cepillo y un secador y, con cada pasada de aire caliente, los mechones se van aclarando cada vez más hasta que empieza a surgir el tono dorado que anuncia la caja.

—Oh, *mia bellissima figlia* —exclama mi abuela, emocionada—. ¡Qué guapa estás!

Mamá contempla su imagen con los ojos muy abiertos.

—Siempre te gustó teñirte de rubia —le digo—. ¿A que te queda genial? —Me preocupo al ver su expresión triste—. ¿Qué ocurre, mami? ¿No te gusta?

—No... no es eso —susurra—. Es... ¿por qué no se me ha ocurrido antes? Solo tenía que acercarme a un maldito supermercado y comprarme un tinte. ¿Por qué tengo que estar tan mal? ¿Me quiero dar pena a mí misma o a los demás...?

—No es nada de eso, mamá. —Giro su taburete hacia mí y me inclino hacia ella—. A todos nos pasa. Cuando estamos tristes, no tenemos ganas de nada. Yo, sin ir más lejos, paso a veces los días en chándal y con el pelo recogido con pinzas de la ropa. ¡Menudas pintas!

Parece que la convenzo y vuelve a contemplar su reflejo.

—¿Quieres que te maquille?

—No es necesario...

—Va, solo un poco.

Busco un neceser que llevo en mi mochila y saco algunos cosméticos. Le aplico a mi madre unos polvos en el rostro, *eyeliner* en los ojos y un toque de brillo labial de color rosa. Estamos tan concentradas que no nos damos cuenta de que han llamado a la puerta, la abuela ha ido a abrir y ha aparecido Rain, que viene del colegio.

—¡Mami, mami, mami! —grita la niña—. ¡Qué guapa, por favor!

Rain abraza a mamá con tal euforia y le acaricia el pelo con tanta reverencia que ya no oímos más quejas.

—¿Vamos a ir a algún sitio? —pregunta mi hermana.

Mi madre niega con la cabeza, a lo que su hija responde con una clara decepción que cruza su rostro infantil. Aun así, le sonríe.

—No pasa nada, mami. Me gusta verte guapa. Tú ponte buena.

La tristeza se me desborda y me alejo del cuarto de baño. Necesito respirar. Salgo al pequeño porche de entrada y me siento en el banco de madera que apenas se mantiene en pie. Miro el móvil por hacer algo y me llaman la atención dos llamadas perdidas y un mensaje de audio de un contacto que no tengo guardado. Alucino en colores cuando reconozco a Lucille en la foto de perfil. Escucho el mensaje, pero no es ella quien habla. Son los gemelos, aunque no sé si parlotea uno solo o lo hacen por turnos. Sus voces son tan parecidas como sus caras.

> Lucille (mensaje de audio):
> ¡Hola, Chiara! Mamá le ha pedido tu teléfono a papá para que pudiéramos llamarte, pero no contestas, así que te enviamos un mensaje. Queríamos decirte que el sábado jugamos un partido muy importante y nos gustaría que vinieses a vernos. Ya se lo hemos pedido a Tristan y nos ha dicho que sí, que vendrá. Pero queremos que vengas tú, y también Rain. ¿Podéis venir? Porfa, porfa, porfa. Será este sábado a las diez. Di que sí, di que sí... Perdona por la intromisión [interviene Lucille]. Nos haría ilusión, pero si no puede ser, no pasa nada. Un abrazo, Chiara.

Cuando termino de escuchar el mensaje, me doy cuenta de que todavía conservo una sonrisa. Aun así, emito un sonoro suspiro. Estos niños se me han colado bajo la piel, pero no debo encariñarme con ellos. Contaba con un daño colateral, no con varios, y mucho menos con dos críos de ocho años.

—Joder. —Apoyo los codos en las piernas y hundo el rostro en las manos. Porque, si he de ser sincera, ya es tarde. Ya me he encariñado de Lucas y Dylan. Maldita sea.

Busco el icono del micro para enviar una respuesta negativa. Pero lo suelto de inmediato. La carita de pena que acabo de verle a Rain

me ha partido el corazón. A ella la haría tan feliz...

Entro de nuevo en casa. Mamá y la abuela están en la cocina tomando una infusión. Seguro que es rooibos, para evitar la teína y la cafeína. A Rain me la encuentro en el sofá pasando las páginas de un cuento sobre una patinadora que le regalé en Navidad.

—Oye, Rain —le digo, haciéndome la despistada—. He recibido un mensaje y no sé qué decir. ¿Te lo pongo y me das tu opinión?

—Vale. —Encoge un hombro.

Cuando escucha la petición de los gemelos, mi hermana se levanta del sofá de un salto y se agarra con fuerza a mi camiseta.

—Porfa, porfa, Chiara. Di que sí, di que sí, porfaaaa... Quiero ir, quiero ir...

Sonrío y vuelvo a pulsar el icono del teléfono:

> Hola, Lucille. Hola, Dylan y Lucas. Tengo a mi lado a alguien que quiere deciros algo. [Rain se acerca al móvil entusiasmada.] ¡Síííí! ¡El sábado Chiara y yo iremos a veros jugar! ¡Tengo muchas muchas ganas!

Lo envío y dejo que Rain me achuche entre sus brazos.

—Gracias, Chiara —me susurra—. Eres la mejor hermana del mundo.

«Ojalá fuese verdad.»

Capítulo 24

Chiara

Localizamos a Lucille y a Aaron en la zona de las gradas reservadas a los padres, pero como ya convenimos, Rain y yo no nos acercamos. Que alguien me reconozca no tendría mayor importancia, pero Aaron no puede relacionarse con el equipo de baloncesto en el que estoy infiltrada. Lucille nos sonríe de soslayo y le hace un gesto a su marido, pero él le dice algo al oído y no se vuelve. Detrás de ellos, descubro a un tipo que ya he visto rondando por la casa de Los Altos Hills. Se trata del chófer, que, por lo que veo, también es una especie de guardaespaldas. Es joven y va vestido con ropa informal, incluida una gorra del equipo, los San José Sharks, en cuya liga infantil juegan los gemelos. Pero detecto la alerta en sus hombros y la visión panorámica que sus ojos mantienen en todo momento.

—¡Mira, Chiara! —Rain señala hacia otra zona de la grada del pabellón anexo al SAP Center, el edificio principal del equipo de la NHL—. ¡Es Tristan!

—Solo podremos acercarnos un momento —le digo a mi hermana —, pero luego tendremos que sentarnos en otro lugar.

—Jooo, qué rollo. No podemos sentarnos con nadie. ¿Es por tu trabajo secreto?

—Eso es —le digo.

Me abstengo de decirle que quedaría bastante raro que el entrenador de la WNBA se hubiese acercado a ver un partido de hockey de sus hermanos pequeños... en compañía de una de sus jugadoras y la hermana pequeña de esta. Pero tampoco puedo no saludarlo, porque quedaría aún más raro.

Rain y yo nos acercamos a Tristan y nos colocamos delante de él. Percibo la contención en el brillo verde de sus hermosos ojos. Hoy lleva el pelo sujeto con una diadema negra que apenas destaca en la oscuridad de su melena. Viste unos vaqueros, una camisa blanca y una cazadora de cuero negra. Lo maldigo una vez más por acelerarme el corazón.

—Entrenador. —Le doy la mano y él me corresponde.

—Hola, May. —Nos miramos durante largos segundos, como si no pudiéramos apartar la vista el uno del otro, hasta que la desvía hacia mi hermana—. Me alegro de que hayas venido, Rain. —También le da la mano para aparentar una relación formal—. Yo tampoco había venido todavía a ver a los chicos y están muy emocionados.

—Será mejor que nos vayamos —digo.

—Estaba pensando, justo ahora, que no creo que sea necesario —señala Tristan—. Al fin y al cabo, se supone que nos hemos encontrado aquí por casualidad y me parece lógico que te sientes conmigo.

—Sí, sí, porfa, Chiara —suplica Rain—. Quiero estar aquí. Estamos mucho más cerca para ver el partido. Los únicos sitios que quedan están muy arriba. Porfi...

Pongo los ojos en blanco. Entre una hermana pequeña que me mira con su carita de ángel y el chico que consigue que vuelva a sentirme una adolescente enamorada... acabo convencida.

Rain se sienta entre los dos y comienza el partido. Los familiares de los jugadores jalean y animan, y nosotros acabamos haciendo lo mismo. En más de una ocasión, los gemelos nos buscan con la mirada y nos acaban encontrando. Tristan les muestra el dedo pulgar y nosotras los saludamos con entusiasmo. Resulta casi hipnótico verlos patinar y moverse entre el resto de jugadores.

Cuando llega el primer descanso, Tristan propone que lo acompañemos al bar. Miro a mi alrededor. Nadie parece haberse percatado de nuestra presencia.

Mientras estamos en la cola del bar, tengo una mano sobre el hombro de mi hermana y, en la otra, noto un ligero roce. Me vuelvo hacia Tristan, que está mirando al frente, como si no pasara nada. Bajo la vista y sonrío al ver cómo alarga los dedos para acariciarme

de forma sutil. Me estremezco, como si esos dedos hubiesen atravesado carne, músculos y huesos y me estuviesen tocando el corazón.

En el tercer tiempo, Lucas marca dos tantos y Dylan da una asistencia. Terminan ganando por cinco goles a dos y Rain no deja de aplaudir. Hacía tiempo que no la veía disfrutar tanto cuando no es ella la que está patinando.

Cuánto quiero a esta niña. Una vez me dijo alguien que debería de sentirme agobiada por la responsabilidad que se me vino encima, y que se entendería que cogiera la puerta y me largase. Tenía una madre enferma, una abuela con una pensión irrisoria y una niña a la que educar y cuidar. Y todo ese peso con poco más de veinte años, estudiando y trabajando para salir adelante. Quizá he tenido algún mal momento. He llorado muchas veces; no lo niego. Pero ¿largarme? No, jamás. Nunca se me ha pasado por la cabeza. También es posible que la posibilidad de una venganza contra los Clayton me haya otorgado una fuerza extra.

En ello estoy, aunque las cosas no estén saliendo como esperaba. Sobre todo, con el chico de los ojos bonitos.

Como hemos convenido, Tristan y yo volvemos a darnos la mano y cada uno se va por su lado en su coche. No nos volvemos a ver hasta que llegamos a la casa de Silicon Valley.

—¡Qué bien habéis jugado! —Rain se lanza sobre los gemelos y los abraza. Me emociono a la par que me maldigo por haberla involucrado en esta familia. ¿Quién iba a pensar que resultaría tan fácil quererla? Al menos, a la mayoría de sus miembros.

—¡Habéis estado geniales! —Yo también los abrazo.

Los gemelos están exultantes y no paran de narrarnos las jugadas y de revivir cada emoción del partido. Tristan los mira con una adoración que me conmueve. Lucille sonríe con orgullo de madre, y Aaron... Joder, el maldito Aaron también se nota que los adora, que se implica. Se comporta como cualquier padre orgulloso de sus hijos, y eso me mata. A veces pienso que este hombre nada tiene que ver con el que estuvo casado con mi madre, pero luego me reprendo y

me digo que la gente tiene que responder por sus actos del pasado. No porque ahora sea un padre y un marido ideal, voy a olvidar lo que nos hizo.

Me quedo ensimismada viendo a los críos corretear y reír por el jardín ante la atenta mirada de Lucille, que comenta algo con Fanny. Frunzo el ceño al comprobar que no están ni el padre ni el hermano mayor.

Con disimulo, me adentro en la casa y camino con sigilo hacia el despacho de Aaron. ¿De qué estarán hablando? ¿Desconfiarán de mí?

No puedo hacerme más preguntas porque siento que alguien tira de mí. De pronto estoy en un cuarto de baño con el cuerpo de Tristan aprisionándome contra la puerta... y su boca en mi boca. Ya no puedo pensar. Solo soy capaz de dejarme llevar por las sensaciones, por el sabor de Tristan, por su olor, por la emoción que me produce el beso inesperado.

—Hola —me susurra. Sus manos siguen acunando mi rostro, su pecho contra el mío, su boca rozando mi piel.

—Tengo la impresión de haber vivido esto hace poco —bromeo.

—No hace poco. —Resigue con los labios mi barbilla, mi mandíbula y mi sien—. Hace siglos de eso y ya no podía más.

—Solo hace unos días. —Río.

Se aleja unos centímetros y se coloca un mechón de pelo bajo la diadema sin dejar de mirarme.

—Quiero tenerte solo para mí, Chiara, aunque sea solo unas horas, en algún lugar donde no temamos que nos sorprendan.

—¿No te gusta la sensación de temer que nos descubran? —le pregunto con un punto travieso.

—No —responde sin dudarlo—. ¿Es eso lo que te gusta a ti?

Niego con la cabeza.

—Claro que no. Yo también estoy deseando estar contigo. —Me muerdo el labio inferior—. No se me ocurre la forma...

Me callo al ver su sonrisa lobuna.

—Vale. —De forma sensual, beso su mentón y froto mi rostro contra su cuello como una gatita—. ¿Qué se te ha ocurrido?

—El próximo partido es contra las Seattle Storm —me explica al tiempo que no para de depositar pequeños besos en mi pelo, mi frente, mi garganta—. Tendremos que viajar hasta allí.

Me aparto y frunzo el ceño.

—¿Y cómo lo hacemos? Se supone que hemos de volver todas juntas.

Niega con la cabeza y sonríe.

—La WNBA no tiene tanta pasta como la NBA. Ellos se mueven en vuelos chárter contratados, pero a nosotras nos toca desplazarnos en vuelos comerciales.

—Cómo no. —Pongo los ojos en blanco—. Las ligas femeninas de cualquier deporte siempre tienen las de perder. ¿Qué tiene de bueno, por cierto?

—Que no se han podido encontrar asientos para todos en el mismo vuelo. Tendremos que repartirnos. Nadie va a poder controlar qué aviones ni qué horarios tiene cada uno.

Me llevo el dedo índice a los labios, pensativa. Luego sonrío.

—¿Y adónde iremos?

—Eso es una sorpresa.

Vuelve a besarme, de una forma tan intensa y ardiente que se me encogen los dedos de los pies.

—Hoy me toca salir a mí primero. —Me guiña un ojo y sale del baño.

En el margen de tiempo que le doy, me aproximo al espejo y apoyo las manos en la encimera de mármol. Siento algo parecido a vergüenza al ver mi reflejo.

—¿Es esto exactamente lo que tú querías? —le susurro a mi imagen—. ¿No distinguir realidad de ficción? ¿Hacerte un lío entre la verdad y lo que finges? ¿Dónde demonios está la línea que separa la venganza del deseo real?

Cierro los ojos y los vuelvo a abrir, pero sigo viendo lo mismo: un atisbo de arrepentimiento que no me puedo permitir.

Capítulo 25

Chiara

—¡Vamos, Brambila! —clama Tristan—. ¡No te acomodes, que sales!

El Climate Pledge Arena, recinto de las Seattle Storm, está tan lleno como el Chase Center en nuestros partidos en casa, pero no me impresiona tanto. La ola verde-amarilla no llega a emocionar tanto como la marea morada. El equipo de San Francisco tiene algo que lo vuelve mágico, como si las jugadoras adoptaran durante el partido cierto espíritu guerrero del Valhalla, como bien recuerda su nombre.

Por eso no mato a Tristan con la mirada cuando me hace salir a jugar. Sí, debía mantener un perfil bajo, pero estoy viviendo una de las experiencias más alucinantes de mi vida. En cuanto todo esto acabe, se acabará también esta sensación de gloria que se vive en el deporte profesional. Todo mi respeto para los deportistas, de cualquier deporte y categoría, que se dejan la piel para que el público disfrute.

Sé que ha decidido que salga a la cancha porque vamos ganando con holgura, pero le agradezco el gesto. Solo juego unos minutos, pero anoto siete puntos, con triple incluido.

¡Me siento en la cima de una montaña!

En el vestuario, de nuevo, mis compañeras me tratan como a una igual. Sienten hacia mí el mismo respeto que puedan sentir por Vivian, Sam o Bethany, el fichaje más caro de la corta historia del equipo.

—¡Tenemos que apuntar una quedada en el calendario! —exclama Laura—. ¡Voto por una barbacoa!

—¡Demasiadas calorías! —señala Keilah.

—¿Invitamos al entrenador? —pregunta Sam—. Barbacoa con espectáculo.

Todas reímos, aunque me fijo en la expresión de Evelyn, que le está dando un masaje en la espalda a Laura. Quizá nadie se ha fijado, pero me da la sensación de que no le ha hecho ni pizca de gracia el comentario. Para colmo, juraría que me ha mirado durante un microsegundo. ¿De qué va la Barbie fisioterapeuta? ¿Se ha percatado de lo mal que me cae por ir besando a Tristan? Él me aseguró que gracias a eso se había dado cuenta de que me quería besar a mí y blablablá. Gilipolleces. Esta tía va de mosquita muerta y no me fío de ella ni un pelo.

Tristan llama a la puerta, pide permiso para entrar y se lo damos; ya nos hemos cambiado todas.

—¡Eh, entrenador! —grita Amanda, otra de las indiscutibles—. ¿Nos da su consentimiento para montar una barbacoa? Siempre insiste en lo de hacer piña y todo eso.

—Claro —responde.

—¡Está invitado! —intervengo yo. Si hay que involucrarse, se involucra una.

—Ya veremos. —Me dedica una media sonrisa que convierte mi columna en gelatina, el muy... Joder, paso de mirarlo o me dejará medio lela. Ya no lleva el pañuelo y el cabello húmedo le cae por el rostro. Qué ganas de sentir esa suavidad en mi cuerpo...

—¿Ya te vas? —Evelyn señala la mochila que lleva al hombro.

¿Por qué diantres le interesa?

—Sí, chicas, me voy —anuncia—. Mi vuelo sale en una hora. Nos vemos pasado mañana en el entreno.

—¡Buen viaje, entrenador!

Me muerdo el interior de la mejilla para no reír. La verdad, le ha quedado de lo más natural la mentira que acaba de soltar.

El taxi no me deja en el aeropuerto, sino en una gasolinera a las afueras de Seattle. Ahí me espera un Toyota SUV de color negro. Me subo al coche y, al instante, el conductor me rodea con los brazos y me besa.

—Ya era hora. —Me sujeta la barbilla con una mano y con la otra resigue una de mis cejas, con una reverencia que me provoca aleteos en el vientre—. Hoy has vuelto a estar increíble, May Brambila.

No quiero, no debo... pero me explota el pecho.

—Estaría bien que me avisaras con un poco más de antelación —le digo con ironía—. Especialmente, para que no me dé un infarto cada vez que me hagas jugar.

—Tú querías vivir el baloncesto femenino desde dentro, ¿no? —Curva sus labios, se pone las gafas de sol y arranca el motor—. Pues ahí lo tienes, sintiendo los nervios de cada partido. Si sabes que no te moverás del banquillo, te quedas sin el subidón y no podrás explicar qué se siente de verdad.

—Al principio me dijiste que no jugaría ni de coña.

—Al principio me negué muchas cosas. —Me mira de reojo, centrado ya en la carretera—. Y ya estoy harto de negármelas.

¡Bum! A este paso, el corazón me fallará, pero no por los nervios. Estallará por volver a usarlo después de tanto tiempo.

—Bueno, ¿adónde vamos? —le pregunto.

—Lo verás cuando lleguemos.

—No soy muy amiga de las sorpresas —rezongo.

Cubre mi mano con la suya y presiona mi muslo. La calidez que me transmite su piel me reconforta y me llena de paz.

—Esta te va a gustar, te lo prometo.

Nos alejamos de la ciudad de Seattle y, en pocos minutos, nos encontramos bordeando la costa, cruzando Harbor Island y pasando por los viaductos y puentes que cruzan el río Duwamish, en el extremo oeste de West Seattle. Dejamos atrás núcleos urbanos y puertos y nos adentramos en una zona mucho más tranquila, donde somos casi engullidos por montañas escarpadas, bosques y las aguas tranquilas de Elliot Bay. Tristan aminora la marcha cuando atravesamos una explanada cubierta de hierba y flores. Un rayo de sol se cuela un instante por entre las nubes y cubre el prado con una pátina dorada. Solo unos segundos después, el cielo vuelve a estar

gris y desaparece el brillo del pasto y de las flores, aunque me sigue pareciendo una hermosa estampa.

Salgo del coche en cuanto nos detenemos junto a una bonita casa. Me acerco a la baranda de troncos entrelazados que se sitúa en el borde del acantilado y me quedo sin aliento. Elliot Bay se extiende ante mis ojos como un manto plateado que centellea bajo la claridad grisácea del cielo. Al otro lado, la pared escarpada de la montaña, salpicada de abetos, arces y helechos, delimita la bahía. Inspiro el viento con olor a sal y me embebo del sonido del agua contra las rocas y de los graznidos de las gaviotas. Se respira calma, majestuosidad y una sensación de privilegio ante el sublime paisaje.

Unos brazos alrededor de mi cintura consiguen que me relaje todavía más y apoye la cabeza en el pecho fuerte de Tristan. Él me besa el pelo.

—¿Te gusta el sitio? —me susurra.

—Es una preciosidad —le digo—. ¿De quién es esta propiedad?

Me da la mano y tira de mí hasta la casa de paredes blancas y ventanas azules.

—Ven, que te la enseño.

La gravilla de la entrada cruje bajo los pies. Tristan abre la puerta y entramos en la vivienda. Huele a madera, a cera para muebles y a hogar.

—No esperes nada lujoso —me explica mientras atravesamos el pequeño recibidor y el pasillo desde el que se contempla la luminosa cocina y que termina en el salón—. Pero siempre me ha parecido un lugar lleno de encanto, cerca de Seattle y a la vez tan lejos.

Tristan abre una cristalera que da a un porche trasero, con una balaustrada de madera, suelo de terracota y unos muebles que parecen fabricados de manera artesanal.

—Están hechos por el dueño con restos de maderas flotantes que arrastra la bahía —me explica cuando ve que rozo la mesa con los dedos—, lo mismo que las escaleras y la baranda que serpentea por el sendero que baja a la playa.

—¿Aquí hay playa? —pregunto interesada.

—No te la imagines como las de California —me advierte con una sonrisa—. Pero sí, esta casa dispone de una pequeña playa.

—Madre mía, playa propia, ¡qué pasada! Aunque lo que de verdad impresiona son las vistas. —Abarco con los brazos el paisaje que se abre ante nosotros. Da la sensación de que el océano está bajo nuestros pies, como si también le perteneciera a este lugar un pedazo de bahía.

—A veces pienso que el lujo está sobrevalorado —me dice con un punto melancólico—. Hay muchas cosas que el dinero no te puede dar y, en la mayoría de las ocasiones, son las más importantes. Fíjate, si no, en esta casa. Hay tanto amor en ella que no necesita nada más.

Podría soltarle que eso lo dice porque no le ha faltado nunca de nada y ha vivido en la opulencia; que él no ha tenido que aceptar trabajos de mierda para pagar facturas; o que no se ha encontrado en la situación de no poder ayudar a un ser querido por falta de dinero. Pero me callo. Es mejor callarme... por ahora.

—Todavía no me has dicho de quién es —insisto para cambiar de tema.

—Hace años, conocí en Nueva York a Nathan y Shane O'Brien, hermanos, dos buenos tipos. Son ejecutivos muy importantes, pero no olvidan sus raíces, que están aquí. Se criaron en este lugar, que todavía es el hogar de sus padres, Ewan y Claire O'Brien.

—Entiendo que sigan viviendo aquí. —Sonrío.

—Son personas sencillas, encantadoras, un policía y una peluquera, jubilados los dos. Solo los vi una vez y ya me invitaron a venir si viajaba a la costa oeste. Incluso insistieron en que, si ellos no estaban, podía alojarme en la casa. Ahora mismo, precisamente, están en Nueva York, visitando a sus hijos. La copia de las llaves me la ha dado la doctora Candace Howard, cuñada de Nathan, que trabaja en un hospital de San Francisco.

Volvemos a entrar en la vivienda y contemplo la enorme cantidad de fotografías que se dispersan por la chimenea, las estanterías y los muebles. En las imágenes encuentras personas, vidas, mundos y, sobre todo, la felicidad de estar rodeados de los suyos. Por un instante, pienso en mi familia y, a pesar de la tristeza y la impotencia ante la enfermedad de mi madre, me invaden el amor y la suerte de tenerla.

—Podríamos pedir algo para comer —me dice Tristan, que se lleva una mano al estómago—. Se ha hecho tarde.

—No sé tú, pero yo quiero ver esa playa. —Camino hacia la salida.

—¡Espera! —exclama Tristan detrás de mí—. Creo que el sendero es muy escarpado.

—Se supone que aquí viven dos ancianos. —Pongo los ojos en blanco—. No me vale como excusa.

Como creía, solo en un par de tramos hay que agarrarse a la rústica baranda, pero el resto del trayecto es fácil. Aunque el tal Ewan tuvo que currar un montón para hacerlo más accesible.

Cuando doy el último salto hasta la arena, me quedo maravillada. La playa no será como las californianas, pero tiene un encanto y una magia que no posee la larga costa de arena blanca. Aquí las piedras se entremezclan con la arena, así como con los restos de vegetación y madera que arrastra la bahía.

—Dios, este sitio es precioso. —Me saco las zapatillas de un puntapié y me voy deshaciendo de prendas de ropa—. ¡Voy a probar el agua ahora mismo!

—¡Estará helada! —grita Tristan—. ¡La primavera de Seattle no ha calentado lo suficiente el mar!

—¡Voy a comprobarlo!

Solo me dejo puesto el conjunto de ropa interior deportiva de color gris y corro hasta la orilla. Ahogo el grito ante el impacto del agua tan fría. No pienso darle la satisfacción al chico guapo de tener razón.

—¿Qué? ¿Cómo está, chica impulsiva? —A pesar de las burlas, Tristan también se ha quitado la ropa y se ha dejado el bóxer de color negro y una camiseta de manga corta del mismo color—. ¿Te has quedado muda de la impresión?

Dejo que se acerque y, cuando lo percibo justo detrás de mí, me doy la vuelta y levanto agua con los pies para salpicarlo de arriba abajo.

—¡Eh! —se queja—. ¡Joder, está helada!

—¡Menudo llorica!

Corro hacia la zona más profunda, procurando chapotear con pies y manos para que mi perseguidor reciba el impacto de las

salpicaduras.

—¡¿Adónde vas?! —grita—. ¡No te metas más adentro!

De pronto, tengo a Tristan encima de mí. Me agarra por la cintura, me levanta, gira conmigo... y al final trastabillamos y acabamos cayendo al agua. Aunque solo nos llegaba a la cintura, ahora nos hemos sumergido del todo.

—¡¿Qué haces?! —Río al tiempo que me aparto el pelo mojado de la cara y trato de levantarme. Tristan también ríe, pero no me deja ponerme en pie.

—¿No querías probar el agua de la bahía? —me suelta con retintín.

Consigo zafarme de él y comienzo a salpicarle con fuerza y rapidez, para no darle tiempo a defenderse, aunque terminamos empapándonos por completo el uno al otro.

—¡Ahora sí estoy congelada, capullo! ¡Estoy tiritando!

En mitad de la guerra de agua, Tristan me rodea con los brazos y me pega a su cuerpo.

—Si quieres, te caliento un poco.

—Muy gracioso —le espeto—. Estás tan frío como yo.

—Contigo nunca estoy frío —me susurra.

Con una ternura que me desarma, Tristan me coge en brazos y me pega a su pecho. Lo observo de cerca: el pelo pegado al cráneo, las gotas resbalando por su rostro y las pestañas, que, mojadas, le enmarcan los ojos con el verde más intenso que le había visto nunca. Jamás me habían parecido tan hermosos. Una opresión se instala en mi pecho, porque me está mirando con algo demasiado parecido al anhelo. Él inclina la cabeza, deposita sus labios en los míos y abre mi boca. Su lengua caliente hace que me olvide del frío que siente el resto de mi cuerpo. Percibo los latidos de su corazón en mi tórax y, aun así, no dejo de tiritar. Tristan lo nota y, de nuevo con una delicadeza que me produce aleteos en el vientre, acaricia mis párpados, mis pómulos, mis labios.

—Qué absurdo me parece ahora pensar que podrías parecerte a otra persona —me susurra. Abro la boca solo para inhalar su aliento tibio—. No te pareces a nadie. Eres absolutamente única, Chiara May.

—Eso es como decir que soy rara —bromeo.

—¿Rara? —Frunce el ceño—. La gente, yo mismo, nos pasamos la vida haciendo cosas de lo más dispares, muchas veces sin razones buenas o concretas. Y eso es lo verdaderamente auténtico de los humanos. Las rarezas nos hacen especiales.

Oculto el rostro en la curva de su cuello. No sé si por esconder la emoción que pueda mostrar, o porque me apetece estar ahí, bajo su mentón, junto a su garganta, sobre su hombro. Lo malo es que la cercanía hace que detecte mis tiritones.

—Será mejor que salgamos del agua y subamos a la casa o pillaremos una pulmonía —me dice.

Asiento con la cabeza y me agarro a su cuello mientras él avanza hasta la orilla conmigo en brazos. Cuando llegamos a la arena, me deja en el suelo y me acerca la ropa. Apenas puedo mover los dedos para cogerla.

—Vamos, tenemos que ponernos ropa seca.

—No me digas «te lo dije», por favor —le pido entre el castañeteo de mis dientes—. Lo odio.

—No te lo pensaba decir. —Me levanta un brazo, lo introduce por la manga y luego hace lo mismo con el otro—. Yo también estaba deseando bañarme en esta playa.

—Ya... ya puedo yo. —Me pongo los pantalones mientras Tristan se viste. Después, me agarra la mano con firmeza.

—Subamos. Nos irá bien una ducha caliente.

Aunque siento los músculos entumecidos, corro aferrada a la mano de Tristan durante el trayecto de subida. Cuando entramos en la casa, me quedo en el salón, frotándome las manos para entrar en calor, mientras él va a echarle un vistazo a la caldera.

—No estaba puesta en marcha y tardará un rato en haber agua caliente —me explica—. Pero acabo de darme cuenta de que hay algo que nos puede calentar de forma más rápida.

Lo veo inclinarse delante de la chimenea, cuyo interior alberga leña seca y lista para encenderse. Tristan acciona un mechero en una hoja de periódico y, de inmediato, prenden las astillas más finas.

—Vamos, acércate. —Le hago caso y me siento frente al fuego, sobre la mullida alfombra de color café. Él se inclina y toma mis

manos entre las suyas—. Estás helada. Te recomiendo que te quites toda la ropa; se habrá humedecido. Ahora traigo unas mantas.

Lleva razón. No me apetece que la diferencia de temperatura entre California y Washington me haga pillar un resfriado de campeonato. Con celeridad, me desprendo de toda la ropa y, justo cuando me quedo desnuda, Tristan me envuelve el cuerpo húmedo y tembloroso con una manta. Vuelvo a acomodarme frente a las llamas. A mi espalda, oigo el roce de las prendas que Tristan cuelga en una silla, junto a las mías. A continuación, se sienta a mi lado, envuelto en otra manta. Durante varios minutos, nos quedamos hipnotizados por el fuego y el crepitar de la madera seca.

—Hum —suspiro—, se está de maravilla aquí, junto al calorcito. Creo que voy a dejar lo de la playa para otra zona u otra época.

Tristan gira la cintura y extiende los brazos para coger un buen puñado de cojines del sofá que tenemos detrás. Los coloca detrás de mí.

—Échate un poco. Estarás más cómoda.

Gimo de placer cuando me recuesto sobre los mullidos cojines. Le hago un gesto a Tristan para que se tumbe a mi lado.

—Estoy bien aquí —me susurra—, mirando el fuego y a ti.

Las llamas han cogido fuerza y crean luces y sombras en la estancia y en el rostro de Tristan. Sus ojos no se apartan de los míos y percibo su respiración acelerada. Cautivada, observo cómo la manta se le resbala por los hombros y cae sobre su regazo. Alarga después una mano y la cuela por debajo de mi manta. Siento la calidez de su palma en mi pie, en mi rodilla, en mi muslo.

—Sigues estando fría —me susurra. Su mirada sigue enredada en la mía. Mis labios se entreabren, como si presagiaran que voy a necesitar más aire.

—Pues a mí me está entrando calor. —Tal y como estoy, tumbada sobre la alfombra y los cojines, abro la manta que me cubre y muestro mi cuerpo desnudo. El pecho de Tristan se hincha. Mi corazón se acelera.

—Chiara... —susurra.

Las grandes manos masculinas se deslizan por mis caderas, mi vientre y terminan cubriendo mis pechos. Un ramalazo de placer me

atraviesa cuando mis pezones ruedan entre los dedos de Tristan. Me arqueo sobre la alfombra y emito un gemido.

—Me encanta verte así —me dice—, retorciéndote bajo mis caricias.

Se desprende de la manta y se recuesta desnudo sobre mí. Al instante tengo su boca en mi vientre y entre mis pechos, mientras sus dedos siguen pellizcando mis puntas sensibles. Aunque si hay algo que me excita al borde de la debilidad, es el roce del cabello de Tristan en mi piel.

—Sabes a sal y a lluvia —me susurra—. Nunca nadie me había sabido igual.

Busco su boca y lo beso, con ansia, pero despacio. Necesito saborearlo, enredar mi lengua en su lengua, morder sus labios, aspirar su aliento. Nuestras manos se mueven y acarician. Gemimos, nos tocamos. Nuestros sexos chocan, resbalan y vuelven a chocar.

—Voy a buscar la cartera —jadea contra mi boca y se incorpora sobre mí.

—Espera. —Le rodeo la muñeca con los dedos y lo miro sin vacilación—. Nos hemos tenido que hacer una revisión médica completa para entrar en el equipo. Estamos sanos. Y tomo la píldora. No es necesario... Si quieres.

Los ojos de Tristan se han vuelto negros; su expresión, casi feroz, y los músculos de sus hombros se han tensado.

—¿De verdad me preguntas si quiero?

En un movimiento inesperado, Tristan se pone de rodillas, apresa mis muslos y los separa. Guía su miembro hacia la entrada de mi cuerpo, me aferra por las caderas y tira de mí para encajarme en él de un golpe. Arqueo la espalda y enredo los dedos en la lana de la alfombra para agarrarme. La sensación de unión es indescriptible. Tristan, todavía de rodillas, coge uno de mis tobillos y lo coloca sobre su hombro al tiempo que me embiste con fuerza. Un grito emerge de mi garganta. Estoy tan abierta que siento cada golpe en mis entrañas. Tristan acomete mi cuerpo con una furia que todavía no había visto en él. El resplandor del fuego tiñe su cuerpo y su pelo de un tono dorado que lo hace parecer un maldito dios nórdico.

—Joder, Chiara...

En mitad de su gruñido, se lleva mi pie a la boca y me lame los dedos, con una ternura que resulta incongruente en medio de la vorágine.

—¡Tristan!

Soy incapaz de contenerme. La sangre me corre rauda por las venas, la tensión me oprime el vientre... y acabo explotando en un orgasmo tan arrasador que pierdo el control de mi propio cuerpo. Tristan emite un gemido bronco cuando estalla en su propio clímax. Tiembla, me clava los dientes en el tobillo, gruñe y termina cayendo a mi lado, sobre los cojines. Me cubre el pecho con un brazo y nuestros cuerpos siguen unidos. Dejamos que pasen unos minutos antes de intentar movernos o hablar. Él estira la manta para cubrirnos y que el sudor no se enfríe.

Capítulo 26

Tristan

Me quedaría así horas, días, si pudiera. Acomodado en una suave alfombra, junto a una chimenea encendida y con Chiara pegada a mi cuerpo. No dejo de enredar los dedos en los mechones de su pelo y ella dibuja en mi pecho símbolos imaginarios infinitos con las puntas de sus dedos.

—Al final aún no hemos comido —señala Chiara.

Río y mi tórax vibra.

—Al menos a mí se me ha olvidado comer.

Ella levanta la cabeza y apoya la barbilla en mi estómago. Sonríe.

—A mí también, pero precisamente ahora tengo más hambre que antes.

—He mirado en el congelador y hay comida, pero me apetecería salir a cenar fuera. ¿Qué te parece?

—¿Aprovechar que podemos aparecer ante el mundo sin escondernos y sin disimular? —Sus labios se curvan en una sonrisa traviesa—. Por supuesto que me apetece. —Hunde a continuación su rostro en mi pecho—. Pero espera un poco. Ahora estoy tan a gusto, tan calentita... —golpea mi torso con dos suaves toques con el puño —, aunque la cama esté un poco dura.

Vuelvo a reír. Me siento relajado. Me siento cómodo. Me siento bien.

—Quedémonos un rato más aquí —le sugiero—. Podríamos charlar un poco, conocernos más...

—Vale —responde de inmediato. Me da la sensación de que ha querido adelantarse a mis preguntas—. Háblame de esa chica a la que te recuerdo.

—Ya te he dicho que fue un lapsus. No os parecéis en nada.

—¿Te hace daño hablar de ella?

Lo pienso un instante.

—No —respondo sorprendido—. Es más, creo que te mereces mi explicación.

—No veo por qué. —Continúa mirándome desde mi pecho mientras me acaricia los costados sin ser consciente de que lo hace —. Solo siento curiosidad.

—¿Te ha ocurrido alguna vez que, después de mucho tiempo con una idea arraigada en tu cabeza, descubres que no era tan cierta como pensabas y dudas? —Miro al techo, donde danzan las sombras proyectadas por las llamas.

—Quizá. —Chiara se revuelve ligeramente sobre mi cuerpo.

—Conocí a Evie en el instituto —decido contarle—. Llevábamos años en el mismo centro, pero no reparé en ella hasta que me la presentó Rhys, mi mejor amigo.

—Recuerdo a Rhys —comenta Chiara.

Bajo la vista hacia ella, desconcertado.

—Perdona —le digo—. A veces olvido que tú también estabas allí.

—Tengo cuatro años menos que tú. —Se encoge de hombros—. Es normal.

—No lo es. —Susurro y recoloco un mechón de pelo que le cae por la frente—. Debería haberte prestado más atención. Lo siento, Chiara. Aunque, con lo que ha pasado entre nosotros, he llegado a la conclusión de que cada cosa, persona o lugar tiene su momento. Crecemos, maduramos, evolucionamos. Lo que un día nos pasa desapercibido puede transformarse en algo verdaderamente importante. No cambian los hechos, cambiamos nosotros y nuestra percepción de las cosas.

—No pasa nada, tranquilo —me convence—. Como te he dicho, recuerdo a tu amigo, rubio, guapo, popular y con un descapotable parecido al tuyo. Erais los capitanes del equipo de baloncesto y las chicas babeaban por vosotros. Supongo que él empezó a salir con Evie, aunque a ella no la recuerdo.

—Así fue. —Sonrío—. Me cayó genial. Era guapa y lista, pero nunca puse mis ojos en ella. Ellos se fueron a estudiar a Stanford y

yo me quedé en Connecticut. Se casaron, se fueron a vivir juntos y, poco después, Rhys desapareció. Durante cuatro años no dio señales de vida, siquiera. —Me estremezco al evocar aquellos tiempos—. Ambos lo pasamos tan mal que encontramos consuelo el uno en el otro.

—Y ese consuelo se transformó en amor.

—Sí —respondo—. Me enamoré de Evie poco a poco, día a día, con la cercanía, la tristeza y la rabia que nos carcomían y a la vez nos unían. Ella tuvo que construirse una vida sobre las ruinas del corazón roto que le dejó Rhys. Y lo consiguió. Hasta que él volvió.

—¿Dejaste pasar cuatro años sin confesarle tus sentimientos? —Alza una ceja.

Sonrío con un deje de ironía.

—Tal cual —le digo—. Un día por esto, un día por lo otro... Cuando me decido a hacerlo, regresa su exmarido y descubro que siguen enamorados el uno del otro. —Suspiro—. Creo que siempre lo supe y por eso no me decidí a abrirle mi corazón.

—Debió de ser duro para ti.

—Sobre todo, asistir a su boda —admito—. Me sentía fatal, porque me dolía comprender que aquello daba al traste con mi última esperanza, pero debía sentirme feliz de verlos a ellos felices. Resultaba todo muy contradictorio y mi cabeza era un caos.

—Y por eso cambiaste una costa por otra.

Contemplo el rostro de Chiara, sus ojos azules, su melena oscura desparramada por mi abdomen. Detecto una leve tristeza en su expresión, como si le doliera que le hablara de mis sentimientos por otra mujer. Un suave aleteo me roza el corazón.

—Exacto —le digo—. A pesar de haber dejado atrás a tanta gente a la que aprecio y tantos lugares que han formado parte de mi vida, creo que es la mejor decisión que pude tomar.

—¿Sigues amándola? —me pregunta.

Inspiro con fuerza. Mi tórax se eleva y Chiara con él.

—Resulta un tanto duro reconocer que hemos estado equivocados, pero a veces hay que darse de bruces con la realidad. Ha llegado el momento de admitirlo en voz alta: creo que nunca he estado

realmente enamorado de Evie. Quiero decir que antes lo creía, pero ahora no estoy tan seguro.

—¿Y cuándo has llegado a esa conclusión?

Agarro los brazos de Chiara y tiro de ella para acercar su rostro al mío.

—Cada vez que los besos de otra mujer borran su recuerdo.

Los lagos azules de sus ojos titilan. Se inclina para posar su boca en mi boca y la recibo con ansia. Enredo los dedos en el cabello de su nuca y giro completamente mi cuerpo para tenerla debajo. Sin dejar de besarla, le abro las piernas con la rodilla y me deslizo de nuevo en su interior. Esta vez nos movemos de una manera más pausada, saboreando el momento, mirándonos, besándonos. Al final, sin embargo, cuando la presión se me instala en los riñones, acelero el ritmo y la embisto entre jadeos y resuellos. Ella se abre, me acoge y se estremece entre mis brazos. Cuando el clímax deja paso a la calma, nos besamos, nos sonreímos, nos entrelazamos.

—Acabo de darme cuenta de algo —le digo.

—¿De qué?

—De que queríamos conocernos mejor, pero solo he hablado yo.

—No tengo nada tan interesante que contar.

Chiara se deshace de mi abrazo, se incorpora y se pone en pie.

—Voy a darme una ducha. Creo que le hemos dado tiempo a la caldera para calentar el agua —bromea.

—Luego voy yo —le digo—. Voy a apagar el fuego y a cubrir la chimenea.

—Perfecto. —Se cubre el cuerpo con la manta—. Sigue en pie lo de salir a cenar por ahí, ¿no?

—Por supuesto.

Ella sonríe y desaparece del salón. Yo me quedo quieto unos instantes y fijo la vista en las moribundas llamas.

—No me creo para nada que no tengas nada interesante que contarme, Chiara May.

Una sensación olvidada se instala en mi ánimo. Debe de hacer años que no me veo en esta situación, despreocupado, en un coche, con

una chica guapa al lado que no deja de reír y parlotear. Mi mente vuela a mi época de instituto, cuando enmascaraba mi soledad con un descapotable, fiestas y chicas guapas. Ahora, el coche es más serio, yo soy adulto y no deseo disfrazar nada. Lo único que se repite de aquellos días es la emoción por vivir un momento excitante. Y lo mejor, la compañía.

—He visto que hay un restaurante que está muy bien —comenta Chiara mientras desliza el dedo por la pantalla de su móvil—. Está cerca y al lado del mar. Puede que sea un poco caro, pero me va a invitar un tío que tiene pasta.

Suelto una carcajada.

—¿Qué te hace pensar eso? —le pregunto divertido—. El baloncesto femenino no mueve tanto dinero, ya lo sabes. No olvides escribir sobre ello en tu artículo.

—Tienes un padre rico —apunta—. Seguro que tienes algún fondo, acciones u otro modo de acceder a la fortuna Clayton.

—Pero ya no soy hijo único como pensaba —bromeo—. Ahora somos tres a repartir.

—Seguro que eso no te molesta —me dice sonriente.

—No, claro que no.

—Estás encantado con tus recién descubiertos hermanos, ¿a que sí?

—Nunca he tenido más familia que mis padres. —Mi tono distendido se tiñe de seriedad—. Pero mi madre murió y mi padre siempre ha pasado de mí.

—Lo siento, no era mi intención...

—No, tranquila —la corto—. No pretendo darte pena. Solo estoy buscando las palabras para describir el tipo de amor que esos dos niños me hacen sentir.

—Te entiendo. —Sonríe con ternura—. Yo tengo a Rain. Haría cualquier cosa por ella. —Su voz se apaga ligeramente—. Cualquier cosa.

—Será mejor que aprovechemos que hoy no tenemos a esos pequeñajos a nuestro alrededor, ¿no te parece?

—Sí. —Dibuja con sus labios una amplia sonrisa—. Esta noche es para nosotros.

En tan solo unos minutos llegamos a Alki Beach, una larga playa desde la que se puede apreciar el *skyline* de Seattle y las majestuosas Montañas Olímpicas, todo ello en una zona de ocio muy animada. Detengo el motor cuando el resplandor de docenas de hogueras ilumina el cielo nocturno.

—¡Me encanta este sitio! —exclama Chiara.

—Ahí mismo está el restaurante. —Aparco y bajamos del coche. Chiara camina en sentido contrario al local, hacia la playa, y se detiene en el paseo que separa la calzada de la arena.

Contemplo su perfil. Esta noche Chiara está guapísima. Las ristras de luces decorativas de los puestos del paseo realzan su piel aceitunada, sus ojos azules y su melena oscura. Lleva una cazadora vaquera sobre un vestido blanco y unas botas camperas que le dan un toque de lo más sexi.

—Hay una mesa libre en la terraza —le digo mientras me acerco a ella—. Será mejor que la ocupemos antes de que...

—No me apetece cenar en un restaurante —me interrumpe con un entusiasmo que ilumina su rostro—. Prefiero ir a la playa con toda esa gente que se divierte alrededor de las hogueras.

—¿Y la cena? —pregunto con un amago de sonrisa.

—Pidamos unas *pizzas* para llevar y unas cervezas —me dice.

Una pasión que no sentía desde hace tiempo fuera de una cancha de baloncesto vuelve a apoderarse de mí. El anhelo en la expresión de la chica, la noche festiva y la música que se mezcla con el resplandor de las hogueras me convencen de inmediato. Como me ha sugerido Chiara, pido unas *pizzas* y unas cervezas y me lo meten todo en una bolsa.

—¡Vamos! —Chiara extiende la mano y yo la entrelazo con la mía. Tira de mí y corremos hasta la playa.

En la arena, la gente, los fuegos y la música convierten la playa en un lugar de ocio para todas las edades. Hay grupos de jóvenes, pero también familias con niños, adolescentes o jubilados. Chiara serpentea entre ellos, haciendo oscilar su vestido y su largo cabello.

—Apenas hay sitio —le digo al mirar a mi alrededor y comprobar que cada grupo ocupa el contorno de una hoguera.

—¡Aquí os hacemos un hueco! —exclama una mujer.

—¡Claro! ¡Venid! —la secunda el hombre que tiene al lado.

En un momento, ocupamos un espacio entre el círculo de personas. Diría que la mayoría son parejas, de entre cuarenta y cincuenta años, que comen, beben y charlan mientras uno de ellos toca la guitarra. Lo hace de forma suave pero animada, como si fuera soltando notas poco a poco para que se mezclen con el aire y los murmullos de la gente. Abro la caja de la *pizza*, saco las latas de la bolsa y las coloco junto a la hoguera, donde el grupo ha dispuesto bocadillos, aperitivos y bebidas. El hombre de la guitarra nos lo agradece con un gesto y empieza a tocar una canción más animada. Chiara, con la sonrisa más auténtica que le he visto nunca, se lleva un triángulo de *pizza* a la boca, lo sujeta con los dientes y comienza a dar palmas para corear la canción. El resto la imita.

Y así, entre canciones, cervezas y bocados, mi antigua hermanastra y yo cantamos, reímos y nos besamos, como si fuéramos una pareja más de las que aquí se divierten.

—¡Qué guapa es tu chica! —me dice uno de ellos.

—¡Vaya novio guapo tienes! —le dice a ella una de las mujeres.

En cierto momento, nos avisan de que un espectáculo pirotécnico está a punto de empezar junto a la orilla. Corremos hacia allá, pero ya hay tanta gente congregada que tenemos que quedarnos muy atrás. Cuando advierto la expresión de decepción de Chiara, no me lo pienso dos veces. Me agacho detrás de ella, paso la cabeza bajo sus piernas y la siento en mis hombros mientras me voy poniendo en pie y le agarro las manos.

—¡¿Qué haces?! —me grita—. ¡Peso mucho!

—¿No confías en que pueda sostenerte?

Inclino el cuello hacia atrás para mirarla. Ella, como respuesta, me suelta las manos y abre los brazos como si fuera a echar a volar. Sin miedo a irse de cabeza al suelo; sin temor a que pueda dejarla caer. Ríe entusiasmada cuando el cielo se llena de luces, de ráfagas brillantes y de estruendos ensordecedores. Al acabar la exhibición, la sujeto por las caderas y la bajo de nuevo a la arena. Chiara me abraza y me besa, sin suavidad, sin contención, de una forma tan profunda que siento cada respiración, cada estremecimiento de su

cuerpo, su deseo febril. En ese instante, todo lo que nos rodea desaparece. Solo estamos Chiara, la noche y yo.

Los silbidos del resto de las parejas consiguen que nos separemos a desgana, entre risas. Nos despedimos de ellos cuando la gente se disgrega, las hogueras se apagan y el cielo nocturno se entela con el humo. Volvemos a la casa y, sin apenas encender las luces, caemos sobre una de las camas de las habitaciones de invitados. Nos desnudamos lentamente y hacemos el amor de la misma forma, sin prisas, sin remordimientos, sin recordar a nadie más. Solo nosotros, nuestro cuerpo y nuestro deseo. Al terminar, cuando Chiara duerme sobre mi pecho, yo tardo un buen rato en cerrar los ojos. La mujer que tengo en los brazos se me está metiendo bajo la piel a cada día que pasa, a cada momento juntos, a cada instante que le robamos a lo que fingimos. Y ese pensamiento me alegra a la vez que me aturde.

Porque creo que ella se siente como yo.

Hace rato que ha amanecido y el sol baña con su luz y su calor cada objeto, cada mueble y cada hueco de la habitación. Nosotros, sin embargo, seguimos en la cama, perezosos, somnolientos, desnudos, piel con piel. Bajo la vista a mi estómago y sonrío al ver a Chiara recostada sobre mí, abrazada a mi torso, repartiendo caricias sutiles con la punta de los dedos por mi cadera y mi muslo. Hicimos el amor anoche, de madrugada y esta mañana, en cuanto el sol se elevó por encima de la bahía.

—Anoche estuvo genial, en la playa —me dice mientras continúa con sus lánguidos roces—. Hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien.

—Yo igual. —Enredo los dedos en su cabello—. Me gustaría compartir más momentos así, Chiara, sin escondernos. Que lo ocultemos lo vuelve más censurable de lo que es.

No dice nada, pero la tensión de su cuerpo es patente. Incluso detiene sus caricias.

—¿Qué ocurre, Chiara?

—Nada —susurra—. Es por... —Suspira—. Da igual, déjalo.

—No tiene que ser ahora mismo —trato de tranquilizarla, intuyendo que hacer visible lo nuestro pueda agobiarla—. Dejaremos pasar un tiempo, la publicación de tu artículo, el revuelo que pueda causar. Yo hablaré con mi padre, con mis hermanos...

—No es por eso —me corrige—. Bueno, sí, todo influye, pero... no sé, todo ha sido muy rápido, quizá nos estamos precipitando...

Le rodeo los hombros con las manos y tiro de ella hacia arriba hasta colocarla sobre mi cuerpo y tener su rostro a solo unos centímetros del mío.

—No niegues lo que hay entre nosotros, Chiara —le digo—. No podemos estar cerca sin desear tocarnos, besarnos, follarnos.

Ella suelta una carcajada.

—Con lo bonito que te estaba quedando.

—Es la maldita verdad. —Le acaricio el pómulo con el dorso de los dedos—. Quiero estar seguro de si esto es solo por la fascinación de lo prohibido o si, de verdad, hay algo más que todavía no podemos explicar.

Chiara me da un breve beso en los labios y vuelve a apoyarse en mi pecho.

—Si es porque no nos hemos conocido lo suficiente, háblame de ti, Chiara May Monroe —le pido—. Dime qué fue de ti y de Rose después del divorcio. Cómo te fue la universidad, si te enamoraste de algún profesor, o si viajaste...

—Nada de eso —me corta en tono divertido—. A ver: después del divorcio, mi madre y yo nos fuimos a Sacramento, a casa de mi abuela, porque no teníamos adónde ir. Allí conoció a Scott, un vendedor de aires acondicionados y un gilipollas, que se nos acopló en casa. Poco después de nacer Rain, debió de verse sobrepasado y se largó. Por cierto, la historia oficial para Rain es que era un científico que estudiaba pingüinos y que desapareció en la Antártida.

Me impresiona esa historia y, de pronto, me asalta una duda.

—¿Por qué mi padre no le pasó una pensión a Rose? —le pregunto —. O algún tipo de compensación económica.

—Mi madre no quiso —se limita a responder.

—¿Por qué? Estaba en todo su derecho —le digo—. Mi padre os dejaba desamparadas.

Chiara bufa y se incorpora en la cama.

—Prefiero no seguir hablando de eso. Al resto de preguntas, la universidad me fue bien, no me enamoré de ningún profesor y solo he viajado por Estados Unidos en busca de noticias o historias que vender. —Compone una mueca de indiferencia, curvando los labios hacia abajo—. Ya ves, poco que contar.

—Voy a hablar con mi padre al respecto y voy a decirle que...

—¡No! —me corta con un ímpetu que me descoloca—. Ya no viene al caso, Tristan. No le pidas nada a Aaron por nosotras. Ha pasado mucho tiempo. —Fuerza una sonrisa—. Todo está bien, de verdad.

Algo me dice que no, que no está tan bien. Aun así, le acaricio el antebrazo y consigo calmarla.

—Vale, perdona —le digo—. Ya habrá tiempo para involucrar a las familias, aunque espero ver a Rose cuando todo se aclare.

—Claro. —Su intento de sonrisa no me parece muy natural, así que ruedo sobre la cama y aprisiono a Chiara entre mi cuerpo y el colchón. La beso en la boca hasta obtener un gemido que me sabe a gloria—. Todo va a ir bien, May Brambila.

—Ese nombre es inventado —me dice con sorna.

—Porque no quiero que se te olvide que mañana tenemos entrenamiento. Sigo siendo tu entrenador —bromeo.

—Cuando escriba el artículo, se van a acabar sus órdenes, señor Clayton.

Le rozo la nariz con la mía.

—Estoy deseando acabar con esta farsa para ser, simplemente, Tristan para ti.

Capítulo 27

Chiara

Mientras escribía anoche, no era consciente de las palabras que iban apareciendo en la pantalla. Simplemente, pulsaba teclas. Y seguía pulsando y pulsando...

Pero ahora sí, acabo de leer todo el artículo que, por fin, he terminado. Una congoja inesperada me sacude el corazón. Bueno, inesperada del todo, no. Mentiría si dijera que no llevo días, semanas, con el convencimiento de que acabaría rota, a pesar de los años de preparación justamente para esto.

Sin tiempo para correcciones, decido mandárselo a mi jefe. Durante unos segundos, mi dedo queda suspendido sobre el ratón del ordenador. Pasado ese tiempo, cierro los ojos y pulso «Enviar».

Ya está. Este era el plan, el objetivo, la motivación. Lo que no llega es la satisfacción, ni el alivio, ni una maldita buena sensación.

—¿Qué te ocurre, Ravioli?

Parpadeo. Ni siquiera he oído llegar a Levi. Mi ex se sienta a mi lado. El portátil continúa sobre mis rodillas, con la tapa bajada.

—¿Ya has acabado el artículo?

Asiento.

—Entonces, ¿por qué estás llorando?

Me sobresalto y miro al chico.

—¿Qué dices?

Me llevo el dorso de la mano al rostro y compruebo que tiene razón, porque siento la humedad en los nudillos.

—Mira, Chiara. —Retira el ordenador de mis piernas, lo deja sobre la mesa de centro y luego me coge de las manos—. No he querido que me expliques nada y tú no lo has hecho porque eres una

persona íntegra. Me has demostrado el cariño que sientes por mí, aunque a mí siga sabiéndome a poco. —Dibuja una media sonrisa triste—. Pero no hace falta ser muy listo para imaginarse lo que has hecho, Chiara. Infiltrarte en un equipo de baloncesto profesional que, sin casualidad alguna, entrena el que fue tu hermanastro, el chico que te rompió el corazón, el único al que has amado y contra el que yo jamás pude competir. Le prometes un artículo sensacional a tu redactor jefe y, cuando lo tienes y se lo envías, te sientes como si te hubieran pisoteado el alma. —Suspira—. Los has machacado, ¿verdad? A los Clayton.

Vuelvo a asentir. Me paso la manga de la camiseta por los ojos y la nariz, que comienzan a rebosar fluidos.

—Pero quieres a Tristan —me dice.

Me encojo de hombros.

—Sí, lo quieres —repite—. Pero también quieres a tu familia y sientes que les has fallado...

Ya no puedo seguir escuchando. Fuertes sollozos acaban emergiendo de mi garganta y mis hombros se convulsionan. Me lanzo sobre el cuerpo de Levi y entierro el llanto en su pecho.

—Vale, vale, tranquila. —Me abraza, me acaricia el pelo, la espalda. Me besa en la frente y me arrulla—. Desahógate, preciosa. Llora todo lo que quieras. Me da la sensación de que no lo haces desde hace tiempo.

—Sí lloro —le digo entre sollozos y suspiros—. He llorado muchas veces.

—Pero no por ti —me susurra—. Has llorado y sufrido por otros, Chiara, mientras tú ibas cargando tu propia pena sobre los hombros.

—Mi familia me necesitaba. —Los mocos apenas me dejan hablar —. Tenía que ayudarla, luchar por lo que se merecían.

Levi coloca las manos a ambos lados de mi cabeza. Lo veo borroso por las lágrimas, que me llegan hasta la boca. Me siento tan avergonzada de que me vea así...

—¿Por qué tu vida tenía que ser una continua lucha? —Sus dulces ojos castaños se imprimen de rabia y determinación—. Vivir no es luchar continuamente, Chiara. Tanta pelea, tanta ira, tanta sed de venganza, como si con ello arreglaras el mundo.

Me arranco las manos de Levi y me aparto de él.

—¡Yo no quería arreglar el mundo! —me quejo—. ¡Yo solo quería hacer justicia!

—¿Desde cuándo eres juez y jurado?

Me pongo en pie. Busco un pañuelo en mi bolso y me sueno la nariz, aunque no logro desatascar la congestión. Me martillea la cabeza, como si algo me golpeara las sienes desde dentro del cráneo.

—Pensé que estabas de mi lado —le recrimino.

—¡Y lo estoy! —Se levanta del sofá, aunque se mantiene a un metro de distancia, y me mira con el corazón en la mano—. A veces no se nos da la oportunidad de elegir la dirección de nuestra vida —me dice—. Se nos impone, Chiara. Las circunstancias te marcaron un camino y te sentiste en la obligación de seguirlo. Pero ¿qué pasaría si te dieran la oportunidad de cambiarlo? De cambiar tu vida, Chiara...

Me estoy quedando sin aire. Intento respirar, pero no puedo.

—Eh, preciosa, tranquila. —Levi se acerca y me masajea los hombros y los brazos. Me lleva hasta una silla y me sienta—. Solo es un poco de ansiedad —me dice—. Inhala por la nariz y exhala lentamente por la boca.

Hago lo que me pide. Respiro despacio. Inspiro, espiro.

—Así, muy bien. —La cadencia de su voz también me ayuda—. Siente el abdomen subir y bajar, evita elevar los hombros.

Sigo sus indicaciones y, por fin, me siento mejor. Levi se acuclilla para tener su rostro a la altura del mío.

—Perdóname, Ravioli. No pretendía hacerte sentir tan mal. Es solo que...

—No me digas «te lo dije», por favor. Sabes que no lo soporto.

—Ni se me ocurriría. —Sonríe—. Lo único que te aconsejo es que encuentres tu propio camino. Mírame a mí. —Se señala—. Mi exnovia, a la que nunca dejé de querer, se presenta en mi casa y me pide vivir aquí, mientras se lía con su amor de la adolescencia para no sé qué maldita venganza. Pero he conocido a Aspen y ¿sabes qué? Merece la pena. Ha merecido la pena sacarte de mi corazón, aunque doliera.

—Levi...

—No pasa nada. —Curva los labios—. Hemos de adaptarnos a las circunstancias. Si te has enamorado, otra vez, de Tristan Clayton, coloca ese amor en un lado de la balanza. En el otro, pon la satisfacción de joder a su padre. ¿Qué te pesa más?

¿Puede ser que lo que acaba de atravesarme el pecho sea un rayo de esperanza?

Aparco a dos manzanas de la casa de color malva. Salgo del coche con el pelo recogido con una gorra, unas gafas de sol y el cuello de la cazadora subido hasta las orejas. Toco el timbre y, segundos después, aparece Tristan.

—Chiara... —susurra. Me hace pasar y cierra detrás de mí—. Dijimos que sería mejor que no nos viéramos aquí...

No lo dejo acabar. Me lanzo en sus brazos, me cuelgo de su cuello y busco su boca para besarlo con desesperación, como si no encontrara la forma de sentirlo más cerca. Como si pudiese morir si no sigo besándolo.

—Chiara, cariño, ¿qué te ocurre?

Esa forma de llamarme termina de romperme. Me siento detestable, pero, a la vez, más ávida de sus besos, de sus caricias, de él. Porque amé a Tristan una vez... y vuelvo a amarlo, con mucha más intensidad que la locura de una adolescente enamorada de su hermanastro. Siempre ha sido mi chico de los ojos bonitos. Siempre ha sido él.

—Nada. —Ansiosa, le saco la camiseta por la cabeza y lanzo mi cara contra su tórax para lamer su piel. Tristan sabe a limón, a canela y a la sal fresca de su sudor. Y huele a éxtasis puro, pero también a calma, a corazón y a persona que vale la pena—. Pero quiero que hagamos el amor ahora mismo —le digo entre jadeos.

Me quito la chaqueta, el top y el sujetador y vuelvo a abrazar a Tristan para besarlo. El roce de su pecho endurece mis pezones y me hace gemir mientras lamo y muerdo sus labios y su boca.

—Espera, espera —jadea—. Arriba tengo una cama de dos metros que...

—No. —Me desprendo de las botas, los pantalones y las bragas y, a continuación, lucho por desabrochar su cinturón—. Tiene que ser ahora, Tristan. Te necesito ahora.

Él, contagiado de mi arrebato de pasión, me coge por la cintura y me lleva a la cocina. Me mantengo enganchada a él mientras se acerca a la encimera y desliza la mano por encima para apartar cacharros, recipientes y alimentos, que caen al fregadero en un estruendo metálico y de cristal. Después me sienta sobre el frío mármol y se lanza de nuevo contra mi boca. Me besa sin cuidado, sin delicadeza, como si hubiese entendido que esto es lo que necesito. Al mismo tiempo, enreda las manos en mi pelo, me acaricia el cuello, los hombros y, por fin, los pechos. Un segundo después, contemplo su morena cabeza debajo de mi rostro. Me está lamiendo y mordisqueando los pezones. Me arqueo hacia atrás para ofrecerle todo lo que tengo, mi cuerpo, mi alma, lo que soy. Sigue bajando con su lengua por mi abdomen, mis caderas y mi sexo. Me abre las piernas con sus grandes manos para acceder mejor a mis pliegues, húmedos y temblorosos. El placer me quema y me hace gimotear. Me agarro al cabello de Tristan, enrosco las piernas en su espalda, presiono su boca contra mi sexo y, cuando creo que voy a gritar de deseo, él se aparta de mí, se baja los pantalones, se extrae el miembro y lo lleva a la entrada de mi cuerpo. De un solo golpe de cadera, acaba alojado en mi interior. Le rodeo la espalda con los brazos y la cintura con las piernas.

—No sé qué te pasa —jadea al tiempo que enviste haciendo que sienta su miembro en lo más profundo de mi cuerpo—. Pero si es esto lo que has venido a buscar, lo que necesitas, juro que te lo daré siempre, Chiara. Todas las veces que quieras. Todo el tiempo. Porque ya no puedo apartarme de ti. Me da igual lo que diga el resto del mundo, me da igual lo que piensen. Te quiero conmigo, Chiara May, conmigo...

Jamás un orgasmo me ha hecho temblar de esta manera, como si me hubiese encontrado en el cielo y hubiese empezado a caer, a caer, a caer... Tristan se estremece, emite un gemido bronco y expulsa sus últimos jadeos en mi boca. Mientras nuestra respiración se ralentiza, nuestros labios permanecen unidos.

Un instante después, Tristan se aparta y me mira con una mezcla de diversión y ternura. Nuestros cuerpos siguen pegados y sudorosos sobre la encimera de la cocina.

—¿Qué te ha dado? —me pregunta.

—Estoy enamorada de ti, Tristan —le suelto—. Me enamoré de ti con doce años, la primera vez que te vi. Desde entonces, no he dejado de pensar en ti. Ahora, ya no eres aquel adolescente que me ignoraba. Te has convertido en un hombre que merece la pena. Y por eso te quiero. Te quiero mucho más. Te quiero de verdad.

Tristan parpadea un instante y luego eleva una comisura de la boca. Al estar cerca, me veo reflejada en sus ojos verdes y brillantes.

—Lo dices como si fuera una penitencia. —Bromea y luego se pone serio—. Yo también estoy enamorado de ti —me confiesa y me entran ganas de llorar—. Lamento no haberme fijado en ti cuando era un recipiente de hormonas descontroladas, pero sí puedo decirte que, en cuanto te vi en aquella carretera desierta, algo se encendió dentro de mí, aunque entonces no lo entendiera. Tú me has hecho ver lo que es querer de verdad. Tú me has hecho comprender que el amor es algo más que anhelar lo que no tienes. Amar es comprender, apoyar, acompañar. Amar es reír, compartir, dar consuelo a pesar de tus propios problemas.

Una lágrima rueda por mi mejilla.

—También es creer en esa persona —le digo—. Confiar. Aceptarla como es. Encenderle un fuego cuando tiene frío. Ofrecerle tus hombros para que vea unos fuegos artificiales.

—Cariño... —Me rodea con los brazos y me besa en el pelo—. No llores. Quizá haya ocurrido todo muy rápido, pero creo que estábamos destinados a encontrarnos en aquella carretera, en aquel desierto. Mejor dicho, a reencontrarnos. No te agobies. Parece todo más complicado de lo que en realidad es...

«Si tú supieras lo complicado que va a ser...»

Debería estar feliz por haber logrado mi objetivo: enamorar a Tristan, el chico que me hizo sentir más invisible que nadie. Pero no lo estoy. Le quiero, joder. Le quiero. Y me mata hacerle daño, pero

no puedo abandonar a mi familia ahora. ¿Cómo se asume esto? ¿Cómo se procesa?

Me despego de su cuerpo, que no me deja pensar, y busco mi ropa.

—¿Qué haces?

—Tengo que irme.

—¿Estás de coña? —Me coge de un brazo y me vuelve hacia él—. ¿Acabamos de confesarnos que nos queremos y solo se te ocurre decir que tienes que irte?

Sigo vistiéndome.

—Y eso sin contar que has venido a mi casa, me has suplicado que te folle en mitad de mi comida y me has soltado a bocajarro que llevas enamorada de mí desde hace una década y media.

Me abrocho el sujetador y me acerco a Tristan. Poso la mano en su áspera mejilla y lo beso en los labios.

—Solo recuerda esto, Tristan: te quiero.

Termino de vestirme, recojo mis cosas y me dirijo a la puerta.

—¿Por qué me suena a una puta despedida? —me reclama.

Le sonrío sin fuerzas para hacerlo.

«Más que una despedida, es un simulacro de perdón.»

—Voy a intentar que no lo sea —le digo.

—¿Qué demonios quieres decir con eso, Chiara? ¡Chiara!

Cierro la puerta detrás de mí.

En el trayecto en coche hacia Sacramento, me entra una llamada. Contemplo la pantalla. Es Harry Wolker, redactor jefe del *Sacramento Flight*. Descuelgo.

—Dime, Harry.

—¡¿Que te diga?! —exclama. Su voz cascada por el tabaco inunda el pequeño habitáculo—. ¡Joder, Chiara! ¡Tenías razón! ¡Me has enviado una puta bomba!

—Ya, Harry. En cuanto a eso...

—¡Has hecho un periodismo de investigación de la puta hostia, Chiara! No solo descubres que Aaron Clayton es copropietario del club de baloncesto femenino. ¡Con eso destapas que colocó a su hijo

como entrenador! El cual, por cierto, no ha dudado en liarse con una de sus jugadoras. ¡Un puto escándalo!

Sí, yo he hecho esas cosas, pero oírlo decir de boca de mi jefe me repugna.

—Escúchame, Harry...

—¿Tienes pruebas materiales de eso? —vuelve a ignorarme—. Fotos, audios... ¡Ah, no, espera! —Suelta una carcajada—. ¡No es necesario! ¡Porque se ha enrollado contigo! —Ríe de nuevo—. Aunque si tuvieras pruebas, mejor, Chiara. Clayton nos puede plantar una demanda que te cagas con su legión de abogados. Pero bueno, el mal ya estará hecho...

—¡Cállate ya, Harry, joder! —le grito—. ¡Escúchame de una maldita vez!

—¿Qué coño te pasa? —gruñe—. ¿Acaso no tienes bastante con que te diga que eres una puta *crack* del periodismo? ¿Qué más quieres? ¿Más halagos?

—Lo único que quiero es que no publiques el artículo, Harry.

—¡Qué bueno! —Tengo que apartarme el teléfono para que su carcajada no me deje sorda—. ¡Hostia, qué broma tan cojonuda!

—No es broma, Harry. No pienso dejar que hagas público ese artículo.

—¿Que tú qué? Vamos, Chiara, no me jodas. Sabes perfectamente que tú no puedes impedir eso. Además, te comprometiste a...

—No me comprometí a nada. Me ofreciste una sección fija en tu periódico y una buena pasta si el artículo era un bombazo, pero solo de palabra. Y como no hay nada firmado, quiero que te olvides de todo lo que te he enviado. No hay pruebas de nada, joder. Me colé en un despacho, he fisgado en un ordenador y he engañado a un montón de gente.

—¡Eso es el periodismo de investigación, querida! Cámaras ocultas, preguntar a vecinos y hasta fisgar en la basura. ¡No te estoy contando nada nuevo!

—Si no anulas esa publicación, lo negaré todo, Harry, públicamente.

—Será tu muerte laboral. —Detecto ira, casi odio, en su voz.

—Me da igual.

—Ya no depende de mí, chica pusilánime. Esto ya está muy por encima de nosotros. Ni aunque quisiera podría pararlo.

—No soy pusilánime, gilipollas.

Cuelgo el teléfono. No puedo seguir escuchando a este imbécil.

Aparco el coche de Levi en la esquina de mi calle y contemplo la casa de mi familia. La fachada sigue desconchada y las contraventanas continúan golpeando cuando hace viento, pero los lirios siguen en el alféizar. Cuando entro, me encuentro con el mismo aroma a tomate, a orégano y a hogar.

—Hola, *nonna* —saludo a mi abuela desde el vano de la puerta.

—Oh, *cara*. —Se limpia las manos en un trapo y se vuelve hacia mí —. No me has avisado de que vendrías. Menos mal que se me ha ocurrido hacer una *pizza*. ¿Sabes? Tu madre y tu hermana están en casa de Alma. Es el cumpleaños de Carmen y yo iba a ir ahora...

No la dejo terminar. Abrazo su cuerpo cálido y me pongo a llorar en su hombro.

—¿Qué te ocurre, cielo? —Me aparta un mechón de la frente.

—Que la he cagado, abuela. —Una vez más, soy incapaz de evitar las lágrimas y los mocos—. La he cagado muchísimo.

—Lo veía venir. —Hace que me siente en una silla y ella lo hace en la de al lado—. ¿Qué ha pasado?

—Que amo a Tristan. —Me encojo de hombros—. Nada más y nada menos.

—Si es que lo sabía, ¡lo sabía! ¿A quién se le ocurre intentar engatusar al muchacho que te tenía prendada? ¡Con la de veces que te vi llorar y suspirar por él!

—Y él también me quiere —añado.

—¡Chiara May! —Da una palmada en la mesa que hace rebotar tazas y cubiertos—. ¿No tenías suficiente con engañarlo y fastidiar a su padre? ¿Has hecho que se enamore de ti?

—Formaba parte del plan —le explico—. Me vengaría de su padre y, de paso, conquistaría al chico que pasó de mí como de la mierda.

De pronto, me veo impulsada hacia delante. Mi abuela me acaba de soltar una colleja. Me rasco la nuca.

—¡Ay, *nonna*! —me quejo—. ¡Ya te he dicho que la he fastidiado!

—¿Y cómo piensas arreglarlo?

—Hablaré con Aaron —le digo—. Antes de que se entere o de que publiquen el artículo. Le pediré perdón y le diré que...

Mi teléfono vibra encima de la mesa.

—Mierda, es él. —Levanto una mano—. Y ni se te ocurra regañarme, abuela.

—No pensaba hacerlo —rezonga—. ¿Qué le vas a decir?

—De momento, nada. Quedaré con él. —Descuelgo—. Hola, Aaron. Precisamente, estaba pensando que...

—¿Cuánto pensabas que iba a tardar en enterarme, Chiara?

No grita ni me recrimina. Su tono parece calmado. Miro a mi abuela, que ha oído la voz de su antiguo yerno.

—¿Podemos hablar, Aaron?

—Claro que vamos a hablar. Vas a venir a mi casa y me lo vas a explicar todo —me exige—. Cara a cara, mi querida hijastra.

Capítulo 28

Chiara

Para mi tranquilidad, Lucille y los gemelos no están. Aunque, tal y como Aaron me comenta cuando entro en su despacho, no ha sido una casualidad.

—He preferido ahorrarte la molestia de pasar vergüenza delante de ellos.

Ahora sí, se han acabado la calma y los buenos modales de mi antiguo padrastro. El celeste de sus ojos se ha transformado en gris. Su rostro se ha endurecido, con arrugas que antes camuflaba bajo su sonrisa afable. Hoy no hay sonrisa.

—No voy a invitarte a sentarte ni a tomar refrescos, Chiara. —Se ha dejado caer en el filo de su mesa y ha cruzado los brazos—. Porque no pienso perder ni un minuto antes de que me lo cuentes todo. Y cuando digo todo, es todo, Chiara. Que ni se te pase por la cabeza mentirme. Lo sabré y será peor.

He aquí el antiguo Aaron Clayton, el CEO millonario que aplastaba a sus rivales como a simples cucarachas.

Levanto la barbilla. He hecho algo malo, pero tenía mis razones.

—El motivo de mi petición de ayuda era real —le digo—. Lo del artículo y un trabajo fijo en el periódico...

—Hay una cuestión que me sigue dando vueltas en la cabeza —me interrumpe—. El día que hice venir a Tristan para convencerlo y que tú nos esperabas en este mismo despacho, ¿era la primera vez que os veíais desde la universidad?

«No te sorprendas, Chiara. Un tío que ha amasado tamaña fortuna no puede ser un necio.»

¿Sabrá lo que pasó en aquel viaje? ¿Se ha unido Tristan a su padre y ha decidido contárselo todo?

—No —le respondo—. Nos vimos unos días antes, en su ruta desde Nueva York.

—No de forma casual. —Arquea una ceja casi blanca.

Niego con la cabeza.

—Lo organicé para que sucediera así.

—¿Y cómo sabías dónde y cuándo iba a estar?

—Por ti, Aaron —le confieso—. Supongo que no lo recuerdas porque, en apariencia, no tenía mayor importancia, pero me dijiste que Tristan me ayudaría porque había dejado Nueva York para venir a entrenar a San Francisco. Me comentaste que venía en coche, por la Interestatal 80, que tenía que presentarse el lunes en el Chase Center. Solo tuve que calcular un poco. En realidad, vi a Tristan en Salt Lake City. —Sonrío al evocarlo—. Casi se fastidia todo el plan porque me detuve en una gasolinera para comprar algo de comida y agua y él estaba allí, repostando. Me fui a toda prisa para adelantarme y fingir una avería. Por eso me pilló sin agua ni nada. No me dio tiempo.

—Y todo ese tinglado para...

Cierro los ojos. Me vienen a la mente unas palabras del propio Tristan.

«¿Te ha ocurrido alguna vez que, después de mucho tiempo con una idea arraigada en tu cabeza, descubres que no era tan cierta como pensabas y dudas?»

Me reiría si fuera posible. Llevo semanas en las que dudo de todo lo que hasta ahora representaba la base de mi existencia: vengarme de los Clayton.

—Para reencontrarme con el muchacho al que quise en mi adolescencia y demostrarme que podía gustarle. —Dicho en alto suena tan delirante que asusta—. Solo quería conquistar al chico de los ojos verdes.

—Pero ¿no pretendías joderme a mí? ¿Por qué también a Tristan?

—Era un daño colateral.

—¿Te has estado acostando con él solo para reforzar tu ego machacado en tu adolescencia? —me espeta.

—¡No! Yo...

—¿Por qué tanto esfuerzo en hacerme daño, Chiara? —me pregunta con un punto de pesar—. Siempre te he apreciado mucho, a ti y a tu madre...

—¡Mentira! —salto en mitad de un llanto que no he podido detener—. Dejaste a mi madre destrozada. Tu abandono la hizo caer en una depresión que solo supo sobrellevar con alcohol. ¿Eso es apreciar a alguien?

Aaron parpadea, contrariado.

—No sabía que Rose estuviese tan mal. Ella, incluso, me llamó un día, poco después del divorcio, y nos vimos para hablar y dejar las cosas claras. Yo estaba ya con Lucille y ella con un tipo al que nunca vi...

—El padre de Rain —le informo y suspiro—. Te he odiado durante mucho tiempo, Aaron.

—¿Ya no?

—Todavía hay rencor; no voy a negártelo. Es solo que... admito haber ido demasiado lejos.

—¿Te refieres a hundirme a mí y a mi familia?

Me lleno los pulmones de aire con olor a madera y a cuero, pero se me atasca en la garganta. Pienso en Lucille y en los gemelos y no puedo sentirme peor.

—¿Cuál es tu plan con respecto al artículo? —insiste en saber.

—Era —puntualizo—. El plan era escribir un artículo que os pusiera en evidencia, sobre todo a ti.

—Conozco el contenido —apunta—. Tengo tu exclusiva en mi correo electrónico. Pero no importaba lo que escribieras, ¿verdad? Sabías que podría impedir su publicación. Tu objetivo era chantajearme.

—Llámalo así, si quieres. Para mí era pedirte dinero, simplemente, para costear un buen tratamiento para mi madre.

—¿Y por qué no me lo pediste directamente?

La respuesta se me atora en la garganta. Resulta demoledor vivir nueve años con una verdad y que esta se desmorone poco a poco en unos días hasta quedar reducida a polvo. Pienso en mi madre, en los momentos más duros, en la impotencia, en la rabia.

¿De verdad hubiese sido tan fácil como acercarme a Aaron y pedirle un dinero que él me habría dado generosamente? ¿O lo está diciendo porque se ve acorralado?

—¿Por qué no contestas, Chiara?

El corazón se me detiene. Desvío la vista hacia la voz que tan bien conozco. Como en un truco de magia, Tristan surge de detrás de una estantería repleta de libros. Miro a Aaron, cuyos ojos destilan lástima. Después miro a Tristan, cuyo rostro parece tallado en piedra. Algo se me rompe por dentro. Y me duele. Dios, cómo duele.

—¿Qué ha sido esto? —balbuceo—. ¿Una encerrona?

—Estoy esperando una respuesta —insiste Tristan.

—Os dejaré solos —señala Aaron. Antes de salir por la puerta, se vuelve hacia mí—. El artículo no se va a publicar, pero me costará una buena suma de dinero. En cierto modo, puedes estar contenta. Tu plan de venganza ha valido para algo.

—Le he exigido a Harry que no lo publique —le digo con un deje de súplica—. Pretendía contártelo todo, que lo averiguaras por mí.

Mi antiguo padrastro suspira.

—Ya no podemos creerte, Chiara.

Y me quedo sola con Tristan.

En cuanto la puerta se cierra, me siento como si mi cuerpo pesara el doble de repente. Apenas puedo moverme. Es por la mirada de Tristan, que desprende tanto rencor que me aplasta. Lo peor es cuando su boca se tuerce en un intento de sonrisa vacua, llena de ironía y desprecio.

—Mira que he sido estúpido —dice—. Lo supe. Estaba completamente seguro de que era una coincidencia demasiado grande. Pero tus expresiones de inocencia, tu indignación, tus superargumentos irrefutables: «¿No te parece de locos fingir que no conozco a mi hermanastro, acostarme con él...?».

Trago saliva y hasta eso me cuesta. Necesito toser, pero me aguanto. Me entran ganas de vomitar.

—Se me revuelve el estómago al pensar en cómo maquinaste aquel encuentro, en tu doble juego —me escupe—. Te pusiste de lo

más borde, despreciando mi ayuda y, de pronto, me saltas con aquello de «chico guapo», «ojos bonitos» y todas aquellas mierdas. Corrías el riesgo de que me largara demasiado pronto y tenías que hacerme caer en la trampa de tus halagos, ¿verdad? Y yo, como un gilipollas, me lo trago todo.

—Tristan, por favor, déjame que te explique...

—¿Por qué, Chiara? —me exige saber—. Hasta puedo llegar a comprender el odio hacia mi padre, pero ¿a mí? ¿Qué te hice para que enamorarme fuese una especie de reto para ti? ¿Tan mal te traté?

—Un poco... Si pudieras escucharme tan solo un momento...

Instituto de Southington, Connecticut. 2013

—¡Eh, Chiara! ¡Se te ha caído!

Miré al suelo.

—¿El qué?

—¡La guapura!

Me abracé a los libros que llevaba pegados al pecho y aceleré mis pasos para alejarme de aquel grupo que siempre me andaba molestando. Me acerqué a las taquillas y abrí la mía para buscar unos apuntes. Sin desviar la vista, supe que Lisa y Margaret se habían colocado cada una a un lado. Era una forma de intimidarme y hacerme sentir pequeña.

—¿Es cierto que eres la hermana de Tristan Clayton? —me preguntó Lisa.

—Hermanastra —respondí.

—¿Ves? —exclamó Margaret—. Te dije que era imposible que este espécimen tuviera los mismos genes que nuestro Tristan.

—Ya lo sabía. —Lisa se carcajeó—. Entonces, ¿se podrían enrollar?

Me envaré, como si aquella chica hubiese sido capaz de leer mi mente y averiguar lo que sentía por Tristan.

—¿Por qué dices eso? —balbucí.

—A ver, como poder, puede —se mofó Lisa—. El que no podría sería Tristan, porque vomitaría en cuanto ella se acercara y le soltara su apestoso aliento, lo mordiera con sus horribles aparatos o lo pringara con la grasa del pelo.

En ese mismo momento, pasó por allí Mike Sanders, que simuló que se tropezaba, cayó sobre mí y, al desequilibrarme, hizo que se me cayeran los libros, los apuntes y una caja con lápices. El suelo quedó cubierto de folios, libros y el contenido del estuche. Quise morirme cuando vi aparecer aquel montón de lápices cuyos tapones eran corazones de colores y purpurina. Mike se agachó, recogió unos cuantos y se los lanzó a otro compañero que pasaba por allí.

—¡Mío! —gritó.

—¡Dame eso! —exigí.

—¡Menuda horterada! —rio.

Se lo fueron pasando de unos a otros, y yo seguía pidiéndoles que me lo devolvieran mientras las lágrimas quemaban mis ojos.

—¡Joder, dejadlo ya!

Todos se quedaron quietos ante la orden del capitán del equipo de baloncesto. Tristan les mostró la palma de la mano y los demás depositaron en ella los lápices y sus vergonzosos complementos.

—Y ahora, ¡largo! —les gritó.

Se fueron todos, incluidas las chicas, y luego me ofreció mis cosas, aunque yo no veía ni mano ni lápices ni nada. Yo solo podía quedarme embobada ante aquellos ojos verdes, la sonrisa preciosa y el cabello negro y sedoso recogido con una banda elástica. Mi corazón de adolescente amenazaba con salirse de mi pecho y mis piernas, con volverse de plastilina.

—No les hagas caso, Chiara. Imagina si son gilipollas que no tienen otra cosa que hacer que meterse contigo.

—Pero ¿qué les he hecho yo? —musité.

—Nada. —Se encogió de hombros—. Ese puede que sea el problema. Deberías pararles los pies.

—Son tus amigos, ¿no?

—Por eso sé que son gilipollas. —Sonrió y yo volví a quedarme sin aliento.

—Gracias, Tristan —le dije.

—Somos familia —me dijo—. Eres como una hermana pequeña a la que tengo que proteger. —De nuevo, sus dientes blancos deslumbraron en su hermoso rostro. Mi cerebro se convertía en papilla cuando me hablaba.

—Estaría bien —le respondí. Que se dirigiera a mí como familia, que hablara de protegerme o, simplemente, que supiera que existía era suficiente para hacerme sentir querida por él. Me conformaba con tan poco...

—Hagamos una cosa —me propuso—. Hoy me vas a esperar a la salida, junto a las jardineras que hay al pie de las escaleras. Cuando salga, te acercas a mí y caminas a mi lado. Que vea todo el mundo que vienes conmigo, que te montas en mi coche y que nos vamos juntos a casa.

Casi me desmayo por aquella propuesta.

—Vale. —Asentí con entusiasmo.

—Irás y vendrás cada día conmigo, ¿de acuerdo? Me parece una gilipollez que te tengan que respetar solo por eso, pero lo haremos de todos modos. ¿Te parece bien?

—Sí —le dije.

—Pues hasta luego, Chiara.

Aquella mañana la recuerdo como una de las más felices de mi vida. No escuché a los profesores y apenas tomé apuntes. Me dediqué a fantasear con formar parte de la vida de Tristan, de compartir tiempo con él, de que acabara conociéndome y, quién sabía, gustándole un poquito. Me sentí en una nube y no hice otra cosa que suspirar y dibujar corazones por todas partes.

A la salida, hice lo que me dijo. Recorrí el pasillo esquivando la marea de alumnos, atravesé la puerta de entrada y bajé las escaleras. Me detuve junto a una de las jardineras, donde se mezclaban las plantas con las colillas de cigarrillos, y me dispuse a esperar. Rastreé cada cabeza oscura entre la multitud que salía a toda prisa y, por fin, lo vi. Agité la mano cuando descendió por la escalinata, pero no me dio la impresión de que me viera. Morí un poco cuando lo vi correr hacia el aparcamiento abrazado a una chica, pero aun así intenté llegar hasta él.

Me detuve al llegar a su coche. Allí estaba Tristan, el chico con el que soñaba desde hacía dos años, subiéndose a su descapotable al mismo tiempo que la chica lo hacía desde el lado del copiloto. Dentro del deportivo, comenzaron a besarse de forma febril. Estaba tan cerca que podía ver sus lenguas deslizándose por sus labios. Después de lo que me pareció una eternidad, él arrancó el motor y desaparecieron de allí.

Se había olvidado de mí. Y para mí aquello fue devastador, porque, mientras no me había hecho caso, no había esperado nada. Pero ofrecerse a protegerme para luego ignorarme...

No le recriminé nada, a pesar de que ni siquiera se disculpó. Si ya me sentía patética, no quería imaginar lo que sería exigirle que me hiciera caso.

Poco después, Tristan se marcharía a la universidad y, para mi desgracia, los años pasaban y mi enamoramiento no cesaba. Él regresaba para algunas fiestas o vacaciones, pero su padre lo ignoraba y apenas coincidíamos en casa. Aun así, recuerdo consultar el calendario y tachar los días que faltaban para sus visitas.

También llegó el momento de ir a la universidad. Yo sabía que mi hermanastro también estaba allí, en la UConn. Recuerdo el primer día en que me instalé en la residencia. Dejé mis cosas de cualquier manera y fui rápidamente al baño a mirarme en el espejo, algo que hasta entonces había odiado y que me gustaba hacer cada día más. Ya no llevaba ortodoncia ni flequillo, ni tenía el pelo grasiento. A mis dieciocho años, había concluido mi propia metamorfosis, como la mariposa que emerge de su crisálida.

Sonriente y emocionada, me lancé al campus en busca de Tristan. Localicé la facultad de Química y, a continuación, una pista de baloncesto. Por supuesto, allí estaba. Me senté en las gradas y lo vi jugar. Había cambiado, porque estaba más alto, más ancho, más hombre. Pero en esencia, estaba igual, tan guapo que me consumía solo verlo. Seguía llevando el pelo por los hombros, sujeto con un pañuelo anudado a la nuca, como en el instituto. Y yo continuaba soñando con acariciar y besar esos sedosos mechones.

Cuando terminaron de jugar, me puse en pie y corrí hasta la banda de la cancha. Con una sonrisa que me ocupaba toda la cara, lo

esperé. Muerta de los nervios, lo vi acercarse mientras charlaba con un compañero. Levanté una mano y, cuando fui a decir su nombre, él desvió un instante la vista, me guiñó un ojo y siguió caminando.

Como si no existiera. Como si nunca hubiese existido.

Capítulo 29

Tristan

—¿Y por eso decidiste fingir que te enamorabas de mí? —le reprocho —. ¿Por un crío que, a falta de cariño paterno, solo pensaba en liarse con animadoras? ¿Por un universitario que estaba más pendiente de la liga y de los ojeadores de la NBA que de otra cosa?

—No he fingido que me enamoraba de ti —me replica—. Siento que lo he estado siempre, Tristan. A pesar de ignorarme, a pesar de olvidarme, a pesar de que ni siquiera me reconocieras. Nunca fui capaz de dejar de quererte, Tristan Clayton, el chico de los ojos bonitos. Mi hermanastro.

—¡Venga ya! —le espeto—. Después de todas las mentiras que me has endosado, no pretenderás que te crea ahora.

La sangre me hierve cuando pienso en cada uno de los momentos que he vivido con Chiara en las últimas semanas: la indiferencia que mostró cuando la encontré en el coche supuestamente averiado para hacerme creer que no le interesaba un ápice; la falsa sorpresa de comprender que su hermanastro era el mismo del encuentro en Nevada; las fingidas pullas en los primeros entrenamientos, cuando ya empezaba a volverme loco de deseo...

Pero si evoco los roces, las miradas, las insinuaciones... es cuando me dan ganas de romper algo. Porque no fue a saco a por mí, no. Se lo curró a base de bien. Se metió en mi piel poco a poco, capa a capa, hasta llegar a lo más profundo de mi cuerpo y de mi alma.

Y si pienso en los besos, en las caricias y en las veces que hicimos el amor... exploto de pura rabia. No, rectifico. Lo peor es recordar las palabras de amor, las frases que se grabaron en mi corazón y me

hicieron creer que nunca había estado enamorado de Evie, que había encontrado a mi alma gemela.

Maldita sea una y mil veces, Chiara, May, o como demonios se llame.

—Ya sé que no tienes motivos para creerme, Tristan, pero reconoce que ya no tengo nada que perder. No tendría por qué decirte ahora que estoy profundamente enamorada de ti. Y no como lo estuve a los catorce o a los dieciocho años. Te quiero, Tristan, por el adulto en el que te has convertido. Te quiero como nunca he querido a nadie. Te quiero de verdad.

Sus palabras son como puñales dentados que se incrustan en mi pecho y se retuercen, arrasando pulmones, corazón y huesos.

—La palabra «verdad» te queda un poquito grande, hermanita. Y si lo es, me da exactamente igual —le espeto—. Lo único que me importa es que te has colado en mi vida, en mi corazón, en mi cama y hasta en mi familia. Y mira —le digo con desdén—, que me hayas dejado jodido, engañado y con una sensación de estupidez suprema se puede aguantar. Lo que no tolero es que hayas venido a esta casa, hayas jugado con mis hermanos, compartido mesa con ellos y con Lucille. Has llegado a involucrar a tu hermana, a dejar que los críos se cojan cariño, joder...

Tengo que dejar de enumerar sus traiciones si no quiero quebrarme por dentro. Lo que no esperaba era que, a pesar de todo, las lágrimas de Chiara me rompieran.

—Nada de eso fue premeditado —me confiesa con un llanto silencioso—. Quiero a tus hermanos, aprecio a Lucille, y eso no se puede fingir. —Se limpia la humedad de las mejillas con el dorso de la mano—. Yo solo pretendía hacerme la interesante en aquella carretera, hacer que me desearas. Después de las veces que habías pasado de mí, pensar en acostarme contigo, el mismísimo Tristan Clayton, suponía una especie de victoria, pero no contra ti, sino contra el mundo. Tú no sabes lo que es crecer ignorada y acosada. —Se sorbe la nariz—. También quería saber qué se sentía al ser deseada por ti. Quería ponerme en la piel de aquellas chicas que solo tenían que lanzarte una sonrisa estúpida para que te las follaras en tu descapotable. Por una vez, quería ser una de ellas.

«Que no te afecten sus lágrimas. Mírala como lo que es, una tía que te coge el corazón, se lo lleva a la boca, lo mastica y luego lo escupe.»

—Pero no tuviste suficiente con echar un polvo con el chico popular, ¿verdad? —le recrimino—. Querías tenerlo a tus pies. Total, solo era el que se las ligaba a todas. ¿Qué más daba romperle el corazón, si, con toda seguridad, no tenía?

—Eso demuestras ahora mismo, que no tienes corazón.

No soporto seguir mirando su bello rostro, sus increíbles ojos azules, sus labios carnosos o su piel atezada, ahora más pálida. Pero no puedo cerrar los ojos y demostrarle lo mucho que me afecta verla tan triste. Aparto la vista, como si me repeliera su mera presencia.

—¿Y tú sí? —le escupo—. ¿Con todo lo que has hecho? —Suelto una risa mordaz—. Joder, acabo de darme cuenta. Llevaste a cabo un doble juego en todos los sentidos. Resulta hasta gracioso.

—¿Por qué me recriminas tanto el odio hacia Aaron? —me reprocha—. Al fin y al cabo, tú mismo demostraste muchas veces el rencor que sentías hacia tu padre.

—Puede que no haya sido un buen padre, eso no te lo discuto —le respondo—. Pero se ha ganado mi respeto. Ahora, él y mis hermanos son mi familia, ¿entiendes? Y no voy a permitir que venga nadie a hacerles daño.

—Entonces, deberías entenderme, Tristan —me dice en tono de súplica—. Mi familia es lo que más quiero. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por ella.

—¿Como arrastrar a la mía por el fango? —le espeto—. ¿Como follarte a un tío solo para sentirte mejor?

De pronto, su rostro se transforma. Una furia repentina se adueña de sus ojos azules, ahora enrojecidos e hinchados.

—Que te den, Tristan. Paso de aguantar más gilipolleces. Si te has desahogado ya, me gustaría largarme de aquí y perderte de vista.

Un tic me palpita en el párpado. Con la rabia quemándome las venas, me acerco a ella en dos zancadas. Rozo sus muslos con las rodillas, contemplo la humedad de sus pestañas y aspiro por la boca su aliento con el sabor salado de sus lágrimas.

—Soy yo el que quiere perderte de vista, mi querida hermanastra. Pero te vas a joder y vas a presentarte mañana en el entrenamiento. Vas a fingir una lesión, te vas a retirar y vas a desaparecer para siempre del mapa. Porque no pienso dejar que jodas a mi equipo, ni a mi trabajo ni el de tus compañeras.

Mis ojos traicioneros se desvían hacia su boca y observo el temblor de sus labios. Maldita sea por conseguir que sienta su dolor como si fuese mío. La cabeza me da vueltas, porque deseo tanto hacerla sufrir como besarla, arrancarle la ropa y follármela encima del escritorio de mi padre.

—No te preocupes —me dice—. Eso haré.

Se da la vuelta y sale del despacho. Consumido todavía por una desolación cubierta de rabia, la sigo para cerciorarme de que se larga y no interactúa con nadie.

—¡Chiara, Chiara!

—¿Dónde está Rain? ¿Dónde está Rain?

¡Joder! Justo de cara, mis hermanos. Lucille aparece también por el pasillo. Le lanzo una mirada de censura. ¿Por qué demonios no se ha llevado a los niños a la otra punta de la propiedad?

—Rain está...

—Se tienen que ir de viaje —intervengo—. Pasará bastante tiempo hasta que volváis a verlas.

—Jooo —se lamenta Lucas.

—¿Por quéééé? —se queja Dylan—. Ni siquiera hemos ido todavía a verla patinar.

—Nos dijo que después del verano habría un campeonato estatal infantil —insiste Lucas—. ¡Queremos ir!

Cruzo la mirada con la de Lucille. A ambos se nos notan las ganas de recriminarle a Chiara haber involucrado a los críos. Nos tensamos al ver que se agacha ante los gemelos y les acaricia los rubios cabellos.

—Haremos una cosa —les dice con una ternura que se me clava en mitad del esternón—. Todavía no sabemos la fecha de ese campeonato, así que, en cuanto la conozcamos, llamaré a Tristan para que os informe, ¿de acuerdo?

Tengo que tragarme un gemido de pesar: Chiara tiene las manos detrás de la espalda y está cruzando los dedos... como una forma de pedir perdón por mentir a dos niños.

—Entonces, ¿no vendréis a vernos jugar esta semana? —se lamenta Dylan.

—No, lo siento —susurra Chiara y les da un abrazo—. Me alegro mucho de que seáis parte de mi familia de algún modo —les dice.

—Somos como hermanos. —Lucas muestra su sonrisa imperfecta —. Tú, Rain, Tristan y nosotros.

—Como hermanos —suscribe Chiara.

—Os está esperando el baño, chicos. —Lucille los insta a subir a la planta superior y ellos obedecen correteando por los pasillos. Luego mira a Chiara.

—Lo siento, Lucille.

—Yo también lo siento —le responde mi madrastra—. Porque solo tendrías que haber dicho la verdad para que esta familia hubiese sido real.

Lucille se da la vuelta y desaparece por el mismo camino que sus hijos. Chiara inspira profundamente y se dirige al vestíbulo. Abre la puerta y sale al porche de la entrada. Baja los tres peldaños y camina hasta la zona de gravilla habilitada como aparcamiento.

—No es necesario que me acompañes, Tristan. ¿O es que temes que me lleve algún jarrón chino o alguna estatua del jardín como compensación?

—Ojalá te hubieses limitado a planear robarnos —le digo.

Ella acciona el mando, abre la puerta y se introduce en el interior del coche. No dejo que cierre la puerta y me asomo por el hueco. Vuelvo a tener su rostro a tan solo un palmo del mío.

—He leído el artículo —le digo—. Tienes un gran talento como escritora, columnista o lo que te propongas. Pero deberías utilizar ese talento para escribir algo que no sea basura sensacionalista.

—¿Todavía te quedan ganas de darme consejos de hermano mayor? —me suelta con desdén e intenta cerrar la portezuela, pero se lo impido con el brazo.

—Es gratis —le digo—, por si quieres aprovecharlo. ¡Ah!, una cosa más. Has convencido a mi padre de que nunca habrías publicado ese

artículo, de que solo iba a formar parte de un chantaje. Pero yo no me lo creo. Te has tomado demasiadas molestias para escribir algo que nunca vería la luz. Dime la verdad por una maldita vez. Llegaste a pensar en publicarlo y destrozarnos, ¿verdad?

Chiara no aparta la vista de mí. Sus turbulentos ojos se han convertido en dos océanos embravecidos que amenazan con arrastrarme hasta sus profundidades.

—¿Qué estarías tú dispuesto a hacer por los que más quieres, Tristan?

Me pilla desprevenido, cierra la puerta, pone el motor en marcha y se aleja de la propiedad por el camino bordeado de arbustos.

—Tú estabas entre esas personas, Chiara —musito.

—Pues vaya rollo —refunfuña Lucas—. ¿Por qué tendrán que irse Chiara y Rain?

—Creo que es un secreto —comenta Dylan—. Un día le pregunté a Rain por qué no había venido nunca a nuestra casa y me dijo que no podía decírmelo, que se lo había prometido a Chiara.

Termino de colocar las sábanas bajo el colchón de Dylan y me siento en el borde de la cama.

—¿Qué más te contó Rain? —le pregunto.

—No nos contaba muchas cosas. —Mi hermano se encoge de hombros—. Hablaba del colegio, de su amiga Carmen, de patinaje...

—A mí me dijo un día que su mamá estaba enferma —interviene Lucas—, pero luego me pidió que no dijera nada, que se le había escapado. —Compone una expresión de pesar—. No se lo digas a nadie, Tristan, ¿vale?

—No te preocupes. —Les doy a ambos un beso en la frente—. Que descanséis, chicos.

Al mismo tiempo que salgo de la habitación infantil, entran mi padre y Lucille. Oigo cómo se dan las buenas noches, aunque solo la madre se queda un rato más con ellos.

—Espera, Tristan. —Mi padre me pilla bajando las escaleras.

—Se me ha hecho tarde. Mañana hay entreno... y unas cuantas cosas más.

Prefiero apartar de mi mente la idea de que vaya a ser la última vez que vea a Chiara como una de las Valquirias. Aunque esa misma mente sea la que me dice que lo mejor sería no volver a verla en ningún otro contexto.

—No te hagas el sueco —rezonga al llegar al vestíbulo—. ¡Joder, Tristan! Lo único que te exigí fue que no te acercaras a Chiara y ¡bum!, es lo primero que haces. ¿Cómo se te ocurre liarte con ella, a espaldas de la familia, del club y del mundo? ¿Tan atrayente te resulta una relación a escondidas?

—Ya la has oído —me defiendo—. Lo planeó todo desde aquel encuentro en el camino, maldita sea.

—No me ha parecido oír que te obligara a nada —me suelta con ironía.

Me froto el rostro con las manos. Estoy cansado, asqueado, avergonzado y con un dolor en el pecho que temo que tardará en irse.

—¿Qué quieres reprocharme exactamente? —Bufo.

—Nada. —Posa una mano en mi hombro y a punto estoy de derrumbarme. No recuerdo cuándo fue la última vez que me consoló, mucho menos que lo hiciera con una caricia—. Me da la impresión de que dice la verdad cuando confiesa que se ha acabado enamorando de ti.

—¡¿Qué dices?! —Me aparto de él con brusquedad—. ¡Estás hablando de la mujer que nos ha manipulado, ha querido destrozarnos la vida y ha intentado chantajearte! ¡¿Qué ves de verdad ahí?!

—¿Te das cuenta de la diferencia entre nosotros? —Su boca se curva en una leve sonrisa—. Yo estoy cabreado; muy cabreado, para ser sinceros. La que ha liado Chiara... En fin. —Niega con la cabeza —. Pero tú no solo estás furioso; parece que te han dado la peor noticia de tu vida.

Me dejo caer en el primer peldaño de la escalinata curva del vestíbulo y me enredo los dedos entre el pelo. Le doy un tirón a la diadema y la lanzo al suelo con rabia.

—Jamás me he sentido tan estúpido, papá.

Él se sienta a mi lado.

—Me gusta —me dice.

—¿El qué?

—Que me llames papá.

—Nunca he dejado de llamarte así. —Frunzo el ceño.

—Te falta decir: «Aunque no lo merecieras». —Suspira.

—Quizá sigues sin merecerlo. —Me enfrento a sus ojos celestes—. Quizá tengo el defecto de no guardar rencor a la gente. Porque no pienso seguir reprochándote tus ausencias o el desinterés hacia tu hijo mayor. Creo que puede ser verdad lo que me dijo Lucille.

—¿Qué te dijo? —susurra.

—Que yo te recordaba demasiado a mamá.

Los labios del poderoso Aaron Clayton tiemblan.

—Suena demasiado horrible —confiesa—, pero es así. Mirarte a ti era el recordatorio del golpe que me había dado la vida. Involucrado en negocios, en mujeres de paso o en matrimonios fallidos, conseguía no pensar en ello. Y entonces, llegó Lucille, llegaron los gemelos, la paz a mi vida... y el momento en que fui consciente de lo que había hecho contigo. Lo siento, Tristan, aunque sea tarde.

—No pasa nada. —Esta vez, pongo yo la mano sobre su hombro —. Todavía nos queda tiempo para enmendarlo. —Inspiro con fuerza —. He pensado que me gustaría quedarme a vivir en San Francisco. —Se me hace un nudo en el pecho—. Cerca de mi familia.

—Me parece estupendo, hijo. —Sonríe—. A ver si al final vamos a tener que agradecerle a Chiara el habernos unido.

—No me la menciones —bufo.

—Solo te voy a decir una cosa, Tristan. —Se pone en pie—. A veces, ni la mayor de las traiciones consigue que dejes de amar a una persona.

Inspiro profundamente.

—Amar a alguien no significa que merezca tu perdón —lo rebato.

—Acabas de decir que no sueles guardar rencor.

—Pero hay golpes imperdonables.

—¿No me has perdonado a mí?

—Es distinto...

—No me lo parece —me corta—. En algunos casos, el amor no es suficiente. En otros, obra milagros, Tristan. Obra verdaderos

milagros.

Capítulo 30

Chiara

Solo oír risas al entrar en mi casa podría mejorar mi estado de ánimo. Yo misma sonrío al encontrarme a mamá, a Rain y a la abuela compartiendo la cama de mi madre. La pequeña de la familia se encuentra en el medio, arropada por las adultas.

—¡Chiara! —exclama mi hermana—. ¡Ven con nosotras!

Se echan todas hacia un lado, por lo que ocupo el hueco entre el filo y mamá.

—¿Ocurre algo? —Mi madre ladea la cabeza para mirarme y me acaricia el pelo—. Tienes mala cara.

Doy un suspiro que amenaza con llanto.

—¿Qué te pasa, Chiara? —Rain, preocupada, se incorpora sobre los cojines—. ¿Te encuentras mal?

—Bueno... —Inspiro para controlar el temblor de mi labio inferior —. No me siento muy bien. Pero es por cosas de trabajo —miento—. No ha ido como yo pensaba.

Me duele tanto el corazón ahora mismo que me importa un carajo el *Sacramento Flight*, Harry Wolker y todas sus ofertas irrechazables.

—¿Te refieres a tu trabajo secreto?

—¿Qué trabajo secreto? —inquiere mi madre.

—Ay, perdona, Chiara —se lamenta Rain—. No soy muy buena guardando secretos.

—No pasa nada, mi pequeña. —Estiro el brazo para buscar su manita.

—Todavía no me ha respondido nadie —se queja mi madre.

—Pues no estaría mal que te enteraras de todo, hija. —Mi abuela se levanta de la cama y agarra las manos de Rain para tirar de ella

—. Vamos, cariño, hora de irse a la cama.

—Quieres que me vaya para que no escuche lo que hablen mamá y Chiara —refunfuña mi hermana.

—Créeme, cielo —rezonga la abuela—. Será mejor quitarse de en medio los próximos minutos.

Rain nos da un beso de buenas noches, y mamá y yo nos quedamos solas sobre la cama. La abrazo y le doy un beso.

—¿Qué está pasando aquí, Chiara?

—Yo... no quería alterarte, mami.

Ella se coloca de lado para que estemos cara a cara. Sigue teniendo ojeras y cierto matiz ceniciento en la piel, pero el cabello rubio le aporta un toque de luz a su rostro.

—Sé lo que me pasa, Chiara —me dice—. Bueno, es un decir, porque ni los médicos lo tienen claro, al menos el origen. Hablan de depresión severa por causas químicas cerebrales o por factores estresantes, como acontecimientos traumáticos o estrés crónico. La parte química se trata con fármacos, pero la otra... es más complicada. Por eso opté por una solución rápida.

—El alcohol —le digo con tiento, como si mencionar la palabra pudiera hacerla caer—. Te veo mejor en ese sentido.

—Estoy en la cuerda floja, cariño. Puedo recaer en cualquier momento. Hay que ser realistas.

Cojo aire y me lleno los pulmones. Nunca le he hecho la siguiente pregunta a mi madre.

—El acontecimiento traumático fue el divorcio de Aaron, ¿verdad?

Mi madre se ayuda con el brazo para incorporarse y sentarse en la cama.

—No sé por qué me preguntas eso, Chiara. El divorcio de Aaron fue la guinda del pastel, no el origen.

—Pero lo odias. —También me siento en la cama y me apoyo en el cabecero—. Estoy segura de que odias a Aaron por lo que te hizo.

—¡Lo odié! —exclama—. ¡Claro que lo odié! ¡¿Cómo no voy a hacerlo, si me dejó por otra y yo lo amaba con toda mi alma?!

—¡¿Y lo que le hizo a tu vida?! ¡¿Qué me dices de eso, mamá?! ¡Te hizo caer en el pozo más oscuro! ¡Por su culpa, tú...!

—A ver, a ver, Chiara. —Me apacigua aleteando suavemente las manos—. Nunca he culpado a Aaron de mi enfermedad. No puedes decir que hayas oído esas palabras de mi boca.

Titubeo. Una mezcla de desasosiego, arrepentimiento y desconcierto me nubla la mente un instante.

—Pero... yo te oí muchas veces, mamá. Lo maldecías a gritos. Decías que te había destrozado la vida...

—¡Estaba borracha! —clama.

—¡Por su culpa! —insisto.

De repente, mi madre se sorprende de mi arrebato de odio.

—¿Qué ha pasado, Chiara? ¿Qué le has hecho a Aaron?

—Intentar joderle la vida —le suelto en un suspiro exasperado—. Lo que se merecía. O lo que yo creía que merecía.

—Madre mía, madre mía, Chiara. —Mamá se levanta de la cama y en ese momento aparece la abuela—. ¡Tú, mamá! —La señala con el dedo—. ¿Estabas al corriente de las maquinaciones de tu nieta?

—Ella no sabía en qué consistía mi venganza —defiendo a la abuela.

—Conocía parte del plan —asegura la mujer—. No pensaba que fuera a ir tan lejos, pero me hago responsable de no haberla hecho entrar en razón. Se ha pasado tres pueblos. —Me mira con severidad.

—Y yo metida en la cama mientras tanto —se lamenta mamá—. Maldita enfermedad que te incapacita de tal manera que te ves en un enorme agujero negro donde lo mismo sientes vacío que rabia o frustración. Pierdes la energía, se te embota el pensamiento, te reprochas todos los males del mundo y, para colmo, te duele todo. ¡Joder!

La abuela y yo abrazamos a mi madre cuando comienza a llorar.

—Ya está, mami, ya está. Lo siento si te he hecho recordar...

—No, no ha sido por ti. —Se enjuga las lágrimas con la manga de la camiseta—. No hace falta recordar para ser consciente de mi problema. —Se aparta de nosotras, como si le viniera una idea a la cabeza—. Por favor, Chiara, cuéntame qué ha pasado con Aaron.

Se lo cuento todo, desde el principio. Mi impotencia cada vez que la veía llorar, mis miedos cada vez que descubría una caja vacía de

pastillas sobre la mesita, mi rabia al pensar en que el culpable había sido su maldito exmarido.

Mamá inspira con fuerza varias veces para tratar de serenarse. Lleva a cabo algunos ejercicios de respiración, los que le recomiendan los médicos para momentos de ansiedad.

—Llama a Aaron y dame tu teléfono. Quiero hablar con él ahora mismo.

—¿Con Aaron? —inquiero preocupada.

—Estoy tratando de no montar un drama, algo que me es muy complicado —me dice mientras sigue respirando—. Así que dame el maldito teléfono, Chiara.

Miro a mi abuela, que asiente, y busco el contacto de Aaron en mi móvil. Le ofrezco el aparato a mamá con el altavoz activado. Después de tres tonos, mi antiguo padrastro contesta.

—¿Qué quieres, Chiara? —responde con tono hastiado.

—Hola, Aaron. Soy Rose.

Silencio en la línea.

—¿Rose? ¿Qué ocurre? ¿Le ha pasado algo a Chiara?

Puedo detectar una sincera preocupación en su voz.

—Estoy bien —respondo—. Estoy aquí.

—Soy yo la que quiere hablar contigo —le dice mamá—. ¿Cuándo podríamos vernos?

Él titubea.

—Pues... cuando quieras, Rose. Podemos ir a algún lugar tranquilo...

—No —lo ataja—. Aquí, en mi casa. ¿Cuándo puedes venir? Y no vayas a apuntarme en alguna de tus agendas de citas y reuniones —le suelta con mordacidad.

—¿Mañana por la tarde te parece bien?

—Perfecto. Chiara te mandará la ubicación. Gracias, Aaron.

—Ha sido... agradable oírte de nuevo, Rose.

—Lo mismo digo —responde mi madre antes de colgar. Me devuelve el teléfono.

—No entiendo qué demonios tienes que hablar con él —rezongo.

—Mañana lo entenderás. Tú también estarás presente, Chiara.

Capítulo 31

Tristan

—¿A qué viene esta tortura de hoy, entrenador? —se queja Keilah.

Observo a las doce jugadoras que completan la plantilla de las Valquirias. Bueno, once más la impostora. Chiara también está sudando a borbotones, bufando y resoplando, pero no se queja verbalmente ni un solo momento. Estoy seguro de que entiende que las estoy martirizando a todas por su culpa, como cuando un profesor quería hacer salir al culpable castigando a todo el grupo.

—A que el próximo partido es contra las New York Liberty —me limito a responder.

Las jugadoras asienten para mostrar su conformidad. Por un lado, se trata de mi anterior equipo. Por otro, las neoyorquinas ya han alcanzado el primer lugar de la tabla. Además, es uno de los pocos enfrentamientos que tendremos contra la Conferencia Este. Son tres buenas razones para tomarnos este partido como uno de los más importantes de la temporada.

Añadiría para mí que este duro entrenamiento también le va a servir como excusa a May Brambila para fingir una lesión, tal y como acordamos. Pero la parte física llega a su fin y Chiara no muestra síntomas de dolor. La observo de soslayo. Su rostro denota cansancio, pero no parece más agobiada que las demás.

Maldita sea. No puedo ordenar más ejercicios o acabaré lesionando a medio equipo.

—Vale, está bien. Ahora podéis realizar unas cuantas entradas y después hablaremos de estrategias mientras jugamos un partido.

Espero que sea ahí donde ella simule una torcedura o algo por el estilo. Pero no. El entreno finaliza y mi querida hermanastra se dirige

con el resto del equipo a los vestuarios.

Siento como si me quemara la piel de la rabia. ¿Vuelve a tomarme por estúpido? Sé que me la estoy jugando, pero no me queda más remedio que forzar la situación. No quiero verla más por aquí. No quiero verla más en ninguna parte.

—Brambila —la llamo. Ella se vuelve y me mira con toda la normalidad del mundo—. Después de la ducha, quiero que vengas a mi despacho.

—Sí, entrenador.

Como esperaba, las jugadoras la miran con sorpresa y preocupación. En cuanto desaparezcan de mi vista, la van a rodear, le van a preguntar si hay algún problema y, cuando responda que no tiene ni idea, todas van a comenzar a especular y a soltar sus propias hipótesis como en una lluvia de ideas. Es un riesgo que pongan el foco sobre mí, pero ya no importa. La desconocida May Brambila ya no va a volver.

Me he reunido con mis ayudantes, he visionado jugadas de las Liberty, he tomado notas y, aun así, el tiempo se me hace condenadamente largo mientras espero en el despacho. ¿Qué cojones hace Chiara? ¿Se ha largado para reírse en mi cara?

Estoy a punto de enviarle un mensaje, que sería otra malísima idea, pero no es necesario. Un par de golpes en la puerta me alertan de la llegada de May.

—Pasa —gruño—. Te lo has tomado con calma.

—Lo he preferido así. —Cierra la puerta detrás de ella—. Me estaban acribillando a preguntas y, aunque ha quedado claro que no tengo ni idea del motivo de la reunión, algunas de ellas pretendían esperarme, preocupadas por mí. Por eso me he inventado un mensaje tuyo en el que me advertías de que estabas en una reunión que se estaba alargando. Creo que ya se han ido todas. Las has dejado molidas. —Ríe.

—Déjate de bromas y jueguecitos, Chiara. —Echo mi cuerpo hacia delante y apoyo las manos en el escritorio—. Habíamos quedado en algo que no has cumplido.

—Lo sé. —Se tensa visiblemente—. Pero he cambiado de opinión y quiero pedirte un favor.

—Ya no hay más favores, mi querida hermanastra. Has agotado todo el cupo.

Percibo perfectamente la vulnerabilidad que la cubre como una sombra. Y me duele. No sé cómo demonios me sigue ocurriendo, pero me duele su propio dolor.

La contemplo mientras ella busca la manera de formular el supuesto favor. La piel de su rostro aparece enrojecida por la ducha y los mechones oscuros de su melena, todavía húmeda, le caen por los hombros y la espalda. Lleva unas mallas negras y una camiseta de tirantes amarilla, lo que me recuerda más que nunca a la chica que encontré sentada en el capó de un coche apartado en el arcén. Parece que hayan pasado siglos desde aquello; como un lejano sueño.

—Quiero jugar el próximo partido.

No habría alucinado más si me hubiese pedido un millón de dólares.

—¿Perdona? —Bufo—. ¿Es en serio?

—Solo unos minutos —añade—, como las veces que ya he intervenido.

Me dejo caer en el respaldo del sillón de cuero.

—No se puede tener más cara dura —le reprocho.

—¿Por qué? —Suelta en el suelo la mochila que llevaba al hombro, se acerca y coloca las palmas sobre la mesa—. Solo quiero una última vez con las chicas —me ruega—. Un último partido. Se han portado de maravilla conmigo y pensar en que lo último que comparta con ellas sea solo un entreno y una huida a la enfermería me parece injusto para ellas.

—No piensas en ellas, solo en ti —la acuso—. Siempre has pensado en ti.

—No es verdad —se defiende—. Pensaba en mi madre, en mi familia.

—Eso intentabas hacer creer a los demás, incluso a ti misma —le recrimino de nuevo.

—¿Me vas a dar unos minutos para jugar o no? —Sigue en la misma postura, apoyada en la mesa, aunque su rostro ha pasado de mostrar súplica a destilar furia.

—No —le respondo—. El equipo rival es demasiado fuerte.

—¿Y qué excusa te vas a buscar para mi desaparición? —me reta.

—Ya has vuelto a urdir un plan, ¿verdad? —Me levanto de la silla y coloco también las manos sobre la mesa. Nuestros rostros quedan separados tan solo por un aliento. El de ella huele a menta fresca y lo noto hasta en la lengua—. Ahora sabes que no me queda otro remedio que aceptar tu exigencia para poder dar explicaciones. —Río con desdén—. Sigues siendo una manipuladora.

—Oh, fíjate —ironiza—. Qué pedazo de plan taimado y retorcido. Pedirte unos minutos de juego para compartir con las chicas algo que realmente me gusta.

—Ahora resulta que el baloncesto es superimportante para ti —le digo con retintín.

Chiara baja la cabeza y los hombros. Inspira y se retira de la mesa.

—No he venido a pedirte perdón, Tristan —me dice.

—Será porque tus acciones han sido imperdonables —le suelto.

—Joder. —Se frota la frente—. ¿Sabes qué te digo? Que te den, Tristan. Ya me buscaré la vida.

Se da la vuelta para coger la mochila, pero yo soy más rápido. La agarro del brazo y la vuelvo hacia mí. Su pecho choca con el mío y he de frenar el cuello para evitar que mi boca busque la suya.

—¿Y ya está? —le reprocho—. ¿Así de fácil desapareces de la vida de la gente?

Si su cercanía me turba, tocarla y olerla me deja sin respiración. Vuelvo a maldecirla por ello.

—Eres tú el que me estás echando.

—Tendrás esos minutos de partido. —Ni siquiera lo pienso. Hay algo dentro de mí que me impide lastimarla, que quiere ayudarla.

Percibo cómo se destensa el cuerpo de Chiara. Seguimos muy cerca, prácticamente pegados el uno al otro. Mis dedos todavía aferran su muñeca, pero se me hace difícil soltarla. Como si

necesitase ese contacto de alguna forma, porque, si la suelto, habrá llegado el fin.

—Gracias, Tristan. —Y, sin esperarlo, siento sus labios en los míos.

En mi cerebro se agolpan mil preguntas, quejas, reproches... Sin embargo, la única orden que me da es besarla y... ¡bum!, me explota el pecho. En cuanto nuestras bocas se unen, en cuanto su lengua toca la mía, en cuanto Chiara suelta un gemido.

Ahora sí que no pienso, solo actúo, me dejo llevar por el cuerpo, por el corazón, por el deseo. Acuno el rostro de Chiara y lo inclino hacia un lado para profundizar más el beso, para poder llegar tan adentro de su boca que sienta que me fundo con ella.

Nuestros cuerpos se reconocen y tampoco acatan órdenes ni razones. Empujo a Chiara hasta la mesa, la siento sobre la superficie de madera y sigo besándola. Mis manos descontroladas tiran hacia abajo los tirantes de la camiseta y dejan sus pechos al descubierto. Me inclino para besarlos, chuparlos, succionarlos, y desde mi lengua se extiende una corriente de excitación que recorre todo mi cuerpo hasta estallar en mi entrepierna.

—Maldita seas, Chiara —gimo mientras sigo lamiendo—. Maldita seas...

Ella me enreda las manos en el pelo para apretarme contra su pecho y, un instante después, las cuela bajo la camiseta y me recorre con ellas los hombros, la espalda y el estómago. Gimo con sus pezones en la boca cuando su mano se introduce bajo la cinturilla de mi pantalón, aparta mi ropa interior y me rodea el miembro. Doy un respingo y hundo el rostro entre sus pechos para atajar el gemido que amenaza con salir a un volumen demasiado alto.

—Tristan —susurra—. Tristan...

Oír mi nombre de sus labios es el remate final. Doy gracias al cielo por que lleve unas mallas. Agarro el elástico y tiro de ellas hacia abajo. Palpo su sexo y se empapa la mano incluso a través de la tela de algodón de sus bragas.

—Oh, Dios... —gime.

Me apodero de su boca y enredamos nuestras lenguas para obligarlas a no hacer ruido. Mientras tanto, aparto sus braguitas y

froto la parte más sensible de su sexo. Me muerde la lengua y el dolor me produce más placer. Su mano sigue alrededor de mi miembro, subiendo y bajando. Y ya no puedo más.

La levanto de la mesa y, con ella en brazos, me dirijo a trompicones a un anexo de mi despacho, donde me reúno con mis ayudantes y visualizamos partidos. Abro la puerta con el pie, cierro del mismo modo y sitúo a Chiara sobre un mueble pegado a la pared, donde se guardan proyectos y estrategias que nadie puede ver. Una vez sentada, tiro de sus zapatillas, de sus mallas y de sus bragas y le abro las piernas para encajarme entre ellas. Yo mismo guío mi miembro hasta su sexo y me introduzco en su interior con un envite tan repentino que sus nalgas se despegan de la superficie metálica.

—¡Tristan!

—Joder, Chiara, joder...

Es lo único que decimos, nuestros nombres, mientras ella se abraza a mi cuello, yo la beso y nuestras caderas chocan descontroladas. Solo necesitamos unos segundos para alcanzar el orgasmo y estremecernos, abrazados el uno al otro. Al terminar, apoyo la frente en su hombro sin dejar de resollar. Percibo los dedos de Chiara enredados en mi pelo, acariciándome el cuero cabelludo, provocándome escalofríos que, en lugar de ir a parar a mi entrepierna, aterrizan directamente en mi pecho. Y me ahogan.

Cuando soy realmente consciente de lo que acaba de pasar, me aparto de Chiara, que continúa desnuda, sentada sobre el archivador, recuperando el aliento.

—Será mejor que te vistas. —Yo me limito a entrar en el baño, asearme y subirme el pantalón. Cuando salgo, Chiara ya se ha vestido y sostiene la mochila sobre el hombro. Espero que me suplique perdón, que me dé alguna razón irrefutable para su actuación, que se arrepienta una vez más.

—Nos veremos el día del partido —me dice antes de darse la vuelta, salir del despacho y cerrar tras de sí.

No, no me suplica nada. Y aunque por un lado me decepciona, por otro me hace sentir orgulloso. Chiara ha actuado mal, de eso no hay duda, pero lo ha hecho con el corazón. Y me parece que hay poca

gente así de valiente, que lo arriesgue todo siguiendo los dictados de su corazón.

Ahora veremos qué pasa con el mío.

Capítulo 32

Chiara

Abrir la puerta de mi casa y encontrarme a Aaron Clayton resulta un tanto inquietante, pero, para mi propia sorpresa, más natural de lo que esperaba. La relación retomada, aunque fuese solo por mi parte y con oscuras intenciones, nos ha acercado en cierto modo; sin pretenderlo, sin buscarlo, pero ha sucedido. Todavía queda un poso de rencor que no soy capaz de hacer desaparecer, pero al mismo tiempo percibo cierta conexión con este hombre. Quizá sea la indulgencia que ha mostrado hacia mí o la naturalidad con la que me recibió en su casa después de años de separación.

—Hola, Chiara. ¿Puedo pasar?

Hoy viste un traje gris y una camisa blanca, aunque sin corbata. Me he acostumbrado a verlo tanto en su casa, en un entorno más informal, que me impone un poco su presencia. Aaron no alcanza la estatura de su hijo, pero sigue siendo alto y fornido. Por un instante, recuerdo cuando se casó con mi madre, con el cabello todavía rubio y sus sagaces ojos azules.

—Claro. —Me hago a un lado.

—No he venido solo —me dice cuando accede al diminuto vestíbulo. Pensar en el de la casa de Los Altos Hills me hace reír mentalmente de pura absurdidad.

Hablando del hijo... aquí está, en mi porche, con su imponente altura, con el cabello apartado del rostro con una banda de color verde, de un tono más oscuro que sus ojos. Qué atractivo es, y no solo por su belleza física. Tristan es guapo, es divertido, es amable, es encantador... y tiene una mirada en la que decidirías quedarte a vivir el resto de tu vida. Siempre me robó el aliento su presencia,

pero ahora, después de conocerlo mejor, me ha robado totalmente el corazón. Lo peor de toda esta historia es que él fue sincero cuando desnudó su alma y declaró estar enamorado de mí. Esta misma mañana, en su despacho, me ha demostrado que sigue existiendo la misma atracción, el mismo deseo, la misma ansia. Todavía tengo su sabor en mi lengua, su olor en mi pelo, su impronta en mi piel. En este momento, mientras me mira desde el porche, advierto en sus ojos el hambre y las ganas reprimidas. Y no me refiero solo al sexo. El magnetismo que existe entre nosotros también es conexión, es cariño, es apoyo y afán de protección.

La he fastidiado a base de bien.

—He venido a saludar a Rose —me dice antes de que abra la boca —. Si no te importa.

—La casa es de mi abuela. —Me encojo de hombros y lo dejo pasar—. Total, qué más da un Clayton más que un Clayton menos.

Tristan ha de agachar ligeramente la cabeza para cruzar el dintel de la puerta de entrada. Le señalo el camino hacia el salón. Camino detrás de él y nos detenemos en la estancia más grande de la casa. Solo hay una ventana, pero su orientación al oeste permite que el sol de las primeras horas de la tarde inunde el espacio con luz y calor. Uno de esos rayos le extrae destellos dorados al cabello rubio de mi madre y al entrecano de Aaron.

—Hola, Rose —saluda Aaron a mi madre—. Tienes buen aspecto.

—Estoy hecha un asco por dentro, pero ¿qué mejor excusa para arreglarse que la visita de un ex? —Ambos sonríen y se besan en la mejilla.

Y yo me siento un poco idiota. Muy idiota.

Mamá desvía la vista y, de inmediato, sus ojos castaños se abren y se llenan de alegría.

—¡Tristan! —Se acerca a su antiguo hijastro y le da un efusivo abrazo, tan verdadero que percibo el cariño en el estómago—. Oh, Dios mío, estás guapísimo. Has cambiado tanto... Eras un muchacho y ahora eres un hombre.

—Gracias, Rose. Debe de hacer casi una década que no nos vemos. Tú sigues igual de guapa.

—Sigues mintiendo muy mal, pero te lo agradezco. —Compone un mohín—. Quiero aprovechar para presentarte a mi madre, Catarina Brambila.

—Un placer. —Tristan le da un par de besos a mi abuela, que lo mira con curiosidad—. Sabía que el apellido que utilizó su nieta era de alguien, pero no sabía de quién.

—¿Quieres parecerme simpático por algún motivo? —refunfuña mi abuela.

—Mamá, por favor... —se queja su hija.

—No pasa nada. —Tristan sonríe—. Conozco el carácter de la familia.

No me mira, pero no hace falta. Sé que es por mí y eso me provoca un cosquilleo en el vientre.

—A mí ya me conoce —interviene Aaron—, ¿verdad, Catarina?

—Sí, tengo la desgracia —gruñe esta.

El silencio espesa el ambiente. Es Tristan quien decide romperlo.

—Supongo que Rain está en la escuela —comenta.

—Sí —responde mi madre—. Sentaos, por favor. ¿Queréis tomar algo? ¿Té, café...?

—No hay té —rezonga mi abuela mientras se dirige a la cocina—. Haré café y que se sirva quien quiera.

—Es mi madre. —Mamá suspira—. Disculpadla igualmente.

—No importa. —Aaron y mi madre se sientan en el sofá. Tristan lo hace en un sillón y yo en una silla. Me da la impresión de que me da cierta ventaja—. ¿Por qué pediste hablar conmigo? No digo que no me alegre de verte, Rose, pero delatabas cierta urgencia.

Mamá inspira y espira lentamente. Me fijo en sus manos. La tregua que se ha dado con el alcohol se delata en la falta de temblor, aunque se las frota por la ansiedad del momento. He intentado convencerla de que no llevara a cabo esta extraña reunión, pero no ha habido manera.

—Te he llamado para pedirte perdón en nombre de Chiara.

—¡¿Qué?! —Miro a mi madre, desconcertada—. No tienes que disculparte con nadie, mamá. Tú no has hecho nada. He sido yo la que la ha liado y ya he pedido perdón. Y no te molestes en preguntar cómo ha ido, porque no piensan perdonarme.

Mamá me dedica un rápido vistazo, pero vuelve a centrarse en su exmarido.

—No la tomes con ella, Aaron, por favor —le pide—. Me siento culpable por no haber aclarado las cosas. Yo... Es cierto que te odié durante mucho tiempo. Tu traición y nuestro divorcio agravaron mis problemas de salud mental e hicieron que cayera en una fuerte depresión que tuve que paliar con fármacos y alcohol...

—Dios mío, Rose —se lamenta Aaron—. Lo... siento.

—No eres el primero que deja a su mujer por otra —señala mi madre con una sonrisa forzada—. Sucede todos los días. Pero para mí eras el culpable de todos mis males.

—¿Por qué no me pediste ayuda? —La coge de las manos con cuidado.

—Porque te odiaba. —Se encoge de hombros—. Porque solo me consolaba maldecirte y gritar a los cuatro vientos que eras un maldito cabrón que me había dejado por una mujer diez años más joven.

El recuerdo de aquellos días amargos calienta mi sangre. Me pongo en pie de un salto.

—¡No lo entiendo, mamá! —exclamo con furia—. ¡No entiendo esta visita! ¡No comprendo esta condescendencia por parte de todos, como si fuéramos una gran familia! Puede que Aaron no sea culpable al cien por cien, pero ¡joder! ¡Te dejó por otra y ni siquiera se enteró de lo mal que lo estabas pasando! ¡¿Qué ha hecho para que merezca tus disculpas?! ¡¿Por qué ya no lo odias?!

—¡Porque no puedo odiar ni destruir al padre de mi hija, maldita sea, Chiara!

Mi abuela, que entra en este momento al salón bandeja en mano, se queda completamente quieta. Los cubiertos tintinean contra las tazas y tememos que todo caiga al suelo, pero la mujer se rehace y, con movimientos parsimoniosos, deja la bandeja sobre la mesa. El resto parecemos tallados en piedra. Como si Medusa acabara de mirarnos con sus ojos letales.

—¿De qué estás hablando, Rose? —le pregunta Aaron, totalmente desconcertado—. ¿A qué hija te refieres?

—No, mamá —musito—. No me hagas esto...

El rostro de Tristan se mantiene a la espera, con la mandíbula tensa.

—Fue... aquel día, hace casi ocho años, ¿recuerdas? —Las mejillas de mi madre se cubren de lágrimas—. Cuando te llamé para decirte que te necesitaba, que solo quería verte una vez más. Viniste a casa y yo lloraba y te maldecía, pero luego te pedí que me abrazaras y..., bueno, ya sabes cómo terminó aquello.

Aaron se pone lívido.

—¿Papá? —susurra Tristan—. ¿Te acostaste con tu exmujer mientras tu mujer te esperaba en casa con los gemelos bebés?

El hombre desliza los dedos por entre su cabello, se frota la cara y suelta un suspiro audible.

—Fue un acto de apoyo, de ayuda a alguien que te necesita, de cariño...

—Ya sé que fue por lástima; no le des más vueltas —señala mi madre—. Siempre lo he sabido, pero nunca me importó.

—Maldita sea, Rose —le reprocha Aaron—. ¿Por qué diablos no me lo contaste?

—Tu hijo acaba de darte la explicación —responde mi madre—. Ya estabas casado con Lucille y acababas de ser padre de gemelos. ¿Qué querías que hiciera? ¿Me presentaba en tu casa con un bebé y te soltaba «te presento a tu hija»?

—Podías haberme llamado —insiste él.

—¿Y ocultarle a tu mujer una hija secreta?

—Pero ¿y Scott? —intervengo, tan turbada que apenas puedo pensar—. Por aquel entonces estabas con el padre de Rain...

—Me da a mí en la nariz que no lo era —apostilla mi abuela.

—No se lo confesé —prosigue mamá—, pero no hizo falta. Solo tuvo que hacer unos cálculos. Había pasado semanas fuera de casa por trabajo. Supo que la niña no era suya y se fue.

—Joder —musito—. Y yo poniéndolo de vuelta y media pensando que os había abandonado sin más...

—Vale. —Tristan apoya los codos en las piernas y se frota las sienes—. Hasta hace poco no conocía a ninguno y resulta que tengo tres hermanos. —Curva los labios en una ligera sonrisa—. Hay que joderse.

Me tapo el rostro con las manos y suelto un quejido.

—Ay, Dios —me lamento—. Si los críos se hacían un lío, no te digo cuando se enteren del embrollo de padres y madres.

Tristan se levanta del sillón y comienza a dar vueltas por el salón.

—La que se tiene que enterar es Lucille. —Exhala un profundo suspiro—. Joder, Rose, ya podrías haberlo dicho antes. Y tú, papá, ya te vale. ¿Es que nunca le has sido fiel a ninguna mujer, maldita sea?

Aaron continúa mesándose el cabello, que ha quedado totalmente alborotado.

—¡Por favor! —clama Tristan con un deje de mordacidad—. ¡Que alguien nos diga que Chiara y yo no somos hermanos también! ¡Ya sería el colmo!

—¡Claro que no! —le espeta su padre.

—Lo siento —murmura mi madre—. Lo siento...

En mitad de reproches, lamentos y confesiones, aparece Rain en el salón. Alma, la vecina, titubea al vernos a todos.

—Disculpad —susurra—, pero hemos tocado al timbre y no ha salido nadie. Como tengo una llave para emergencias...

La abuela es la primera en reaccionar.

—No te preocupes, Alma. Estábamos tan metidos en la conversación que no hemos oído el timbre. Muchas gracias por recoger a Rain y acercarla a casa.

—De nada. —La mujer les echa un rápido vistazo a los visitantes y después desaparece de la estancia.

Con la extraña interrupción, nadie ha reparado en los ojos tan abiertos de Rain.

—¡Tristan! —Corre hacia él y se agarra a sus piernas. Tristan, algo aturullado, se inclina hacia la niña y la rodea con los brazos. El contacto infantil lo despierta de su confusión y achucha con más fuerza a Rain—. ¿Cómo es que estás aquí? —le pregunta en voz baja —. ¿No era un secreto?

Tristan se acuclilla delante de ella y la toma por los hombros. Su mirada verde se ilumina de la emoción que lo embarga.

—No, Rain, ya no hay secreto. Ahora podemos estar todos juntos.

—Oh, ¡qué bien! —Mi hermana aplaude y da saltitos. Luego se lanza sobre el regazo de mi madre—. ¡Mamá! ¡Tienes que conocer a Dylan y a Lucas! ¡Él es su papá! —Se vuelve hacia Aaron—. Hola —le dice—. ¿Por qué no han venido ellos?

Aaron sigue fascinado con la niña y a todos nos pasa algo parecido, como si la viéramos por primera vez. Nunca me había parado a pensar en que no se parecía a mamá ni a su padre. Su cabello tan rubio y sus ojos tan azules como el cielo me hacían suponer que serían parte del legado genético por vía paterna. Pero la realidad es que, si la miras con detenimiento, te das cuenta de que el tono del cabello y el color de sus ojos son prácticamente idénticos a los de los gemelos. Incluso se parece a Aaron, quien continúa mirándola sin saber qué decir.

—¿Qué pasa, Chiara? —Rain se acerca a mí con el ceño fruncido —. ¿Por qué están todos tan callados?

—Porque se han acabado los secretos —suelta mi abuela, que se da una palmada en las piernas—. Están todos tan contentos que se han quedado sin palabras —añade con una ironía que chirría como las uñas en el cristal.

Mi hermana ríe feliz, sin ser consciente de que es el centro de atención.

—Perdona, Rain. —Aaron, por fin, reacciona—. ¿Puedes acercarte un momento?

La niña primero me mira a mí, que asiento con un gesto. Luego obedece al hombre que no aparta los ojos de ella.

—¿Qué pasa? —pregunta mi hermana al ver a Aaron con una expresión en el rostro que debe de parecerle de lo más extraña. Ella no puede intuir en absoluto el caos que de seguro reina en la cabeza del hombre.

—Nada. —Aaron desliza sutilmente la yema de los dedos por el cabello de la niña—. No sé cómo no lo sospeché al verte —susurra —. Veo un poco de mí en ti y eres igual que mi hermana cuando era pequeña.

—¿Tu hermana? —Rain arruga la nariz—. No entiendo.

—Lo supongo. —Aaron sonríe y, a continuación, le da un beso a su hija en la frente—. Solo puedo decirte que, a partir de ahora, vas a

venir mucho más a casa, a jugar con tus hermanos. Dios —murmura y se pellizca el puente de la nariz—, si hasta comparten la pasión por patinar.

—¡Sí! —exclama la niña—. ¡Y quiero que vengan a verme! ¡Le pediré a la señorita Clark que patinen conmigo en la pista!

—Claro —responde su padre.

—Aaron. —Mamá posa la mano en el brazo de su exmarido—. Tienes que hablar primero con Lucille. Ni siquiera tienes la excusa de que ocurriera antes de conocerla.

—Lo sé, lo sé. —Aaron se frota el rostro con frustración—. Hoy mismo hablaré con ella. Solo espero que me perdone.

Los rostros de las personas que ocupan el salón se me comienzan a difuminar. Sus voces las oigo cada vez más lejanas. Solo Tristan se percata de que, al querer levantarme de la silla, me he tenido que volver a sentar. Se acerca y posa una mano en mi hombro.

—¿Estás bien?

Levanto la cabeza para mirarlo y me doy cuenta de que lo que me distorsiona la visión son lágrimas que no llegan a desbordarse.

—No, no estoy bien. He pasado nueve años de mi vida creyendo en algo que no existía. He odiado a personas, he tramado venganzas... Y todo para nada.

—Cariño. —Mi madre se levanta, se aproxima a mí y me envuelve en sus suaves brazos—. Perdóname. Debería haberlo contado mucho antes, pero sabía que perturbaría la vida de Aaron y de su familia. Preferí mantenerlo en secreto, lo siento...

—No pasa nada. —Hundo el rostro en su blusa—. Me buscaré la vida, como siempre.

—Yo puedo ayudarte, Chiara. —Aaron aparece a mi lado—. Dime en qué periódico te gustaría trabajar y yo hablaré con...

—No —lo corto—. Gracias, Aaron, pero no. Tú tienes otros problemas más acuciantes de los que preocuparte ahora que buscarle un trabajo a tu antigua hijastra. —Alzo la vista para enfrentar sus ojos celestes—. La misma hijastra que ha estado a punto de destrozarte. —Me desvío un instante hacia Tristan—. A ti y a tu hijo.

—Tiene razón, papá. —Tristan posa la mano en el hombro de su padre—. Céntrate en Lucille. Seguro que luego podrás dedicarte a ayudar a Chiara y, por supuesto, a Rain.

—Lo pondré todo en manos de mis abogados —le expone Aaron a mi madre—. Quiero darle a mi hija mi apellido y el lugar que le corresponde respecto a mis obligaciones y a la herencia. Habrá que hacer una prueba de paternidad. Espero que no pongas objeción, Rose.

Mamá niega con la cabeza.

—Me parece justo —dice.

—Bien. —Aaron se mira el reloj—. Será mejor que nos vayamos ya. ¿Te vienes, Tristan?

—Sí —responde su hijo sin dejar de mirarme—. Hay un partido muy importante que tengo que seguir preparando.

Rain le da un abrazo a Tristan y desaparece por el pasillo con la abuela. Mamá se despide de su exmarido y de su hijo. Yo los acompaño hasta el porche. Mientras Aaron se sube al coche, donde espera el chófer, Tristan se vuelve hacia mí.

—Tenemos que procesar muchas cosas, Chiara —me dice—. ¿Estás segura de que quieres jugar contra las Liberty?

—Sabes que es la mejor forma de despedirme. Fingiré una lesión; no te inquietes.

—No es eso lo que me preocupa. —Coloca un dedo bajo mi mentón y me alza la cabeza—. Siento mucho que tengas que dejar al equipo.

—No es lo único que voy a tener que dejar.

No me amilano ni trato de disfrazar lo que siento. Ya he actuado bastante. Ya me he reprimido demasiado.

La mirada verde de Tristan se llena de sombras.

—Me siento dividido, Chiara. Tú has intentado destruir a mi familia, a mí mismo, llevando a cabo ese doble juego, sin pensar en las consecuencias o en dos críos de ocho años.

—¿Pero? —inquiero—. Al menos, suena a que te falta una parte.

—Pero después de conocer toda la historia... creo que puedo entenderte. Y si te sirve de algo, tanto Aaron como Lucille te perdonarán, aunque les tomará un poco de tiempo.

—Es alentador. —Sonrío.

Cierro los ojos al sentir el aliento de Tristan en mi mejilla. Cuando sus labios se posan en mi piel, se me estremece cada nervio del cuerpo. Sin embargo, un peso llamado decepción se instala en mi vientre.

—Supongo que ese beso es una forma de decirme que lo nuestro no podrá ser.

Tristan me besa también en el pelo. Noto la contención en sus manos, que se resisten a tocarme.

—Tengo una responsabilidad con el equipo —me dice—. He de apoyar a mi padre con lo de Lucille, estar junto a mis hermanos...

—Lo entiendo. —Inspiro—. Yo también tengo que apoyar a esas tres generaciones que viven conmigo. —Sonrío.

—Un tiempo separados nos irá bien, Chiara.

—Lo sé —musito. Apenas me sale la voz del cuerpo—. ¿Puedo abrazarte?

La respuesta de Tristan es abrazarme con todas sus fuerzas, hasta que quedo engullida por sus brazos, su pecho y su garganta. Suelto un sollozo y él aprieta un poco más.

—Ahora solo faltas tú —susurro contra su cuello. Aspiro su aroma hasta que no puedo respirar más.

—¿Yo?

—Me has dicho que tu familia me perdonará. Pero no que vayas a hacerlo tú.

Posa las manos en mis hombros para apartarme de él.

—Hay cosas que no se pueden forzar, Chiara May. —Da un paso atrás—. Nos vemos en el partido.

Afirmo con un gesto y lo veo meterse en la parte trasera del coche, junto a su padre. El chófer arranca y desaparecen en el tráfico de la avenida. Cierro la puerta y apoyo la frente en la fría y rugosa madera. Oigo la voz de mi madre a mi espalda.

—Si hubiese sabido lo enamorada que estabas de Tristan, te lo habría contado todo mucho antes. Te mereces tanto ser feliz...

Me doy la vuelta y me lanzo a los brazos de mi madre. Es el mejor lugar del mundo para llorar, para desahogarse, para sentirse amada y comprendida.

—¿Diga?

—¡¿Qué coño ha pasado, Chiara?! ¡¿Me puedes explicar cómo cojones me han podido ordenar desde instancias políticas que destruya tu artículo bajo la amenaza de dejarme en la calle?! ¡¿Eres acaso la maldita hija del gobernador de California o qué?!

—Harry —le digo con toda parsimonia—. Esperaba que me llamases mucho antes.

—Déjate de gilipolleces, Chiara. Me has puesto la miel en la boca, luego has intentado quitármela y, por último, lo has conseguido. Yo de ti me iría buscando otro trabajo. ¡Qué digo otro trabajo! ¡Otra maldita profesión! Digamos... recogedora de basura, y eso tirando muy alto. Porque ¡yo mismo me voy a encargar de que no puedas publicar jamás ni una puta necrológica!

El corte de la llamada me obliga a alejar el teléfono de mi oreja.

—¿Ese era tu jefe? —pregunta mi abuela, que, al parecer, se había quedado a escuchar desde la puerta entreabierta de mi cuarto.

—Harry Wolker en toda su esencia —respondo con un deje mordaz —. Ahora ya, mi exjefe.

—Parecía cabreado, aunque supongo que con razón.

—La verdad es que sí, la tenía.

Las dos acabamos estallando en una carcajada. Mi abuela entra en la habitación, se sienta en el filo de mi cama y me rodea con sus brazos.

—Ay, *cara* mía, cómo es la vida a veces de sorprendente.

—De complicada —puntualizo, e inhalo el aroma dulce que emana de su pecho.

—O de fácil —apostilla—. Creo que, muchas veces, nos la complicamos nosotros mismos, mi pequeña. Tenemos la solución ahí mismo, frente a nuestros ojos, y como nos creemos los más listos del mundo, pensamos que no puede ser, que nada es tan sencillo. Pero somos tontos de remate, porque dejamos pasar oportunidades que hubiésemos conseguido únicamente alargando un poquito la mano y tomando lo que nos merecemos.

Las palabras de mi abuela son como una caricia desde dentro del pecho. Le doy un beso en la mejilla.

—Si estás tratando de decirme que merezco ser feliz, coincides con mamá.

—Y ya sabes que a las madres y a las abuelas hay que hacerles caso...

Capítulo 33

Tristan

El zumbido del teléfono sobre la mesita me despierta. Durante un instante, mi mente embotada cree que es la alarma, pero algo no cuadra al comprobar que todavía no ha amanecido. Estiro el brazo, cojo el móvil y frunzo el ceño al ver que es mi padre. Siento un vuelco en el pecho, como si me preparara para la mala noticia que sé que recibiré.

—Se ha ido, Tristan. Lucille se ha ido y se ha llevado a los niños.

—Joder. —Me revuelvo el pelo y me froto los ojos—. No puedes decir que te haya pillado por sorpresa —le digo con la voz todavía enmarañada con los retazos del sueño—. Pero estoy seguro de que volverá, papá. Solo tienes que darle tiempo.

—Perdona. —Oigo el suspiro a través del auricular—. Sé que no son horas, que deberías estar descansando y que tienes partido, pero no tengo a nadie más con quien hablar de ello.

Un nudo me atasca el pecho.

—No importa, papá. En realidad, me siento un poco culpable por todo lo que ha pasado...

—No, ni se te ocurra —me corta—. Los actos traen consecuencias y yo asumo mis responsabilidades.

—Pero si no me hubiese liado con Chiara, quizá...

—Tampoco la culpes a ella, ni siquiera a su madre. Si no hubiese sido por Chiara y por Rose, no habríamos sabido muchas cosas. Y hay que afrontarlo todo, Tristan, lo bueno y lo malo; sobre todo en la familia. Ya he estado demasiados años desatendiendo a una parte. En los negocios, ya no tengo nada que demostrar. Es hora de comportarme como padre y marido.

Siento el inesperado deseo de abrazar a mi padre, decirle que no se preocupe, que todo va a ir bien. Hago lo que me permite un teléfono.

—No lo has hecho tan mal, papá. —Mi voz se quiebra un instante —. Yo te salí bastante bien, a pesar de lo poco que te tuve. Y Dylan y Lucas son unos críos maravillosos.

—Porque la madre es maravillosa.

—Volverá, papá.

—Espero que no suene mal, pero no voy a suplicarle ni a intentar convencerla. No quiero que se sienta presionada. Que sea ella quien lo decida libremente.

—No suena mal —le aseguro.

—Perdona por haberte despertado. Buenas noches, Tristan. Suerte para el partido.

—Gracias, papá.

Cuando cuelgo, sé perfectamente que no volveré a dormir. Me levanto, me visto con un chándal y una sudadera y salgo a la calle a correr. Conecto los auriculares y escucho *Not Like Us*, de Kendrick Lamar, mientras bajo las empinadas calles en dirección al mar. Inspiro con fuerza el aire salado que trae la bahía, que me recarga las pilas para poder hacer el camino de vuelta, en esta ocasión, subiendo por las clásicas y empinadas avenidas de San Francisco. La rodilla me recuerda, con un par de pinchazos, que no puedo forzarla tanto.

Respiro sin resuello cuando entro en casa y me encuentro a la señora Wilson.

—Dios mío, señor Clayton, ¿cómo se le ocurre quedarse sin fuerzas el día que tiene un partido tan importante?

—Estoy bien —jadeo—. Voy a darme una ducha.

—Le prepararé el desayuno antes de que no sea capaz ni de cascar un huevo —rezonga.

Me quedo largos minutos bajo el chorro de la ducha, como si el agua tuviera el poder de llevarse consigo el caos que asola mi cabeza y dejarme únicamente con lo que tenga que ver con el partido.

—He procurado reunir el máximo de proteínas posible —me dice la mujer cuando bajo hasta la cocina. Veo un plato con una montaña de huevos, tostadas con aguacate y frutos secos—. Aunque también le he preparado fruta y zumo para que se revitalice un poco.

—Gracias, Rita.

La mujer sonríe.

—¿La falta de oxígeno le hace delirar? —bromea.

—No. —Elevo la comisura de mi boca—. Es que ya va siendo hora, ¿no le parece?

—Me suena un poco raro —rezonga—, pero me parece bien, Tristan.

Asiento, sonriente.

—¿Qué tal está Levi?

No sé por qué le pregunto por su hijo. Supongo que, tras el nuevo trato, me he visto obligado a hacerlo.

—Bien —responde—. Parece que va en serio con esa chica, Aspen.

—¿Cree que sigue sintiendo algo por Chiara?

De nuevo, otra pregunta estúpida. Al final, me va a faltar oxígeno de verdad.

—Creo que no —responde—, pero sí es verdad que la quiso mucho y le dejó huella.

—¿Sabe qué pasó?

Rita termina de recoger la encimera y de pasar una bayeta por la superficie. Parece que lo está pensando.

—Nunca pregunté —explica por fin—. Pero la edad y la experiencia sirven para saber algunas cosas sin tener que preguntar. —Compone un retazo de sonrisa—. Chiara es una buena chica. Me habría parecido perfecta si no fuera porque no estaba realmente enamorada de mi Levi.

—¿Cómo puede estar tan segura?

—Porque eso se ve —dice—. Bueno, y porque mi hijo me contó que un día, buscando una camiseta, descubrió una carpeta debajo del colchón. En ella había un montón de fotografías, de recortes de prensa y de todo lo que se hubiese publicado sobre otro muchacho.

Mi corazón se salta un par de latidos.

—¿De quién? —susurro.

—De un tal Tristan Clayton. ¿Lo conoce? —Arquea una ceja.

Bebo un sorbo de zumo y trato de pensar con claridad.

—Debió de ser cuando planeaba vengarse de mí.

—¿Tanto tiempo llevaba planeando esa venganza? —objeta—. Porque, según Levi, allí había fotos de su época de instituto.

Guardo silencio.

—Mire, Tristan. No tengo ni idea de lo que ha pasado y no se me ocurriría indagar ni curiosear. Pero a mi entender, no hay rencor que pueda con el amor de tu vida, con el amor verdadero.

Finalmente, consigo concentrarme en la reunión con las jugadoras y mis ayudantes, en las estrategias que planteamos en la pizarra, en la revisión de las jugadas de nuestras rivales y en los continuos cambios de juego que vamos a hacer para confundirlas.

No soy consciente de la presencia de Chiara hasta que vienen todas a saludarme antes del partido. Puedo tener mil cosas en la cabeza, pero el baloncesto siempre ocupará una gran parte de mi mente. Entrenar es mi vida. El baloncesto es lo que soy.

Ella tampoco me mira, ni siquiera para volver a pedirme unos minutos de juego. Lo tengo presente, pero en cuanto empieza el partido, ya estoy metido y solo puedo concentrarme en cada jugada, en cada acierto y en cada error.

Los minutos pasan, igual que los nervios, las canastas, los momentos de tiempo muerto o las faltas personales. Las neoyorquinas se han adelantado en el marcador. No basta con lo que tenemos. Necesitamos a alguien a quien no le importe jugárselo a todo o nada.

—¡Saca a Brambila! —oigo decir a alguien del público.

Le hago un gesto a Chiara para que se levante y se acerque.

—No es necesario, Tristan. —Se coloca las manos sobre la boca para que nadie sepa lo que está diciendo—. Es un partido demasiado relevante como para sacarme para que me sienta mejor. Olvídalo. Me despediré de mis compañeras después y...

—No lo hago por ti ni por tus sentimientos. —También me tapo la boca con las manos—. Quiero que salgas a jugar porque te necesito,

Chiara. El equipo te necesita. Demuestra que no solo has entrenado para interpretar un papel. Demuestra lo que vales de verdad.

Percibo su emoción en el brillo de sus ojos azules.

—Lo intentaré.

—No lo intentes. ¡Hazlo!

Asiente con convicción y se dirige a pedir el cambio.

En la primera jugada en la que interviene, May pierde el balón. La rival consigue encestar y la diferencia aumenta. Muevo las manos en un gesto de calma. Necesitan tranquilizarse y reorganizarse. Y lo consiguen. En la siguiente jugada, Chiara le pasa el balón a Bethany y esta encesta. El público grita. Cuando las rivales vuelven al ataque y todo apunta a que volverán a aumentar su ventaja, Sam tapona y recupera el balón. Lo lanza con fuerza hasta la posición de Chiara, que salta sobre la línea de 6,25 y encesta.

Hemos empatado. La grada se pone en pie. May Brambila es una *crack* en los lanzamientos de tres puntos.

Pido tiempo muerto. Apenas consigo decirles otra cosa que no sea: «¡Creed en vosotras! ¡No necesitáis nada más!».

Las Liberty aguantan el balón para lanzar en los segundos finales. Pero Chiara no se va a conformar con perder su último partido. Ella es así, valiente y decidida, tanto en el baloncesto como en la vida. Consigue arrebatarle la pelota a la rival, corre y se la pasa a Vivian, que encesta sin rozar el aro.

¡Dos puntos arriba! ¡Final del partido!

Las jugadoras suplentes saltan del banquillo y se lanzan sobre la cancha, y lo mismo hacemos mis ayudantes y yo. Entre el tumulto busco a Chiara. Me mata no poder abrazarla y besarla para demostrarle lo orgulloso que estoy de ella. Ni siquiera la encuentro entre achuchones y zarandeos.

—¿Qué le pasa a May? —grita Amanda.

El corazón se me acelera y busco en derredor hasta que la localizo en el suelo, tumbada de espaldas. Corro hacia ella y me arrodillo a su lado.

—¡¿Qué te ocurre, May?! —grita Laura.

Chiara me mira de soslayo durante una décima de segundo.

—Me ha crujido la rodilla. —Su gesto de dolor, aunque sé que es fingido, consigue que sienta el daño muy real—. Me da la impresión de que esto va a ir para largo.

—Joder —se lamenta Bethany—. En qué mal momento. ¡Joder!

—¡Tía! —le grita Sam—. ¡Escucha! ¡La gente corea tu nombre!

—¡Brambila, Brambila, Brambila!

Una diminuta lágrima cae por la sien de Chiara. Sería imposible calcular cuánto tengo que contenerme para no inclinarme, enjugársela con los labios y saborear la sal que emana de su cuerpo.

Los servicios médicos se acercan y cargan a May en una camilla. No puedo ver su expresión porque la rodea el equipo y todas la acompañan hasta la enfermería.

El día después de nuestra gesta, Evelyn se presenta en mi despacho del Chase Center.

—No encontramos el origen del dolor en la rodilla de May. Hemos ordenado que le hagan más pruebas. Pero me da la sensación de que tendrá que mantenerse alejada un tiempo de la cancha.

—Ya... —Finjo turbación, aunque, en cierto modo, es verdadera. Que lo hubiésemos planeado no quita que lo lamente. La idea de no volver a ver a Chiara en los entrenos o partidos me provoca un nudo en la garganta.

—Se espera que des una rueda de prensa para explicar qué ha pasado. Si quieres, puedo acompañarte ante las cámaras y dar el parte médico.

—Sí, claro, gracias.

Vuelvo a centrar la vista en la pantalla del ordenador, pero la fisioterapeuta sigue delante de mi mesa.

—¿Ocurre algo más? —Levanto la cabeza.

—¿Sabes? —me dice—. Lo que más me gustó de ti, aparte de tu físico, por supuesto, fue tu integridad, Tristan. —Compone una mueca de desagrado—. Nunca en mi vida me había equivocado tanto.

Los labios se me abren de la turbación.

—¿Se supone que tengo que saber de qué me hablas?

Sonríe con desgana.

—Me rechazaste por no sé qué norma tuya de no querer mezclar trabajo y placer. No puedo negar que me sentí rechazada, pero lo entendí, te lo aseguro. Demostrabas ser muy profesional.

Siento erizarse el vello de la nuca. No me gusta nada el camino que está tomando el discurso de Evelyn.

—Por eso —prosigue— me sentí estafada el día que averigüé que te habías liado con una de las jugadoras.

Todo mi cuerpo se pone en alerta.

—No sé de dónde has sacado semejante idea...

—Vamos, Tristan. —Ríe con un toque siniestro—. Soy buena, pero no idiota. Y antes de que me lo vuelvas a negar, te diré que ya lo supe la noche de la celebración de la victoria contra las Atlanta Dream. Me dijiste que te ibas a casa. Y yo me habría ido antes si no se me hubiese olvidado la chaqueta. Fue cuando vi bajar a May las escaleras hacia el servicio y, poco después, a ti.

Guarda silencio, por si tengo algo que alegar, pero prefiero dejarla seguir.

—Esperé un minuto y bajé, aunque suene patético. Podría ser casualidad y quedar todo en un ridículo que solo sentiría yo. Pero algo me decía que no iba a ser así. Busqué en los servicios de mujeres y no había nadie. Me asomé a los de hombres, y tampoco. Así que me oculté en el baño de chicas, tras la puerta entreabierta, hasta que vi salir a Brambila de un cuarto que daba al pasillo. Vino directa al servicio y disimulé lavándome las manos mientras observaba cómo se arreglaba el pelo y el maquillaje. Le pregunté «¿Todo bien, May?». A lo que me respondió «¿Qué? Oh, bueno, más o menos. El alcohol no me sienta muy bien». «Claro», le dije. Sonreí y salí al pasillo. Tú ya estabas subiendo las escaleras.

Si me lo hubiese contado entonces, habría entrado en pánico. Y no solo por mí, sino también por echar a perder el trabajo de Chiara. En estos momentos, solo tendría que estar preocupado por mi propio trabajo, pero me siento tranquilo.

—¿Me estás informando, reprochando, advirtiendo...?

—No se lo voy a contar a nadie, tranquilo. —Vuelve a mostrarme una sonrisa jodidamente falsa—. Allá tú si decides echar a perder tu

vida por un rollo con una jugadora.

Todavía calmado, me levanto y apoyo las palmas en la mesa. La fisioterapeuta tensa su rostro y envara su cuerpo.

—Yo también me equivoqué contigo, Evelyn, por lo que acabo de oír.

—Te he dicho que no voy a contarlo.

—Entonces, ¿qué haces aquí? ¿Por qué has esperado a este momento para decírmelo?

—Porque tenía que asegurarme. —Alza el mentón—. Os pillé una segunda vez, cuando fuimos a jugar a Seattle. Ninguno de vosotros cogió ese día un avión a San Francisco.

La rabia me calienta la sangre. Clavo las uñas en el escritorio para serenarme.

—Si ya te has asegurado, felicidades. Ahora, coge esa información y haz con ella lo que quieras. —Me siento de nuevo en el sillón de cuero—. Tengo cosas que hacer, Evelyn. Si no tienes nada más que contarme, ningún cotilleo o información comprometida que pueda joderme, puedes marcharte.

—Eres tú quien se está jodiendo su propio trabajo —alega.

—Ese es mi problema.

—Claro. —Evelyn se da la vuelta con furia contenida y desaparece del despacho.

Podría haberme defendido. Podría haberle dicho que ya no estamos juntos, que fue un error, que May no es más que una farsante.

Ni se me pasa por la cabeza. Ya no estamos juntos, pero no fue un error, porque me enamoré de verdad de Chiara. Y ella pudo ser una farsante, pero no en sus sentimientos hacia mí. De eso estoy seguro.

Quizá las dos han pretendido joderme, pero elegiría mil veces antes a quien lo arriesga todo por los suyos que a la que actúa por simple ego.

—Entrenador Clayton, ¿nos puede hablar de la lesión de May Brambila? Parece que ha ocurrido en la última jugada del partido.

—Así es —respondo. Fijo la vista en los micrófonos que tengo sobre la mesa para no perderme entre los rostros de los periodistas y los *flashes* de las cámaras—. Pero la doctora Graham se lo podrá explicar con más detalle. Si me disculpan...

Me levanto en mitad de una lluvia de destellos y voces que me reclaman.

—¡Entrenador, entrenador! ¿Por qué ha contado tan poco con esta jugadora si ha sido decisiva en más de una ocasión?

—¡Entrenador Clayton...!

La voz firme de Evelyn interrumpe la avalancha de preguntas.

—Yo responderé a las preguntas relacionadas con el estado de salud de Brambila. Según las últimas pruebas...

Doy un respingo cuando, una hora después de la rueda de prensa, oigo un par de golpes en la puerta antes de que se abra. Los periodistas me suelen poner nervioso y Evelyn me dejó una sensación de irritabilidad que todavía no he conseguido quitarme de encima. Por suerte, es Mark, uno de mis ayudantes.

—Eh, Clayton, me voy. Tengo a mi mujer y a los niños esperando con las maletas.

Lo miro, perplejo.

—Colega, que tenemos descanso de liga esta semana. Aprovecha tú también para salir un poco.

—Lo haré. Diviértete, Mark. —Sonrío y me despido con un gesto.

Tenía pensado hacerle compañía a mi padre estos días, que sigue solo en su casa de Silicon Valley. Pero creo que también me vendrá bien un cambio de aires.

Tecleo en el ordenador para buscar vuelos a Nueva York.

Capítulo 34

Tristan

Sentirse en casa no es solo llegar a un lugar. Sentirse en casa es oír sonidos que reconoces, oler el aire que respiraste durante años y abrazar a esa persona a la que añoras. Así me siento yo ahora mismo, en casa, en el abrazo de mi amigo, Rhys, mi compañero de instituto, de equipo, de fiestas sin padres y de cada paso hacia la siguiente etapa de la vida.

—Evie no ha podido venir a recibirte, pero ya estará en casa cuando lleguemos. —Se pone frente a mí—. Vaya, unos pocos meses en California y ya vuelves más moreno —bromea.

—Apenas he pisado la playa. —Río.

—Menuda sorpresa nos has dado. —Me rodea los hombros con el brazo y caminamos hacia la salida del aeropuerto—. ¿Cuántos días vas a estar? —Señala la mochila que llevo al hombro—. Apenas traes equipaje.

—Solo un par de días.

—¿Solo? —Resopla—. Menuda decepción se llevará Evie. Después de haber decorado con esmero la habitación de invitados...

—No, no —le digo, turbado—. He reservado una habitación en un hotel...

—¡¿Qué?! ¡Ni de coña! —exclama indignado—. Tú no te vas a ningún hotel. Eres nuestro amigo.

—Solo lleváis casados unos meses, Rhys...

—¿Y qué? Joder, Tristan, que no nos pasamos el día follando. Bueno, sí, tal vez. —Compone un gracioso mohín—. Pero podremos aguantar dos días —bromea de nuevo.

Así es Rhys, extrovertido, divertido, optimista, a pesar de la dura historia que esconde y que solo unos pocos conocemos. A quien observe su figura espigada, su cabello rubio y sus chispeantes ojos castaños, no se le pasará por la cabeza ni por un segundo que algo no va bien en el cuerpo de mi amigo.

Mi idea de reservar una habitación se me ocurrió de inmediato. Hace poco todavía soñaba con Evie y, al mismo tiempo, me maldecía por pensar así en la mujer de mi mejor amigo. Pero ahora que vamos en un taxi y me estoy riendo con las ocurrencias de Rhys, me parece totalmente absurdo. Y más cuando entro en el apartamento que comparten en Manhattan y me encuentro con Evie, que da un grito de júbilo y se me tira encima nada más verme.

—¡Dios mío, Tristan, qué alegría verte! ¡Pensaba que te olvidarías de nosotros!

Durante un instante me aferro a la blusa de Evie, inhalo su perfume y me dejo acariciar por su pelo. Son sensaciones gratas, placenteras, pero no excitantes ni cargadas de culpabilidad, lo que sentía siempre que estaba cerca de ella.

Y es ahora cuando corroboro mi teoría: quiero a Evie, pero como a esa persona importante en tu vida por la que estarías dispuesto a hacer cualquier cosa. No sé si estuve equivocado durante cinco años, o quizá el haberme reencontrado con Chiara me ha hecho olvidar esos sentimientos. No importa. La cuestión es que, por fin, me siento libre; libre de abrazar a esta mujer, sin temor, sin remordimientos. Simplemente, porque la quiero, porque es mi amiga y porque es la mujer que hace feliz a mi amigo. Por eso la levanto del suelo, la hago girar y acabamos los dos riendo y mareados.

—Nunca. —La tomo de las manos y los miro a los dos—. Sois dos de las personas más importantes de mi vida: la prueba de que la sangre no es lo primordial para sentirse unido a alguien.

—Tú también eres muy importante para nosotros. —Evie se enjuga una lágrima con el dorso de los dedos—. Ojalá no te hubieses ido tan lejos, pero si te está yendo bien, es lo que de verdad cuenta.

—¡Claro que le está yendo genial! —exclama Rhys—. No nos perdemos ni uno de los partidos de tu equipo. Eres un gran

entrenador, Tristan. Te mereces estar en lo más alto.

—Gracias. —Agacho un instante la vista.

—Y ahora es cuando nos dices que, además de echarnos de menos, también necesitabas hablar con alguien.

—Me conoces —le digo a Rhys.

—Como a un hermano.

—Sentémonos. —Evie indica el sofá—. Ya sabes que no bebemos alcohol, pero puedo ofrecerte una cerveza, vino...

—No, tranquila —le digo—. Un café me vendrá bien para despejarme por el *jet lag*.

—¡Marchando!

Una hora y tres cafés después, les he contado toda la historia de Chiara, su madre, mi padre, Rain y, por último, la partida de Lucille junto con mis hermanos.

—Dios mío, Tristan —se lamenta Evie—. Cuántas cosas en tan poco tiempo.

—Unas mejores que otras —apunto.

—Casi todo ha sido bueno —señala Rhys—. En realidad, lo único malo ha sido la partida de Lucille con los gemelos.

—¿Y todo el lío con Chiara? —Frunzo el ceño—. ¿No te parece lo peor?

—¿Qué ves de negativo ahí? —inquiere Evie.

—Los engaños, los motivos por los que contactó con nosotros, el maldito artículo que escribió, su doble juego...

—Pues yo solo puedo ver ahí a una chica que, de la noche a la mañana, se vio con tres personas a las que cuidar y proteger. Puedo comprender, al fin y al cabo, que le echara la culpa a su padrastro.

—Y aun así —prosigue Rhys—, decidió echarse atrás en el último momento, renunciar al trabajo, al dinero... Y todo por amor, Tristan. Por enamorarse de ti, por encariñarse con tus hermanos y por reconciliarse con un padrastro que ahora es el padre de su hermana.

Se me instala una presión en el pecho. Ya no soy solo yo quien piensa que Chiara ha sido valiente, que ha luchado por los suyos y que no le ha importado, sin embargo, pedirnos perdón a mí, a mi padre y a Lucille. Es una luchadora.

—Ay, Tristan. —Evie se lleva los puños a la boca—. Que te has enamorado. ¡Te has enamorado de tu antigua hermanastra! ¿Puede haber una historia de amor más difícil y bonita?

—Ahora lo tenemos un poco complicado. —Me toco el pañuelo que me sujeta el pelo, como cada vez que algo me perturba—. Tengo que seguir centrándome en el equipo y ella ha de buscar su propio camino profesional. Además, los dos hemos de apoyar a nuestras familias, que atraviesan momentos difíciles. Necesitamos tiempo.

—Pero ¡si parte de vuestras familias es la misma! —exclama Evie —. ¿O te has olvidado de que Rain también es tu hermana?

—No, no lo he olvidado. —Vuelvo a enredar los dedos entre mi pelo.

—Y una cosa más te voy a decir —interviene Rhys—. Nos creemos que siempre vamos a tener tiempo, pero no es así, Tristan. Mírame a mí. ¿Crees que estoy en condiciones de esperar a... nada? Si lo dejamos todo para después, corremos el riesgo de no llegar a tiempo.

Tumbado ya en la cama de la habitación que me han preparado mis amigos, cojo el móvil y me dedico a mirar noticias, correos y mensajes. Por eso no me doy cuenta de quién me está llamando y descuelgo sin pensar.

—¿Sí?

—Hola, Tristan.

Me incorporo de golpe sobre la cama. No me esperaba en absoluto oír la voz de Chiara. Me invaden, a través del teléfono, una miríada de sensaciones: placer, anhelo, necesidad.

—Hola, Chiara. —Titubeo—. ¿Estás bien? Tu madre, Rain...

—Sí, sí, no ocurre nada. Ya imagino que mi llamada te habrá pillado por sorpresa.

—Un poco, la verdad.

¿Por qué me da la sensación de estar manteniendo una conversación más propia de adolescentes que de personas adultas?

De pronto, se me ilumina la mente. Qué tonto soy. Chiara me ha llamado para aclararme lo de su discreta retirada del equipo. Y yo

aquí con cara de bobo, como si me hubiese llamado mi novia para darme las buenas noches.

—¿Cómo estás llevando tu repentina desaparición? —le pregunto —. ¿Y para despistar a la prensa?

—Me he encerrado en casa —me explica—. Seguro que acabo siendo una publicación diminuta en un rincón de la sección de deportes. En dos semanas se habrán olvidado de mí.

—Es difícil olvidarse de ti.

Silencio. Me maldigo mentalmente por no mantener la boca cerrada.

—En realidad —titubea—, te he llamado para preguntarte por Lucille y los gemelos.

—Se han ido. —Suspiro.

—Lo sé —me dice—. Quise contactar con ella, pero tenía el teléfono apagado. Así que llamé a tu padre y él me lo contó.

—Ya. —Me revuelvo el pelo y me froto la cara—. Qué extraño todo, ¿verdad?

—Una locura.

Un nuevo instante de silencio se adueña de la línea.

—En realidad, Tristan, te he llamado para hacerte una pregunta.

Mi nombre suena tan jodidamente perfecto en sus labios...

—Pregunta lo que quieras.

—Aaron me ha dicho que Lucille se ha marchado a casa de sus padres. ¿Tú sabes dónde viven?

—Pues... sí, me lo comentó en una ocasión. Pero ¿por qué no se lo has preguntado a mi padre?

—Porque no quería darle falsas esperanzas.

Empiezo a entender.

—Quieres hablar con ella.

—Quizá no quiera ni abrirme la puerta, pero tengo que intentarlo.

—¿Quieres que te acompañe? —La pregunta me surge sin pensar, como si estar junto a Chiara fuese lo más natural del mundo.

—Sería lo lógico, pero en nuestro caso, creo que es mejor que no nos veamos... de momento.

—Cierto. —Me pellizco el puente de la nariz—. Mantenerte alejada de todo lo relacionado con el equipo es lo más sensato.

—Me refería a nosotros, Tristan.

El estómago me da un vuelco, a pesar de saber que tiene razón y que fui yo quien lo propuso.

—¿Me pondrás al día con lo que ocurra? —me limito a preguntar.

—Sí, claro. Te llamaré.

—Gracias, Chiara. —Vacilo un segundo—. De todos modos, cualquier cosa que necesites...

—Lo sé.

—Me gustaría volver a ver a Rain —le digo—. Quizá no sea el momento de decirlo o de pensar en ello, pero cuando nos enteramos de todo, no me dio tiempo de reaccionar y ahora pienso en ella...

—Danos unos días, Tristan. Todavía no se lo hemos contado. Solo es una niña de siete años y tendrá mucho que asimilar.

—Sí, claro.

—Me ha dicho Aaron que estás en Nueva York.

—Sí, en casa de Rhys y Evie.

En esta ocasión, el silencio se vuelve más espeso, más pesado. Quizá la mención de Evie no ha sido muy acertada.

—No habrás pensado en volver a la costa este...

—No, claro que no —le aseguro.

—Me alegro. —Me parece intuir un suspiro al otro lado del teléfono —. Adiós, Tristan. Ya hablaremos.

—Te paso la ubicación que me has pedido. Adiós, Chiara.

Cuando cuelgo, me dejo caer sobre la cama y cierro los ojos. Nuestra historia pudo haber empezado por puro azar. Pero no hubo casualidades. Al menos, no fueron reales. Ni siquiera se puede hablar de destino. O sí. De destinos que colisionan. De miradas que se enredan a pesar de esquivarse. Y de un amor que debería haber sido prohibido, pero que dejó de serlo en cuanto ocurrió.

Capítulo 35

Chiara

Me quedo un rato dentro del coche, insegura. En un arrebato he conducido durante tres horas hasta llegar a Fresno, donde vive la familia de Lucille. Pero de eso se trata a veces, de impulsos, de instinto, de corazón. Unas veces acertamos, otras la fastidiamos, pero es la única forma de no pasarte la vida preguntándote qué habría ocurrido si hubieses hecho algo para cambiar las cosas.

Me bajo del vehículo y me dirijo a la valla de madera que rodea la casa. No es una vivienda ostentosa, pero sí delata la situación acomodada de sus dueños. Tiene dos plantas, de estilo rústico, con gran parte de la fachada forrada de piedra, las puertas y contraventanas de madera oscura y tejas árabes en las cubiertas a dos aguas.

La pequeña verja se abre al empujarla. Camino sobre el enlosado de la entrada y, al llegar a la puerta principal, toco el timbre. Solo unos segundos después aparece Lucille. Su rostro, pálido y con un leve rastro de ojeras, no puede sorprenderse más al verme.

—Chiara... ¿Qué haces...?

—Antes de nada —la interrumpo con un gesto de la mano—, tienes que saber que nadie me ha pedido que venga. Ha sido cosa mía.

La mujer duda unos segundos. Supongo que entre dejarme entrar y darme con la puerta en las narices.

—Sé que debo ser la última persona que te apetece ver en este momento —me atrevo a añadir—. Solo quiero hablar contigo unos minutos. Si no quieres que tus hijos me vean, podemos hablar en cualquier otra parte.

—No están —me aclara—. Se han ido con mis padres al zoo.

—Reconozco que me habría hecho ilusión verlos —le confieso—. Pero supongo que es mejor así.

Vuelve a titubear, pero termina por abrir la puerta aún más.

—Pasa, Chiara.

La sigo a través de un bonito vestíbulo de dos alturas rodeado de columnas y ventanas de arco estilo Tudor. Terminamos en la cocina, una estancia tan blanca que las luces del techo te obligan a parpadear.

—Veo que no te casaste con Aaron por su dinero —le digo señalando lo que nos rodea.

Ella sonríe de medio lado y se acerca a la encimera para preparar café. Me indica que me siente frente a la isla de mármol.

—Me casé con Aaron porque me enamoré de él —señala—. Hubo y habrá gente que piense otra cosa, pero siempre he pasado bastante de lo que digan los demás.

—Cuando empezaste a salir con él, ¿todavía estaba casado con mi madre? Perdona, Lucille, pero tenía que hacerte esa pregunta.

—Lo entiendo. —Vierte leche y café en dos tazas, las sirve sobre la isla y se acomoda enfrente de mí—. Si hubiese salido con un hombre casado, sería bastante hipócrita por mi parte sentirme engañada. —Emite un hondo suspiro—. Esa es otra de las razones de mi rabia, Chiara. Porque la realidad es que sí, estaba casado con tu madre, pero a mí me dijo que estaba divorciado. No solo me engañó con su estado civil, sino que, al año siguiente, con los gemelos de pocos meses, se acostó con su ex. —Bufa—. Sí, estoy bastante cabreada.

—Dejó a mi madre por ti —le digo.

—Eso no me consuela.

—Recuerdo las prisas por el divorcio —le explico—. Por eso mamá lo pasó tan mal, porque le quedó claro que la abandonaba por otra. Y ella lo amaba muchísimo.

—Ya. —Mira el contenido de su taza, como si esperase hallar respuestas en el líquido oscuro—. Era fácil enamorarse de Aaron —comenta—. No solo era un hombre atractivo. Poseía magnetismo, carisma y una personalidad arrolladora. Me quedó claro entonces

que conseguía lo que se proponía... y me ha quedado claro casi una década después.

Nos mantenemos unos instantes en silencio. Solo se oye el tintineo de las cucharillas en las tazas.

—¿A qué has venido, Chiara? —me pregunta por fin—. ¿De qué me quieres convencer? Si es para decirme que Aaron me ama, o para recordarme que tenga presente a mis hijos... no te molestes, porque eso ya lo sé.

—La verdad es que no. —Con tranquilidad, le doy un sorbo a mi café y dejo la taza en el platillo—. Solo he venido a hablarte de mí.

—¿De ti? —Arquea las cejas.

—Sí. —Cojo una servilleta y me limpio las comisuras de la boca—. Al menos de mi historia. —Ella me atiende, expectante—. Mi madre era recepcionista en una de las empresas de Aaron. Así se conocieron. Cuando se casaron, mi padrastro me pareció un hombre muy centrado en sus negocios y con la ambición de hacerse cada vez más rico. No voy a decir que no quisiera a mi madre, pero nunca lo vi muy enamorado, mientras que mamá estaba loca por él. —Empiezo a juguetear con la servilleta, anudándola alrededor de mis dedos—. Apenas prestaba atención a su hijo, mucho menos a mí. Se iba de viaje cada dos por tres, algunas veces con mi madre, otras con su secretaria. —Esbozo una mueca—. Y cuando le exigió el divorcio a mamá... te puedes imaginar. A partir de entonces, lo odié. Supongo que te ha quedado claro con los últimos acontecimientos.

—Bastante, sí.

—Pues así me he pasado estos nueve años, odiándolo, pensando que era un ególatra sin escrúpulos, al que no le importaba nadie, ni esposa, ni hijos ni nada que no fuera él mismo.

Los ojos castaños de Lucille brillan de comprensión. Sonrío para mis adentros. Lo ha captado pronto.

—Pero entonces —prosigo— vuelvo a ponerme en contacto con él. Ya sabes, el engaño, la venganza y blablablá. ¿Y sabes qué pasó? —La mujer sonríe tímidamente—. Que el Aaron con el que me reencontré no tenía nada que ver con el que yo había conocido. El hombre que había abandonado a mi madre sin importarle un carajo dejarla hecha una mierda era ahora un buen marido, un buen padre

y hasta un buen padrastro. ¿Cómo podía ser eso? Pues porque las personas, a veces, cambian, evolucionan, mejoran. Y eso le había pasado a Aaron: había cambiado y mejorado. ¿Y sabes cuál ha sido el secreto?

A Lucille le tiemblan los labios. No puede evitar derramar una lágrima que se limpia con una servilleta tan blanca como el resto de la cocina.

—El secreto fuiste tú, Lucille. La diferencia entre el hombre que te engañó para conseguirte y que dejó a su mujer más tirada que una colilla y el hombre que es ahora fuiste tú. Tú has hecho que evolucione. Tú lo has hecho mejor.

Lucille ya no puede controlar el llanto silencioso. Trago saliva e inspiro para contener la emoción que me embarga al verla llorar.

—No he venido a venderte nada. —Estiro el brazo y pongo mi mano sobre la suya—. Como ya te he dicho, he venido a contarte mi historia. Lo que he visto, lo que he vivido, lo que puedo contar.

—Es muy loable por tu parte venir hasta aquí con la intención de ayudar. —Utiliza la misma servilleta para limpiarse los ojos—. Al fin y al cabo, podrías incluso haberte alegrado de nuestro drama.

—Quizá hace un par de meses... sí, me habría alegrado. —Río—. Pero ahora, no. —Me pongo seria—. Me siento identificada con Aaron —confieso—. Me he comportado mal y, sin embargo, espero que me perdonéis, tú, él... y Tristan.

Lucille muestra una sonrisa completa.

—Saltaban las chispas cuando estabais cerca.

—¿En serio? —Río.

—Nunca se lo quise decir a Aaron. —También ríe—. Pensaba que lo iba a llevar peor, la verdad. Pero cuando se enteró, esbozó una sonrisa cargada de tristeza. Dijo que le habría hecho ilusión... si todo hubiese sido real.

—Fue real —le aseguro y le aprieto la mano—. Mi ansia de venganza me duró un suspiro.

—¿Hubo algún momento concreto en el que pensaste que Tristan no se merecía tu engaño?

Lo pienso durante unos segundos.

—Sí. —Mis labios se curvan solos—. Prácticamente al principio, el día que me presenté en vuestra casa y Aaron le pidió a Tristan que me infiltrara en el equipo.

Lucille me mira con desconcierto.

—¿Tan pronto? ¿En qué momento?

—Cuando lo vi jugar con sus hermanos. Cuando vi el cariño con el que los miraba. Cuando me di cuenta de que erais una bonita familia.

Lucille rodea la isla y me abraza. Lloramos y reímos.

—Gracias por venir, Chiara. —Me toma de las manos—. Pase lo que pase entre Aaron y yo, nunca olvidaré este gesto.

—Gracias a ti, Lucille.

—Necesitaré un tiempo todavía...

—Por supuesto.

Me acompaña a la salida y, tras un breve abrazo, me alejo de la casa y me subo al coche. Me miro en el espejo retrovisor interior y me río al ver la mezcla de llanto y felicidad que expresan mis ojos. Qué bien sienta la sinceridad. Qué bien sienta ayudar. Qué bien sienta ser tú misma, ser libre de actuar y de hacer lo que quieres porque tú quieres. No por nadie, no por obligación, no por las circunstancias.

Capítulo 36

Chiara

Dos semanas después

Aplaudo con entusiasmo. Tengo que parpadear varias veces para disipar las lágrimas que me brotan de la emoción al ver la maravilla de número de patinaje que ha bordado mi hermana. Solo es un ensayo, así que, si ahora me desgañito silbando y gritando, el día que lo haga delante del público me desmayaré de la impresión.

Me levanto de mi asiento y corro por entre las gradas en busca de los vestuarios. En el camino, en una zona poco iluminada y más alejada de la tribuna, un tipo me llama la atención. Ya lo conozco. Es joven, musculoso y lleva unas gafas de sol, pese a estar en el interior del pabellón. A su lado, reconozco a Aaron, aunque lleva un chándal y una gorra encasquetada hasta las orejas. Me hace un gesto discreto, con lo cual entiendo que me esperan fuera. Asiento de la misma forma.

Retomo el camino hacia el pasillo de los vestuarios. En la puerta, la señorita Clark recibe las felicitaciones de los familiares y las despedidas de los niños y niñas que van saliendo. Yo no voy a ser menos.

—Enhorabuena, señorita Clark —le digo—. Ha quedado un número sensacional. Seguro que se traen un montón de premios del campeonato estatal.

—Ojalá. —Ríe—. Gracias, Chiara, pero la enhorabuena es para estos niños, en especial para Rain, que es maravillosa.

—Es verdad —río—. No lo voy a negar.

—Por cierto, ya he recibido el importe de la asistencia al campeonato —me dice—. Lo que no hacía falta era pagar todavía la matrícula del año que viene. Lamento si alguna vez te presioné...

—Yo no he pagado nada —la interrumpo con una sonrisa—. Debe de haber sido su padre.

—Oh. —Parpadea desconcertada—. Perdona, pero Rain me dijo que su papá desapareció cuando ella era un bebé... —Esboza un mohín—. Vale. Me temo que cuando mencionó los pingüinos o la Antártida debería haber sospechado. Pero tu hermana es tan sincera que no creí que se lo estuviera inventando.

—Fui yo quien inventó esa historia —confieso—. Pero ya no es necesario. Su padre ha vuelto.

—Me alegro. —La mujer sonríe con indulgencia—. Imagino que tiene otra profesión...

—No —le digo con expresión traviesa—. De momento, que siga creyendo eso de él. Me parece una buena ocupación para un padre.

La profesora ríe, aunque no añade nada más tras la aparición de Rain. Mi hermana sale corriendo y, por respeto, primero abraza a su estimada señorita Clark. Ahogo un suspiro al recordar la misma consideración que las Valquirias tienen hacia su entrenador. Después, Rain me abraza, entusiasmada, feliz, radiante. Está tan bonita, con el cabello rubio recogido en un moño, el maquillaje y el vestido de raso azul a juego con sus ojos...

—Siento haber venido yo sola, preciosa —le digo con una pizca de pesar.

—No pasa nada —me dice sonriente—. Ya sé que mamá está en una clínica para ponerse buena y que la abuela está con ella.

Gracias a la ayuda económica de Aaron, mi madre está pasando una temporada en una reputada clínica, donde tratan la depresión y las adicciones. El mismo complejo incluye residencias para familiares y allí se ha hospedado mi *nonna*.

—Qué suerte tener a la abuela, ¿verdad? —Me emociono.

—Es como otra mamá —señala Rain—. ¿Sabes, Chiara? Me da pena que mami esté malita. Pero tengo a la abuela y te tengo a ti. Es como tener muchas mamás. También eso es suerte.

—Sí, lo es.

Nos despedimos de la profesora y caminamos hacia la salida cogidas de la mano.

—Además —prosigue—, seguro que el día del campeonato vendréis todos, ¿a que sí? Tristan, Dylan, Lucas, su mamá, la mía..., ¡todos!

Me quedo sin palabras. Una cosa es inventar una historia para una niña pequeña porque crees que su padre la ha abandonado y otra es mentirle continuamente.

La cojo de la mano y la llevo hasta las localidades más cercanas a la pista de hielo. Quizá debería ser mamá quien le contara la verdad, pero, como dice Rain, está malita y yo he ejercido muchas veces como tal.

Nos sentamos. El corazón me late tan fuerte que noto mis propios latidos en la garganta y en los oídos.

—Tengo que contarte una cosa, Rain.

—¿Qué cosa? —Me mira con sus grandes e inocentes ojos azules.

—¿Recuerdas lo que te conté de tu padre?

—¿Que se había perdido con los pingüinos?

—Sí, bueno... —Inspiro con fuerza—. Resulta que no se había perdido. Volvió hace tiempo, pero como nunca lo habías visto, pensamos que sería mejor conocerlo antes.

Parpadea confusa.

—Quiero decirte que... ya lo conoces, aunque no te dijimos que era tu padre.

Ahora sí, sus ojos ocupan toda su cara.

—¿Mi papá ha vuelto? —exclama emocionada—. ¿Y ya lo he visto? —Se pone en pie—. ¿Dónde está, Chiara? ¿Quién es? —Me agarra la mano y tira de mí—. ¡Quiero verlo!

—Ahí es donde vamos ahora, a ver a tu padre.

—¡Sí, sí, sí! —exclama sin dejar de moverse—. ¿Cómo es? Dame una pista... ¿Cómo se llama? ¿Me parezco a él?

—Sí —le digo sonriente—, te pareces a él.

—Ay, Chiara, quiero verlo, quiero verlo...

Rain no para de dar saltitos hasta que salimos del pabellón. Una vez que salimos a la calle, mira hacia todas partes. Percibo la desesperación en sus movimientos.

—¿Dónde está, Chiara? ¿No ha venido al final? ¿Ya no quiere verme? ¿Crees que volverá a irse?

La voz infantil de mi hermana se quiebra con la última frase. Me acuclillo delante de ella y la agarro de las manos. Sus labios forman un puchero.

—Mírame, Rain. —Ella, que miraba compungida al suelo, levanta la vista—. Tu padre no ha podido estar contigo todos estos años por una buena razón que te explicaré algún día. De momento, tienes que confiar en mí, ¿vale? —Asiente con la cabeza—. Te prometo, Rain, que tu padre ha venido, que se muere por verte y que nunca, nunca más volverá a irse, ¿de acuerdo? —Asiente de nuevo con énfasis—. Bien. —Me pongo en pie y la cojo de la mano—. Pues vayamos con él.

Percibo claramente cómo su euforia se ha transformado en inseguridad. Mi hermana nunca ha tenido un referente paterno y, aunque nunca lo ha echado de menos, la idea de tener padre por fin la emociona a la par que la preocupa por el temor de que vuelva a desaparecer.

Advierto, al final de la calle, el vehículo negro con cristales tintados, junto al que espera el chófer guardaespaldas de las gafas y la gorra. Él, al vernos, abre la portezuela trasera del coche. Noto la presión de la mano de Rain en la mía. La aliento a seguir. Imagino su nerviosismo, si yo, que sé quién hay al otro lado, estoy que se me sale el corazón por la boca.

Cuando nos asomamos al interior del coche, nos encontramos a Aaron sentado en el extremo más alejado del asiento trasero.

—Hola, Rain —la saluda.

También capto la agitación en la voz de Aaron. Hace solo dos días recibió el resultado de la prueba de ADN. Aunque él decía no tener ninguna duda, aquel papel lo hizo más real.

Rain me mira con el ceño fruncido.

—Es el papá de Dylan y Lucas.

—Lo sé —musito y sonrío.

—También soy tu padre, Rain.

Insto a mi hermana a subirse al coche. Ella se sienta junto a Aaron y yo, a continuación. El chófer arranca y nos incorporamos a la vía.

Rain sigue turbada, perdida, sin saber muy bien qué hacer o decir.

—Dylan y Lucas son tus hermanos, Rain —le susurro cerca del oído—. Tenéis el mismo papá. ¿No te parece una buena noticia?

Ella asiente. Le tiembla el labio inferior. Aaron acerca su mano temblorosa y acaricia el moño adornado con perlas de su hija.

—¿Te vas a quedar siempre aquí? —le susurra Rain—. ¿No te vas a ir más?

—No, cariño, nunca más.

Aaron estrecha a mi hermana entre sus brazos, acaricia su cuerpecito y besa su pelo. Rain se sujeta al cuello de su padre y llora. Aaron llora. Y yo tampoco puedo contenerme.

—¿Ya no vas a volver con los pingüinos? —le pregunta ella entre suaves sollozos.

Aaron sonríe dentro del abrazo.

—No, mi vida, no voy a volver con los pingüinos. Me voy a quedar aquí, cerca de ti, para siempre.

—Vale..., papá.

Aaron inspira con fuerza y yo respiro a toda velocidad. El nudo en el pecho todavía me sigue presionando los pulmones.

—¿Te gustaría que fuéramos a algún sitio ahora? —Aaron le limpia las lágrimas a su hija con la yema del pulgar.

—Chiara siempre me invita a tomar un helado a un sitio bonito después de un ensayo. —Sonríe con los ojos aún brillantes.

—Pues vayamos a tomar ese helado. —Aaron le hace un gesto al chófer—. Jackson, ya sabes adónde ir.

—¿Es un sitio bonito? —pregunta Rain.

—Espero que te guste —le dice su padre—. Porque vas a pasar allí mucho tiempo. Vamos a mi casa, que ahora también es la tuya, para que vengas cada vez que quieras.

—Pero Dylan y Lucas no están. —Atajo su inminente entusiasmo, por si espera verlos.

—Jooo, ¿por qué no? —se queja.

Aaron y yo nos miramos de soslayo.

—Irán a verte muy pronto, te lo aseguro —le dice Aaron sin prometer nada.

La hora y media que dura el trayecto hasta la propiedad de los Clayton nos la pasamos oyendo las aventuras de mi hermana. Aaron le pregunta por el colegio, por sus amigos o por el patinaje, y ella le habla de todo con pelos y señales.

—¿Y Rose? —me pregunta a mí—. He hablado con ella por teléfono y me ha asegurado que está bien en la clínica.

—Es cierto —le digo—. Es un lugar espectacular, pero lo más importante es que la están ayudando y ella se siente cada vez mejor. Estoy deseando que vuelva a casa. Aunque sabemos que es una enfermedad en la que puede haber recaídas, esperamos que recupere su vida.

—Me alegro. —Recibo el impacto de la mirada celeste de mi antiguo padrastro—. Ahora solo faltas tú, Chiara. Puedo ofrecerte un puesto en cualquiera de mis empresas o hablar con personas que me deben favores. Deja que te ayude. Déjate ayudar, esta vez, de verdad.

—Ya veremos —le digo.

Cuando llegamos a la casa de Los Altos Hills, nos bajamos los tres del coche y atravesamos el interior de la vivienda. La casa está tan silenciosa que no parece la misma. Rain está apagada, seguramente pensando lo mismo que yo.

De repente, un alboroto de gritos infantiles nos llega desde el porche trasero, al otro lado de las ventanas. Rain echa a correr, cruza la vidriera del pasillo y, al ver a los gemelos, se lanza sobre ellos. Los críos la reciben con abrazos, saltos y exclamaciones atropelladas.

—¡Dylan! ¡Lucas!

—¡Es Rain! ¡Es Rain! —gritan ellos.

Emocionada, me doy cuenta de que Lucille también está, por supuesto. Aaron camina con presteza hasta ella y le da un beso en la mejilla.

—¿Estás... de visita? —le pregunta.

Ella niega con la cabeza.

—No. He venido para quedarme, pero me he instalado en una de las habitaciones de invitados. Poco a poco, Aaron.

—Como quieras. —Su marido le besa ambas manos—. Como tú quieras, Lucille. Te quiero.

Me conmueve que no le vuelva a suplicar perdón, a asegurarle que no volverá a pasar o a hacerle promesas que cuestan poco pronunciar. Le dice «te quiero», y esa afirmación implica todo lo demás.

—Yo también te quiero, Aaron. Por eso estoy aquí. —Me mira a continuación a mí—. Bueno, y también porque tienes una hijastra que no te mereces.

Él me mira confundido.

—¿Por qué dices eso?

—Por nada. —Muevo la mano para restarle importancia—. Me voy a jugar con mis hermanos pequeños —bromeo—. Ya sé que los gemelos no lo son, pero aquí todos somos hermanos.

—Menos Tristan —señala Aaron.

Freno en seco contra las losas del suelo.

—Sí —susurro—, menos Tristan.

—¡Chiara, Chiara!

Los niños me rodean y me abrazan por todas partes. Contengo la emoción mientras acaricio sus rubias cabezas. Lucas sigue llevando la banda elástica que le dio su hermano mayor. Me llevo la mano a mi coleta y busco el tacto suave de la cinta que me dio a mí.

Va a ser difícil que algo no me recuerde a Tristan.

Capítulo 37

Chiara

—¡Porfi, porfi, porfi! —me implora Rain—. Deja que me quede, deja que me quede, Chiara. Ya no hay cole, tenemos vacaciones... Porfi...

—¡Porfa, porfa, porfa! —la apoya Dylan—. Deja que se quede, deja que se quede...

—Porfa, Chiara... —añade Lucas.

—A ver, a ver, a ver. —Extiendo los brazos hacia ellos para apartarlos un poco—. No puede ser. Rain no tiene nada aquí, ni ropa de recambio ni cepillo de dientes...

—Puede ponerse ropa de los gemelos —interviene Lucille—. Al menos para dormir y para estar por casa. Hasta que puedas traerle algo. ¡O mejor! —Se dirige a mi hermana—. Podríamos ir de compras.

Rain junta las manos en un claro gesto de plegaria y compone un puchero con los labios. ¡Qué lista es! Menuda manipuladora está hecha.

—Quiero quedarme, Chiara. —Esta vez prueba la vía seria—. Ni mamá ni la abuela están en casa. Tú te irás a trabajar o a tus cosas...

No encuentro réplica a sus argumentos.

—Tiene razón —insiste Lucille—. Es lo más lógico que, mientras tu madre se recupera y tu abuela la acompaña, esté con su padre y sus hermanos, ¿no te parece?

—Sí, claro —susurro—. Supongo que es la falta de costumbre.

—Entonces, ¿puedo? —A mi hermana solo le falta agitar las pestañas.

—Vale, sí, puedes...

—¡Bieeen! —Rain corretea en círculos por el salón, entre los gemelos. Forman un precioso trío de rubios con ojos azules.

—Quédate tú también, Chiara —me sugiere Lucille.

—No, no, gracias —le digo—. Tengo cosas que hacer, como, por ejemplo, buscarme un trabajo.

—Pero eso será mañana —insiste con suavidad—. Se ha hecho tarde, vamos a cenar y tenemos habitaciones de sobra. Iba a decirte que podías compartir una con Rain, pero ya me han dejado muy claro que esta noche quieren dormir los tres juntos. Los gemelos pueden ocupar una cama y dejarle la otra a Rain.

—Acabas de regresar, Lucille —me lamento—. Y, de repente, dos personas más en tu casa, precisamente nosotras...

—Si he vuelto —me dice—, ha sido, entre otras cosas, porque admito que vosotras ahora sois parte de esta familia. Además, ¿cómo piensas volver a estas horas? Aaron me ha comentado que Jackson tendría que llevarte.

—Uf, es verdad. —Me froto el rostro—. No, claro. No voy a permitir que el pobre chófer tenga que ir y volver de Sacramento tan tarde. Me quedaré.

—Entonces, ¿nos quedamos las dos? —Rain aguanta la respiración.

—Sí, me quedaré, pero mañana...

No me deja ni acabar. Se va corriendo con Lucille a la planta de arriba en busca de ropa para cambiarse. Parece tan feliz que no puedo reprimir un atisbo de celos al ver lo encantada que está con su recién estrenada familia.

Inmediatamente después, me recompongo y me reprendo a mí misma. Es bastante egoísta de mi parte querer acaparar todo el cariño de Rain. Supongo que soy humana y, después de ser su única hermana durante siete años, me cuesta un poco compartirla con más gente.

Aaron se ha encerrado en su despacho, a la espera de que llegue la hora de la cena. Los gemelos están ayudando a Margaret a poner la mesa en el porche trasero. Y yo... me siento un poco abrumada. Han sido muchos cambios en mi vida, muchas sorpresas, muchas

emociones. Venganzas absurdas, secretos, confesiones, personas nuevas a las que querer...

Sin decir nada, cruzo la casa hasta el vestíbulo y luego salgo al jardín de la fachada, aquel que me maravilló la primera vez que vine a esta casa. Me siento en los escalones, bajo las arcadas, y aunque me relajan los cantos de los grillos y el sonido de las fuentes, opto por ponerme unos auriculares y reproducir la lista de canciones que en su día llamé «música suave». Emito una risa que suena a lamento cuando la primera canción que suena es *Until I Found You*, de Stephen Sanchez. Lo último que necesito en este momento es una canción romántica, pero me resisto a cambiarla.

Dije que nunca me enamoraría, a menos que fuera de ti.

Estoy tan concentrada en la canción que ya no oigo lo que me rodea; ni las fuentes, ni los grillos... ni el coche que ha accedido a la propiedad, se ha detenido y del que ha salido alguien. Cuando levanto la vista, Tristan está a tan solo unos metros de mí. Me pongo en pie, bajo los escalones y voy hacia él mientras viene hacia mí. Como si lo único que anheláramos fuese encontrarnos en mitad de nuestros caminos. Y cuando creo que Tristan va a pronunciar mi nombre o a preguntarme qué hago aquí, clava en mí sus bellos ojos, que parecen dos luciérnagas en la noche. Pero solo durante un segundo. Porque, pasado ese diminuto espacio de tiempo, se apodera de mi boca. Sin más aviso, sin más indicio, sin más señal, tengo sus labios cubriendo los míos, su lengua enredada en la mía, su sabor mezclado con el mío. Solo después se permite enredar los dedos en mi pelo, acunarme el rostro en sus manos, expulsar un gemido en mi garganta.

La música sigue sonando en los auriculares y me siento como en la escena de una película romántica; en uno de esos besos con los que no hace falta hablar, solo sentir, solo dejarse llevar. Un beso que desearías que no acabara nunca. Un beso que lo significa todo.

Dije que nunca me enamoraría, a menos que fuera de ti.

No puedo calcular el tiempo que llevamos besándonos. Solo sé que, cuando Tristan lame mi labio inferior y apoya su frente en la mía, quiero decirle que no pare, que no deje de besarme nunca.

—Te he echado de menos —me dice, por fin, con la voz enronquecida.

—Yo también. —Tengo los ojos cerrados mientras él besa y acaricia mis pómulos, mi mandíbula, la comisura de mi boca.

—Solo han pasado tres semanas desde que te vi por última vez y se me han hecho condenadamente eternas —me susurra contra los labios—. Te busco en los entrenos, en la cancha, en el banquillo. Quiero gritar que salgas a jugar, pero no estás y me maldigo por dejar que te marcharas.

—No fue tu elección. —Boqueo mientras aspiro su aliento. Las yemas de sus dedos en mi pelo y en mi cuello me calientan la sangre y el corazón.

Tristan vuelve a besarme, pero esta vez soy yo quien se apodera de sus labios, su lengua y sus dientes. Y me trago su sabor. Es sabor a deseo, pero del que duele.

—¿Por qué no lo intentamos, Chiara? —me dice, con las manos a ambos lados de mi cabeza y la boca a milímetros de la mía.

Suena otra canción. Se trata de *Arcade*, de Duncan Lawrence. Maldito azar.

Me volví adicto a un juego perdido.

Esa soy yo, jugando a un juego, a un doble juego, condenada a perder desde el principio.

—Porque es demasiado complicado. —Retiro sus manos de mi rostro. No me puedo resistir a besar la palma de una de ellas.

—¿Qué es complicado? —pregunta con un rastro de desesperación —. Ya no hay secretos entre nosotros, ni mentiras, ni familias enfrentadas.

Le rodeo las muñecas y lo aparto más de mí.

—Pero estamos nosotros, Tristan.

—Exacto, nosotros. ¿Cuál es el problema?

—Que estás en plena y ascendente carrera laboral, Tristan. Nada menos que entrenador estrella de la WNBA, la joven promesa que todos adoran. No es momento para que te vean con una exjugadora, o para que se descubra nuestro parentesco o que estás ahí por tu padre.

—¡¿Qué importa eso?! —Me agarra de la cintura y vuelve a pegarme a él. Estamos tan cerca que me siento inmersa en sus ojos verdes.

—¡Claro que importa! —exclamo con exasperación—. Se pondría en cuestión tu valía. Además, amas el baloncesto, y no pienso ser yo quien haga peligrar esa parte tan fundamental en tu vida. —Poso la mano en su mejilla—. Estuve a punto de hacerlo, pero ya no, Tristan. Ya no.

—¿Seguro que es solo por eso?

—No, no es solo por eso. —Suspiro—. También estoy yo, Tristan. Llevo nueve años encauzando mi vida hacia un solo objetivo: hacerle daño a tu padre y, de paso, a ti. Necesito desintoxicarme de tanto odio y de tantos deseos de venganza. Necesito saber quién soy, quién hubiese sido si nada de eso hubiese existido. ¿Quién es Chiara May Monroe? —Niego con la cabeza—. Ni yo misma lo sé.

—Yo sí he conocido a Chiara May —me asegura.

—Conociste a la Chiara May falsa —lo rebato—. La real no tiene vida, Tristan, apenas tiene amigos. —Suelto una risa mordaz—. Mi mejor amigo es mi ex, el único que cree conocerme, aunque no haya llegado a hacerlo de verdad. ¿Cómo me va a conocer bien nadie, si yo misma me miro en el espejo y solo veo a una desconocida que no sabe ni lo que es, ni lo que quiere, ni lo que espera?

—Te equivocas —me dice con vehemencia—. He conocido a la Chiara real, una chica preciosa, por fuera y por dentro. Es la misma que se lo pasó en grande en una pequeña cala, con una hoguera y unos fuegos artificiales. La misma a la que una casita sin lujos junto a un acantilado le pareció el lugar más bonito del mundo. La que lo arriesgó todo por los que más amaba. La que no dudó en echar por la borda nueve años de odio... por mí, por un par de críos y hasta

por el padrastro que la ignoró. —Me acaricia la mejilla con la punta de los dedos—. Y tanto amor no puede ser falso, Chiara May.

Cierro los ojos ante sus hermosas palabras. Necesito convencerle de que es lo mejor, de que alejarnos es irremediable. Y aunque odie tener que fingir y mentir otra vez, no puedo hacer otra cosa. Si no lo hago, corremos el riesgo de que lo nuestro sea un fracaso, de que acabemos odiándonos de verdad. Y eso sí que no podría soportarlo.

—Cuando digo que debo desintoxicarme de todo —lo miro sin parpadear—, me refiero a ti también, Tristan. No tengo claro si mis sentimientos hacia ti son reales o forman parte de mi farsa. No estoy segura de lo que siento por ti.

Algo hace ¡crac! en mi pecho por soltar semejante embuste. Las manos de Tristan se desprenden de mí. Su rostro se ha ensombrecido, como si sus ojos brillantes se hubiesen apagado.

—No me lo creo —me dice con un atisbo de dureza—. Es al decir eso cuando finges.

—¿Y cómo puedes saberlo? —le exijo.

Titubea justo cuando una silueta femenina se recorta contra la luz que emerge de la puerta de entrada.

—La cena está lista, Chiara. Oh, ¿eres tú, Tristan?

El aludido me dedica una última mirada antes de dirigirse a la mujer que nos ha interrumpido.

—Lucille —le dice y la abraza—. ¡Cuánto me alegro de que hayas vuelto!

—¿Lo sabías? —le pregunta.

—Me llamó mi padre esta tarde y me fui del entreno para llegar cuanto antes. —Se señala su atuendo, un pantalón de chándal y una camiseta morada, a juego con el pañuelo de la cabeza.

—Pues entonces —Lucille se coge al brazo de su hijastro— ya estamos todos. ¿Vienes, Chiara?

—Sí. —Fuerzo una sonrisa—. Ya voy.

Capítulo 38

Chiara

Durante la cena, agradezco que todos nos centremos en los tres críos rubios que amenizan la velada con sus risas y comentarios infantiles. Rain está radiante y sus hermanos la han aceptado con una naturalidad que solo pueden ofrecer unos niños de ocho años. Tampoco me pasan desapercibidas las miradas de anhelo que le lanza Aaron a Lucille, cuyas mejillas arreboladas le devuelven el color al rostro macilento que lucía solo un par de semanas atrás.

Y luego... está Tristan. Me tropiezo con su mirada verde, suavizada desde que nos sentamos todos a la mesa. Y con sus sonrisas; y con las carcajadas que suelta por cada gracia de los críos. A veces me mira por encima del borde del vaso y siento que se me electriza cada nervio del cuerpo. Hay momentos en que lo mandaría todo a freír espárragos. Me levantaría, lo besaría delante de todos y le diría que estar con él es lo único que quiero. Y como cada vez hay más momentos de esos, de anhelo y de ganas, echo la silla hacia atrás, me pongo en pie y me disculpo.

—Me voy a la cama —anuncio—. Estoy cansada y mañana quiero levantarme temprano.

—Como quieras. —Lucille me sonríe.

Le doy un achuchón a Rain y a los gemelos, y, al resto, les doy las buenas noches. Podría darle un abrazo a Lucille, pero quedaría raro no dárselo a ningún otro adulto. No estoy preparada para abrazar a Aaron todavía. Y a Tristan... mejor mantenerlo lejos.

Mientras me alejo del porche. siento su mirada clavada en mí y un escalofrío me recorre la columna. Acelero mis pasos y no paro hasta llegar a mi habitación. Me doy una ducha y me meto en la cama.

Horas después, sigo sin poder dormir. Miro un rato el teléfono y contesto a los mensajes que me siguen enviando mis compañeras de equipo. Las pobres no acaban de entender que la lesión haya sido tan grave como para dar por finalizada toda mi temporada. Aun así, me apoyan, me alientan y me animan con cada comentario. Son maravillosas y me duele no volver a compartir con ellas los intensos entrenamientos, los nervios de cada partido, la euforia de cada canasta.

Suelto un suspiro y dejo el teléfono sobre la mesita. Puedo distinguir los objetos de la habitación por la claridad que se filtra por la ventana proveniente de las ristras de luces y de los focos diseminados por el jardín. Por eso no hace falta que encienda nada cuando me levanto y salgo de la habitación. Me detengo un instante frente a una puerta entreabierta y me asomo al interior de la estancia. Sonrío al ver las tres cabezas rubias en las dos camas. Cierro con cuidado y retomo el camino. Incluso el pasillo, las escaleras y la planta baja reciben iluminación a través de las vidrieras y claraboyas.

Me acerco a la cocina y abro la nevera. Madre mía, he venido a ver si había algo fresco para beber, pero hay tantas cosas que no sé qué escoger entre agua, leche, zumos o batidos. Al final me decanto por un combinado de leche y zumo de frutas. Abro la botella y, sin pensar, porque lo hago en mi casa, me la llevo directamente a la boca. Justo estoy dando el primer trago cuando distingo una silueta alta y ancha en mitad de la penumbra.

—¿Bebiendo a morro, Chiara? —Tristan alza una ceja y dibuja una pícara sonrisa en los labios.

Como no podía ser de otra forma, el trago que estaba dando se me cuela por donde no debe y comienzo a toser de forma compulsiva. Un reguero anaranjado termina en mi camiseta. Trato de recuperar el aire mientras dos lagrimones me caen por las mejillas.

—¡Joder, Tristan! —me quejo entre carraspeos—. ¡Me has asustado!

—Yo tampoco esperaba encontrarte aquí. —Coge la botella de mis manos y bebe de la misma forma. Me quedo embelesada

contemplando los movimientos de su nuez de Adán al tragar, o cómo se limpia la boca con el dorso de la mano y vuelve a dejar el recipiente en su sitio—. La verdad es que así sabe mejor. —Me guiña un ojo.

Pero ¡¿por qué demonios me guiña nada?! ¿No le basta con haberse presentado con un pantalón corto y... nada más? Seguro que el atragantamiento ha tenido más que ver con la visión de sus pectorales y su tableta de chocolate que con el susto que haya podido darme.

Rabiosa, lo rodeo con la intención de irme de la cocina. Él me agarra de la muñeca.

—Espera, Chiara, por favor. —Suaviza su expresión—. ¿Tú tampoco podías dormir?

—Extraño la cama, lo que me rodea... —le pongo como excusa.

—Yo apenas he dormido en esta casa —me dice—. Pero no es por eso que no puedo dormir.

Contemplo sus dedos, que rodeaban mi muñeca y ahora aferran mi mano. Siento su palma algo áspera y caliente. Mis latidos se aceleran con ese simple roce.

—Te habrá sentado mal la cena. —Furiosa de nuevo, tiro de mi mano y salgo al pasillo. Él viene detrás. Nuestros pies descalzos producen sonidos sordos contra el mármol.

—Mi habitación está al final del pasillo —me dice a mi espalda.

—Me parece genial. —Subo las escaleras y giro a la izquierda.

—Duerme conmigo, Chiara.

Freno en seco y me doy la vuelta para encararlo.

—Sobre todo, me estás pidiendo dormir. —Resoplo.

Él enreda los dedos con los míos. La claridad plateada lo envuelve en sombras y la imagen me deja sin aliento. Parece una aparición, un sueño.

—Tardaremos en volver a vernos —me susurra—. Quizá no volvamos a estar juntos. Pasa una última noche conmigo, Chiara.

Un nudo de dolor me atasca los pulmones. Tengo que respirar muy deprisa para inhalar oxígeno. Me resulta insoportable la idea de no volver a estar entre sus brazos. Sin embargo, me vuelvo, me dirijo a mi habitación y cierro la puerta detrás de mí. Me mantengo

pegada a la puerta durante minutos, arrepentida de no haber accedido a pasar una última noche con Tristan. La palabra «última» me destroza por dentro. Pero dudo.

«¿Por qué no? ¿Por qué rechazar lo único verdadero de todo lo que quise fingir?»

Decidida, abro la puerta y ahí está, Tristan, plantado ante mí. Sin necesidad de decirnos nada, se cuela en el dormitorio, cierra con el pie y me besa, con uno de esos besos cargados de desesperación que saben a final, a dolor y a despedida.

Sin dejar de besarnos, él se desprende del pantalón y yo de la camiseta y las bragas. Contemplo un segundo su hermoso cuerpo, bañado por la claridad argentina de la noche, y, desnudos los dos, nos arrastramos hasta la cama y nos dejamos caer de golpe, en un barullo de brazos y piernas. Levanto los brazos y me agarro a los barrotes del cabecero para arquearme y ofrecerme de cuerpo entero a su boca, a sus labios y a su lengua, que trazan mil senderos húmedos por toda mi piel. Después, tira de mi mano y me siento sobre la cama, frente a él. Ambos nos rodeamos la cintura con las piernas y nos abrazamos, nos besamos. Siento ahora su boca en mi cuello, en mi garganta, y sus manos en mi espalda, en mis brazos. No sé cuál de los dos respira más aprisa, gime más o mueve más las manos sobre la piel del otro.

Una suerte de fiebre se apodera de Tristan, que vuelve a cambiarme de postura. Me toma de la cintura y me coloca de rodillas en la cama. Abre la ventana y me indica que me agarre al alféizar. El frío nocturno me besa el rostro mientras Tristan besa el resto de mi cuerpo. Quiero gritar cuando noto la humedad caliente de su lengua en mi espalda, en mis caderas, en mi sexo. Y estoy a punto de hacerlo cuando se introduce en mi cuerpo y me embiste desde atrás. Lo evita llevando una mano a mi boca para que pueda morderle un dedo y así ahogar mis gemidos.

Nunca había hecho el amor así, de cara a las estrellas, como si me encontrara en mitad del cielo. Tristan golpea mis entrañas aferrado a mis caderas, mientras me besa la espalda, los hombros y la nuca. Tengo que morder con fuerza su carne cuando me arrasa el orgasmo

y todo mi ser explota y se convulsiona a la vez que se sacude él, que esconde el rostro entre mi pelo para sofocar sus propios gemidos.

Ambos caemos sobre la cama, agotados, jadeantes. Dejamos la ventana abierta para que nuestras pieles se enfríen y seguir admirando el cielo nocturno. Tristan me abraza por la espalda y me besa el hombro y el pelo con ternura.

—Tienes razón, Chiara —me susurra tras unos minutos de cómodo silencio—. Te debes un poco de vida. Busca tu camino y encuentra el que te haga feliz, sin pensar en nadie más que en ti misma. Si te sirve de algo mi opinión, mereces mucho la pena. Te gustará conocerte.

—Gracias —susurro.

—Y asegúrate de tus sentimientos, por supuesto. Si de verdad dudas de lo que sientes por mí, esperaré a que lo averigües, sea cual sea tu decisión.

Cierro los ojos.

Capítulo 39

Tristan

Dos meses después

—Menuda putada lo de May, ¿eh, entrenador? —me dice Bethany antes del comienzo del partido—. Tener que abandonar el baloncesto profesional poco después de haberlo logrado...

—Sí, una faena.

—Está triste, pero no desanimada —interviene Lorraine—. Parece que lo lleva bastante bien, con resignación.

—¿Habláis con ella? —les pregunto.

—Hablamos, nos vemos, quedamos —explica Keilah—. Fueron pocos meses, pero muy intensos. Y Brambila es una tía genial.

—¿Usted no la ha visto ni ha hablado con ella? —se interesa Sam.

—No. —Doy un par de palmadas y les señalo la salida del vestuario—. Vamos, vamos, dejemos la cháchara y al lío. Volvemos a tener un partido crucial. Tenemos que volver a ganar si queremos llegar a los *playoffs*.

—¡Vamos, Valquirias! —Las jugadoras unen sus puños con los míos y saltan a la cancha.

Agradezco tener en mi vida el baloncesto, mi equipo, las sensaciones que ambos me aportan. Como ahora mismo, que salgo con mis jugadoras y contemplo y oigo lo que me rodea: el público, las banderas, los gritos de ánimo, los aplausos, los cánticos de victoria.

Cuando el árbitro señala el comienzo del partido, regresan a mí la adrenalina, la emoción, los nervios, todo lo que este deporte me da

y que necesito como el aire que respiro. O quizá ya no sea tan fundamental en mi vida, no sabría decir. Porque ahora tengo una familia, personas a las que amo, un hogar al que volver. Ya no es como antes. Cuando sufro una derrota, una mala crítica o un mal momento, solo tengo que presentarme en una bonita casa cuya belleza no tiene nada que ver con sus hermosos jardines, sus fuentes o sus estatuas. Lo que verdaderamente la hace valiosa es quien la habita, esas personas que, en un mal día, me arropan, me abrazan y me hacen sentir amado.

Aunque me siga faltando una de ellas.

—¡Va, Tristan, date prisa! —exclama Lucas mientras me tira de la mano—. ¡Nos están esperando!

—¡Sí, venga! —Su hermano me estira de la otra mano—. ¡No nos podemos perder el inicio del campeonato!

—Vale, vale, voy —gruño y corro entre la gente que empieza a abarrotar el pabellón. Cargo a cada uno de mis hermanos bajo los brazos para llegar antes.

Por fin localizamos la fila reservada para los familiares de los participantes. Desde aquí reconozco las cabezas de papá y de Lucille, que nos guardan tres sitios a su lado. A continuación, distingo la melena rubia de Rose y el cabello gris de Catarina. Durante un instante, el corazón me late con fuerza. No encuentro la larga cabellera oscura de Chiara. No puede ser... ¿Habrá decidido sentarse en otra parte de las gradas para no coincidir conmigo? No, claro que no. Es imposible que no comparta este acontecimiento con su madre y su abuela, incluso con los gemelos o Lucille.

Y entonces, la persona que se sienta entre Rose y la abuela se da la vuelta. Dejo de respirar al contemplar su rostro, tan familiar, tan querido, tan añorado. No la había identificado porque se ha cortado su larga melena.

Los niños corren a sentarse junto a su madre, no sin antes abrazar a Chiara, que les dedica una sonrisa espectacular. Dios, qué guapa está.

El sitio que queda está entre mis hermanos y Catarina. Imagino que, en consideración a Lucille, Rose ha ocupado el lugar más alejado de la fila.

Me acerco, rodeo las localidades y me dirijo en primer lugar a mi antigua madrastra, que me abraza con cariño. Me conmueve volver a ver en ella a la bonita mujer que conocí casi diez años atrás.

—Madre mía, Rose —le digo—. Estás espectacular, guapísima.

—Gracias, Tristan. —Sonríe—. Esta vez sí sé que estás siendo sincero, porque me encuentro de maravilla, mejor que nunca. —Se me acerca al oído—. Gracias al dinero de Aaron, pero nada es perfecto en esta vida —me susurra en tono bromista.

Después le doy dos besos a su madre.

—¿Le caigo ahora un poco mejor, Catarina?

—Mejor que tu padre, seguro —gruñe. Luego cambia su expresión gruñona por otra más afable—. Tú nunca me has caído mal, muchacho. Aunque todavía estoy esperando que me regales una entrada para ver un partido —se queja enfurruñada.

—¿Le gusta el baloncesto?

—¡Pues claro! ¡Jugaba cuando era joven! —Señala a su lado—. Como mi nieta.

Las piernas me han flaqueado todo el rato, mientras sabía que dejaba para el final el saludo a Chiara. Mi antigua hermanastra se ha levantado y se ha alejado un par de metros del resto. Titubeo como un adolescente ante la chica que le gusta y opto por darle un beso en la mejilla. Su olor a vainilla hace que la cabeza me dé un par de vueltas.

—Hola, Chiara —le digo—. Estás... diferente. Muy guapa.

—Gracias. —Sonríe.

Su espesa melena está ahora más lisa, le llega por los hombros y la acompaña un flequillo. Sus ojos azules resplandecen en contraste con su piel morena y su boca llena es el complemento perfecto para su bonito rostro. Docenas de mariposas revolotean en mi estómago y acarician con sus suaves alas cada terminación nerviosa. Tengo que meter las manos en los bolsillos de la chaqueta para no correr el riesgo de que se echen a temblar. Porque no es solo el peinado. Es... todo. A pesar de haber pasado solo un par de meses, Chiara está

radiante. Desprende una luz que nunca había visto en ella y que le otorga ese extra de belleza. Debe de haber sido el hecho de haberse despojado de un peso que cargó durante años. Y, por supuesto, ver a su madre recuperada.

—Te queda muy bien —insisto.

—Es más cómodo. —Mueve la cabeza y el cabello, liso y brillante, le roza los hombros.

—¿El típico cambio de aspecto para un cambio de vida? —le digo.

—También. —Compone una mueca que me hace reír como si fuera aquel adolescente que conducía un descapotable por las calles de Southington—. En cambio, tú lo tienes más largo. —Me señala el pelo y me encojo de hombros.

—No encuentro tiempo para cortármelo —le digo—. Pero me lo sigo sujetando con pañuelos o bandas, así que no importa. —Deslizo la mano por la tela morada de la cabeza.

—Has vuelto a crear tendencia —me dice con una media sonrisa que me derrite. Cualquier gesto de ella me embelesa—. Se venden tantas camisetas como pañuelos para imitar tu peinado, como cuando jugabas en la UConn.

—Estoy orgulloso de mi equipo —le confieso.

—Y el equipo de ti.

Baja la vista tras dedicarme el halago. Creo que la fija en mi boca. Se me constriñe el estómago.

—Me dijeron las chicas que seguís en contacto —le comento para paliar la sensación de anhelo.

—Hace un par de semanas que no quedamos —puntualiza—. Ahora no tengo mucho tiempo, aunque sigo jugando al baloncesto de vez en cuando.

—¿En serio? ¿Dónde?

—Es un equipo femenino de barrio. —Se encoge de hombros—. Conocí a unas chicas que tenían dificultades para encontrar una cancha libre. Todas eran acaparadas por equipos masculinos.

—Y las ayudaste —le digo sin dudar.

—El deporte femenino sigue necesitando ayuda —señala—. Sororidad frente a los obstáculos.

El orgullo que siento por ella solo puede hacer que la quiera más.

—Me enteré de que conseguiste trabajo —le anuncio con una sonrisa—. Me comentaron en el club que pasaste a ser una especie de corresponsal de las Valquirias. —Bajo la voz—. Leo todo lo que escribes. Se nota que haces lo que te gusta. Se te da fenomenal.

—Mejor que cuando trataba de hundiros a todos. —Esboza una mueca.

Los dos reímos. Es cierto lo que ha dicho, pero nos quedó claro hace tiempo que nunca habría llegado hasta el final.

—Y sin pedirle ayuda a Aaron Clayton —apostillo.

—Bueno... —Sonríe—. Si no me hubiese infiltrado en su momento, nadie me lo habría ofrecido...

—Lo que importa es que eres una buena periodista y alguien ha sabido aprovecharlo. El equipo no puede tener mejor voz que la tuya.

Chiara no llega a responder. En este momento se anuncia por los altavoces que el campeonato estatal de patinaje artístico sobre hielo en la categoría infantil va a comenzar.

—Será mejor que nos sentemos —señala Chiara.

—Sí, claro.

Me siento al otro lado de su abuela y aplaudimos con júbilo cuando presentan a los primeros participantes. Ahí está Rain, junto a Austin, su compañero, en la modalidad de danza sobre hielo. También se ejecuta en pareja, pero se puntúa más el juego de pies y el baile que los saltos. Las luces se atenúan y comienza la música, *Vampire*, de Olivia Rodrigo. El pabellón guarda silencio y contiene la respiración. Durante mis treinta y un años de vida he jugado partidos en todas las categorías, he sabido que me seguían ojeadores de la NBA, me he frustrado con una lesión irreversible y llevo casi tres temporadas como entrenador de la WNBA. Y puedo decir, sin resquicio de duda, que jamás había estado tan nervioso como ahora. Cientos de personas están pendientes de mi hermana, que se desliza por el hielo como si hubiese nacido con patines en los pies. Está preciosa, con un vestido blanco y plateado. El cabello, recogido en un moño, está sembrado de cristales que refulgen como luces diminutas. Con los párpados cubiertos de purpurina, parece un ángel.

Miro hacia la derecha: Lucille se ciñe al brazo de mi padre. Los gemelos están abrazados. Miro hacia la izquierda: abuela, madre y hermana se agarran las manos con fuerza.

—Qué bien lo hace, ¿verdad, Tristan? —susurra Dylan.

—Yo no estoy nervioso —apunta Lucas—. Rain es la mejor.

Yo sigo embelesado con los movimientos coordinados de Rain y de Austin, que bailan cogidos de la mano mientras se deslizan con elegancia, con precisión, sin un solo titubeo. Cuando suena la última nota y ellos terminan abrazados, el público se pone en pie y los aplaude durante minutos. Su madre y su abuela están llorando, lo mismo que Lucille. Papá hace lo que puede para disimular. Chiara y yo introducimos los dedos bajo la lengua y silbamos con fuerza. Los gemelos se suben a los asientos y gritan: «¡Rain, Rain...!».

Todavía nos quedará aguantar los nervios en la modalidad individual. Contenemos de nuevo la respiración, porque Rain ha elegido *MacArthur Park*, de Donna Summer, la canción con la que Alysa Liu consiguió la medalla de oro en Milano Cortina. Volverá a lucirse, a ganarse el cariño del público... y del jurado. Le otorgan la mayor puntuación en ambas ocasiones, le colocan dos medallas alrededor del cuello y le entregan un ramo de flores. Y con todo ello corre hacia nosotros, que la recibimos entre abrazos; no puede estar más feliz.

Lo celebramos más tarde en un restaurante, junto al resto de los participantes y sus familias. Hay tanta gente que apenas me cruzo con Chiara hasta que llega el momento de las fotografías de recuerdo. Mis hermanos me nombran fotógrafo oficial de la familia, así que inmortalizo en las imágenes a Rain con los gemelos, con mi padre y Lucille, con su madre y su abuela, con Chiara... Incluso en mitad de un lío de poses, coinciden Rose y Lucille junto a la triunfadora de la noche. Nos sentimos algo incómodos durante unos segundos, pero terminamos aliviados cuando las mujeres se sonríen. No van a ser amigas, ni se van a ir juntas de compras, pero, con su sensatez, demuestran que Rain está por encima de los errores de sus padres.

—¡Tú no has salido en las fotos, Tristan! —clama mi hermana.

—Es cierto. —Busco a mi alrededor a un fotógrafo, pero nadie parece estar por la labor. Chiara es quien se ofrece.

Combinamos todas las posibilidades: poso con Rain, con mis hermanos, con mi padre y con Rain otra vez...

Aparece de repente Lucille y se hace con el teléfono de Chiara.

—Vamos, poneos todos los hermanos.

Así lo hacemos: con la agasajada en el centro, un gemelo a cada lado y Chiara y yo en los extremos.

—Y ahora solo con los mayores —dispone Lucille.

Chiara y yo nos agachamos para ponernos a la altura de Rain y le besamos cada uno una mejilla.

—¡Ha quedado preciosa! —exclama mi madrastra, que nos devuelve el móvil y desaparece junto a los más pequeños.

Chiara y yo observamos la imagen. Hemos tenido que unir tanto nuestras cabezas que su cabello y el mío se han mezclado.

—Pásamela en cuanto puedas —le susurro. Ella se vuelve hacia mí y apenas nos separan unos pocos centímetros y un aliento.

—Claro —musita.

—¿Eres feliz? —le pregunto.

Ella me mira y temo caer en las profundidades azules de sus ojos.

—Nunca se puede ser feliz del todo —me responde—. Siempre falta algo.

Trago saliva. Claro que falta algo.

—¿Estás descubriendo, al menos, a la Chiara real?

Se encoge de hombros y, con el movimiento, me roza la cara con las puntas del pelo.

—Estoy en ello.

—Me alegro —le digo.

Nuestra íntima conversación se corta cuando nos llaman para que ocupemos nuestros sitios alrededor de la mesa. Comemos, brindamos y, cuando mi mirada busca por enésima vez a Chiara, se encuentra con un hueco vacío.

—Dale tiempo —me dice mi padre con una palmada en el hombro —. Sé de lo que hablo, hijo.

Capítulo 40

Chiara

Me tumbo en el sofá y suelto un suspiro de satisfacción. A mi alrededor apenas hay muebles, adornos, cortinas o lámparas. Es un apartamento pequeño en Bernal Heights, que no está precisamente en el centro de San Francisco. Pero por primera vez en mi vida, puedo decir que estoy en mi casa. No quiero decir que no me sintiera bien en la casa de mi abuela, pero a mis veintisiete años, ya era hora de tener la mía propia, aunque esté apartada y luzca un poco desangelada.

Aaron insistió en ayudarme económicamente y yo acepté, pero solo para que pusiera la fianza por el piso. Le agradecí su aportación a mi independencia y ahí acabó todo.

Con mi madre pasó algo parecido. Su exmarido le paga los tratamientos médicos, entre psicólogos y fármacos, todo lo que la está ayudando a superar la depresión. O, en su defecto, a paliarla y controlarla. Además, le pasa una generosa pensión por la manutención de Rain. Más que generosa, diría yo. No ha aceptado una casa nueva, pero sí el coste de una reforma y la ayuda para encontrar un trabajo. Mamá trabaja como auxiliar de contabilidad en una de las muchas empresas satélite que orbitan alrededor de Clay Systems.

—Hacía mucho tiempo que no me sentía como una persona normal —nos confesó, emocionada, tras su primera jornada laboral en muchos años.

Quizá a mí me pase algo parecido. Cuando vives del único modo que crees posible, piensas que es lo normal, que tiene que ser así.

Hasta que no salí del bucle de la venganza, el odio y el pasado, no me di cuenta de que lo que vivía no era una vida.

A veces, los golpes recibidos nos obligan a elegir, y esa elección puede marcar más nuestra existencia que cualquier acción. Somos más lo que elegimos que lo que hacemos.

Casi tres meses después, me siento más ligera y normal que nunca. Cada fin de semana voy a la casa que ha sido mi hogar durante la última década y lo paso con mamá, la abuela y Rain. Pero el resto de la semana, vivo aquí, sola. Porque este sencillo apartamento es mucho más que eso. Es mi espacio. Es donde me siento yo misma.

Ah, también he conseguido un trabajo. Y me encanta.

En una reunión entre periodistas y ejecutivos de las Valquirias, salieron a relucir mi profesión y yo. Resulta que May Brambila había dejado más huella de la que pensaba, y si ya no podía volver a la cancha de juego, bien podía llevar la web oficial del equipo. Mi visión como exjugadora y, a la vez, como periodista, podía darles un empujón a las publicaciones y a la página. Las chicas se alegraron tanto que me montaron una fiesta increíble para celebrarlo. Allí me preguntaron si no era necesario pasarme por el Chase Center para ver los partidos en directo antes de comentarlos, pero mi respuesta fue firme. No pretendo acaparar protagonismo ni levantar ningún revuelo... ni ver a Tristan. Sigo necesitando mantenerme alejada de él, tener mi espacio, pensar. Y no, como le dije, para saber si mis sentimientos son reales. Mi amor por Tristan es lo único verdadero en toda la locura que comencé con un absurdo plan de venganza.

Estoy sentada en el sofá, con el portátil sobre la mesita de centro y recibo una llamada. Frunzo el ceño al ver en la pantalla del teléfono el nombre de Orson Byrnes, el ejecutivo que puedo considerar mi jefe directo. Mañana hay partido y supongo que querrá darme algunas instrucciones, aunque no es lo más habitual.

—Dime, Orson. Ya estoy con el diseño de mañana...

—Ya puedes dejarlo —me interrumpe—. Mañana no podrás hacerte cargo.

El estómago me da un vuelco y el pánico se me atasca en la garganta. Apenas me sale la voz.

—¿Qué... qué quieres decir?

—Que ha habido una baja de última hora. Una afonía repentina de la locutora que retransmite el partido junto a otros colaboradores en la mesa de prensa.

El desconcierto se apodera de mi mente.

—¡Que tienes que estar allí mañana, Brambila! —exclama—. ¡¿Quién mejor que tú para narrar el partido?! ¡Les va a encantar oírte!

—No lo he hecho nunca, Orson...

—Para todo hay una primera vez. Además, tendrás dos compañeros a tu lado que te ayudarán en lo que haga falta. Tú tranquila.

—Pero... lo que a mí se me da bien es escribir...

—Y jugar al baloncesto —me corta—. Y hacer levantar al público de sus asientos con tus jugadas. —Suspira—. Y apreciar al equipo, May. Eso se nota y la gente lo va a agradecer.

Me tiemblan hasta las uñas por los nervios.

—No sé qué decir...

—¿Qué vas a decir? ¡Que sí, joder!

—Vale —respondo con el corazón a mil por hora—. Allí estaré mañana.

Cuando cuelgo, solo pienso en mantener el teléfono en la mano para llamar a mi madre, a mi abuela, a Aaron... ¡a todo el mundo! Pero prefiero tomarme un tiempo para mí, relajarme con un baño y una copa de vino y hacerme a la idea.

Paradójicamente, soy yo quien recibe una llamada que puede dar al traste con mi nueva ilusión.

Capítulo 41

Tristan

Con el zumbido del teléfono soy consciente de que me he quedado dormido en el sofá. Todavía tengo desperdigados por encima los esquemas y las estrategias para el partido de mañana. Me sorprendo al ver que son las once y media y me preocupo al ver que es mi padre.

—¿Qué ocurre?

—Pon el canal 7, Tristan.

Parpadeo, todavía desorientado.

—¡En la tele! ¡O donde puedas verlo! —exclama—. ¡Pon el *Show de Stephen Colbert*!

Busco el mando, lo acciono para poner en marcha el televisor y pulso el canal que me ha pedido. Los ojos se me abren como compuertas al descubrir a Evelyn Thomas sentada en el sillón azul que suelen ocupar los invitados al *show*.

—¡¿Qué me estás contando, Evelyn?! —pregunta el presentador de manera teatral—. ¿Dices que el entrenador de las Valquirias ha mantenido un romance con una de las jugadoras de su equipo?

—Eso he dicho.

Silbidos y gritos del público.

—¿Y puedes decirme de quién se trata?

—Por supuesto. De May Brambila.

Más gritos, más silbidos. Cara de asombro del presentador.

—Pero, Evelyn —le dice entre el alboroto del público—, eso no se puede decir a la ligera. ¿Tienes pruebas?

La fisioterapeuta abre una carpeta y saca algo de su interior.

—¿Te valen unas radiografías y resonancias magnéticas que demuestran que May Brambila no sufrió ninguna lesión?

—¿Y por qué crees que se fue? —la interroga el hombre—. Estaba en su mejor momento.

—Porque yo misma le advertí al entrenador Clayton que lo había descubierto. Está claro que ella se quitó de en medio para evitar el escándalo.

—Pero según nuestras fuentes, May es periodista y se encarga de la página web del equipo.

—Eso solo demuestra que sigue habiendo un vínculo.

—No sé, no sé, Evelyn. —El presentador expresa su duda con una sonrisa traviesa—. Quizá hace falta algo más para presentar una acusación así.

—¿Con algunas fotografías sería suficiente?

De pronto, la pantalla la ocupa una imagen en la que Chiara y yo paseamos cogidos de la mano por la playa de Alki Beach.

—¡Eso es otra cosa! —El cómico alza las manos de forma exagerada.

Apago la tele.

—¿Y esto no has podido pararlo? —le recrimino a mi padre.

—Una cosa es un periódico local y otra la CBS, Tristan.

—¿Y Evelyn? ¿Qué saca de todo esto? Porque estoy completamente seguro de que ya no sigue en el club.

—Ha sido despedida fulminantemente —me asegura—. Pero le han dado por la entrevista un montón de pasta que empleará para abrir su propia consulta. Y con publicidad gratuita. —Suspira—. Es una mujer despechada, Tristan.

—Joder. —Me froto el rostro hasta que me escuece la piel—. ¿Cómo le va a influir esta mierda a mi equipo? ¿Qué coño voy a decir yo mañana?

—Yo no mentiría, Tristan.

—¡¿Cómo?!

—Emplea el ataque a tu favor —insiste—. Al fin y al cabo, esa doctora pudo haber descubierto vuestro romance, pero no tiene ni idea del plan de Chiara ni de mi papel como accionista. Que estéis juntos me parece una noticia de lo más inocua.

—No sé, papá. Tendría que consultarlo con Chiara.

—Solo es un consejo, Tristan. Por cierto, mañana la encontrarás en el Chase Center, en la mesa de prensa. Será ella quien, junto a otros colaboradores, narre el partido.

Una sensación dulce me recorre el pecho.

—Me alegro por ella.

—Decide tú si realmente merece la pena —concluye mi padre.

Lo decido en cuanto me veo incapaz de comunicarme con ella. Hay ocasiones en la vida en las que resulta imprescindible lanzarse al vacío y arriesgarse.

—Tienes la puerta de casa llena de periodistas. —Rita entra en la cocina y me encuentra desayunando.

—Dime algo que no sepa. —Me encojo de hombros.

—Pues no te veo desganado siquiera.

Me termino el zumo, me limpio la boca y me pongo en pie.

—Porque no lo estoy. ¿Quieres acompañarme y ver mis declaraciones en directo?

—No me lo perdería por nada.

Suelto una carcajada. Me ato bien el pañuelo a la nuca, me pongo las gafas de sol y me echo la mochila al hombro. Con toda tranquilidad, abro la puerta de mi casa y, de inmediato, tengo ante mí una avalancha de caras, micrófonos y grabadoras.

—¡¿Qué tiene que decir con respecto a las declaraciones de Evelyn Thomas?!

—¡¿Es verdad que mantenía una relación con May Brambila?!

—¡¿Siguen juntos y están ocultando su amor?!

Alzo las manos para que me dejen hablar.

—La señorita Evelyn le dio demasiado bombo al asunto —declaro —. May y yo estuvimos juntos... y seguimos estándolo. Preferimos llevarlo de forma discreta, pero sí, estamos enamorados. Y si alguien ve algo raro en eso... que lo diga.

Se hace el silencio entre los periodistas hasta que uno de ellos interviene.

—Según fuentes del club, May será hoy la encargada de locutar el partido. ¿Eso significa que ha podido utilizarlo para prosperar en su trabajo?

—Rotundamente no —zanjo—. May es una gran jugadora de baloncesto y una gran periodista. Ha llegado hasta aquí a base de esfuerzo, de ayudar a los suyos y de olvidarse de sí misma. Una vez más, demostrará lo que vale.

Esquivo a la marabunta y me lanzo sobre la puerta abierta del coche de Arnie, mi ayudante, que, presagiando la que se avecinaba, ha venido a buscarme.

—Gracias, tío.

—De nada, Romeo —se burla.

Capítulo 42

Chiara

Desde la mesa de prensa, contemplo las gradas del Chase Center a rebosar, algo que me habría esperado y que sería totalmente normal... si no fuera por las pancartas llenas de mensajes de ánimo para Tristan y para mí.

—Uf —le digo a mis compañeros—, no sé cómo voy a gestionar esto.

—Tú piensa en la cantidad de oyentes que vamos a tener al otro lado —me dice Mick.

—Pero no sabemos si será perjudicial a la larga —señala Johnny.

—Mierda —susurro.

—Es la hora, May.

Asiento, me pongo los cascos y comienzo a hablar.

—Muy buenas noches. Les habla May Brambila desde el Chase Center, donde vamos a volver a vivir una noche mágica con nuestro equipo, ¡Las Valquirias de San Francisco!

—Le damos la bienvenida a May —interviene Johnny— y le agradecemos que sustituya a nuestra compañera, Sun Yi.

—¡Cómo está el público, señoras y señores! ¡Como en las mejores noches de la WNBA!

—Tú, que has sido jugadora de este equipo, May —los nervios se van atenuando gracias a la comprensión y paciencia de mis compañeros. Pensaba lo contrario, pero hablar de mi propia experiencia me otorga confianza—: ¿qué te parecen los últimos movimientos y cambios del entrenador Clayton?

En este mismo momento, las jugadoras salen a la cancha y comienzan a calentar. Detrás de ellas sale Tristan, con su inseparable

pañuelo morado y una sonrisa irresistible en su hermoso rostro. Me mira sin contemplaciones y percibo la intimidad que nos une y que él ha expuesto ante un montón de periodistas.

Me guiña un ojo y río encantada. Quizá pensaba en alargar más el tiempo separados, acostumbrarme a mí y a una vida sin rencores, pero ¡qué demonios! Las cosas tienen su momento. Y nuestro momento es ahora.

—¿Sabes qué, Mick? Antes de seguir hablando de las últimas victorias, todas ellas conseguidas gracias a estas magníficas jugadoras y al mejor entrenador que tiene la WNBA, me gustaría decir algo a los oyentes.

—Me parece genial, May. Creo que muchos de ellos esperan una respuesta por tu parte al entrenador Clayton. Si no he oído mal, ha declarado hace solo unas horas que no tenía ningún problema en confesar vuestra relación. —Se gira hacia el otro comentarista—. ¿Y tú, Johnny? ¿Ves algún problema en que nuestra querida exvalquiria y el entrenador que ha conseguido más victorias seguidas estén juntos?

—Todo lo contrario, Mick. Son dos personas que aman el baloncesto, que aman a este equipo y que se aman entre ellos. ¡Que San Francisco opine!

El público, de pronto, se pone en pie y agita las banderas moradas del equipo. En algunas de ellas han impreso el rostro de Tristan.

—Creo que ya han opinado, mi querida May —señala Johnny con satisfacción—. ¿Algo más que decir?

—Yo diría que algo más que hacer —suelto—. ¡No me perdáis de vista!

Con el corazón agitado y las piernas algo temblorosas, me quito los auriculares, me levanto de la silla y me alejo de la mesa. Camino por la cancha y, de reojo, veo mi rostro en el monitor gigante. Los operadores de cámara no han dejado escapar la oportunidad. Tristan, sin embargo, parece ser el último en enterarse. No es hasta que el ruido que nos envuelve se hace ensordecedor que se vuelve y me ve acercarse. Sonríe, pero no mueve ni un dedo. Me deja hacer a mí.

Cuando estoy frente a él, le rodeo el cuello con los brazos y lo beso, delante del público, de las jugadoras, de las cámaras que están retransmitiendo vete tú a saber a cuánta gente. Tristan me rodea la cintura e inclina hacia un lado la cabeza para profundizar el beso. Durante un instante, sin embargo, olvido el clamor, la gente y todo lo que nos rodea. Durante ese instante, solo estamos Tristan y yo, besándonos, diciéndonos con el gesto que nada importa más que estar juntos. Que nos queremos. Que se han acabado las farsas, las venganzas y el doble juego. Ahora solo existe uno en el que jugamos nosotros.

—Ya era hora —me susurra al oído—. Lo siento, pero no te llegué a creer cuando me dijiste que dudabas de tus sentimientos.

—Disimulé bastante mal. —Río.

—Espero que no te haya parecido mal mi forma de acabar con todo esto.

—Claro que no. Aunque, ¿no te parece que hemos armado demasiado revuelo?

Un escalofrío me recorre la piel cuando me roza la oreja con los labios.

—Lo único que me parece es que te amo demasiado como para que me importe. Te quiero, Chiara May.

—Y yo a ti, Tristan Clayton.

Volvemos a besarnos y a abrazarnos ante el griterío del público.

—Tienes un partido que controlar —le digo tras el beso.

—Y tú un partido que narrar.

Nos separamos y saludamos a la grada. Feliz, vuelvo a la mesa y me coloco los auriculares.

—Les habla May Brambila desde el Chase Center. Como les he asegurado antes, esta va a ser una noche mágica...

Epílogo

TRISTAN

Un año después

—¡Tristan, Tristan! ¡Ahora yo! ¡Ahora yo!

—De uno en uno, por favor...

Me subo a Lucas en los hombros, le agarro los pies y lo impulso hacia atrás para que caiga con fuerza al agua entre risas, zambullidas y salpicaduras. Ya lo he hecho con él, con Dylan, con Rain y con Chiara.

Me aparto el cabello mojado de la cara y contemplo la algarabía que tiene lugar ahora mismo en la piscina. Lucille y mi padre decidieron hacer un viaje solos y Chiara y yo estuvimos encantados de hacernos cargo de la casa y de nuestros hermanos. A veces, cuando alguien nos pregunta por el parentesco que nos une y se lo explicamos, nos mira con cierta perplejidad, pero lejos de molestarnos, nos hace mucha gracia, sobre todo a los más pequeños.

A veces pienso que la vida, de alguna forma, ha querido compensarme. Si no, no me explico que me haya pasado solo casi tres décadas y, de pronto, tenga una familia tan numerosa. O que tuviese apenas una vaga noción de lo que era el amor, y ahora ame y me sienta amado de tantas formas diferentes.

Sonrío ante el griterío que me rodea en la piscina. Ya no he vuelto a sentirme solo.

—¿Ocurre algo?

Chiara se ha acercado hasta mí y me rodea con los brazos y las piernas bajo el agua. Contemplo su rostro cubierto de gotitas que el sol hace brillar sobre su piel morena como pequeños diamantes. El pelo le ha vuelto a crecer y lo lleva atado en una coleta con una de mis cintas para el pelo. Me sigo perdiendo en las profundidades de sus ojos azules. Es tan preciosa que no me canso de mirarla.

—No pasa nada y pasa todo —le digo y le doy un beso en los labios que ella no duda en corresponder.

De inmediato tenemos a tres críos rubios a nuestro alrededor.

—¡Puaj! —exclama Dylan—. ¿Ya os estáis besando otra vez?

—¡A mí me gusta que se besen! —declara Rain.

—Si son novios, tendrán que besarse, ¿no? —opina Lucas.

—Son novios —añade mi hermana—, pero un día se casarán. ¿A que sí?

Rain espera una respuesta con sus grandes ojos celestes cargados de anhelo e inocencia. Chiara y yo no sabemos qué decir mientras nuestras miradas se enredan la una en la otra, como si diésemos por hecho que el otro piensa: «¡No, nada de casarse!». Pero nadie dice nada.

La voz de Margaret se cuela entre pensamientos que nadie pronuncia.

—Señor Clayton. Ya está aquí la visita que esperaba. ¿Les hago pasar?

—No, no, ya salgo yo a recibirles. —Me desprendo del abrazo de Chiara, nado hasta el borde de la piscina y me apoyo en él para impulsarme y salir del agua.

—¿Visita? —pregunta Chiara—. ¿Quién ha venido?

Me seco con una toalla y me pongo una camiseta y unas zapatillas.

—Es una sorpresa —le digo y le guiño un ojo.

Rodeo la casa por el lateral y llego hasta el jardín de la fachada principal, donde un coche acaba de estacionar sobre las losas de la entrada. Una pareja se baja del vehículo y observa la vivienda entre silbidos de admiración. Contemplo, mientras me acerco, la alta y espigada figura de él, su cabello rubio y sus chispeantes ojos castaños. Después la admiro a ella: su larga cabellera oscura, su

expresión serena y tranquilizadora. Voy a su encuentro con la sensación de que el corazón no me cabe en el pecho al volver a tenerlos tan cerca.

Al primero al que abrazo es a él, a Rhys, a mi amigo, a mi compañero de juegos, de baloncesto, de instituto y de todas las primeras veces.

—Dios, qué alegría teneros aquí —le digo mientras lo abrazo. Él me palmea el hombro y me dedica la más jovial de sus sonrisas. Le hago un repaso a su rostro, buscando cualquier síntoma de que su salud haya decaído. En principio, solo encuentro ganas de vivir.

—No me mires más, estoy bien. —Ríe—. Y más ahora que he venido a hacerle una visita a mi mejor amigo porque se largó a la otra punta del país.

Veo cómo mira por encima de mi cabeza.

—¿Seguro que has venido solo a verme a mí? —le pregunto con mordacidad.

—Ya te digo yo que no. —Evie ríe y me abraza con fuerza. Yo hago lo mismo, con los ojos cerrados, llenándome de recuerdos con el aroma de su pelo y el tacto de su piel.

—Vale. —Rhys compone una mueca—. En realidad, hemos venido a conocer a Chiara.

—Me lo imaginaba. —Sonrío.

—Para ser más exactos —puntualiza Evie—, nos hemos comido siete horas de avión para conocer a la chica que ha enamorado nada menos que a Tristan Clayton, el chico que ha ido dejando un reguero de corazones rotos desde los trece años.

Suelto una carcajada, aunque, en cierto modo, pueda sonarme un poco extraño viniendo de Evie. Porque fue precisamente ella la única a la que quise; la única por la que habría dejado de romper todos esos corazones que menciona.

O eso creí hasta hace poco más de un año.

—Venid conmigo —les digo con un gesto mientras rodeamos la casa por el sendero lateral—. Chiara está en la piscina con nuestros tres hermanos.

—Te ha pasado como a mí, ¿eh, Tristan? —Rhys me rodea los hombros con el brazo—. Has pasado de no tener a nadie a

encontrarte con una familia de sangre que se convierte en una parte esencial de tu vida.

—Es... —Se me quiebra un instante la voz—. No sé cómo explicarlo, Rhys. Es como notar expandirse el corazón para albergar a las personas importantes que van llegando a tu vida. Y te das cuenta, al final, de que hay sitio para todos.

—Te entiendo —susurra mi amigo.

Llegamos al jardín trasero, donde los críos siguen en el agua. Como ya esperaba, Chiara ha salido de la piscina. Se ha secado y se ha puesto un vestido amarillo de tirantes. Me encanta el contraste de ese color con su piel atezada. O quizá es porque era el que llevaba cuando la encontré en aquella carretera. Los dos sabemos que fue algo calculado por su parte, pero ambos seguimos creyendo que el destino, de alguna manera, nos hizo coincidir en aquel paraje de Nevada.

—Chiara —le digo—, quiero presentarte a mis dos mejores amigos. Él es Rhys.

—Oh, madre mía, Rhys —se emociona Chiara mientras se ve envuelta en los brazos del chico rubio—. Cuánto tiempo desde la última vez que te vi, con tu descapotable, por Southington, acaparando miradas y envidia de la mala —bromea.

—¡Claro! —exclama él llevándose una mano a la frente—. Recuerdo verte en casa de Tristan y alguna vez en el instituto. Eras más pequeña; nosotros éramos los populares y todo eso...

—Ahora es cuando me dices que he cambiado mucho y yo te contesto que «¡menos mal!».

—Todos hemos cambiado, Chiara. —Rhys sonríe—. Me alegro de que hayas cazado al seductor de la melena.

—¡No he cazado a nadie! —Chiara ríe con fingida indignación.

—Y esta es Evie. —Hago la siguiente presentación en mitad de las risas.

Durante un diminuto instante, aguanto la respiración. Es algo absurdo, lo sé, pero me resulta chocante presentarlas.

—¡Qué ilusión conocerte, Chiara!

—Igualmente, Evie.

Chiara

Cuando por fin tengo a Evie delante de mí, me es imposible no considerar nuestras semejanzas. De algún modo, Tristan llevaba algo de razón cuando se empeñó en decir que compartíamos ciertos rasgos, puesto que tenemos el cabello prácticamente igual de oscuro y los ojos de un azul muy parecido. Pero ahí acaba toda semejanza. Su piel es más clara, su expresión, más dulce, su figura tiene más curvas... Vamos, que, al final, no nos parecemos en nada, hecho que me confiere toneladas de tranquilidad. Si hubiese visto que nos parecíamos de verdad...

Es solo durante unos segundos, pero me provoca cierta aprensión cuando la chica me abraza. Mi mente inquieta me recuerda que ella fue el primer amor de Tristan, que la quiso durante años, y que la primera vez que me hizo el amor fue pensando en ella. Un desasosiego me inunda el estómago. O mejor llamarlo por su nombre: celos.

—¡Qué ilusión conocerte, Chiara! —me dice. Su mirada es tan límpida que no observo nada más allá de sinceridad, efusividad y franqueza.

Y ahora, cuando por fin conozco a la chica a la que creí dueña del corazón de Tristan, lo veo claro. Nunca fueron más que amigos. Ella siempre amó a Rhys. Y Tristan... creyó amarla hasta que se cruzó conmigo.

—Igualmente, Evie —le digo—. Y me alegro mucho de que hayáis venido. Sois dos de las personas más importantes para Tristan.

—Y él lo es para nosotros. —Evie se agarra del brazo de su marido y comparten una mirada cargada de intimidad.

El jolgorio de los pequeños desvía nuestra atención hacia la piscina.

—¡Eh! —exclama Rhys—. ¡Me parece que tenemos unas cuantas personas más por conocer!

El ambiente se relaja y se llena de risas cuando la pareja se acerca a los críos. Los gemelos juegan con ellos haciéndose pasar el uno

por el otro, y Rain, quien, después de Lucille, mejor los distingue, se apunta al juego y enreda a nuestros invitados hasta que se rinden.

—¡Voy a decirle a Margaret que me ayude a preparar algo de beber! —nos dice Tristan antes de desaparecer por la vidriera que comunica con la cocina.

Durante los minutos siguientes, Rhys me habla de su proyecto para abrir un restaurante y yo le explico cómo reparto mi tiempo entre el trabajo como reportera deportiva y el equipo de baloncesto semiprofesional en el que juego. Evie nos ha estado comentando que su profesión de abogada resulta aburrida al lado de tantas emociones. Ahora me doy cuenta de que ya no está. Dirijo la vista a la casa y la veo atravesar el ventanal.

—Voy a ver si necesitan ayuda —le digo a Rhys—. ¿Podrías quedarte con los pequeños alborotadores?

—Claro, tranquila.

No sé si mi intención es tan simple como ir a comprobar si necesitan mi ayuda. Quizá, en mi fuero interno, quiero constatar algo más, aunque no dude ni un ápice de Tristan ni de Evie. Creo que es simple curiosidad, como si llevara tiempo deseando asomarme al cariño que los sigue uniendo.

Cuando llego a la puerta de la cocina y los veo juntos, frente a la encimera, me detengo y me apoyo en el marco. No debería, pero me quedo escuchando la conversación.

TRISTAN

—Gracias, Margaret, yo me encargo del aperitivo. Bastante tienes tú con preparar la comida para tanta gente.

—Se lo agradezco, señor Clayton.

—Ese es mi padre —bromeo—. A mí puedes llamarme Tristan.

La mujer eleva una comisura de la boca, pero no dice nada. Se dirige a la zona de los fogones y yo me quedo en la isla cortando rodajas de limón.

—¿Puedo ayudar en algo?

Distingo a Evie por encima del hombro.

—Puedes sacar unos platos. —Le señalo uno de los armarios superiores—. Y ahí están los aperitivos. Los gemelos no conciben un refresco sin llenarse la boca de patatas, nachos o cacahuetes.

—Los entiendo. —Ríe.

Nos mantenemos unos minutos en silencio mientras realizamos nuestras tareas, como si cada uno se entretuviera en recopilar los recuerdos que compartimos.

—¿Por qué no llegaste a pedirme nunca que saliéramos, Tristan?

Podría parecer una pregunta lanzada a traición, pero no me lo tomo así. Llevo esperándola mucho tiempo.

—Porque sabía que seguías enamorada de Rhys.

—Pero él no estaba.

—Ya, pero...

—Rhys era la excusa, Tristan —me interrumpe—. La verdad era que lo que sentías por mí no era amor.

—Te quería, Evie...

—Eso ya lo sé. Yo también te quería y te sigo queriendo, como tú puedes quererme a mí o a Rhys.

—Te veo muy segura de lo que dices. —Dejo de cortar limones y levanto la vista—. ¿Cómo puedes saber que no estaba enamorado de ti?

Ella también hace a un lado los platos y las bolsas y clava en mí sus serenos ojos azules.

—Porque en cuatro años jamás me miraste como la miras a ella, Tristan.

Mi corazón se acelera y sonrío.

—Me alegro de que te hayas dado cuenta, Evie.

Me parece ver una sombra por el rabillo del ojo. Miro hacia la puerta de la cocina, pero no hay nadie.

Referencias a las canciones

Watcha Say, ℗ 2009 Beluga Heights/Warner Bros, interpretada por Jason Derulo.

Stressed Out, ℗ 2015 Fueled by Ramen, interpretada por Twenty One Pilots.

DTMF, ℗ 2025 Rimas, interpretada por Bad Bunny.

Don't Let Me Down, ℗ 2016 Disruptor. Columbia. Sony, interpretada por The Chainsmokers.

Can't Stop the Feeling, ℗ 2016 RCA Records, interpretada por Justin Timberlake.

Not Like Us, ℗ 2024 Interscope, interpretada por Kendrick Lamar.

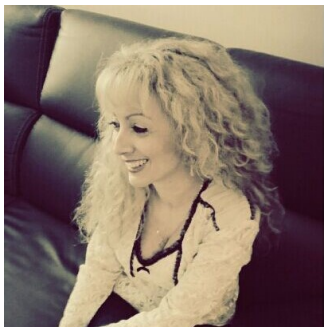
Until I Found You, ℗ 2021 Republic Records, interpretada por Stephen Sanchez.

Arcade, ℗ 2019 Spark, interpretada por Duncan Lawrence.

Vampire, ℗ 2023 Geffen, interpretada por Olivia Rodrigo.

MacArthur Park, ℗ 1978 Casablanca Records, interpretada por Donna Summer.

Biografía



Lina Galán vive en un pequeño pueblo de la provincia de Barcelona, rodeada de naturaleza junto con su marido y su hija.

Siempre fue una lectora empedernida y le encantaba ayudar a sus hijos en redacciones o en la creación de historias. Por ello, un día de 2014, alentada por su familia, se sentó delante de un ordenador y comenzó a teclear. Como resultado de aquella locura maravillosa, ese mismo año publicó su primera novela romántica con gran éxito, y descubrió en la escritura su gran pasión.

Desde entonces no ha dejado de escribir historias con final feliz, algo que considera indispensable en sus novelas.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:
Facebook: Lina Galán García
Instagram: @linagalangarcia

Doble juego
Lina Galán

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta
Ilustración de la cubierta: Shutterstock

© Lina Galán, 2026.

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2026

ISBN: 978-84-08-32711-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

www.planetadelibros.com/editorial/click-ediciones/94

Otros títulos de Click Ediciones

Si finjo que te olvido
Lina Galán

Si finjo que te quiero
Lina Galán

Quemando el hielo
Moruena Estríngana

Arriesgado juego de seducción - Touch Down 2
Loles López

Dante: mi infierno... o mi paraíso
Lina Galán

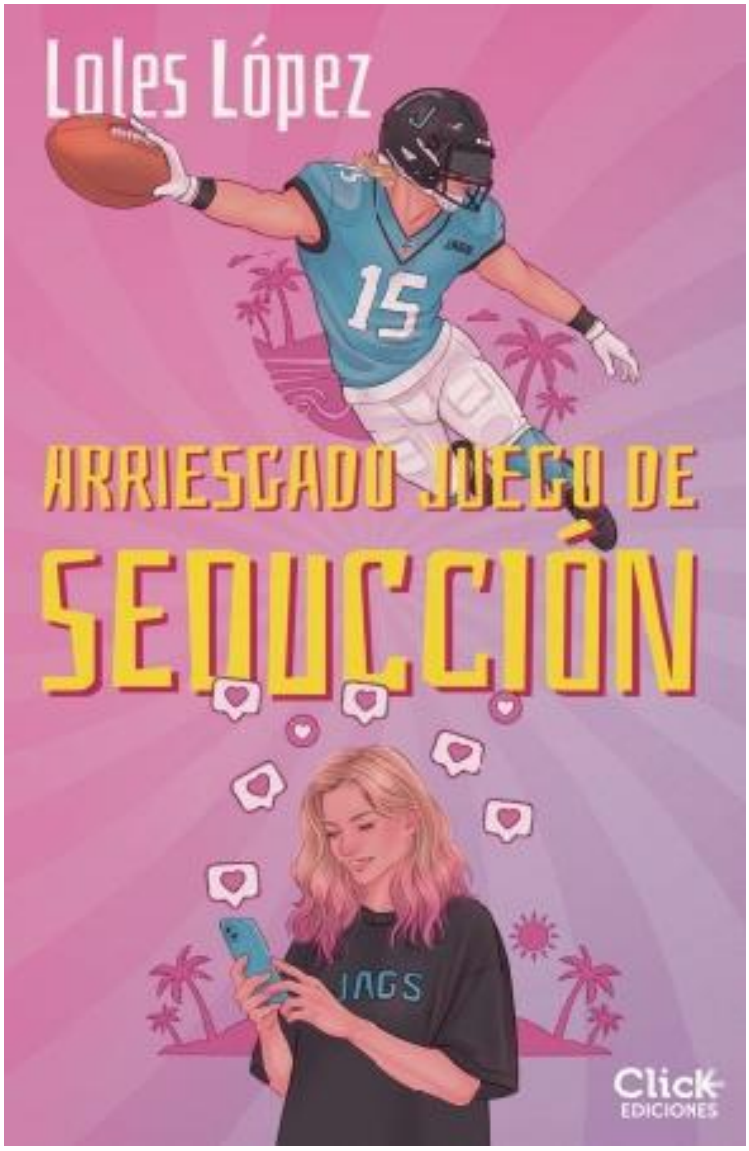
Sweet Manhattan
Lina Galán

Demasiado perfecto. Serie O'Brien, 1
Lina Galán

The Hot Affaire: una cita inolvidable
Lina Galán

Sin ti no soy nada
Lina Galán

Un lugar en el mundo para Jacob
Lina Galán



Arriesgado juego de seducción

Lopez, Loles
9788408326694
384

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un quarterback estrella que lo tiene todo y una mujer que no quiere necesitar a nadie. Entre reglas que no pueden romper, ambos descubrirán que el amor puede ser el riesgo más difícil de asumir.

A veces lo más difícil no es amar, sino mostrarse tal y como uno es.

Duncan Morris, quarterback estrella y reciente ganador de la Super Bowl, atraviesa el peor momento de su carrera. Desmotivado y perdido, busca algo que le ayude a dejar de pensar en sí mismo y volver a disfrutar de lo que más le gusta.

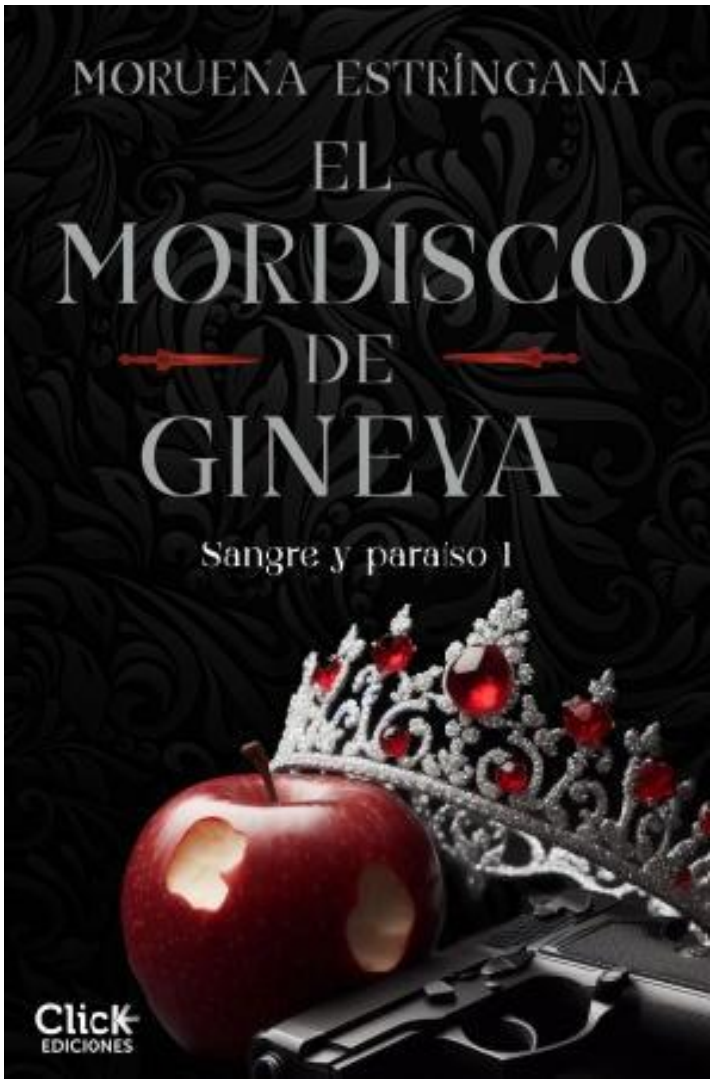
Kim, la coordinadora de redes sociales del equipo, está decidida a triunfar en su trabajo. Inteligente, mordaz y completamente inmune al encanto de los jugadores, no piensa dejarse impresionar por el arrogante quarterback que parece empeñado en sacarla de quicio.

Lo que comienza como una relación llena de choques y pullas se complica cuando descubren que son vecinos. Y aún más cuando el entrenador principal del equipo —que además es el tío de Kim— deja claro que deben mantenerse alejados. Una cláusula contractual que prohíbe las relaciones entre empleados y jugadores convierte su creciente atracción en un riesgo que ninguno debería asumir.

Entre secretos, heridas del pasado, decisiones impulsivas y una química imposible de ignorar, Duncan y Kim tendrán que decidir si están dispuestos a apostar por lo que sienten.

¿Conseguirá Duncan reencontrarse consigo mismo? ¿Logrará Kim proteger su corazón cuando el amor llame a su puerta?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El mordisco de Gineva

Estríngana, Moruena
9788408298243
240

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una historia de amor prohibido y supervivencia en un mundo donde amar puede ser peligroso.

En un barrio dominado por la mafia italiana, Gineva Giordano ha vivido bajo el control de su padre, uno de los capos más temidos. Su destino parece sellado en un matrimonio arreglado, pero en un acto de desafío, acepta la propuesta de Renzo Romano, el enemigo jurado de su familia.

Lo que comienza como una alianza estratégica pronto se convierte en una relación marcada por la pasión, la confianza y los secretos. Entre guerras territoriales y traiciones familiares, Gineva deberá encontrar su lugar en un mundo implacable donde el amor es un riesgo y la venganza, una moneda de cambio.

Renzo, atormentado por un pasado violento, ha aprendido a sobrevivir sin ataduras, pero Gineva lo obliga a cuestionarlo todo. Juntos, desafían un destino escrito con sangre, sabiendo que en la mafia solo hay dos opciones: vencer o morir.

Moruena Estríngana demuestra una habilidad excepcional para tejer una historia Mafia-Romance intensa y absorbente, logrando que cada escena rebose de tensión, emoción y profundidad, manteniendo al lector atrapado en un torbellino de sentimientos hasta la última página. Cerrará esta bilogía con "La tentación de Mirabella".

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Quemando el hielo

Estríngana, Moruena
9788408327103
240

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Tuvieron que perderlo todo para encontrarse.

Ella lucha para mantenerse en pie.

Él nació para ganar.

Después de una vida marcada por las pérdidas, el abandono y las segundas oportunidades, solo hay una cosa que a Ellie nunca le ha fallado: el hielo. Allí, entre giros imposibles y saltos que desafían la gravedad, encuentra la libertad que el mundo siempre le ha negado.

Jace Roy es la estrella del patinaje artístico. Talentoso, reservado, irresistible y el rival al que Ellie nunca ha soportado. Todo el mundo cree conocerlo, pero nadie imagina lo que esconde tras su sonrisa perfecta.

Cuando el destino los obliga a compartir pista, descubrirán que las apariencias engañan y que bajo el brillo de las medallas se esconden heridas que ninguno ha logrado sanar.

Entrenar juntos debería acercarlos a la meta más importante de sus vidas, pero cada mirada, cada roce y cada momento compartido los empuja hacia un camino que ninguno había planeado recorrer.

Porque el hielo puede ser frío.

Pero hay fuegos capaces de derretir cualquier muro.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Dulce vendetta

Lopez, Loles
9788408320531
420

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un matrimonio forzado. Una guerra entre clanes. Una venganza que acabará convirtiéndose en el amor más feroz.

Claire regresa a Toronto tras aceptar un trato con su padre que cambiará su destino. Prometida con Ruggero Corsini, cree que su sacrificio es la única forma de proteger a su madre. Pero su vida da un giro inesperado cuando Leone Lombardi, el capo más temido de la mafia ítalo-canadiense, irrumpe para reclamarla como esposa. Leone lleva quince años planeando una vendetta contra los Corsini. Frío, metódico y despiadado, ha convertido la venganza en el único motor de su existencia. Claire es la pieza perfecta para golpear donde más duele.

Obligados a convivir en un matrimonio forzado, el odio y la tensión se transformará en algo difícil de detener.

Casarse no estaba en sus planes. Desear a su esposa, tampoco.

Loles López combina intensidad emocional, tensión erótica y ambientación mafiosa realista para crear historias adictivas como románticas.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El tiempo en llamas

García, María C.
9788408320791
520

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una historia de amor prohibido en la Alemania nazi que demuestra que incluso en los momentos más oscuros

siempre hay algo por lo que merece la pena luchar.

¿Qué ocurre cuando el hijo de un oficial nazi se enamora de una joven judía?

En una Alemania cada vez más dominada por el odio, Friedrich y Karla descubren que el amor puede ser tan peligroso como cualquier guerra. Mientras el régimen endurece sus leyes y convierte su relación en un delito, ambos deberán decidir hasta dónde están dispuestos a llegar para permanecer juntos.

Con una ambientación histórica rigurosa, personajes emocionalmente complejos y una historia de amor marcada por el sacrificio, *El tiempo en llamas* combina la fuerza emocional de *El ruiseñor* con el romance desgarrador de *Tatiana y Alexander*.

Una novela para lectores que buscan historias capaces de romperles el corazón y acompañarlos mucho después de cerrar la última página.

María García posee una especial sensibilidad para convertir los grandes acontecimientos históricos en conflictos profundamente humanos, logrando que cada emoción se sienta cercana, auténtica y dolorosamente real.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)
